

Robert Silverberg  
El hijo del hombre

*Para Bill Rotsler y  
Paul Turner,  
viajeros amigos.*

Título original: *Son of Man*, publicado por Ballantine Books, Nueva York.

Traducción de César Terrón

© 1971 by Robert Silverberg

© 1985, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Vía, 774, 7.º, 08013 Barcelona

ISBN 84-270-0930-5

Depósito legal B. 1416-1985

Impreso por Romanyá/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

*Impreso en España - Printed in Spain*

Escaneado por Carlos Palazón y revisado por Man Prost, agosto 2002.

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos serán sacudidas.

Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; y entonces se golpearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria.

Mateo, 24, 29-30.

\* \* \*

No aborrezcas la blasfemia: será aceptada como ingenio.

BYRON, *English Bards and Scotch Reviewers*.

\* \* \*

Sabemos lo que somos, pero no lo que seremos.

*Hamlet*, acto IV, escena V.

Se despierta. Bajo su cuerpo, la negra tierra está fría y húmeda. Él yace de espaldas en un campo de hierba escarlata; una suave ráfaga de viento llega, revuelve las briznas y la hierba se funde en un torrente de sangre. El cielo tiene un azul metálico, un color intensamente transparente que por un momento levanta un desesperado clamor en la cabeza de él. Encuentra el sol: bajo, mayor que lo que debería ser, con cierto aspecto de palidez y vulnerabilidad, quizás aplastado por arriba y por abajo. Perlinas nieblas se elevan del suelo y remolinean hacia el sol, formando torbellinos de encajes azules, verdes y rojos al subir. Una almohada de silencio comprime el cuerpo. Él se siente perdido. No ve una sola ciudad, ninguna cicatriz de la presencia del hombre en parte alguna de la pradera, en las montañas, más allá del valle. Él se levanta poco a poco y se queda mirando al sol.

Su cuerpo está desnudo. Lo toca, descubre la piel. Con sosegada curiosidad examina su mano, extendida por debajo del mentón, apretada a la oscura maraña velluda de su pecho. Qué extraños son los dedos: arrugados en las articulaciones, con suaves brotes de pelo en las partes lisas, dos nudillos ligeramente despellejados, uñas que precisan recorte... Él tiene la sensación de no haber visto nunca su mano. Deja que ésta se deslice poco a poco hacia abajo, se detiene para tamborilear con las yemas en el tambor de duro músculo de su vientre y luego examina las tenues arrugas de la línea de su apendectomía. La mano sigue descendiendo y él descubre los genitales. Asombrado, ahueca la mano en torno a los testículos, los levanta un poco, quizá sopesándolos. Se toca el pene, primero la piel, luego el borde de blanda carne rosada de la punta, después la misma punta. Es extraño disponer de un dispositivo tan complejo unido al cuerpo. Él observa sus piernas. Tiene una extensa magulladura, púrpura y amarilla, en el muslo izquierdo. Crece pelo en sus empeines. Los dedos de sus pies le son desconocidos. Los agita. Los hunde en la tierra. Flexiona las rodillas. Sube y baja los hombros. Separa mucho los pies. Hace aguas. Mira directamente al sol, y se asombra del mucho tiempo que transcurre hasta que vibran sus ojos. Cuando desvía la mirada, ve el sol detrás de sus globos oculares, engastado en la parte delantera de su cerebro, y se siente menos solo por tenerlo allí.

-¡Hola! -grita-. ¡Hey! ¡Vosotros! ¡Yo! ¡Nosotros! ¿Quién? ¿Dónde está Wichita? ¿Dónde está Toronto? ¿Dónde está Dubuque? ¿Dónde está Syosset? ¿Dónde está São Paulo? ¿Dónde está La Jolla? ¿Dónde está Bridgeport? ¿Dónde está McMurdo Sound? ¿Dónde está Ellenville? ¿Dónde está Mankato? ¿Dónde está Morpeth? ¿Dónde está Georgetown? ¿Dónde está Saint Louis? ¿Dónde está Mobile? ¿Dónde está Walla Walla? ¿Dónde está Galveston? ¿Dónde está Brooklyn? ¿Dónde está Copenhague?

-¿Hola? ¿Hey? ¿Vosotros? ¿Yo? ¿Nosotros? ¡Quién!

A su izquierda hay cinco redondeadas montañas cubiertas de vegetación de color negro lustroso. A la derecha el campo de hierba escarlata se expande formando una sofocante llanura que fluye como un torrente hacia lo lejos. Delante de él el suelo desciende con suavidad y conforma un valle que es algo más que un barranco pero algo menos que un cañón. El no reconoce ningún árbol. Las formas son extrañas; hay muchos troncos hinchados, de sucio color marrón, sin ramas, rechonchos. De esos troncos penden cascadas de carnosas hojas, igual que guirnaldas de relucientes

cuentas blancas y amarillas. Detrás de él, asfixiados por largas e inexplicables sombras, hay un laberinto de informes montecillos y hoyos en los que crecen frondosas plantas del color de la arena con tallos leñosos.

Él avanza hacia el valle.

Ahora ve el primer indicio de vida animal. En un árbol bajo y grueso asusta a un extraño pájaro que se lanza al aire, revolotea, retrocede, describe círculos más calmados para examinar al intruso.

Él y el animal se contemplan. El pájaro tiene el tamaño de un halcón, cuerpo oscuro, aspecto enojado y severo, fríos ojos verdes, finos labios muy apretados. Sus alas, de ígneo tinte, son nervudas y diáfanas y de la parte trasera de su cuerpo pende una tenue cola en docena de relucientes proyectiles verdes que caen diestramente formando una figura geométrica alrededor del hombre. Éste, receloso, se agacha para tocar el proyectil más próximo. La bolita chisporrotea, él oye el siseo. Pero al acercar un dedo no percibe textura ni calor. El la aparta de un golpe. El pájaro grazna.

-Soy de Hanmer -dice el ave.

-¿Por qué eres hostil? ¿Qué daño te he hecho yo?

-No soy hostil. No acepto responsabilidades. No hago reproches.

-Me has bombardeado.

-Eso ha establecido una relación -dice el pájaro, y se aleja volando-. Soy de Hanmer - repite desde lejos.

Él observa a la criatura hasta que ésta desaparece. El sol avanza poco a poco hacia las montañas. El cielo parece bruñido y barnizado en este momento. La lengua del hombre se asemeja al papel. Él continúa hacia el valle. Ve un riachuelo que corre por el valle, agua verde, una superficie pulimentada que refleja el sol, temblorosos arbustos que brotan en la orilla. Él se acerca al riachuelo, pensando que la brusca sensación del agua en su piel le despertará, porque ya está harto de este sueño, un sueño que ha adoptado un tono repulsivo e ilógico.

Se arrodilla junto al riachuelo. Las aguas son inesperadamente profundas. En las veloces y cristalinas profundidades se ven peces, barridos tempestuosamente, impulsados por una corriente irresistible. Son criaturas alargadas, con ojazos tristes y añorantes, dentadas bocas muy pronunciadas, aletas tersas y aplanadas. Víctimas. Él les sonríe. Con mucho cuidado, mete el brazo izquierdo hasta el codo en la corriente. El momento de contacto es eléctrico y sorprendente. Él retira el brazo, se tapa la cara con las manos y solloza, porque un incontrolable torrente de violenta tristeza atraviesa su ser. Se duele del hombre y de todas sus obras. En su mente se agita una imagen del mundo humano de llamativa complejidad: edificios y vehículos, calles, tiendas, jardines, charcos de grasa, periódicos estrujados, centelleantes letreros luminosos. Ve hombres y mujeres con ajustadas vestimentas, apretado calzado y tejidos que constriñen senos y entrepiernas. Ese mundo se ha perdido y él lo lamenta. Oye rugidos de cohetes y chirridos de frenos. Oye la vibración de la música. Admira el resplandor del sol en elevadas ventanas. Lloro. Frías lágrimas punzan sus mejillas y cosquillean en sus labios. ¿Han desaparecido las viejas ciudades? ¿Amigos y familiares? ¿Tensión y apremios? ¿Campanas de catedral, la rojez del vino en la lengua, velas, relojes de bolsillo, gatos, cactus? Tras un leve suspiro de derrota, él cae

hacia delante y se deja llevar por el arroyo. Avanza rápidamente impulsado por la corriente.

Durante algunos instantes se niega a ofrecer resistencia. Luego, apresuradamente, extiende el cuerpo y se agarra a una piedra sumergida. Aferrado a ella, se hunde hasta que su cara reposa sobre el guijoso fondo del arroyo, y permanece suspendido allí durante un largo momento, para aclimatarse al alterado ambiente. Cuando finalmente se agota el aire, él se lanza hacia la superficie y se arrastra hacia la orilla. Yace de bruces un rato. Se levanta. Se toca.

Las hormigueantes aguas le han cambiado un poco. El vello de su cuerpo ha desaparecido y tiene la piel lisa, blanca y nueva, como el pellejo de un ballenato. Su muslo izquierdo ya no está magullado.

Sus nudillos están perfectamente. Le es imposible encontrar la cicatriz de la apendectomía. Su pene le parece extraño, y tras un momento de contemplación advierte con espanto que ya no está circuncidado. Rápidamente hunde el pulgar en su ombligo; aún está allí. Se echa a reír. En ese momento nota que la noche ha llegado mientras él estaba en el agua. El último limbo del sol desaparece y, al instante, la oscuridad se extiende por el cielo. No hay luna. Las estrellas surgen de repente, anunciándose con agudos, punzantes tonos: yo soy azul, yo soy roja, yo soy dorada, yo soy blanca... ¿Dónde está Orión? ¿Dónde está la Osa? ¿Dónde está Capricornio?

Los arbustos del valle emiten un resplandor burdo, correoso. El suelo se agita, tiembla y se agrieta en la superficie. En mil minúsculos cráteres se deslizan reptantes criaturas nocturnas, largas, líquidas y plateadas, que salen de ocultos escondrijos y se escurren amistosamente hacia el prado. Se separan al llegar cerca del hombre, dejándole como una isla en medio de las relucientes miríadas de animales. Él oye raros sonidos, vellosos susurros, pero no capta significado alguno.

Hay un agitar de plumas y descienden dos criaturas voladoras, distintas a la primera; tienen cuerpos negros y gruesos, abolsados, cubiertos por penachos de áspero pelaje y alas en un esternón sobresaliente y nudoso. Son tan grandes como ocas. Persiguen metódicamente a los reptiles nocturnos, los succionan con sus picos flexibles y rugosos y los excretan en seguida, al parecer ilesos. Su apetito es insaciable. Él retrocede, ofendido, cuando las criaturas voladoras le lanzan una avinagrada mirada.

Algo voluminoso y oscuro chapalea en la corriente y desaparece antes de que él pueda verlo bien. Del cielo llegan estridentes risas. El aroma de elegantes y cremosas flores flota en el arroyo, se descompone en salobridad y se va. El aire está enfriándose. Él se acurruca. Cae una llovizna. Él estudia las enfadosas constelaciones y le parecen totalmente extrañas. A lo lejos, una música se despliega en la noche. Los tonos aumentan y decrecen y vuelven a aumentar con suave y temblorosa vibración, y él nota que puede manipularlos y formar melodías a su gusto: esculpe un encantador toque de cuerno, una endecha, un minueto. Unos animalillos acechan cerca. ¿Han perecido los sapos? ¿Se han extinguido los ratones? ¿Dónde están los lémures? ¿Y los topos? Sin embargo, él sabe que puede llegar a querer a esas nuevas bestias. La ilimitada fertilidad de la evolución, que se revela ante él en brillantes estallidos de abundancia, le hace sentirse gozoso, y él convierte la música en un himno de alabanza. Sea lo que sea, es bueno. Con la plasticidad de los tonos en bruto manufactura los tambores y trompetas de un Te Deum. Sobre este fondo, en un repentino y débil contrapunto, surgen sordos pasos, y él ya no está solo, porque tres

grandes criaturas aparecen y se acercan. El sueño es sombrío ahora. ¿De qué seres se trata, tan bestiales, tan hediondos, tan malévolos? Erectos, bípedos, pies grandes y aplastados, enormes e hirsutas nalgas, abombadas panzas, descomunales pechos. Más altos que él. El hedor del declive los precede. Cruelles caras, y no obstante casi humanas, resplandecientes ojos, ganchudas narices, bocas amplias y viscosas, pequeñas barbas grisáceas llenas de barro. Arrastran los pies con torpeza, con las rodillas flexionadas, el cuerpo echado hacia delante a la altura de la cintura, colosales machos cabríos erectos que imitan libremente al hombre. En cualquier sitio que pisan brotan al momento cerdas cizañas que despiden olor a pescado. Su piel es blanca como el papel y está arrugada, colgando sueltamente de potentes músculos y gruesa carne; copetudas ampollas sobresalen en todas partes de sus cuerpos. En su torpe caminar inclinan la cabeza, resoplan, resuellan e intercambian confusos comentarios musitados. No le prestan atención alguna. Él los ve pasar cerca. ¿Qué son esos deprimentes seres? Él teme que sean la raza suprema de la época, la especie dominante, los sucesores del hombre, incluso quizá los descendientes del hombre, y la idea le estruja y le tritura tanto que cae al suelo, dando vueltas y más vueltas de agonía, aplastando a los relucientes reptiles nocturnos que siguen avanzando en torrente. Él martillea la tierra con sus palmas. Aferra las malignas hierbas que acaban de brotar y las arranca del suelo. Aprieta su cabeza contra una lisa roca. Vomita, sin arrojar nada. Estrecha sus costados con las manos, aterrorizado. ¿Acaso esos seres han heredado el mundo? Él imagina una congregación de tales criaturas, arrodilladas sobre sus excrementos. Los ve gruñendo junto al Taj Mahal en una noche de luna llena. Los ve trepando por las Pirámides, escupiendo sobre los cuadros de Rafael y el Veronés, fracturando a Mozart con sus bufidos y eructos. El solloza. Muerde la tierra. Suplica que llegue la mañana. Angustiado, su sexo se endurece, y él lo coge y, entre jadeos, vierte su semilla. Queda tendido de espaldas y busca la luna, pero todavía no ha salido, y las estrellas son desconocidas. Vuelve la música. Él ha perdido la facultad de darle forma. Oye el resonar y el estruendo de varas metálicas y el chillido de membranas en tensión. Desesperada, tétricamente, él canta para no oír esos sonidos, lanza gritos en la oscuridad, oculta el estridente ruido con un laminado de ordenado sonido y de este modo pasa la noche, en vela, desasosegado.

## 2

Franjas de luz que llega manchan el cielo. La oscuridad es derrotada por tonos rosas, grises y azules. Él se despereza y saluda a la mañana, sintiéndose hambriento y sediento. Se acerca al río, se agacha, se moja la cara con agua fría, se frota ojos y dientes y, avergonzado, limpia el seco y pegajoso esperma de sus muslos. Luego engulle agua hasta que desaparece su sed. ¿Comida? Mete un brazo en el río y, con una habilidad que le asombra, coge un agitado pez. Los lisos costados del animal son de color azul oscuro, con filamentos rojos cuyo interior vibra claramente. ¿Crudo? Bien, sí, ¿cómo, si no? Pero al menos que no esté vivo. Él le aplastará la cabeza contra una roca.

-No, por favor. No hagas eso -dice una suave voz.

Él está dispuesto a creer que el pez suplica clemencia. Pero una purpúrea sombra cae sobre él; no está solo. Al volverse ve una silueta delgada y sutil. La fuente de la voz.



-Soy Hanmer -dice el recién llegado-. El pez... por favor, échalo al agua. No es necesario.

Una amable sonrisa. ¿Es una sonrisa? ¿Son unos labios? Él cree que es mejor obedecer a Hanmer. Lanza el pez al agua. Con un burlón latigazo de la cola, el animal se aleja rápidamente. Él vuelve a mirar a Hanmer y le dice:

-No quería comérmelo. Pero tengo mucha hambre y estoy perdido.

-Dame tu hambre -dice Hanmer.

Hanmer no es humano, aunque el parentesco es evidente. Es tan corpulento como un muchacho alto, y su cuerpo, pese a su delgadez, no parece frágil. Su cabeza es grande pero su cuello es fuerte y la espalda es amplia. En ninguna parte de su cuerpo hay pelo. La piel es de color verde dorado y tiene el rasgo inconsútil y duradero del plástico flexible. Sus ojos son globos escarlatas detrás de párpados ágiles y transparentes. Su nariz es un mero reborde; las ventanas nasales son cerradas rendijas; su boca es un corte horizontal con finos labios que no se abren lo suficiente para dejar ver el interior. Tiene muchísimos dedos en las manos y no muchos en los pies. Brazos y piernas están articulados en codos y rodillas, pero las articulaciones parecen ser universales, confiriéndole inmensa libertad de movimiento. El sexo de Hanmer es un enigma. Hay algo en su porte que parece irrefutablemente masculino, y carece de senos y otras características femeninas visibles. Pero donde debería estar el miembro masculino sólo hay un curioso pliegue vertical que se dobla hacia adentro, vagamente como la ranura vaginal aunque no del todo comparable. Debajo, en lugar de dos colgantes testículos hay un solo bulto pequeño, firme y redondeado, quizá equivalente al escroto, como si el objetivo de la evolución hubiera seguido siendo mantener las gónadas fuera de la cavidad del cuerpo pero con el diseño de un recipiente más eficaz. Poca duda cabe de que los antepasados de Hanmer, en cierta época remota, fueron hombres. Pero ¿también puede llamarse hombre a él? Hijo del hombre, quizás.

-Ven conmigo -dice Hanmer. Extiende las manos. Hay delicadas membranas entre los dedos-. ¿Cómo te llamas, extranjero?

Es preciso pensar un momento.

-Yo era Clay -dice a Hanmer.

El sonido de su nombre cae al suelo y rebota. Clay. Clay. Yo era Clay. Clay era yo cuando yo era Clay. Hanmer parece complacido.

-Ven, pues, Clay -dice apaciblemente-. Yo cogeré tu hambre.

Dubitativo, Clay da sus manos a Hanmer. Nota que se acerca al otro ser. Los cuerpos se tocan. Clay siente agujas en los ojos y un fluido negro que entra a chorros en sus venas. Percibe violentamente el laberinto de tubos rojos en su estómago. Puede oír el latido de sus glándulas. Al cabo de un momento Hanmer le suelta y Clay ha perdido totalmente el apetito. Le resulta incomprensible haber pensado en devorar a un pez hace sólo unos instantes. Hanmer se echa a reír.

-¿Mejor ahora?

-Mejor. Mucho mejor.

Con un dedo del pie, Hanmer traza una rápida línea en el suelo. La tierra se abre como una cremallera y Hanmer saca un tubérculo gris, abultado y pesado. Se lo lleva a los

labios y lo succiona un instante. Luego lo tiende a Clay, que se lo queda mirando, incierto. ¿Se trata de una prueba?

-Come -dice Hanmer-. Está permitido.

Aunque el hambre ha desaparecido, Clay chupa el tubérculo. Varias gotas de un arenoso jugo entran en su boca. Al instante, brotan llamas en su cráneo y su alma languidece. Hanmer se lanza hacia delante y agarra a Clay antes de que caiga. Le abraza de nuevo; Clay nota que los efectos del jugo decrecen bruscamente.

-Perdóname -dice Hanmer-. No me había dado cuenta. Debes de ser terriblemente primitivo.

-¿Qué?

-Uno de los primeros, supongo. Atrapado en el flujo del tiempo como los demás. Te amamos. Te damos la bienvenida. ¿Parecemos espantosamente extraños? ¿Te sientes solo? ¿Estás apenado? ¿Querrás enseñarnos cosas? ¿Te dedicarás a nosotros? ¿Nos deleitarás?

-¿Qué mundo es este?

-El mundo. Nuestro mundo.

-¿Mi mundo?

-Lo fue. Puede serlo.

-¿Qué época es esta?

-Una buena época.

-¿He muerto?

-La muerte ha muerto. -Hanmer contiene la risa.

-¿Cómo he llegado aquí?

-Atrapado en el flujo del tiempo como los demás.

-¿Arrastrado a mi futuro? ¿Hasta qué punto del futuro?

-¿Es importante eso? -pregunta Hanmer, con aire de aburrimiento-. Vamos, Clay, desvanécete conmigo y comencemos nuestros viajes.

Hanmer trata de coger la mano de Clay una vez más. Clay retrocede.

-Aguarda -murmura. La mañana se ha hecho ya muy brillante. El cielo vuelve a tener su penoso color azul; el sol es un gong. Clay se estremece. Acerca su cara a la de Hanmer y le dice:- ¿Hay otros como yo por aquí?

-No.

-¿Eres humano?

-Naturalmente.

-¿Pero cambiado por el tiempo?

-Oh, no -dice Hanmer-. Tú estás cambiado por el tiempo. Yo vivo aquí. Tú nos visitas.

-Hablo de evolución.

Hanmer se enfurruña.

-¿Podemos desvanecernos ya? Tenemos que ver tantas cosas...

Clay arranca un manojo de los hierbajos de la noche pasada.

-Al menos háblame de esto. Llegaron tres criaturas y estas hierbas crecieron donde...

-Sí.

-¿Qué eran? ¿Visitantes de otro planeta?

-Humanos -dice suspirando Hanmer.

-¿También esos? ¿Formas distintas?

-Antes que nosotros. Después de ti. Atrapados en el flujo temporal, todos.

-¿Cómo es posible que nosotros hayamos evolucionado hasta ser ellos? Ni siquiera en mil millones de años habría cambiado tanto la humanidad. Y además, ¿para volver a cambiar luego? Tú te pareces más a mí que ellos. ¿Cuál es la pauta? ¿Cuál es el recorrido? ¡Hanmer, no consigo entenderlo!

-Aguarda a ver a los otros -dice Hanmer, y empieza a desvanecerse.

Una fina nube gris brota de su piel y le envuelve, y en el interior Hanmer va haciéndose nebuloso, desaparece plácidamente. Brillantes chispas anaranjadas saltan en la nube. Hanmer, aún visible, refleja éxtasis. Clay logra ver un rígido tubo carnoso que sale del pliegue de la entrepierna de Hanmer: sí, él es varón, a pesar de todo, y muestra su sexo en este momento de placer.

-¡Has dicho que me llevarías contigo! -grita Clay.

Hanmer asiente y sonrío. La estructura interna de su cuerpo aparece con claridad, una red de nervios y venas, iluminada por un extraño fuego interno, reluciente, roja, verde y amarilla. La nube se extiende y, de repente, Clay se halla también dentro de ella. Se produce un suave silbido: sus tejidos y fibras, que se evaporan. Hanmer ha desaparecido. Clay gira, se agranda, se atenúa. Percibe sus vibrantes órganos, una exquisita mezcla de texturas y tonos, éste verde y grasiento, aquel rojo y pegajoso, aquí una esponjosa masa oscura, allí una espiral de azul oscuro..., todo maduro, lozano, en los últimos instantes antes de la disolución. Una sensación de aventura y excitación se apodera de Clay. Flota hacia arriba y hacia fuera, fluye sobre la faz de la tierra, adopta un tamaño infinito y renuncia por entero a tener masa. Abarca hectáreas, distritos enteros, dominios completos. Hanmer está junto a él. Se expanden juntos. La luz del sol alcanza a Clay, llega a la vasta superficie superior de su nuevo cuerpo, hace que las moléculas dancen y brinquen con espinosa vistosidad, zumbando y restallando mientras botan por toda partes. Clay percibe los electrones que van de un lugar a otro, ascendiendo la escalera energética. ¡Pip! ¡Pop! ¡Pip! Clay se remonta. Planea. Se imagina que es una gran nube gris que se desliza por el aire. En lugar de un borde borlado tiene cien ojos, y en el centro de todo, la dura masa nudosa del cerebro brilla, vibra y dirige.

Clay ve escenas de la noche pasada: el valle, el prado, las montañas, el riachuelo. El campo de visión cambia después, al ganar altura, y Clay abarca una revuelta y cicatrizada campiña de ríos y peñascos, de erosionados dientes que sobresalen de la tierra, de golfos, de lagos, de promontorios. Abajo hay figuras que se mueven. Ahí están los tres seres caprinos, pedorreando y mascullando bajo un gran e irregular árbol

semejante al del caucho. Ahí se ven seis criaturas de la especie de Hanmer, copulando felizmente en la orilla de un dorado estanque. Ahí están los reptiles nocturnos, dormitando en la tierra. Ahí se vislumbra algo enterrado hasta los hombros en el suelo, algo que irradia solemnes y apasionados pensamientos. Ahí llega una escuadrilla de criaturas aladas, aves o murciélagos o incluso reptiles, volando en cerrada formación, oscureciendo el cielo; llegan a una corriente ascendente, horadan el cuerpo de Clay, desde la parte de abajo hasta la de arriba, igual que un millón de punzantes balas, y se esfuman en las alturas sin nubes. Ahí hay inteligencias saturninas que pastan en el barro de oscuros charcos. Ahí se ven dispersos bloques de piedra, quizás antiguas ruinas. Clay no ve una sola construcción entera. No distingue carreteras. El mundo no contiene una sola marca humana de importancia. Es primavera en todas partes; todo está hinchado, lleno de vida. Hanmer, ondulándose como una nube de tormenta, ríe y grita.

-¡Sí! ¡Lo aceptas!

Clay lo acepta.

Clay prueba su cuerpo. Hace que despida rayos fluorescentes y ve sombras violetas que danzan bajo él. Crea aceradas costillas y una columna vertebral de marfil. Teje un nuevo sistema nervioso a partir de pelusas de vacío. Inventa un órgano sensible a colores que supera el ultravioleta y, muy contento, derriba el extremo oscuro del espectro. Se transforma en un enorme órgano sexual y viola a la estratosfera, dejando estelas de luminoso semen. Y Hanmer, siempre junto a Clay, exclama, «¡Sí!», y «¡Sí!» y otra vez «¡Sí!». Clay abarca ya varios continentes. Acelera, busca su terminación y, tras breve esfuerzo, lo encuentra y lo une a sí mismo, de tal modo que se convierte en una nebulosa serpiente que abraza el mundo.

-¿Lo ves? -grita Hanmer-. ¡Es tu mundo! ¿Verdad? ¡El planeta familiar!

Pero Clay no está seguro. Los continentes se han alterado. Ve lo que supone que deben ser las Américas, pero han sufrido cambios, porque la punta del sur ha desaparecido, igual que el istmo de Panamá, y al oeste de lo que debería ser Chile hay una enorme extensión cancerosa, quizá la Antártida desplazada. El océano anega ambos polos. Las costas son nuevas. Clay no localiza Europa. Un tremendo mar interior disimula lo que, sospecha Clay, es Asia; un destello de sol se refleja en el agua, transformándola en un gigantesco ojo burlón. Al llorar, Clay disemina masas de lava a lo largo del ecuador. Un caparazón sobresale serenamente en el lugar donde debería estar África. Una cadena de radiantes islas rutila a lo largo de miles de kilómetros de alterado océano. Clay empieza a sentir pánico. Piensa en Atenas, El Cairo, Tánger, Melbourne, Poughkeepsie, Istanbul y Estocolmo. Apenado, Clay se enfría y, al helarse, se escinde en una rociada de partículas de hielo que, al instante, atraen a pequeños insectos zumbadores. Los insectos salen disparados de pantanos y marismas; empiezan a engullir a Clay, pero Hanmer los aleja a gritos, los devuelve aturdidos al suelo y después Clay siente su cuerpo reunido y restaurado.

-¿Qué ha pasado?-pregunta Hanmer.

-Estaba recordando -replica Clay.

-No lo hagas -dice Hanmer.

Se remontan de nuevo. Giran, brincan y penetran en el reino de las sombras que circunda el mundo, de tal modo que el planeta en sí no es más que una pequeña

impureza esférica del blando y ondeante manto del cuerpo de Clay. Éste observa el giro del planeta. ¡Qué lentitud! ¿Acaso el día se ha alargado? ¿Es éste mi mundo? Hanmer le da un suave codazo y ambos se transforman en ríos de energía de millones de kilómetros de longitud y se evaporan hasta el espacio. Clay arde de ternura, de amor, de ansia por unirse con el cosmos.

-Nuestros mundos vecinos -dice Hanmer-. Nuestros amigos. ¿Lo ves?

Clay lo ve. Ahora sabe que no ha ido velozmente a un planeta o a otra estrella. Lo que ve claramente es Venus, esa nebulosa esfera. Y aquella cosa roja y llena de agujeros es Marte, aunque a Clay le confunde el enmalezado océano de verdor que envuelve las rojizas llanuras. No logra localizar Mercurio. Una y otra vez se desliza en esa órbita interior, busca afanosamente el minúsculo globo, pero el globo no está allí. ¿Habría caído en el sol? Clay no se atreve a preguntarlo, por miedo a que Hanmer le conteste que sí. Él no soportaría la pérdida de un planeta en estos momentos.

-Ven -dice Hanmer-. Hacia fuera.

Los asteroides han desaparecido. Un acto sensato: ¿quién necesita esos desechos? Pero ahí está Júpiter, prodigiosamente intacto, incluso con la Gran Mancha Roja. Clay se alborozó. Las franjas de color también permanecen, brillantes rayas de ricos tonos amarillos, marrones y anaranjados, separadas por fajas más oscuras.

-¿Sí? -pregunta Clay, y Hanmer dice que puede hacerse.

Se lanzan hacia el planeta, remolinean y flotan en la atmósfera de Júpiter. Caliginosos cristales los envuelven. Sus atenuados cuerpos se entrelazan con moléculas de amoníaco y metano. Van hacia abajo, descienden, llegan a peñascos de hielo que se alzan sobre desolados y untuosos mares, ven turbulentos géiseres y lagos en ebullición. Clay se extiende sobre un continente de nieve y permanece inmóvil, jadeante, encantado del placentero impacto de las muchas toneladas de atmósfera planetaria sobre su espalda. Se transforma en mazo y sondea el gran y escabroso núcleo del planeta, lo golpea felizmente, bong, bong, buooong... Ondas de sonido se alzan en quebrados y cremosos estallidos. Clay se consume en el éxtasis. Pero entonces, inmediatamente después, hay una pérdida compensadora: el brillante Saturno carece de anillos.

-Un accidente -confiesa Hanmer-. Un error. Fue hace mucho tiempo.

Es imposible consolar a Clay. Está en un tris de volver a fracturarse y golpetear la atezada superficie de Saturno con una nube de copos de nieve. Hanmer, comprensivo, se encorva y rodea el planeta, gira, se desliza a lo largo del espectro, hace aparecer doradas luces, vira primero de costado, luego formando suntuosos ángulos.

-No -dice Clay-. Te lo agradezco, pero no servirá.

Y prosiguen hacia Urano, hacia Neptuno, hacia el frígido Plutón.

-No fue obra nuestra -insiste Hanmer-. Pero jamás imaginamos que alguien pudiera sentirlo tanto.

Plutón es un fastidio. Flotando en el espacio, Clay observa cinco primos de Hanmer que caminan por un negro páramo, yendo de ninguna parte a ninguna parte. Clay mira inquisitivamente hacia fuera. ¿Proción? ¿Rigel? ¿Betelgeuse?

-En otra ocasión -murmura Hanmer.

Vuelven a la Tierra.

Caen a plomo en la atmósfera igual que un juego de joyas. Aterrizan. Clay está de nuevo en su cuerpo mortal. Se halla en un cuidado campo de bulbosas plantas, pequeñas y de color verde mar; por encima de él se asoma un gigantesco monolito triangular, ahorquillado en la punta, y por la horquilla corre un burbujeante río que se precipita cien o quizá cientos de metros por la inmensa superficie de ónice de la losa hasta caer en un hoyo prácticamente circular. Clay está temblando. El viaje le ha desangrado. En cuanto puede, se sienta, aprieta sus palmas en sus mejillas, suspira profundamente varias veces, parpadea. Los planetas giran formando obstinados círculos en su cabeza. Su gozo con Júpiter lucha con la pena por los anillos de Saturno. Y Mercurio. Y los amados y viejos continentes, el amigable mapa. Apuñalados por las agujas del tiempo. El aire es apacible y transparente, y Clay escucha una lejana música. Hanmer está de pie al borde del hoyo, contemplando la caída del agua.

¿Es Hanmer? Cuando Hanmer se vuelve, Clay percibe diferencias. Del liso y ceroso pecho han brotado dos senos. Son pequeños, como los de una muchacha que acaba de entrar en la pubertad, pero sin duda alguna son pechos femeninos. Rematados por minúsculos pezones de color rosa. Las caderas de Hanmer se han ensanchado. El pliegue vertical de la base del vientre se ha estrechado hasta formar una rendija, de la que sólo se ve la parte superior. El hemisferio escrotal de la parte inferior ha desaparecido. No es Hanmer. Es una mujer de la especie de Hanmer.

-Soy Hanmer -dice ella a Clay.

-Hanmer era varón.

-Hanmer es varón. Yo soy Hanmer. -Ella se acerca a Clay. Su forma de andar no es la de Hanmer: en lugar de su ágil y suelta desenvoltura hay un movimiento más refrenado, igualmente fluido pero no tan flexible-. Mi cuerpo ha cambiado, pero soy Hanmer. Te amo. ¿Podemos celebrar juntos nuestra jornada? Es la costumbre.

-¿Se ha ido para siempre el otro Hanmer?

-Nada se va para siempre. Todo vuelve.

Mercurio. Los anillos de Saturno. Istanbul. Roma.

Clay se huela. Guarda silencio un millón de años.

-¿Querrás celebrar conmigo?

-¿Cómo?

-Una unión de cuerpos.

-Sexo -dice Clay-. De modo que no es una cosa anticuada.

Hanmer ríe hermosamente. Se tiende en el suelo con un rápido y desgarbado gesto. Las pulposas plantas suspiran, se estremecen, se balancean. Se abren ojillos en las puntas y chorros de precioso fluido brotan en el aire. Una aromática fragancia se extiende. Un afrodisíaco: Clay nota de pronto la rigidez de su miembro. Hanmer dobla las rodillas. Separa sus muslos y Clay examina la brecha intermedia que aguarda.

-Sí -musita ella.

Aturdido por el desconcierto, Clay cubre con su cuerpo el de ella. Sus manos se deslizan hacia abajo para agarrar las frías, lisas, sedosas nalgas. Hanmer ha enrojecido; sus transparentes párpados se han vuelto lechosos, de tal forma que el fulgor escarlata de sus ojos se ha apagado. Al deslizar una mano hacia arriba y acariciarle los pechos, Clay percibe el endurecimiento de los pezones, y la extrañeza ante la inmutabilidad de ciertas cosas le aturde. La humanidad recorre el sistema solar en un momento, los pájaros hablan, las plantas colaboran en placeres humanos, los continentes están en desorden, el universo es una tormenta de maravillosos colores y asombrosos aromas. Y sin embargo, pese al milagro dorado, carmesí y purpúreo de este alterado mundo, los penes continúan exigiendo vaginas, y las vaginas, penes. No parece adecuado. Pero tras un suave y apagado grito Clay penetra en ella y empieza a moverse, un rápido pistón en la húmeda cámara, y la situación le resulta tan normal que por un momento olvida la sensación de pérdida que ha estado con él desde su despertar. Llega al orgasmo con tal celeridad que el clímax le destroza, pero ella se limita a cantar una frágil serie de semitonos y Clay se recobra con idéntica rapidez, y está despejado, y los dos siguen. Ella le ofrece un espasmo de disciplinada intensidad. Las piernas con rodillas giratorias cercan el cuerpo de Clay. La pelvis de Hanmer se derrite. Ella jadea. Susurra. Canta. Clay elige su momento y desencadena su relámpago por segunda vez, provocando una tormenta de sensación en ella. El tacto de la piel de Hanmer sufre una serie de cambios, áspera y erizada primero, lisa como un líquido después, rígida hasta formar olas de elevada cresta más tarde, finalmente en su estado original. En el instante posterior al éxtasis final, Clay recuerda la luna. ¡La luna! ¿Dónde estaba la luna cuando él y Hanmer recorrían velozmente el cosmos? No hay ninguna luna. La luna ya no existe. ¿Cómo ha podido él olvidarse de buscar la luna?

Se desunen y se apartan. Clay se siente vivificado, aunque ligeramente deprimido al mismo tiempo. La bestia del pasado ha manchado al espíritu del futuro con su salino flujo. Calibán supera a Ariel. Aquí, cuando unen cuerpos, ¿señalan el fin con tal torrente de fluido? Él es prehistórico. Pasan unos instantes antes de que Clay se atreva a mirar a Hanmer. Pero ella está sonriéndole. Hanmer se levanta, pone de pie dulcemente a Clay y lo lleva al estanque que hay bajo la cascada. Se bañan. El agua es fría como la hoja de un cuchillo. Los múltiples dedos de Hanmer vuelan jovialmente sobre el cuerpo de Clay; ella es tan femenina que él apenas logra evocar un recuerdo del varón delgado y musculoso con el que empezó la jornada. Ella es coqueta, juguetona, sutilmente posesiva.

-Copulas con gran entusiasmo -dice ella.

Una repentina rociada de brillo cae del sol, que está casi en el cenit. Una hilera de desconocidos colores recorre el pico de una elevada montaña, hacia el... ¿oeste? Clay quiere coger a Hanmer y ella lo evita y huye riendo entre la espinosa espesura. Las plantas la atacan con indiferencia pero no pueden tocarla. Cuando Clay sale tras ella, los espinos le trituran. Prosigue, tambaleándose y cubierto de sangre, y ve que ella le espera junto a un árbol bajo y grueso, no más alto que la hembra. Las ventanas nasales de Hanmer se agitan, sus párpados se abren y se cierran sin cesar, sus pequeños senos suben y bajan. Por un momento Clay la ve con el cabello verde al aire y una espesa y negra maraña púbica, pero el momento pasa y ella está tan lisa como antes. Cinco criaturas llaman roncamente a Clay desde las ramas del árbol. Tienen enormes bocas, larguiruchos cuellos, abultadas alas y, por lo que ve Clay, carecen de cuerpo. -¡Clay! ¡Clay! ¡Clay! ¡Clay!

Hanmer no les hace caso; las criaturas saltan al suelo y se escabullen. Hanmer se acerca y le besa los arañazos, y las heridas curan. Ella examina austeramente las partes del cuerpo de Clay, toca todo, aprende su anatomía como si un día tuviera que construir algo parecido. La intimidad de la inspección molesta a Clay. Por fin ella queda satisfecha. Hanmer abre el suelo como si fuera una cremallera y saca un tubérculo, igual que hizo ayer el otro Hanmer. Clay lo coge, confiado, y succiona el jugo. Un pelaje azul brota de su piel. Sus órganos genitales crecen de forma tan monstruosa que cae al suelo bajo el peso. Los dedos de sus pies se unen. La luna, piensa él con amargura. Hanmer se acuclilla sobre él y desciende, se empala en la vara de Clay. La luna. La luna. Mercurio. La luna. Clay apenas nota la sacudida orgásmica.

Los efectos del jugo del tubérculo disminuyen. Clay permanece boca abajo, con los ojos cerrados. Al acariciar a Hanmer descubre que el bulto escrotal ha crecido de nuevo en la unión de los muslos. Hanmer es macho otra vez. Clay lo mira: sí, cierto. Pecho plano, amplia espalda, caderas estrechas. Todo vuelve. Demasiado pronto, a veces.

Se acerca la noche. Clay busca la luna.

-¿Tenéis ciudades? -pregunta-. ¿Libros? ¿Casas? ¿Poesía? ¿Alguna vez lleváis ropa? ¿Morís?

-Cuando lo necesitamos -dice Hanmer.

### 3

Se sientan codo con codo en la oscuridad, hablan poco. Clay observa la procesión de las estrellas. Muchas veces el brillo es insoportable. En ocasiones Clay piensa en abrazar de nuevo a Hanmer, y debe recordar la revenida metamorfosis de su compañero. Quizás ese Hanmer hembra vuelva con el tiempo; su aparición en el escenario ha sido muy breve.

-¿Soy monstruosamente bárbaro? -pregunta Clay al existente Hanmer-. ¿Vulgar? ¿Bruto?

-No. No. No.

-Pero soy un hombre del albor. Una chapucera primera intentona. Tengo apéndice. Orino. Defeco. Tengo hambre. Sudo. Huelo. Soy un millón de años inferior a ti. ¿Cinco millones? ¿Cincuenta millones? ¿Ni la menor idea?

-Te admiramos tal como eres -le asegura Hanmer-. No te criticamos por lo que no has podido llegar a ser. Como es natural, quizá modifiquemos nuestro criterio cuando te conozcamos mejor. Nos reservamos el derecho a detestarte.

Se produce un silencio muy largo. Las estrellas fugaces hienden la noche.

-No pretendo disculparme -dice Clay por fin-, pero hicimos cuanto pudimos. Al fin y al cabo, dimos Shakespeare al mundo. Y... ¿has oído hablar de Shakespeare?

-No.

-¿Homero?

-No.



-¿Beethoven?

-No.

-Einstein.

-No.

-Leonardo da Vinci.

-No.

-¡Mozart!

-No.

-¡Galileo!

-No.

-¡Newton!

-No.

-Miguel Ángel. Mahoma. Marx. Darwin.

-No. No. No. No.

-¿Platón? ¿Aristóteles? ¿Jesucristo?

-No, no, no.

-¿Recuerdas la luna que este planeta tuvo en tiempos?

-He oído hablar de la luna, sí. Pero no de las otras cosas.

-Todo lo que hicimos nosotros se ha perdido, ¿no? Nada sobrevive. Estamos extintos.

-Te equivocas. Tu raza sobrevive.

-¿Dónde?

-En nosotros.

-No -dice Clay-. Si todo lo que hemos hecho ha muerto, nuestra raza ha muerto. Goethe. Carlomagno. Sócrates. Hitler. Atila. Caruso. Luchamos contra la oscuridad, y la oscuridad nos engulló a pesar de todo. Estamos extintos.

-Si eso es cierto -replica Hanmer-, entonces nosotros no somos humanos.

-No sois humanos.

-Somos humanos.

-Humanos, pero no hombres. Hijos de los hombres, tal vez. Hay una gran separación cualitativa. Un lapsus de continuidad demasiado grande. Habéis olvidado a Shakespeare. Recorréis los cielos.

-Debes recordar que tu período ocupa un segmento sumamente estrecho de la banda del tiempo -dice Hanmer-. La información apretujada en una reducida banda se vuelve confusa y se distorsiona. ¿Tal vez resulta sorprendente que tus héroes hayan caído en el olvido? Lo que a ti te parece una señal fuerte, para nosotros es simplemente un momentáneo brote de ruido. Nosotros percibimos una banda mucho más amplia.

-¿Estáis hablándome de anchos de banda? -pregunta Clay, perplejo-. ¿Habéis perdido a Shakespeare y conserváis jergas técnicas?

-He usado una metáfora, sólo eso.

-¿Cómo es posible que hables mi idioma?

-Amigo, tú hablas *mi* idioma -dice Hanmer-. Sólo existe un idioma y todos los seres lo hablan.

-Existen muchos idiomas.

-Uno.

-*There are many languages.*

-Sólo uno, que todos los seres comprenden.

-*Ci sono molte lingue! Sprache! Langue! Språk! Nyelv! La confusión de las lenguas. Enchanté de faire votre connaissance. Welcher Ort ist das? Per favore, potrebbe dirigermi al telefono. Finns det någon här, som talar engelska? The train is just gone.*

-Cuando la mente toca la mente -dice Hanmer-, la comunicación es inmediata y total. ¿Por qué necesitabais tantas formas de hablar unos con otros?

-Es uno de los placeres de los salvajes -dice Clay con amargura.

Clay forcejea con la idea de que todas las personas y todas las cosas están olvidadas. Nos definimos por nuestros actos, piensa. Mediante la continuidad de nuestra cultura significamos que somos humanos. Y todas las continuidades están rotas. Hemos perdido nuestra inmortalidad. Podríamos tener tres cabezas y treinta pies, nuestra piel podría transformarse en escamas azules, y la humanidad, mientras vivieran Homero, Miguel Ángel y Sófocles, viviría. Pero ellos han desaparecido. Si fuéramos globos de fuego verde, o capas rojas de una roca, o relucientes rollos de alambre, y sin embargo recordáramos quiénes habíamos sido, continuaríamos siendo hombres.

-Cuando recorrimos volando el espacio -dice Clay-, ¿cómo lo hicimos?

-Nos disolvimos. Ascendimos.

-¿Cómo?

-Disolviéndonos. Ascendiendo.

-Esa no es respuesta.

-No puedo darte otra mejor.

-¿Es una cosa que hacéis naturalmente? ¿Igual que respirar? ¿Como andar?

-Sí.

-De forma que os habéis transformado en dioses -dice Clay-. Todas las posibilidades a vuestra disposición. Voláis hasta Plutón cuando os conviene. Cambiáis de sexo a voluntad. Vivís siempre, o tanto como os plazca. Si deseáis música, podéis superar a Bach, todos vosotros. Podéis razonar como Newton, pintar como El Greco, escribir como Shakespeare, pero no os preocupa hacer eso. Vivís constantemente en una sinfonía de colores, formas y texturas. Dioses. Habéis llegado a ser dioses.

Clay se echa a reír.

-Nosotros lo intentamos -prosigue-. Me refiero a que sabíamos volar, podíamos llegar a los planetas, dominamos la electricidad, conseguimos extraer sonido del aire, erradicamos las enfermedades, escindimos los átomos. Para lo que éramos, no lo hacíamos tan mal. En nuestra época. Veinte mil años antes de mi época los hombres vestían pieles de animales y vivían en cuevas, y en mi época el hombre caminó por la luna. Vosotros ya habéis vivido veinte mil años, ¿no es cierto? Como mínimo. ¿Y se ha producido algún cambio real en el mundo en ese tiempo? No. Si te conviertes en un dios no puedes cambiar nada, porque ya has obtenido todo. ¿Sabes, Hanmer, que nosotros solíamos preguntarnos si era correcto seguir esforzándose? No conocéis a los griegos, por lo que tal vez no conozcáis la palabra *hybris*. Arrogante orgullo. Si un hombre sube demasiado alto, los dioses lo derribarán, porque hay ciertas cosas reservadas únicamente a los dioses. Ese *hybris* nos preocupaba mucho. Nos preguntábamos, ¿no estaremos siendo demasiado divinos? ¿Recibiremos nuestro castigo? ¿La plaga, el fuego, la tempestad, el hambre?

-¿Realmente teníais ese concepto? -pregunta Hanmer, en tono de verdadera curiosidad-. ¿Es tal vez nocivo aspirar a mucho?

-Sí.

-¿Un repugnante mito concebido por cobardes?

-Un concepto noble inventado por las mentes más profundas de nuestra raza.

-No -dice Hanmer-. ¿Quién podría defender esa idea? ¿Quién podría rehusar el mandato del destino humano?

-Vivíamos en tensión -replica Clay-, queríamos ascender y nos daba miedo subir demasiado alto. Y seguimos subiendo, aunque nos asfixiaba el miedo. Y nos convertimos en dioses. ¡Nos hemos convertido en vosotros, Hanmer! Pero ¿no ves nuestro castigo? Por culpa de nuestro *hybris* hemos caído en el olvido.

A Clay le complace su intrincada argumentación. Espera la réplica de Hanmer, pero no hay réplica. Poco a poco Clay se da cuenta de que su compañero ha desaparecido. ¿Aburrido por su charla?

¿Volverá? Todo vuelve. Clay pasará la noche allí mismo, sin moverse. Intenta dormir, pero nota que está totalmente despierto. No ha dormido desde su primer despertar aquí. Poco puede ver en esa estrellada negrura. Pero hay sonidos. El tono de una cuerda que restalla y vibra en el aire. Luego hay un ruido extraño, una vasta masa que varía su período de vibración. Después Clay oye seis columnas de hueca piedra que se alzan y golpean la tierra. Un agudísimo plañido. Un retumbo lúgubre e intenso. Una llovizna de perlinas gotas. Un gorgoteo de savia. Alas que se rozan. Un chapoteo. Un *clinc*. Un siseo. ¿Dónde está la orquesta? No hay nadie en los alrededores. Clay está convencido de hallarse dentro de un oscuro cono de soledad. La música se pierde a lo lejos, dejando únicamente algunos aromas errantes. Clay percibe una niebla que se acerca y le envuelve. ¿Hasta qué punto serán contagiosos los milagros de Hanmer?, se pregunta, y experimenta con la transformación de su sexo: tendido boca arriba en una resbaladiza y pizarrosa roca, Clay trata de dotarse de pechos. Rígido a causa de la concentración, intenta que crezcan montículos de carne en su pecho. Fracasa. ¿No sería más efectivo formar antes la estructura glandular interna de las mamas?, piensa, y trata de imaginar el aspecto de esa estructura, y fracasa. ¿Quizá sea imposible dotarse de glándulas femeninas sin antes liberarse de los órganos masculinos?, se

pregunta, y durante un momento considera la posibilidad de terminar con ellos, pero duda y fracasa. Clay da por perdido el experimento del cambio de sexo. Después, pensando en recorrer las costas de Saturno, intenta disolverse y ascender. A pesar de que se retuerce, suda y gruñe, permanece desesperadamente material. Pero luego se sorprende él mismo cuando, en un instante de relajación entre esfuerzos, logra crear la nube de color gris claro de la disolución. Clay la estimula. Se entrega a ella. Cree que está consiguiéndolo y, con cautela, hace oscilar su periferia para intentar ascender. Indudablemente está sucediendo algo, aunque no muy parecido a lo que Clay conocía. Un untuoso fulgor verde le envuelve y se oyen irregulares chisporroteos. Y Clay está clavado al suelo. Se deja llevar por el miedo y recorre hacia atrás medio espectro antes de recobrar un poco. ¿Fue concebido el hombre para hacer tales cosas? ¿No estará él aventurándose en territorio prohibido? ¡No! ¡No! ¡No! Clay se derrite. Se disuelve. Se agita como una sábana al viento, está a punto de despegar, es incapaz de lograr la separación definitiva del vínculo terrestre. Pero está muy cerca. Las luces remolinean en el firmamento: anaranjadas, amarillas, rojas. Clay siente intensos deseos de triunfar, y durante unos instantes cree que lo ha conseguido, porque tiene la sensación de que se suelta del suelo y brinca hasta el cielo... Suenan los platillos, fulguran los rayos, hay un tirón terrible, desquiciante, y ocurre algo extraordinario.

Clay comprende que no ha ido a parte alguna. En vez de eso, todo parece indicar que ha atraído algo al lugar donde está.

La cosa reposa junto a él en la pizarrosa roca. Es un esferoide liso y rosado, con apariencia gelatinosa pero firme, que ocupa una jaula rectangular de un metal plateado y pesado. Jaula y esferoide están entrelazados: los barrotes atraviesan el cuerpo en varios puntos. Una reluciente rueda de forma esférica sostiene el suelo de la jaula. El esferoide habla a Clay con un zumbante gorjeo. Clay no entiende nada.

-Pensaba que sólo había un idioma -dice-. ¿Qué estás diciéndome?

El esferoide habla otra vez; no hay duda de que está repitiendo el mensaje, pronunciándolo con más precisión. Pero Clay continúa sin entenderlo.

-Me llamo Clay -dice con una forzada sonrisa-. No sé cómo he llegado aquí. Tampoco sé cómo has llegado tú, aunque es posible que yo te haya traído por casualidad.

Tras una pausa, el esferoide replica ininteligiblemente.

-Lo siento -dice Clay-. Soy primitivo. Ignorante.

De pronto el esferoide adquiere una tonalidad verde oscuro. Su superficie se riza y tiembla. Una sarta de lustrosos ojos aparece y desaparece. Clay nota unos dedos fríos que penetran en su frente y acarician los lóbulos de su arrugado cerebro. En un vasto y repentino torrente recibe al alma del esferoide y entiende que éste le dice: «Soy un ser humano civilizado, nativo del planeta Tierra, arrancado de su ambiente natural por inexplicables fuerzas y conducido a este lugar. Estoy solo y triste. Quiero volver con mi grupo matriz. ¡Te lo ruego, ayúdame cuanto puedas, en nombre de la humanidad!»

El esferoide se aprieta a los barrotes de la jaula, claramente exhausto. Su forma se combe, pierde simetría, y su color se torna amarillo claro.

-Creo que comprendo lo que dices -replica Clay-. Pero ¿cómo quieres que te ayude? Yo también soy víctima del flujo temporal. Soy un hombre de los albores de la raza. Comparto tu soledad y desgracia, estoy tan perdido como tú.

El esferoide despidió una luz débilmente anaranjada.

-¿Entiendes lo que digo?-pregunta Clay.

No hay respuesta. Clay llega a la conclusión de que esta criatura, que afirma ser humana aunque tenga una forma enteramente extraña, debe proceder de un punto de la curva del tiempo todavía más alejado, del futuro de la raza de Hanmer. La lógica de la evolución lo indica. Hanmer, al menos, posee brazos, piernas, cabeza, ojos y órganos genitales. Igual que las cabrunas bestias-humanas cuya época se halla entre la de Clay y la de Hanmer. Pero indudablemente ese ser, sin piernas, con su humanidad comprimida en algún fardo interno, es una extrema versión del modelo. Clay se siente vagamente culpable, cree que ha arrancado al esferoide de su grupo matriz en el transcurso de su chapucero esfuerzo para elevarse, pero además experimenta un temblor de orgullo por haber logrado eso, aunque no fuera su intención. Y es un placer encontrar a alguien más desplazado y confuso que él mismo.

-¿Hay alguna forma de que nos comuniquemos? -pregunta-. ¿Podemos atravesar esta barrera? Escucha, me acercaré. Abriré mi mente tanto como pueda. Debes disculpar mis deficiencias. Procedo de la Era Vertebrada. Más cerca del pitecántropo que de ti, seguro. Háblame. *Where is the phone?*

El esferoide recupera un tono parecido al rosado original. Y fatigadamente ofrece a Clay una visión: una ciudad de amplias plazas y relucientes torres en cuyas hermosas calles se mueven tropes de esferoides rosas, todos con su rutilante jaula. Las fuentes lanzan cascadas de agua al cielo. Luces multicolores giran y se agitan. Los esferoides se encuentran, intercambian saludos, de vez en cuando tienden glóbulos protoplásmicos a través de los barrotes de las jaulas, en gestos parecidos a apretones de manos. Llega la noche. ¡Ahí está la luna! ¿La han reconstruido, incluso los cráteres? Clay examina el amado y cicatrizado rostro. Deslizándose como el ocular de una cámara, Clay pasa a un jardín. Rosas. Tulipanes amarillos. Narcisos, junquillos, jacintos azules en abundantes racimos. Un árbol con hojas familiares, otro, otro más. Roble. Arce. Abedul. De modo que esos espasmódicos y gigantes montones de blanda carne son anticuarios, y han reconstruido la vieja Tierra para su deleite. La visión fluctúa y se desintegra al caer una impenetrable cortina de remordimiento. Clay comprende que ha extraído una conclusión incorrecta. ¿Acaso los esferoides no son seres del incalculablemente remoto futuro? ¿Son, pues, descendientes del hombre a corto plazo? La visión vuelve. El esferoide parece más animado, le indica que está en la senda correcta. Sí. ¿Qué son los esferoides, la humanidad cinco mil, o diez mil; o veinte mil años posterior a los días de Clay, de una época en que robles, tulipanes, jacintos y luna existen aún? Sí. ¿Y cuál es la lógica evolutiva? No hay lógica. El hombre se ha dotado de nueva forma para complacerse. Esta es la fase esferoidal oval. Más tarde el hombre decidirá ser una vil cabra. Y más tarde todavía será Hanmer. Todos nosotros, barridos por el flujo del tiempo.

-Mi hijo -dice Clay. (¿Hija? ¿Sobrina? ¿Sobrino?)

Impulsivamente Clay trata de deslizar las manos entre los barrotes para abrazar al solemne esferoide. Recibe una descarga de fuerza que le lanza dando tumbos a muchos metros de distancia, y queda inmóvil, atónito, mientras cierta enredadera le envuelve los muslos con sus zarcillos. Clay recobra el ánimo poco a poco.

-Lo siento -susurra mientras se acerca a la jaula-. No pretendía entrometerme en tu espacio. Te ofrecía amistad.

El esferoide tiene ahora un oscuro color ámbar. ¿El color de la furia? ¿Miedo? No: disculpa. Otra visión llena la mente de Clay: esferoides con las jaulas juntas, esferoides que bailan, esferoides que se unen con viscosas hebras extendidas. Un himno al amor. Prueba otra vez, prueba, prueba otra vez. Clay extiende una mano. La mano pasa entre los barrotes. No hay descarga. La superficie del esferoide se frunce y se remolinea, y una fina proyección tentacular surge y agarra la muñeca de Clay. Confianza. Víctimas comunes del flujo temporal.

-Me llaman Clay -dice Clay, pensándolo con vehemencia. Pero la única respuesta del esferoide es una serie de vívidas instantáneas de su mundo. El lenguaje universal no debía estar aún inventado en la época del esferoide. Sólo puede comunicarse mediante imágenes.

-De acuerdo -dice Clay-. Acepto las limitaciones. Aprenderemos a arreglárnoslas.

El tentáculo le suelta. Clay se aparta de la jaula.

Se concentra en la formación de imágenes. Utilizar las abstracciones es difícil. ¿Amor? Clay muestra su imagen, de pie junto a una mujer de su raza. Abrazándola. Tocándole los pechos. Ahora están en la cama, copulando. Clay describe claramente la unión de los órganos. Subraya rasgos como vello corporal, olores, imperfecciones. Manteniendo la cópula de la copulante pareja, Clay crea una imagen adyacente de él mismo encima de Hanmer hembra, realizando el mismo rito. Luego se ve él mismo metiendo el brazo en la jaula y dejando que el tentáculo se enrolle en su muñeca. *Capisce?* Y ahora hay que mostrar confianza. ¿Gato y gatitos? ¿Niño y gatitos? ¿Esferoide sin jaula, abrazando a esferoide? Una repentina respuesta de angustia. Cambio de tonalidad: el color del ébano. Clay corrige la imagen y devuelve a los esferoides a sus jaulas. Indicios de alivio. Perfecto. Y ahora, ¿cómo transmitir soledad? Un hombre desnudo en extensos campos de extrañas flores. Fugaces sueños del hogar. Escena de una ciudad del siglo veinte: un lugar agitado, atestado, pero amado.

-Estamos comunicándonos -dice Clay-. Estamos consiguiéndolo.

La larga noche acaba. Con el azul celeste del amanecer, Clay ve toda una flora que no estaba allí con la puesta del sol: espigados árboles con ramas rojas, retorcidas espirales de pegajosas y vibrantes enredaderas, enormes flores de diámetro dos veces mayor que un bote de remos en cuyo interior oscilan y fluctúan borlillas que recuerdan matillos, esparciendo polen de diamantinas facetas. Hanmer ha vuelto. Se sienta con las piernas cruzadas al otro lado de la roca de Clay.

-Tenemos un compañero -dice Clay-. No sé si el flujo del tiempo lo atrapó o si yo lo arrastré hasta aquí. Estuve haciendo experimentos dentro de mi cabeza. Pero de todas formas él está...

¿Muerto?

El esferoide es un arrugado pellejo pegado a un lado de la jaula. Un goteo de iridiscente fluido ha teñido tres barrotes. Clay no consigue excitar la ya familiar imaginación del esferoide. Se aproxima a la jaula, introduce cautelosamente dos dedos y no recibe sacudida alguna.

-¿Qué ha pasado? -pregunta.

-La vida se va -dice Hanmer-. La vida vuelve. Lo llevaremos con nosotros. Vamos.

Caminan alejándose a la salida del sol. Sin tocarla, Hanmer empuja la jaula ante los dos. Ahora cruzan un bosquecillo de elevados árboles amarillos de cuadradas copas cuyas hojas rojas, suspendidas en espesos racimos, se retuercen como irritadas estrellas de mar.

-¿Habías visto seres como éste anteriormente? -pregunta Clay.

-Varias veces. El flujo nos trae todas las formas.

-He llegado a la conclusión de que también es una forma primitiva. Próxima a mi época, de hecho.

-Podrías tener razón -dice Hanmer.

-¿Por qué ha muerto?

-La vida se le ha escapado.

Clay va acostumbrándose a la forma de responder de Hanmer. Al poco tiempo se detienen en un estanque de fluido azul oscuro en el que nadan solemnemente doradas medallas.

-Bebe -sugiere Hanmer.

Clay se arrodilla junto al borde. Con la mano ahuecada coge un receloso puñado. Picante al gusto. El líquido le llena de viva y enorme tristeza, de un conocimiento de oportunidades perdidas y rutas no aprovechadas que en el primer instante amenaza abrumarle. Clay ve todas las posibles opciones que se presentan en cualquier momento, la infinidad de oscuras y confusas carreteras señaladas por ininteligibles letreros, y se ve volando por todos esos caminos al mismo tiempo, mareado, sumamente dilatado. La sensación concluye. O mejor dicho, la sensación se refina, adopta un carácter más preciso, y Clay comprende que posee el don de un nuevo medio de percepción, que él ha usado metafóricamente y no espacialmente. Clay bebe otra vez. La percepción se hace más profunda e intensa. Clay recibe vacilantes imágenes: once reptiles nocturnos que duermen en un somero túnel justo detrás de él, sangre que vibra como chispas en el interior del compacto cuerpo de Hanmer, la nebulosa amorfia de la putrefacta carne del esferoide, las frágiles entrañas de crustáceo de las doradas medallas que nadan. Bebe por tercera vez. Ahora ve la esencia de las cosas con más precisión todavía. Su zona de percepción se ha transformado en una esfera cinco veces mayor que su altura, con su cerebro en el centro. Examina la estructura del suelo: una capa de negro gredo sobre una capa de rosada tierra sobre una capa de embarullados guijarros sobre una capa de resbaladizos y ladeados bloques de granito. Clay mide las dimensiones del estanque y repara en la curva del suelo, matemáticamente perfecta. Calcula la tensión ambiental causada por el paso simultáneo de un trío de seres parecidos a pequeños murciélagos en lo alto y el crecimiento de seis células en las raíces de un árbol próximo. Clay bebe de nuevo.

-Aquí es muy fácil ser dios -dice a Hanmer, y observa el rebote de los tonos de su voz en la superficie del estanque.

Hanmer se echa a reír. Continúan andando.

Los nuevos sentidos de Clay se debilitan antes del mediodía. Queda un vago residuo; todavía puede ver un breve trecho del interior del suelo, y percibe cosas que suceden detrás de su cabeza.

Pero sólo nebulosamente. En este mundo las cosas son muy pasajeras. Clay espera encontrar otro estanque, o que regrese Hanmer hembra, o que acabe el tiempo de muerte del esferoide.

Por delante hay ahora un anfiteatro natural: un amplio y hondo hueco limitado en un extremo por un puñado de negros pedrones con líquenes azules incrustados. Cinco miembros de la raza de Hanmer están sentados cerca de las piedras. Tres hembras, dos varones.

-Haremos la Abertura de la Tierra -dice Hanmer-. Es el momento adecuado.

El día se ha vuelto bastante caluroso; si llevara ropa, Clay desearía quitársela. El perezoso sol pende cerca del horizonte, y gruesos rayos de energía se deslizan irregularmente por la pendiente del anfiteatro. Hanmer no hace presentaciones, los otros cinco parecen conocer ya a Clay. Todos se levantan y le dan la bienvenida con soñolientas sonrisas y apagados estallidos de canto. Clay tiene dificultades para distinguir uno de otro, incluso para distinguir a Hanmer de los otros dos varones. Una hembra se desliza hacia él.

-Soy Ninameen -le dice-. ¿Estarás alegre aquí? ¿Has venido para la Abertura de la Tierra? ¿Fue penoso despertar? ¿Te atraigo?

Ella posee una voz de cadencia regular, aguda y aflautada, y adopta posturas que Clay considera japonesas. Parece más delicada y vulnerable que Hanmer hembra. Los residuos de sus aumentadas percepciones muestran a Clay la sensualidad que palpita en el interior de Ninameen: minúsculos grifos transparentes están vertiendo doradas hormonas que fluyen hacia los lomos de la hembra. Tanta asequibilidad aturde a Clay. De pronto se avergüenza de su desnudez, del largo órgano que pende entre sus muslos. Envidia a los hombres de la especie de Hanmer, ellos tienen el sexo tapado. Ninameen se vuelve y corre hacia las rocas, mira hacia atrás una vez para comprobar si él la sigue. Clay permanece inmóvil. Hanmer, o alguien que él toma por Hanmer, ha elegido una hembra y está tumbado junto a ella en un hoyo de baja y esponjosa hierba. La tercera hembra y los otros dos varones han iniciado un remilgado baile, con muchas risas y frecuentes abrazos. Ninameen, tras trepar a una roca, lanza fragmentos de liquen a Clay. Éste corre tras ella.

Ninameen es increíblemente ágil. Clay vislumbra el esbelto cuerpo verde y oro siempre por delante de él mientras avanza torpemente por las negras rocas. Jadea, suda, tose de fatiga. Igual que un sátiro, Clay corre con el miembro erecto. Ella le espía desde inesperadas grietas. Un pequeño pecho que aparece por aquí, una lisa nalga por allá. Perseguida de este modo, Ninameen parece humana casi por entero, aunque hay recordatorios del abismo que separa las dos especies cuando Clay se detiene a considerar la llanura de la cara, los ojos escarlatas, los numerosos y alargados dedos de las manos. Clay sabe, por los vislumbres anteriores al nuevo embotamiento de sus percepciones, que la anatomía interna de Ninameen es monstruosamente extraña, una serie de ordenados compartimentos rectangulares unidos por estrechos canales anacarados. No hay más parecido con la maquinaria interna de Clay que entre ésta y la de una langosta. Pero él desea a Ninameen. Será suya pese a todo.



Clay llega a la cima del mayor pedrón. ¿Dónde está ella? Mira alrededor, no ve a nadie. La parte alta de la roca está ahuecada, forma un somero cráter; el agua de lluvia lo ha llenado y en la superficie flotan negros filamentos que se agitan y emiten zumbidos. Clay examina el agua, pensando que la hembra se ha sumergido para ocultarse, pero ve únicamente su propia imagen; que no se refleja en la superficie del agua sino en las profundidades de obsidiana. Clay está tenso e incómodo, parece un neandertaloide que arde de lujuria.

-¿Ninameen? -llama. El sonido de su voz levanta burbujas en el agua y el reflejo desaparece.

Ninameen se ríe tontamente. Clay la encuentra suspendida tres metros por encima de su cabeza, apoyada en el aire boca abajo, cómodamente, con brazos y piernas extendidos. Clay puede percibir los ríos de algo que no es sangre fluyendo por venas que no son tales, y nota la brisa creada por la levitación de Ninameen al frustrar la gravedad.

-Baja -le dice.

-Aún no. Cuéntame cosas de tu época.

-¿Qué quieres saber?

-Todo. Desde el principio. ¿Morís? ¿Amáis? ¿Entra él en el cuerpo de ella? ¿Os peleáis? ¿Soñáis? ¿Perdonáis?...

-Espera -dice Clay-. Intentaré mostrártelo. Mira, así era mi época.

Clay abre su alma a Ninameen. Sintiendo como una exposición de museo, le ofrece visiones de automóviles, camisas, zapatos, restaurantes, camas sin hacer, vestíbulos de hotel, aviones, macetas con palmeras, teléfonos, autopistas, plátanos maduros, explosiones atómicas, centrales eléctricas, zoológicos, edificios comerciales, embotellamientos de tráfico, piscinas municipales, galerías de tiro y periódicos. Le muestra películas, segadoras de césped, filetes a la parrilla y nieve. Le enseña ábsides de iglesia. Desfiles. Dentífricos. Lanzamientos de cohetes.

Ninameen cae pesadamente hacia el suelo.

Bamboleándose desesperadamente, Clay frena la caída y cae con Ninameen encima, gruñendo a causa del impacto. El frío cuerpo de la mujer se aferra al de él, tembloroso, y su pánico es tan intenso que imágenes de terror saltan de su mente a la de Clay. Éste ve, entre una neblina de distorsión, las ruinas gigantescas, ciclópeas y grisáceas de un edificio de piedra, y cinco enormes criaturas sentadas delante, bestias parecidas a dinosaurios enterradas en barro que alzan lentamente sus grandes cabezas, resoplan y hacen temblar el suelo con sus quejas. Y ahí está Ninameen postrada ante los monstruos, como si rezara, como si suplicara absolución. Los colosales reptiles rugen y jadean, sacuden la cabeza, arrastran sus inmensos mentones por el lodo, y Ninameen se hunde poco a poco, sollozante, en el barro. La imagen se desvanece. Clay acuna a la asustada muchacha con la máxima suavidad posible.

-¿Te has hecho daño? -murmura-. ¿Te encuentras mal?

Ninameen se estremece y de su boca brotan infelices ronroneos.

-No lo entendía -musita ella por fin-. No entendía tu poema y me he asustado. ¡Qué extraño eres!

Ninameen recorre la piel de Clay con una multitud de dedos. Ahora le corresponde a él estremecerse. Ella se acomoda al lado de él, y Clay la besa en el cuello y toca suavemente uno de sus pechos, admirando el tacto de azogue de su piel. Pero cuando se dispone a penetrarla imagina de pronto que ella está adoptando la forma masculina de su especie y su miembro viril pierde firmeza, como si sus entradas sensoriales estuvieran desconectadas. Ninameen se aprieta a él, pero es inútil: Clay no logra la erección. Solicita, Ninameen adopta la forma masculina, haciendo el cambio con tanta rapidez que él no puede seguirlo, pero la situación no mejora de este modo, y ella vuelve a ser hembra.

-Por favor --dice Ninameen con apremiante vocecita-. Que nos atrasamos en la Abertura.

Clay nota que ella desliza los dedos sobre un grueso e inactivo nervio de la parte carnosa de su espalda; Ninameen rompe las redes de resistencia, agujonea el cerebro de Clay, cataliza su virilidad. Luego ella le rodea con una pierna y Clay, antes de que el impulso le esquive, se lanza hacia las entrañas de la hembra. Ella le agarra como si quisiera ingerirlo. ¿Por qué tienen vida sexual estos seres? Indudablemente pueden descubrir formas más inmediatas de establecer contacto. Indudablemente la sexualidad no puede ser una meta biológica en fecha tan tardía de la evolución humana. Indudablemente este simple placer animal debe ser tan anticuado como comer o dormir. Clay concibe una agradable fantasía: han vuelto a inventar el coito para él y se han dotado de vaginas y penes con cierto espíritu de mascarada, el mejor recurso para comprender la naturaleza de su primitivo huésped. La idea complace a Clay. Sin dejar de mover las caderas, Clay embellece el acto esforzándose en imaginar a los compañeros de Hanmer en su forma normal, asexuados, lisos como una máquina en las entrepiernas, y mientras hace esto, Ninameen le transmite secretamente un estallido de extática sensación, usando la parte de él que está dentro de ella como conducto directo para llegar a su cerebelo. Clay responde con un ardoroso y repentino chorro y se queda inmóvil, asombrado y drenado.

-¿Quieres ayudarnos a hacer la Abertura de la Tierra, ahora? -le murmura ella cuando él abre los ojos.

-¿Qué es eso?

-Uno de los Cinco Ritos.

-¿Una ceremonia religiosa?

La pregunta queda en suspenso en el aire, igual que el frío. Ninameen está bajando del pedrón. Él la sigue con torpes pasos, dando tumbos, tropezando en las grietas de la roca. Ella se vuelve, le alza suavemente del suelo, con una sonrisa y una mirada, y le hace ir flotando hasta el suelo. Clay aterriza de pie en la húmeda y cálida tierra. Ninameen le arrastra hacia el centro del anfiteatro, donde ya están reunidos los otros cinco. Todos han adoptado la forma femenina. Clay es incapaz de distinguir a Hanmer hasta que los demás pronuncian sus nombres con cascabelera precipitación: Bril, Serifice, Angelon y Ti. Sus cuerpos, esbeltos y desnudos, ondulan y relucen bajo la brillante luz solar. Forman un círculo, cogidos de las manos. Clay cree que se halla entre Serifice y Ninameen.

-¿Qué opinas, somos los buenos o los malos? -dice Serifice, suponiendo que sea ella, con un encantador tintineo.

Ninameen contiene la risa.

-¡No le confundáis! -grita alguien del círculo, la hembra que Clay supone es Hanmer.

Pero Clay está confuso.

Temporalmente saciado de su lujuria por Ninameen, Clay está obsesionado de nuevo por la rareza de estos seres y se extraña de que sienta interés sexual por ellos pese a que sean tan extraños. ¿Será a causa de alguna peculiaridad del ambiente? ¿O quizá cualquier agujero disponible sirve para el caso cuando estás atrapado por el flujo del tiempo?

Están bailando. Clay baila con ellos, pese a que no puede imitar los elásticos movimientos de esas piernas sin articulaciones. Las manos que agarra se vuelven frías. En su estómago brota un helado nudo de incertidumbre, Clay sabe que el rito de la Abertura de la Tierra está empezando. Un brusco embate de actividad vibra dentro de su cráneo. Su visión se nubla. Sus seis compañeras se lanzan hacia él y le estrujan con sus helados cuerpos. Él nota en la piel los rígidos pezones como si fueran nudos de fuego. Están obligándole a tenderse en el suelo. ¿Se trata de un sacrificio, y él es la víctima?

-Soy Angelon -canturrea Angelon.

-Soy amor -canta Ti-. Soy Ti. Soy amor.

-Soy amor -canta Hanmer-. Soy Hanmer.

-Soy Serifice. Soy amor.

-Soy Bril.

-Soy Angelon.

-Amor.

-Ninameen.

-Soy amor.

-Serifice.

El cuerpo de Clay se está expandiendo. Se está transformando en una malla de finos hilos de cobre que envuelve el planeta entero. Tiene largura y anchura pero no altura.

-Soy Ninameen -canta Ninameen.

El planeta está abriéndose. Clay penetra en él. Lo ve todo.

Ve los insectos en sus nidos y los reptiles nocturnos en sus túneles, ve las raíces de los árboles y arbustos, flores que se entrelazan, se retuercen y se extienden, y ve las rocas subterráneas y las capas de estratificación. Preciosos minerales relucen en la dividida corteza del planeta. Clay localiza lechos de ríos y suelos de lagos. Toca todo y es tocado por todo. Él es el dios durmiente. Él es la primavera que vuelve. Él es el corazón del mundo.

Clay desciende a los estratos más profundos, donde bolsas de petróleo rezuman tristemente a través de las capas de silencioso esquisto, y encuentra doradas pepitas que bullen y revientan, y vadea un claro y manso riachuelo de zafiros. Luego flota hacia la parte del planeta que fue hogar del hombre en una de las generaciones posteriores a la suya, y vaga admirado por vacías calles de pulcros y espaciosos

túneles mientras serviciales máquinas matraquean sin cesar y se ofrecen para atender todas las necesidades de Clay.

-Somos amigos del hombre -le dicen- y aceptamos nuestras antiguas obligaciones.

El planeta tiembla y el flujo del tiempo estalla, y en un sorprendente momento Clay ve la ciudad habitada de nuevo: altos mortales de atormentado aspecto atestan los corredores, seres pálidos, de rostros largos y delgados, no muy distintos de los hombres y mujeres de la época de Clay, con la excepción de que sus cuerpos tienen tendencia a ser atenuados y endebles. Clay no lamenta recorrer ese nivel y pasa a las verdaderas entrañas. Ahí está el ardiente magma, los fuegos internos. ¿Aún no te enfrías, viejo planeta? No, ni mucho menos. Carezco de luna y mis mares han variado, pero en el núcleo resplandezco. Los amigos de Clay están muy cerca.

-Soy Bril -musita Serifice.

-Soy Angelon -dice Ti.

Todos son varones y han extraído sus miembros de las vainas. ¿Han venido para fertilizar el núcleo de la Tierra? Brotan nubes de ondulante vapor azul y ocultan a los compañeros de Clay, y él sigue vagando, nadando entre pórfiro, alabastro, sardónice, diabasa, malaquita y feldespato, alanceando los tejidos del mundo como una aguja consciente, hasta que la superficie va acercándose. Clay emerge. Se ha hecho de noche y sus amigos yacen agotados en el anfiteatro; enjambres de doradas avispas adornan sus flácidos cuerpos, tres varones, tres hembras. En plena exaltación, Clay descubre que puede caminar en el aire. Ascende a una altura de quizá diez metros y, sonriente, anda a grandes y torpes zancadas. ¡Qué fácil es! Todo se reduce a mantener la distancia entre su cuerpo y el suelo. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Recorre la extensión del anfiteatro. Cae flotando hasta que sus pies casi rozan los arbustos y se lanza de nuevo hacia lo alto. Un paso, otro paso, otro más. Vale la pena haber sido arrastrado fuera de rumbo quién sabe cuántos millones de años, para poder andar en el aire de esta forma, no en cierta forma intangible e incorpórea como antes, sino con el mismo y cosquilleante cuerpo.

Clay desciende. Ve la reluciente jaula metálica del esferoide, con su contenido inerme, arrugado y caído. Se acerca y apoya las manos en los brillantes barrotes.

-Nadie debe estar muerto en la noche de la Abertura de la Tierra -dice-. ¡Recobra la fuerza! ¡Ven! ¡Ven! -Clay pone las manos en el espinoso cadáver del esferoide-. ¿Puedes oírme? Te ordeno que vuelvas a la vida, hijo, hija, sobrino, sobrina.

De las profundidades de la abierta Tierra, Clay reclama nueva vida y la bombea al esferoide, que recobra su plenitud, su antigua gordura, se hace liso y firme de nuevo, adopta una tonalidad púrpura, roja, rosada. Vive otra vez. Clay detecta las mudas emanaciones de gratitud.

-Nosotros, los humanos, nos mantenemos unidos -dice Clay al esferoide-. Soy Clay. Mi época es algo anterior a la tuya, anterior al cambio de forma de la raza. Pero, como puedes ver, épocas posteriores lograron el regreso a la disposición original. Esos que duermen allí..., nuestros anfitriones...

Hanmer, Bril, Serifice, Angelon, Ti y Ninameen fluctúan y se hacen indistintos, pasan de macho a hembra y de hembra a macho, se agitan, se aquietan. Todavía están enmarañados en la ceremonia de la Abertura de la Tierra. Clay se pregunta si no

debería haberse quedado con ellos, pero decide que, de haberlo hecho, habría perdido el placer del paseo por el aire, y no habría devuelto la vida al esferoide. Ha sido un día de prodigios. Él jamás había conocido tanta dicha.

El delirio de felicidad de Clay no se altera siquiera cuando aparecen arrastrándose los horribles hombres cabra. Él los saluda inclinando la cabeza.

-Soy Clay -explica-. De todos los atrapados por el flujo temporal, yo parezco ser el más antiguo. El esferoide pertenece a una época posterior a la mía. Éstos, naturalmente, forman parte de la variedad de hombre que domina en la actualidad. Y vosotros tres, por lo que deduzco, procedéis de algún período intermedio en que...

Mascullando de forma siniestra, los hombres cabra avanzan hacia él.

Hablan entre ellos en un triste y monótono lenguaje, y avanzan como cangrejos, formando amplios ángulos con el cuerpo. Llenan el ambiente de olor a podredumbre. Clay reprime el desánimo, se repite que debe precaverse de los juicios externos; también estos seres son hijos del hombre, y en alguna época desaparecida debieron representar la cumbre del progreso humano. Me mostraré natural, me mostraré caritativo, me mostraré afectuoso. Ya están muy cerca de él, estiran sus caras hacia él, exhalan fétidos vapores, le salpican con glutinosos salivazos. Clay siente náuseas y tose. Los caprunos seres mantienen sus cortos y gruesos brazos apretados en sus pechos, blancos y sin vello; los dedos, romos y rechonchos, rastrean pizcas de pelada piel, y no tienen uñas. Se mecen rítmicamente sobre sus enormes muslos. Clay ve que sus ojos centellean con indudable malevolencia. La maraña de cizaña que brota de sus pies asfixia el anfiteatro con basta vegetación.

-¿Podemos discutir esto? -pregunta Clay-. Es la noche de la Abertura de la Tierra. Seamos afectuosos. Seamos receptivos. ¿Cómo puedo ayudaros?

Las criaturas se acercan un poco más. Oleadas de genuina amenaza emanan de ellas. Preocupado, Clay trata de alzarse del suelo, pero los brazos de los otros se adelantan para agarrarle y apretarle al suelo. Se ponen a zarandearle, le empujan de uno a otro mientras emiten un débil sonido de matraca, risa corrompida. ¡Un juego! ¡La liebre cercada por los sabuesos!

-No lo entendéis -dice Clay-. Soy un ser humano, una forma primitiva pero que... merece... respeto...

El zarandeo es cada vez más violento. Las caras de los caprunos seres aparecen amenazadoras por encima de Clay; la cabeza de éste sólo llega a sus pechos. Todos patean fieramente el suelo, y la tierra tiembla. Sus dientes brillan.

Hanmer, Ninameen, Ti, Serifice, Bril y Angelon se sientan para observar. No hacen gesto alguno para intervenir.

Sólo el esferoide refleja resentimiento mientras los hombres cabra golpean a Clay: está traqueteando enojadamente. Pero los hombres cabra no entienden el lenguaje esferoide mejor que Clay. Siguen empujando a Clay. A éste le pica la piel en los puntos donde el contacto le ha cubierto de babaza. Y mientras empujan, murmuran con insistencia ante él. ¿Qué están diciendo? Clay imagina que están afirmando: «Tú llegarás a ser como nosotros, tú llegarás a ser como nosotros, tú llegarás a ser como nosotros». Ese cascado chillido, ¿será su risa? ¿Qué siniestro vaivén de hechos creó estos seres a partir del material genético humano? Son esqueletos en el armario del

mañana. Son la broma que gastará el futuro a todos los soñadores utópicos. Clay cae al suelo bajo los golpes. La maraña de cizaña que crece con rapidez le envuelve y le deja sin respiración. Le dan patadas y más golpes. Clay vomita. Y sin embargo le anima saber que estas bestias sólo son una fase pasajera de la historia. La humanidad pasará por encima de ellas, purgada, y llegará a ser divina como Hanmer. Es un pensamiento confortador, aunque el divino Hanmer ofrece poco consuelo en este momento. Reanimado, Clay se arrastra por una brecha de los agitados pies y desciende la ladera del anfiteatro en dirección a Hanmer y sus amigos.

-¡Vosotros! ¡Hanmer! -grita-. ¡Decidles que me dejen en paz! ¿No podéis controlar a vuestros antepasados?

Hanmer se echa a reír.

-En este momento están al servicio del Mal, querido mío. Y por lo tanto, fuera de mi control.

Los hombres cabra han observado que Clay se ha escapado. Se vuelven contra el esferoide, pero descargas defensivas los alcanzan en cuanto tocan la jaula y, gruñendo, se alejan y se dirigen pesadamente hacia Clay.

¿Cómo puede él huir? Es capaz de tolerar las magulladuras, pero no el hedor, no la enfermiza fealdad. Dando tumbos, resbalando, Clay corre hacia la creciente oscuridad, rodea las rocas y se lanza hacia el nebuloso bosque. Oye tras él los bufidos de las cabras: *huruhf, huruhf, huruhf*. Una presurosa zancada le envía hacia una oculta masa de agua; Clay nota la humedad en sus espinillas, trata de retroceder, tropieza con un invisible obstáculo, cae de cabeza hacia delante. Se produce un gran chapoteo. Algo tira de su cuerpo desde abajo. Clay se hunde.

## 5

Respirar agua no resulta tan difícil como él preveía. Clay llena sus pulmones de fluido, lo introduce en su cuerpo hasta que la última arruga, el último bulto, la última grieta quedan saturados. Luego extrae energía del líquido. El pánico pasa con rapidez. Clay se adapta. Se halla en un negro estanque cinco veces más hondo que ancho, y el agua está fría. Clay recorre lentamente el centro de la charca con suaves aleteos de sus pies, mientras expulsa las últimas burbujas de aire de su cuerpo. El otro ocupante del estanque aguarda pacientemente, espera a que Clay se aclimate.

«Soy Quoi», le dice al cabo de un rato, enviándole la información en un chorro de burbujas azules, verdes y rojas que cruzan el fondo de la charca como sobre puntos de fósforo. «Soy enemigo del Mal. Aquí estás a salvo.»

«Soy Clay.»

«Yo te protegeré, Clay.»

Clay percibe los alrededores con creciente claridad. Las aguas del estanque están nítidamente divididas en nueve zonas de distinta temperatura, salinidad, densidad y forma molecular dominante. El punto de contacto de dos zonas está claramente señalado por una temblorosa entrecara de inconfundible e inequívoca resonancia. Sobre la férrea banda de tensión de la superficie de la charca revolotean tres manchas de espasmódica niebla roja con franjas de color amarillo rojizo: las frustradas cabras, que miran tristemente hacia abajo. Clay ocupa la cuarta zona a partir de la superficie.

Tres zonas por debajo está Quoi, que se manifiesta en forma de un esmeraldino fulgor tubular. Clay agudiza sus percepciones y averigua que Quoi es un enorme ser parecido a un calamar, alargado, guarnecido en una punta por cinco delgados tentáculos y, en la otra, por aplanadas y superficiales aletas. Una plácida pero potente inteligencia es obvia en esa criatura; la emanación de su sensibilidad es un halo color turquesa pegado a su negra y lustrosa piel, y los pensamientos de Quoi crean burbujas en las profundidades igual que copos de multicolor nieve, burbujas que remolinean, se mezclan, chocan. Clay se acerca.

«El flujo del tiempo me trajo aquí», explica. «¿Igual que a ti?»

«No. Soy nativo.»

«Aquí hay más de una especie inteligente, deduzco.»

«Muchas», dice Quoi. «En primer lugar nosotros, los Respiradores, y luego están los Deslizadores, los Devoradores, los Esperadores, los Intercesores, los Destruyores, los...»

«¿No tan rápido, no tan rápido! ¡Enséñame un Deslizador!»

Quoi le muestra a Hanmer, ágil, pulido, ambiguo, sutil, somero.

«¿Y un Esperador?»

Imagen nebulosa, algo hundido en la tierra, como una gigantesca zanahoria animada, pero más interesante.

«¿Un Devorador?»

Enorme boca con colmillos. Hilera tras hilera de dientes que retroceden hacia el sombrío interior. Platillos por ojos. Un alma triste y amarga emite un tictac dentro. Escamas. Garras.

«¿Se considera humanos a todos?», dice Clay.

«A estos. Sí. Y a los demás.»

Clay está perplejo. La lógica, de nuevo, falta.

«¿Por qué tantas formas evolucionando simultáneamente?»

«Simultáneamente, no. Sucesivamente. Pero sin la desaparición de las viejas formas. En estos tiempos estamos mejor dotados para sobrevivir.»

«¿Son los Deslizadores la forma más reciente?»

«Sí», dice Quoi.

«¿Y los dominantes? ¿Los superiores?»

«Los más recientes.»

«Pero con facultades que las formas más viejas no poseen», insiste Clay. «La diferencia no es simplemente de forma. ¿Cierto?»

Quoi lo admite.

«¿Y los demás?»

«Supervivientes.»

«¿Evolucionó tu forma poco después de mi época?»

«No.»

Clay muestra los hombres cabra a Quoi.

«¿Y éstos?»

«Más cerca de ti que de mí. »

«Ah.»

Clay trata de reunir y comprender los nuevos datos. Deslizadores, Devoradores, Esperadores, Respiradores, Destruyores, Intercesores: un mínimo de seis especies que ocupan el mundo al mismo tiempo, que representan seis épocas sucesivas en el desarrollo de la humanidad. Sí. Los Deslizadores, la fase actual; los demás, simples residuos del pasado, todavía aferrados al presente. Sí. ¿Y los hombres cabra, y el esferoide? Formas extintas, arrastradas por el flujo del tiempo y transportadas aquí. Sí. ¿Y él, blando mono despojado de su pelaje? Lo mismo. Su especie ha desaparecido, los logros de su época están borrados, sólo los genes perduran, brillantes semillas que recorren a chorros los milenios, inextirpables, inextinguibles. ¿Cuántas formas, se pregunta Clay, hay entre él y el más viejo de estos tercos supervivientes? Él contiene una reluciente cadena de humanidad que se extiende a través de las épocas. Somos una impertinente forma de vida. Cambiamos, pero no perecemos. Estamos olvidados, pero perduramos. ¿Por qué tememos encolerizar a los dioses, si vivimos más que ellos?

Con aire triunfante, Clay se desliza de nivel en nivel en el estanque de Quoi. Se recrea en su conocimiento de las gradaciones del ambiente. Aquí el agua es más fría y más resbaladiza que allá; aquí tiene un cobrizo sabor salino, allá a fulgurante lima. Aquí Clay se comprime. Aquí se expande. Aquí debe ponerse de costado y apretar para atravesar la pared de moléculas. Clay se ve transformado: es un ser pulido y lustroso, igual que una foca, con afilado hocico y potentes aletas. ¡Se agita! ¡Se lanza! ¡Se zambulle! ¡Asciende! Corre hacia la superficie. Los hombres cabra siguen rondando, cavilosos, echando al agua gotas de baba.

-¡Ahogaos conmigo! -les dice.

No. Se quedan donde están. Igual que Clay. Sumergido, bebe la sabiduría de Quoi.

«¿Qué haces?», pregunta Clay.

«Examino.»

«¿Todo?»

«Últimamente investigo la naturaleza de la comunicación. Estudio los intercambios de amor y recorro sus canales. ¿Había amor en tu época?»

«Creíamos que sí.»

«¿Conocíais la fluidez, el entrelazado, el intercambio y la fusión?»

«Los términos no me son conocidos», dice Clay. «Pero presiento el sentido.»

«Hablabamos de estas cosas.»

«Con mucho gusto.»



Pero después de acceder Clay, Quoi guarda silencio, y durante un rato aquél no logra localizarlo en la charca. Luego ve que el Respirador se mueve lentamente en el mismo fondo, enterrándose en el lodoso suelo. Ascenden negras burbujas. ¿Acaso Quoi ha perdido interés por él? Quoi le envía un temblor de confianza.

«Te mostraré nuestro modo de amar.»

Quoi ofrece una visión.

Otra charca, negra, fría y profunda. Otro Quoi que nada lentamente en las regiones inferiores. Entre Quoi y Quoi reluce una intensa y brillante franja de armonía. Un tercer Quoi en un tercer estanque. Quoi está unido a Quoi y a Quoi. Un cuarto. Un quinto. Un sexto. Los estanques son cápsulas de fría oscuridad, introducidas como clavos en la piel del planeta, y en cada cápsula hay un Quoi. Todos unidos. Gracias a Quoi, Clay percibe setenta y nueve Quois que circundan la Tierra. Es la población total de esta especie, aunque en otro tiempo eran más, cuando los Quois dominaban el planeta, en otra época. Ahora no nacen más Quois. Ningún Quoi muere. Los torpes monstruos, encerrados en sus acuáticos hoyos, se han especializado en un estable tipo de supervivencia. Y hay amor entre ellos, entre todos ellos. ¡Atención! ¡La lanza de la conexión, al rojo blanco, salta de charca en charca! Los pesados cuerpos fluyen, los tentáculos se enroscan y desenroscan, las aletas fustigan el agua, enturbian la pulcra estratificación. Y sin embargo no se trata de un extático acto físico. Más bien es una seria comunión, una comunión asexual, metálica. Los Quois entrelazan almas. Los Quois intercambian la esencia de la experiencia vital. Los Quois se fusionan para convertirse en Quoi. Clay, que participa de modo indirecto, siente un padecimiento tan vivo que sus aletas caen y su cuerpo asciende velozmente tres niveles. ¿De modo que la humanidad llegó a esto, a evolucionar hacia sepultados calamares que intercambian melancólicamente sus tedios mediante transmisión remota? ¿Qué puede ocurrirle a un Quoi en su estanque? Una criatura así cayó al agua; se produjo un cambio químico de ese tipo en la hora precisa; las burbujas empezaron a brotar del detritus inferior. Aquí estamos nosotros, setenta y nueve en total, explicándonos cosas que conocemos hace milenios. Clay llora. Pero al introducirse más en la unión de los Quois percibe la riqueza del acto, sus múltiples dimensiones, los flexibles paralajes de una unión tan varia. Los Quois son viejos cónyuges; extraen placer de la simple acumulación de individualidades. Así fuimos, y así hicimos, y eso llegó a pasar, y esta especie irrumpió en el mundo, y ésa, y aquélla, y el flujo temporal sopló y ahora nos ha traído a Clay, y amamos, y amamos, y amamos, y somos Quoi. Y Clay es Quoi. Clay se pierde en este acuático sueño. Sus bordes se disuelven. Se mezcla con la quoidad. Jamás se ha sentido tan seguro. Yace en el fondo del estanque, enquoiado, bajo cinco atmósferas de presión. Pasan siglos. Clay respira cautelosamente, dejando que brillantes chorros de agua entren suavemente en su cuerpo, despidiendo el nebuloso producto evacuado. Percibe el lento girar de los múltiples Quois en sus distintos pozos. ¡Qué profundo es su amor! ¡Qué puro! El contacto se interrumpe y Clay queda solo, destrozado, moviéndose sin control hacia la superficie. Escucha la ronca risa de las cabras que aguardan; ve las emanaciones rojas y amarillas que se ciernen en lo alto. Lo atraparán. Pero Quoi lo coge antes, con tranquilidad, y lo abraza benévolamente. Clay se recobra.

«¿Estás bien», pregunta Quoi.

«Estoy bien.»

«¿Comprendes ahora nuestro modo de vida?»

«Lo comprendo.»

«¿Podemos, pues, examinar el tuyo?»

Y Clay responde: «Podéis, sí.»

## 6

Clay se encuentra arrastrándose sobre manos y rodillas hacia la orilla del estanque. Ha llegado la mañana. Los hombres cabra se han esfumado. El cuerpo de Clay se libera del agua, llena los pulmones de aire y se ofrece al brillante sol. Los árboles tienen hojas doradas en este lugar. Clay da unos cuantos pasos, vacilante. En pocos instantes ha recordado cómo se anda. Ahora examina su cuerpo. El áspero recubrimiento veloso que cayó al principio de sus vagabundeos ha vuelto a crecer. Su prepucio ha desaparecido. Luce la cicatriz de una apendectomía. Tiene el muslo magullado. Ha recobrado su forma original. ¿Están burlándose de él? Ya era bastante primitivo en su corregido estado; y había llegado a gustarle la lisura, la juvenil falta de pelo en pecho, muslos e ingles. Ahora, al ver la rosada punta de su pene sobresaliendo de nuevo entre tupidos rizos negros, Clay experimenta profunda vergüenza por su desnudez. Se tapa con las manos extendidas. Pero ¿podrá también ocultar su peludo trasero? ¿Su enmarañado pecho? Pone las manos aquí, aquí, aquí. Se frota la mejilla en el hombro: cerdosa como papel de lija. Perdonadme, soy un animal. Perdonadme, mi cuerpo me delata.

De sus caderas brotan apretados calzones blancos. Clay suspira, aliviado, escuchando distantes aplausos por esta ocultación. Agrega una fresca camisa. Calcetines. Pantalones. Corbata. Chaqueta. Un pañuelo en el bolsillo del pecho. Zapatos negros de cuero sintético. Un billetero abulta sobre el muslo izquierdo. Maletín en la mano derecha. Aroma de loción para después del afeitado en las tersas mejillas. Clay encuentra un automóvil y se pone al volante. Deja el maletín junto a él. Llave de contacto. ¡Rummm! Pie derecho toca acelerador. Mano derecha coge volante. Servodirección; el coche se desliza suavemente hacia la calle. La bocina suena. Clay vuelve a tocarla alegremente. El día está nublado, pero el sol abrasará a través de las nubes. Clay toca el botón que cierra las ventanillas y pone en marcha el aire acondicionado, porque ese autobús va a ir delante de él todo el camino hasta el cruce de la autopista, pedorreando, llenándole de nocividad. Y así sucede. Pero él gira por fin, recorre la rampa, se detiene en la valla para recoger el billete de peaje. Los retrovisores le muestran las torres de la ciudad, envueltas en polución, pero él no tardará en escapar de todo ello. Ya se halla en la rampa de acceso, acelera poco a poco y alcanza los ochenta por hora en el momento de introducirse en el flujo del tráfico. Al poco rato llega a los cien por hora, luego a los ciento diez, y se mantiene así. Con una punzada pone en marcha la radio. Mozart resuena en los altavoces de la parte trasera. «¿Haffner? ¿Linz?» Él debería saber distinguir las a estas alturas. Se desvía hacia el carril más alejado, el más rápido, y prosigue la marcha, observando el rápido deslizamiento de los postes del centro. Un letrero verde le aconseja que gire aquí para ir al centro de la ciudad; Clay se echa a reír. En cuestión de segundos sobrepasa los límites de la ciudad. Y, sí, las nubes han desaparecido. Ahí está el sol, ahí está el claro azul del cielo, hendido con frecuencia por las fulgurantes alas de los jets que ascienden del aeropuerto a la derecha. Verdes campos flanquean ahora la autopista.

Más lejos se agitan arboledas de álamos y arces. Clay abre la ventanilla y deja entrar el suave aire estival. Se encuentra casi solo en la carretera, en este momento, en las comarcas de las afueras.

¿Y qué es eso que hay más adelante, erguido en la cuneta? ¿Un autostopista? Sí. ¿Una mujer? Sí. ¿Una mujer desnuda? Sí. El viejo sueño de Clay. Es obvio que ella ha tenido dificultades para hacer frenar a un coche; se ha desnudado y Clay ve la ropa amontonada de cualquier forma sobre la maleta que hay en el suelo junto a la mujer: pantalones, blusa, panties, sostén. Clay desliza el pie sobre el freno. Aun así, no logra parar cerca de ella, se excede al menos cien metros antes de quedar detenido en la cuneta. Clay se dispone a poner la marcha atrás, pero ella ya está corriendo hacia el coche, maleta en mano, la ropa ondeando detrás, los pechos oscilando encantadoramente. Es una chica muy joven: no más de veinte años, conjetura Clay. Su cabello rubio es liso y sedoso, le llega casi a los hombros. Su piel tiene el sonrosado rubor indicativo de salud y juventud; sus ojos azules chispean. Posee unos senos redondeados, prietos, pletóricos, dispuestos en lo alto de la caja torácica y muy juntos. Su cintura es estrecha, sus caderas quizás una pizca demasiado amplias. Fino vello dorado cubre sus lomos, con un remolino central que sube como una flecha hacia el pequeño y hondo ombligo. Jadeante, la chica llega al coche.

-¡Vaya, hola! -grita-. ¡Pensaba que nadie iba a recogerme hoy!

-Puede ser difícil en la autopista -conviene Clay-. Sube. Hey, dame eso.

Clay coge la maleta y la pone en el asiento trasero. La ropa sigue apretada en la mano de la chica; Clay la coge también y la echa encima de la maleta. Ella se acurruca junto a él. El automóvil lleva un magnífico tapizado y la muchacha se retuerce de placer, supone él, cuando sus desnudas nalgas entran en contacto con el asiento. Estirando el brazo por delante de los pechos de la chica, Clay cierra la puerta. Ella le sonrío ansiosamente.

-¿Adónde vas? -le pregunta la autostopista.

-Sólo estoy dando un paseo. Dispongo de todo el tiempo del mundo.

-Fabuloso -dice ella.

El coche arranca. Pronto corre a ciento diez de nuevo. Clay lo sitúa en el carril rápido. Mientras conduce, lanza furtivas miradas a la pasajera. Ella tiene menudos pezones rosados y suaves líneas de venas en los senos. Diecinueve años como mucho, decide Clay.

-Me llamo Clay -le dice.

-Yo Quoi.

-¿Alguna vez has sostenido una relación sentimental verdaderamente importante con un hombre? -pregunta Clay.

-No estoy segura. Hubo algún hombre...

-¿Que estuvo cerca?

-Sí.

-Pero al final se irguieron todas las murallas defensivas y os encontrasteis abrazados a distancia.

-¡Sí, eso mismo!

-También yo he pasado por eso, Quoi. La broma fácil, la agudeza frívola, la charla ingeniosa sustitutiva del verdadero contacto del alma...

-Sí.

-Pero siempre existe la esperanza...

-De que la próxima vez...

-De que esta vez...

-Sea la buena.

-Sí.

-Sí.

-La buena.

-Si pudiéramos tener la suficiente confianza...

-Abrirnos...

-No sólo físicamente.

-Pero la parte física también es importante.

-Como aspecto de lo más profundo, del amor, de la abertura de almas.

-Sí.

-Sí.

-Nos entendemos maravillosamente.

-Estaba pensando lo mismo.

-Esto no sucede con frecuencia.

-Tan rápidamente.

-Tal realmente.

-No. Es raro.

-Es maravilloso.

-Eso pensaba yo.

-Un entendimiento tan completo. Una respuesta tan armónica.

-Fluidez. Entrelazado.

-Intercambio. Fusión.

-Exactamente.

-¿Quiénes somos para oponernos al destino? -dice Clay, y deja la autopista en la primera salida.

Clay pasa la mano derecha por la firme y fría redondez de los muslos de Quoi mientras el automóvil recorre la rampa de salida. Ella mantiene las piernas castamente apretadas, pero le sonrío. Clay acaricia la suave curva del vientre de la mujer y saca un billete de su bolsillo. El hombre que ocupa la cabina de peaje parpadea.

-¿Hay algún motel por aquí? -pregunta Clay.

-Siga un desvío a la izquierda en la carretera 71, a medio kilómetro -dice el encargado.

Clay da las gracias inclinando la cabeza y se dirige al motel. Se trata de una estructura baja y alargada, de apariencia plástica, una U con vallado verde junto a la carretera. La chica aguarda en el coche; Clay va a la oficina.

-¿Una habitación para dos?

El encargado busca los impresos de registro.

-¿Una noche?-pregunta.

-No, sólo un par de horas -dice Clay.

El encargado mira por encima del hombro de Clay, hacia el coche, concentrado como si contara los pechos de la muchacha, y al cabo de unos instantes dice:

-¿Tarjeta de crédito?

Clay le da una. El encargado apunta el coste. Clay firma la hoja, recibe una llave, vuelve al coche y lo conduce cerca de la habitación. La vivienda da a un patio donde hay una pequeña piscina en forma de corazón. Los niños chapotean en el agua; sus madres dormitan al sol. Al salir del coche, Quoi observa la piscina y suspira.

-Me gustan mucho los niños, ¿a ti no? -dice-. Quiero tener muchísimos.

Quoi saluda alegremente a los niños de la piscina.

-Entremos -dice Clay, y le da una palmadita en el trasero.

La habitación está oscura y fría. Clay enciende la luz y apaga el acondicionador de aire. La chica se tiende en la cama, encima del oliváceo cobertor. Clay entra en el cuarto de aseo y sale desnudo.

-No apagues la luz -dice Quoi-. Me gusta que esté encendida. Odio el disimulo.

Clay se encoge de hombros afablemente y se acuesta con la chica.

-Cuéntame cosas de ti -murmura él-. Dónde creciste. Qué quieres hacer en la vida. La clase de libros que lees. Tus películas favoritas. Los sitios que has visitado. Las comidas que te gustan. ¿Te interesa Cézanne? ¿Bartok? ¿Los días de niebla? ¿El fútbol? ¿El esquí? ¿Las setas? ¿Christopher Marlowe? ¿Te pone contenta la yerba? ¿El vino blanco? ¿Alguna vez has deseado acostarte con otra chica? ¿Qué edad tenías cuando te crecieron los pechos? ¿Tienes reglas dolorosas? ¿Cuáles son tus puntos sensibles? ¿Qué opinas de la política? ¿Te molesta el contacto bucal? ¿Te gustan los animales? ¿Cuál es tu color favorito? ¿Sabes cocinar? ¿Coser? ¿Eres una buena ama de casa? ¿Alguna vez lo has hecho con dos hombres al mismo tiempo? ¿Te interesa la bolsa? ¿Eres religiosa? ¿Sabes hablar francés? ¿Te llevas bien con tus padres? ¿Cuándo tuviste la primera experiencia sexual seria? ¿Te gusta ir en avión? Cuando conoces a un hombre, ¿supones automáticamente que es decente hasta que se demuestre lo contrario? ¿Tienes hermanos o hermanas? ¿Has estado embarazada alguna vez? ¿Eres buena nadadora? ¿Pasas mucho tiempo sola? ¿Qué te gustan más, los diamantes o los zafiros? ¿Prefieres mucha estimulación erótica, o un hombre que vaya al grano? ¿Montas a caballo? ¿Sabes conducir? ¿Alguna vez has estado en México? ¿Sabes usar una pistola?

Clay le acaricia los pechos y coge los endurecidos pezones entre sus labios. Pasa las puntas de los dedos por los muslos de la chica. Inhala la fragancia de sus mejillas.

-Te quiero -musita ella-. Me siento tan completa contigo. -Sus párpados aletean-. Debo decírtelo: jamás he hecho algo como esto. Me refiero a algo tan total. Tan completamente.

Quoi abre las piernas. Clay la cubre con su cuerpo.

-El acto sexual -dice él- es bastante sencillo en esencia. Consiste en colocar el órgano masculino, el pene, dentro de la vagina, que es el órgano femenino. Al agitar el pene dentro de la vagina, aumenta la excitación en el sistema nervioso del varón hasta que se dispara una reacción por la que el macho expulsa semen, un fluido que contiene los espermatozoides. Éstos recorren la vagina y penetran en la compleja red que es el sistema reproductor femenino. Si un espermatozoide encuentra un óvulo, o célula sexual femenina, se produce la fertilización y se concibe un niño. El momento en que el semen sale del pene suele ir acompañado de sensaciones de placer, seguidas de relajación, para el varón. Este momento de éxtasis se denomina orgasmo. En la hembra, el orgasmo no va acompañado de salida de fluido, pero se producen otras respuestas corporales concretas como espasmos de los músculos de la vagina, dilatación de las pupilas y una sensación de gozo físico.

-Sí. Sí. Sí. Sí.

Clay hace los conocidos movimientos y la chica ofrece las respuestas conocidas. Clay tiene los ojos cerrados, la cara apretada al cuello de ella. Oye, aunque muy tenuemente, los quedos comentarios de los que observan desde las profundidades de los estanques: comparaciones, contrastes, críticas, clarificaciones. De vez en cuando Clay percibe la frialdad del agua que se separa con el dulce calor de la blanda piel de la chica. El semen brota rápidamente. Los apagados gemidos de felicidad de Quoi aumentan de tono, se quiebran al final, se deshacen, cesan poco a poco. El fulgurante ojo negro del techo parpadea. La brisa sopla a través de las paredes que desaparecen. El motel riela y se disuelve. Ansiosamente, Clay batalla para impedirlo. Aferra a la muchacha, la besa, le musita palabras de amor. Se felicitan mutuamente por la intensidad de sus compartidas emociones y por la verdad y belleza que han descubierto en sus respectivas almas. Esto es amor, dice Clay a sus mudos observadores. El ojo parpadea de nuevo. Clay está alejándose poco a poco, le están arrancando fuera de esto. Él continúa resistiéndose. Se aferra a la realidad con fuertes y autoritarias frases: Producto Nacional Bruto, Tratado Comercial Recíproco, Jerarquía Católica Romana, República Federal Alemana, Hora Oficial del Este para el Ahorro con Luz Diurna, Ordenanzas Postales de los Estados Unidos, Organización del Tratado del Sudeste Asiático, Federación Norteamericana del Trabajo. En vano. El centro no resiste. La muchacha mengua y disminuye debajo de Clay, sus pechos se desinflan, sus órganos internos se vuelven gaseosos y salen en forma de vapor por los orificios corporales, hasta que en la cama no queda más que su imagen bidimensional, una diáfana película pegada a las desordenadas sábanas. Y luego desaparece también eso. Clay se agarra al colchón, reacio a consentir que le arranquen de allí, y al mismo tiempo consciente de la inevitabilidad de su derrota. El edificio que le rodea desaparece. Clay divisa su coche, aparcado en las cercanías, y corre hacia él, pero el vehículo se esfuma. El pavimentado patio ya no está pavimentado. Los postes telefónicos, las vallas de anuncios, las máquinas de venta automática de periódicos y los ornamentales juníperos han desaparecido. Clay siente fuego en el pecho. Está

ahogándose. Está hundiéndose más y más. Su cuerpo está sufriendo una transformación. Se desliza hacia las zonas inferiores de la oscura charca, y allí está Quoi, enorme, pensativa, agradecida. Clay ya no recuerda la forma de la cara de la muchacha. El sabor que de ella le ha quedado en los labios es cada vez más soso. Los recuerdos se van. La demostración ha terminado.

7

Finalmente Clay sale del estanque de Quoi. Ha pasado un rato pacífico e instructivo, y aparte de algunos impulsos de rebeldía que le han dominado en inesperados momentos, él se ha adaptado bien, tanto a su metamorfosis como al estático carácter de su sumergida existencia. Se ha gozado en sus frecuentes comuniones con Quoi y en lo que ha visto, a través de Quoi, de los otros miembros de esa especie dispersos por el mundo. Pero ahora sabe que es hora de irse. Sube a la superficie y se detiene ahí un instante, con la cabeza hacia abajo y la espalda doblada, haciendo acopio de fuerzas. Y con un rápido y convulso esfuerzo sale del agua.

Se queda jadeante en la orilla durante lo que parece largo tiempo, mientras el agua abandona su organismo. Por fin decide que está dispuesto a admitir aire en sus pulmones, pero el oxígeno le abrasa terriblemente al precipitarse hacia su garganta, y Clay lo expulsa. Más precavido, imagina su cabeza envuelta en vidrio y hace que las moléculas se separen con gran precisión, de forma que una pizca de aire se desliza por el hueco, luego otra, y otra más, hasta que el casco está lleno de agujeros y el flujo de aire es continuo. Clay respira con normalidad. Se levanta. Se ofrece a la luz del sol. Se adentra un metro en la charca y mira hacia abajo: quiere localizar a Quoi y despedirse. Pero sólo ve una masa vaga y oscura en las profundidades. Agita las manos.

Al alejarse del estanque, Clay ve a Hanmer sentado en una flor negra en forma de gigantesca taza.

-Liberado del cautiverio -dice Hanmer-. Respiras aire otra vez. Te echamos de menos.

-¿Cuánto tiempo he tardado?

-Mucho. Has *disfrutado* ahí abajo.

-Quoi fue muy amable. Excelente anfitrión -dice Clay.

-Si no te hubiéramos llamado, jamás habrías salido de ahí -dice Hanmer con una queja en su voz.

-Si no hubierais permitido que los hombres cabra me incordiaran, yo no habría caído en el estanque.

Hanmer sonríe.

-Cierto. ¡Bien contestado, a fe mía!

-¿De dónde has sacado ese verso?

-De ti, naturalmente -responde suavemente Hanmer.

-¿Entras y sales de mi mente cuando te apetece?

-Naturalmente. -Hanmer salta ágilmente de la taza floral-. En cierto sentido, Clay, eres un invento de mi imaginación. ¿Por qué no debo invadir tu cabeza? -Se acerca a

Clay, pega su cara a la de éste e inquiera: ¿Qué estuvo haciendo contigo ese viejo Quoi?

-Enseñándome cosas sobre el amor. Y aprendiendo de mí.

-¿Le enseñaste algo?

-El amor tal como era en mi época, sí. Tal como era para nosotros.

Centellean colores en el rostro de Hanmer. Cierra los ojos un momento.

-Sí -dice por fin-. Se lo has contado todo, ¿verdad? Y ahora lo sabrá el mundo entero, todos los Respiradores te conocerán a la perfección. No deberías haber hecho eso.

-¿Por qué?

-No puedes ir vomitando tus secretos por todas partes. Sé un poco discreto, hombre. Tienes obligaciones conmigo.

-¿Sí?

-Yo, como tu guía autoelegido -dice Hanmer-, tengo ciertas responsabilidades respecto a cualquier revelación que te interese hacer. Recuérdalo. Ahora acompáñame.

Hanmer se aleja, mostrando su enfado en su tajante paso. Clay, irritado por los autoritarios modales de su compañero, siente la tentación de no seguirlo. Pero numerosas preguntas sin respuesta obstruyen su garganta; corre tras Hanmer y lo alcanza en unos instantes. Caminan en silencio uno al lado del otro. Por delante se extiende una doble pared de riscos rojos, y en medio hay una estrecha llanura. La vegetación dominante en ésta es una sinuosa planta similar a un cordón que se alza del suelo en una serie de deshojadas frondas individuales de poco más de un metro de altura; las frondas son blandas, fluctúan bajo la brisa, y son tan transparentes que Clay tiene dificultades para verlas como no sea desde determinados ángulos. Se asemejan a hileras de claras algas marinas agitadas por las mareas. Cuando Clay se acerca, las plantas se llenan de color momentáneamente, se inundan de un profundo baño de color rojo púrpura que, con idéntica rapidez, mengua hasta la transparencia. Ya está caminando en el bosquecillo, abriéndose paso entre las tímidas plantas, cuando Clay ve que Ninameen, Serifice, Bril, Angelon y Ti están acampados entre las frondas.

-¿Siempre estáis así? -pregunta Clay a Hanmer-. ¿Tomando el sol, errando de valle en valle, bailando, cambiando de sexo, celebrando rituales, tomando el pelo a los extraños? ¿No estudiáis nada? ¿No representáis obras de teatro? ¿No cuidáis jardines? ¿No componéis música formal? ¿No examináis las grandes ideas?

Hanmer se echa a reír.

-Sois la cumbre de la evolución humana -dice enérgicamente Clay-. ¿Qué *hacéis*? ¿Cómo llenáis vuestros miles y millones de años? ¿Basta con bailar? Quoi os llamó Deslizadores. Creo que pensaba que erais someros. ¿Os juzga mal? ¿Qué rasgo os sitúa por encima de plantas y animales? ¿Es tan simple la estructura de vuestra vida como me habéis hecho creer?

Hanmer se vuelve. Pone las manos en los hombros de Clay. Sus ojos carmesíes reflejan tristeza.

-Todos te amamos --dice-. ¿Por qué estás tan agitado? Considéranos tal como somos.



Ninameen, Ti y el resto de Deslizadores se abalanzan sobre Clay, parlotando como niños contentos. Todos excepto Angelon han adoptado la forma masculina. Clay no tiene dificultades, esta vez, para reconocerlos.

-¿Por qué has estado tanto tiempo con el Respirador? -inquieta Serifice.

-¿Estabas enfadado con nosotros? -pregunta Bril.

-Está preocupado porque nosotros vivimos eternamente -dice Hanmer.

Serifice se extraña. Sus ventanas nasales aletean, su boca se abre y se cierra. Toca el codo de Clay y le dice:

-Explica la muerte.

-¿Por qué debo explicar algo? ¿Qué me explicáis vosotros?

-¡Hostilidad! -grita Ti-. ¡Beligerancia! -Parece encantado.

-No, no -dice suavemente Serifice-. Quiero aprender. ¿Te ayudará esto? -Y Serifice adopta la forma femenina. Roza a Clay con sus menudos senos-. Háblame de la muerte-murmura, acariciándole el pecho.

Clay piensa en la chica rubia que gime y jadea mientras él la seduce para ir a la cama de la habitación del motel, y no le excita en absoluto la grotesca y extraña criatura de piel verde y oro que se retuerce junto a él. Bulbosos ojos rojos. Articulaciones universales. Cara de pez. Remotísimo hijo del hombre.

-Muerte -ronronea Serifice-. Ayúdame a entender la muerte.

-Has visto la muerte aquí -dice Clay, eludiendo las caricias de Serifice-. El esferoide... de pronto se arrugó en su jaula. Eso es muerte. El fin de la vida. ¿Qué más puedo decir?

-Eso sólo fue temporal -objeta Serifice.

-Pero fue muerte, cuando sucedió. Si quieres saber más, ¿por qué no hablas con el esferoide?

-Lo hicimos -dice Ti-. No nos comprendió.

-Se fue y luego volvió -dice Angelon-. No pudo explicarnos nada más.

-Ni puedo yo. Escuchad, suponed que yo saco un pez de un río y me lo como. El pez muere. Eso es la muerte. Dejas de ser lo que eres. Después no te enteras de nada de lo que pasa.

-Un pez no se entera de mucho antes -objeta Serifice.

-¿Cuántas veces morían las personas como tú? -dice Bril.

-Una. Sólo una. Cuando te parabas, no volvías a empezar.

-¿Era así para todos?

-Para todos.

-¿También para ti?

-Yo fui atrapado por el flujo del tiempo antes de morir. Al menos, eso pienso. Por lo que yo sé, todavía estaba vivo cuando pasé de entonces a ahora. Por eso no soy experto en muerte.

-Viste morir a otros -insiste Serifice.

-Alguna vez. Pero no fue una cosa educativa. Sus ojos dejaban de ver. Sus corazones dejaban de latir. No respiraban, no pensaban, no se movían, no hablaban. No tengo la menor idea sobre la impresión de ellos, los que estaban muertos o muriendo.

-¿Sentíais su ausencia?-pregunta Serifice.

-Bueno, sí, cuando eran personas que conocías íntimamente, o alguien famoso, un artista, un médico o un político que en cierto modo formaba parte de tu vida. Notabas que te faltaba algo. Pero también millones de desconocidos fallecían todos los días, y no causaban impacto alguno en los que no morían...

-*Se iban del mundo*. Los que no se iban sentían lógicamente su ausencia. ¿Sí? -pregunta Bril.

-No. Escucha, ¿estás preguntándome si todos estábamos relacionados como los Respiradores, como supongo que estáis vosotros, de modo que la muerte de un hombre nos menguaba a todos? No estábamos relacionados. Es decir, salvo en sentido metafórico. Cada uno de nosotros era una isla. Cuando nos *enterábamos* de la muerte de alguien, y era alguien que conocíamos directa o indirectamente, sentíamos una pérdida, cierto, pero necesitábamos que nos informaran, que nos ofrecieran la información en palabras, ¿comprendéis?

Todos le miran fija y solemnemente. Blancas lenguas se deslizan entre sus finos labios. Los Deslizadores hunden las puntas de sus dedos en el blando suelo en un claro gesto de consternación.

-Me comprendéis -dice Clay al ver la repentina lobreguez de sus compañeros-. Claro que me comprendéis. Si Hanmer es capaz de extraer un verso de Shakespeare de mi cabeza, vosotros también podéis extraer la naturaleza de la condición humana. No es preciso que me hagáis estas preguntas. Vosotros comprendéis.

-Explicanos -dice Angelon, arrodillada y con la cabeza doblada entre las rodillas- cómo vivíais sabiendo que tendríais que morir.

Clay medita la pregunta. Finalmente responde:

-La mayor parte de la gente lo aceptaba bastante bien, como algo que escapaba a su control. Lo necesario era apiñar tanta vida como fuera posible en el tiempo de que disponías, no malgastarla, encontrar alguien a quien amar y algo que construir, ganar la inmortalidad de la mejor manera posible, creando algo o alguien, y conservándote sano para prolongar al máximo tu vida. Y en realidad creo que el tiempo disponible bastaba casi para todos. Hacia el final, sospecho, un hombre normal había tenido todo lo que deseaba de la vida; su cuerpo funcionaba más despacio y seguramente estaba enfermo muchas veces, incluso tenía frecuentes dolores... ¿Sabéis lo que es la enfermedad? ¿Conocéis el dolor? Y ese hombre, simplemente, estaba pasando por la misma rutina de siempre, estaba fastidiado por ella: levantarse, comer, trabajar y dormir. Y su familia crecía y se alejaba de él y, bueno, sospecho que el final no era tan duro. Como es lógico, había filósofos y artistas que pensaban poder dar más cosas al mundo, y éstos no querían morir. Y había otros que se conservaban ágiles y vigorosos en la vejez, y tenían mucho más que ver, y personas cuya curiosidad era como un fuego, que ansiaban saber qué pasaría el año próximo y el siguiente y así hasta la eternidad, y también éstos lamentaban tener que irse. Y por otra parte había

muchos que eran arrebatados demasiado pronto, antes siquiera de que hubieran empezado a vivir, los que morían en accidentes o sucumbían a enfermedades infantiles o caían en el campo de batalla. Y esto era auténtica injusticia. Pero yo creo que, en conjunto, al cabo de sesenta o setenta años el ser humano normal estaba dispuesto a morir, y quedar desconectado no era una terrible afrenta para su ego. ¿Comprendéis algo de todo esto?

-¿Sesenta o setenta años? -dice Serifice.

-Lo que se vivía normalmente. Ochenta años no era anormal. Algunas personas llegaban a noventa. Más de eso, pocas.

-Sesenta o setenta años -dice Serifice-. Y luego te detienes para siempre. Qué hermoso. Qué extraño. ¡Como las flores! Ahora te entiendo claramente. Tu sufrimiento. Tu extrañeza. Tu reserva. Clay, te amamos más. ¡Nos das tanto placer! -Serifice aplaude-. ¡Escucha! En tu honor, Clay: trataré de morir.

-Espera -responde el asombrado Clay-. Escucha..., no... Ella se va corriendo, por el campo de ondulados y transparentes tallos. Los demás Deslizadores, sonriendo serenamente, se acercan a Clay, que sigue mirando atónito a Serifice. Varios le tocan la piel. Efectúan un ajuste secundario en el interior de Clay para que pueda ver como ellos, y Clay percibe la unión de los seis, la séxtupla unidad Ti-Bril-Hammer-Angelon-Ninameen-Serifice, seis almas que vibran en una sola y brillante suspensión.

Como una araña, usando infinidad de activas patas, Serifice trepa por la abrupta faz del risco rojo de la izquierda. Pierde la paciencia en los últimos metros del ascenso y flota hasta la parte superior del risco; se detiene a tres metros sobre el suelo, apoyada en un diáfano y reluciente clavo de aire. Serifice empieza a girar sobre su eje vertical. El resto de la séxtuple unidad inicia un cántico, y una nube amarilla de música se forma alrededor de Serifice, una nube salpicada por fugaces y rojos tajos de disonancia. Serifice agita los brazos. Su semblante está transfigurado por el gozo. Su velocidad axial aumenta. El momento angular crece. Al girar, Serifice teje una red de vidrio que, inexorablemente, arrastra a Clay hacia la unidad de los Deslizadores. Él apenas puede ver a la hembra ahora, excepto en raros momentos, cuando ella intercepta el sol en un ángulo preciso y estalla en llameante visibilidad, un torbellino, una vorágine de extática conciencia. Serifice gira. Gira. Gira. Gira. Gira. Gira. Ahora, mientras remolinea todavía más vertiginosamente, su realidad esencial empieza a quebrarse. Serifice fluctúa caprichosamente entre la forma femenina y la masculina. ¡Ella! ¡Él! ¡Ella! ¡Él! ¡Suya! ¡Suyo! ¡Suya! ¡Suyo! ¡Ella! ¡Él! ¡Ella! ¡Él! ¡Ella! ¡Ella! ¡Ella! ¡Él! ¡Él! ¡Él! ¡Él! ¡Nosotros! ¡Ellos!

-¡No, Serifice! -chilla Clay.

Las sílabas, mientras salen de sus angustiados labios, se transforman en hilos de fino cristal con cuentas prismáticas ensartadas y, al volar lejos de Clay, forman cuerdas que cubren la distancia hasta Serifice. Pero él no puede hacerla caer en el lazo. El amarillo canto de los seis es emitido ahora por las romas y azuladas saetas de un cántico que pertenece únicamente a Serifice. ¡Ella! ¡Él! ¡Ella! ¡Él!

*Pop.*

El tejido del aire se quiebra y hay un agudo sonido, el silbante ruido de algo que se mueve como una exhalación. Clay cae al suelo, se frota la frente en la guijosa tierra y se agarra, en busca de ayuda a dos transparentes frondas que fluctúan suavemente. Un

insistente pensamiento machaca sus sienes: Cinco, cinco, cinco, cinco, cinco. ¿Dónde está Serifice? Serifice ha ido a descubrir cómo es la muerte. Quedan Ninameen, Ti, Brill, Angelon y Hanmer. Retumba el trueno. El cielo se vuelve anaranjado. Serifice se ha ido y el resonante latigazo de su desesperación sumerge a Clay en una violenta oscilación, le vuelve cabeza abajo hasta que el valle y las tiernas algas se esfuman y él queda suspendido sobre un agostado desierto, tierra roja, anaranjada y blanca bajo el abrasador sol, con sibilantes crujidos de electricidad estática que brotan de las torturadas arenas. Ahí pende Clay, enfrentado al hecho del suicidio de Serifice, hasta que Hanmer, en la forma femenina, lo encuentra y, con suma suavidad, lo devuelve al lugar que le corresponde.

-¿Y Serifice? -pregunta Clay.

-Serifice está instruyéndose en la muerte -musita Hanmer.

## 8

Clay está inconsolable. Él no lo hizo, pero cree que la culpa es suya por haber despertado en Serifice la irresistible curiosidad en el fenómeno de la inevitable terminación de la existencia, y Clay tiembla por el daño que ha hecho a los seis. Durante un día entero permanece apartado, taciturno, da patadas al suelo, despierta dormidos árboles, lanza piedras por los barrancos. Los demás condescienden. Finalmente Ti se acerca a Clay y le dice:

-¿Me dejarás que te haga feliz otra vez? -Ti ha adoptado la forma femenina.

-Déjame en paz -murmura Clay, pensando que ella está ofreciéndole su cuerpo.

Ti lo comprende, y cambia apresuradamente a la forma masculina.

-Puedo enseñarte algo interesante -dice.

-Enséñame a Serifice.

-Serifice nos ha dejado. ¿Por qué ella te apena de este modo?

-Alguien tiene que estar apenado. Yo tengo más práctica que cualquiera de vosotros.

-Nos haces desgraciados con tu pena. ¿Tan terrible es la muerte que debes empañar de tristeza el cielo?

-Ella tenía una eternidad por vivir. No tenía por qué marcharse.

-Con lo que su marcha es tanto más hermosa -dice Ti. Aprieta firmemente la mano de Clay entre las suyas-. Acompáñame y déjame entretenerme. Nos ha sido difícil descubrir una forma de alegrarte. Nos desconcertarías si rehusaras lo que tenemos.

Clay se encoge de hombros, asaltado por esta nueva dimensión de culpa.

-¿De qué se trata?

-Libros.

-¿En serio?

-Y cosas. Cosas antiguas hechas por otras razas de hombres. Clay está excitado. Serifice queda prácticamente desechada en la insignificancia. Clay mira bruscamente a Ti.

-¿Dónde? ¿Muy lejos?

-Ven. ¡Ven!

Ti echa a correr. Clay va detrás. Pasan trotando junto a los otros cuatro Deslizadores, que están tumbados decorativamente en el suelo, con los ojos cerrados y las extremidades relajadas. Mientras Clay sigue corriendo, Ti da saltitos sobre un invisible trampolín, elude arcos de la excursión con bruscos brincos verticales. Ti desciende, transformado en hembra, de uno de estos saltos. Es ligerísimamente más voluptuosa que las otras, tiene las caderas más amplias y unas nalgas de aspecto claramente humano; pero desde luego toda la estructura de su cuerpo sigue siendo grotesca y extraña para Clay. Éste imagina ver los huesos de Ti como blandas cerdas blancas que atraviesan la carne, transmitiendo sensaciones y colores más que cumpliendo una finalidad estructural. Llegan a un paraje de arbolillos amarillos que crecen en una sutil pendiente. El terreno que se extiende delante asciende como si una firme mano lo alzara por debajo, y las grisáceas vetas del talud se prolongan igual que hebras del cabello del gigante. El sol está bajo ya y las sombras tienen afilados bordes. El cielo es de un tembloroso rojo. A medio camino de la pendiente Ti, dirigiéndose al acompañamiento de invisibles trombones, resollantes fagots y zalameros saxofones, empieza a hacer fluctuantes gestos con las manos extendidas, y aparece una abertura a poca distancia. Clay contempla la entrada de un pasadizo circular, de diámetro doble que su estatura, que se introduce en la tierra. Ti entra brincando. Clay la sigue.

Las paredes del pasadizo son cristalinas y brillan con una luminosidad interna que baña las caras de los recién llegados con frío fulgor verde. El túnel se curva sin cesar y los conduce finalmente a una habitación de bajo techo y forma de banjo en la que los ecos arrancados por los descalzos pies retumban y remolinean como pesadas motas de polvo. Clay ve estantes, vitrinas, cajas, cajones y armarios. Paralizado por el asombro, Clay no se atreve a moverse. Ti abre una vitrina con puerta de cristal y extrae un centelleante cubo de rubí tan grande como su mano. Clay lo coge con sumo cuidado, sorprendido por su luminosidad.

El cubo le habla en un idioma ininteligible. La cadencia es extraña: un ritmo líquido, rico en anapestos, con inesperadas cesuras que le dan más fuerza y parten las frases como caprichosas hachas.

Indudablemente Clay está oyendo poesía, pero no de su época. Una maraña de sonido se desenreda. Clay se esfuerza en captar una palabra conocida, alguna raíz enraizada en la época del hombre, pero no, pero no, todo es un delicado parloteo, más misterioso que lo que puede decir un finlandés cuando murmura en sueños.

-¿Qué es? -pregunta Clay por fin.

-Un libro -dice Ti.

Clay asiente nerviosamente, ya suponía eso.

-¿Qué libro? ¿Qué dice?

-Un poema de los viejos tiempos, anterior a la caída de la luna.

-¿De qué época?

-Anterior a los Respiradores. Anterior a los Esperadores. Podría ser un poema de los Intercesores, pero el lenguaje no corresponde a ninguno de los que hablaban ellos.

-¿Lo entiendes?

-Oh, sí -dice Ti-. ¡Sí, claro! ¡Qué hermoso es!

-¿Pero cuál es el significado de las palabras?

-No lo sé.

Clay medita la paradoja, y mientras tanto ella le quita el cubo y lo vuelve a poner en la vitrina; el objeto parece desvanecerse en las tinieblas interiores. Ahora Ti le ofrece una caja plegada como un acordeón hecha, al parecer, de rígidas membranas plásticas.

-Una obra histórica -explica Ti-. Los anales de una época anterior. Describen el curso del desarrollo humano hasta los tiempos del autor.

-¿Cómo puedo leerla?

-Así -dice ella, y sus dedos se deslizan entre las membranas, tocándolas suavemente.

De la caja brota un ruido suave y zumbante que se convierte en inconexos bloques de verbalización. Clay agacha la cabeza para captar la suma de conocimientos. Y esto es lo que oye:

*«Tragó agachado metal sudor casco gigantescas ruedas azules árboles menores cabalgan cejas espantosa destrucción luz mató viento y entre suave secreto en extendida creciente espera vivió conectado sobre reluciente riesgo sueño suena troncos cálido piensan húmedo diecisiete disolvió mundo tamaño incendiar.»*

-No tiene sentido -se queja Clay.

Sollozando, Ti le quita la caja y la deja en un estante. Se acerca a un armario y saca un conjunto de lustrosas placas metálicas, unidas por un extremo mediante un remache.

-¿Y esto?

-Muy antiguo -dice ella-. Me cuesta trabajo distinguir el título. Sí, aquí está: *Técnicas para la planificación del transporte de masas en el siglo quinto.*

Ti le da las placas. ¿El siglo quinto después de qué?, se pregunta Clay. Las placas metálicas están cubiertas de lado a lado por minúsculos jeroglíficos tallados, que lanzan bruscos fragmentos del espectro a Clay según la inclinación; las menudas grietas captan ápices de luz. Los colores, al rebotar en los ojos de Clay, dejan imágenes impresas. Ve increíbles ciudades con torres que hienden el cielo, y marañas de laberínticos puentes muy por encima del suelo. En cápsulas que recorren estos puentes a improbables velocidades van sentados unos seres de carmesíes semblantes, caricaturas de humanidad, cuerpos deformes, anchas espaldas, abovedadas cabezas y enfermizos ojos. Las palabras acompañan a las imágenes, pero Clay, incline como incline la placa, no consigue que los comentarios le lleguen directamente. Todas las señales rebotan en sus pómulos o en su frente y se alejan farfullantes hacia algún lóbrego rincón de la sala. Al cabo de un rato se cansa del evasivo texto y lo devuelve a Ti.

Acto seguido ella le ofrece tres tubos del tamaño de un pulgar, al parecer contruidos con diamante o cuarzo puro, en cuyo interior un oleoso fluido pende de cavernosas cámaras. Clay agita los tubos y el fluido, al removerse, despide lentos pseudópodos que se arrastran por los diversos pasadizos en miniatura. Mientras tanto Ti ha cogido

de alguna parte una espiral de dorado filamento montada sobre una fina placa de plata. La Deslizadora lleva los labios a la placa y una fría luz surge del filamento.

-Sostén los tubos frente a la luz -le ordena Ti.

Clay obedece y el rayo luminoso, al difractarse en el laberinto interno de los tubos transparentes, introduce mensajes en su cerebro:

LAS FLORES TRIUNFAN.

EL INFINITO TAMBIÉN PUEDE SER HÚMEDO Y ESTAR MOJADO.

CUIDADO CON EL CAMBIO, PORQUE INMOVILIZA EL ALMA.

HAY VINO EN VERDAD.

EL CRÁNEO RÍE BAJO SU CEÑO.

-¿Qué es esto? -pregunta Clay.

-Un texto religioso -explica Ti.

Los mensajes siguen inundando su mente de metáforas y Clay permanece inmóvil, tembloroso, con la piel en llamas. Al cabo de unos instantes Ti le quita los tubos de forma casual y los mete en un armario.

-Enséñame lo demás -exige roncamente Clay-. ¡Enséñame todo!

Ti le da un casco negro hecho con un trozo de piedra pulida. El casco contiene, en la superficie interna, infinidad de livianos cilios. Clay se lo pone; los cilios se hunden en su cuero cabelludo y él descubre que puede captar el movimiento de los átomos y la vibración de las moléculas. El universo se convierte en una niebla de inquietos puntos sin color que resplandecen en brumosas nubes y de vez en cuando emiten bruscos *blips* de energía. Clay cambia el casco por una película de temblorosas burbujas que, puesta sobre sus ojos, le permite percibir la estructura del planeta como unidades de distinta densidad: barras de luz azul que representan determinada masa, globos de color castaño rojizo que representan otra, rectángulos grises en cuyo interior estridentes electrones están amontonadísimos. Ti le quita la película y la sustituye por un minúsculo cuenco de frágil estructura del que empieza a brotar un río de alfileres de marfil; las agujas caen a los pies de Clay y cubren el suelo. Clay grita y los alfileres brincan al cuenco. Ti le ofrece un conjunto de zumbantes cables cuyas puntas se entrelazan de formas increíbles formando una mirilla de sombreado vacío. Clay atisba por ella y ve a los sombríos y anaranjados habitantes del corazón de cierta estrella. El siguiente juguete de Ti es un fino huso amarillo marcado de punta a punta con líneas paralelas exquisitamente talladas: esta, dice Ti, es la última llave fabricada en la Tierra.

-¿En qué puerta encaja? -pregunta Clay, y ella sonríe a modo de disculpa cuando le dice que esa puerta ya no existe.

Después Ti le muestra un disco de cobre que contiene todas las poesías compuestas en determinado período de diez mil años, en los primeros tiempos de la historia del mundo, pero después de la época de Clay. Y la Deslizadora le deja agarrar brevemente las pegajosas asas de una máquina cuya función es convertir lagos en montañas y montañas en nubes. Y después ella le toca la frente con una nudosa vara, permitiéndole descubrir que esta cámara no es el único almacén de objetos antiguos que hay en la ladera, sino que existe una serie de cámaras, muchas, todas atestadas

hasta el techo con los tesoros de las épocas pasadas. Aquí se hallan la música, la poesía, la literatura, la filosofía, la ciencia y la historia de civilización tras civilización. Aquí están las maquinarias de extintas especies humanas. Aquí se encuentran los mapas, guías, catálogos, índices, diccionarios, enciclopedias, textos de referencia, tablas de la ley, anales de sucesión dinástica, almanaques, almagestos, bancos de datos, manuales y códigos de acceso. Polvorientas cámaras están rellenas de reliquias arqueológicas, el material reunido por todas las civilizaciones que recogieron los huesos de sus predecesores. Más hacia el interior, cerca del corazón del laberinto, Clay avista libros de auténtico papel, carretes con cinta magnética, películas y diapositivas informativas, los humildes dispositivos de grabación de su primitiva época, y él se estremece asombrado por la supervivencia de estos objetos tras incontables eones. Clay pasará sus siguientes tres infinitudes en esta colina, extraerá el mineral del pasado en busca de conocimientos, reconstruirá todo lo que los habitantes de esta época se niegan evasivamente a decirle. Compondrá una semblanza coherente de la historia humana desde los tiempos del hombre hasta la época de estos hijos del hombre, y finalmente todo estará claro y en orden. Mientras Ti le aparta la vara de la cabeza, la visión de multiplicidad se desvanece.

-¿Podemos examinar las otras cámaras? -dice Clay.

-Quizás en otra ocasión -replica Ti. Su sonrisa es triste-. Ahora debemos irnos.

Clay es reacio a irse. Tras salir de su éxtasis, se arrodilla para atisbar en los armarios y sacar cosas de los estantes. Le enardece este tesoro de perdidos milenios. ¿Qué es esto? ¿Y esto? ¿Y esto? ¿Cómo funciona esta compleja y deslumbrante máquina? ¿Qué son estos sonidos furtivos y hechizantes? ¿Qué verdades yacen incrustadas en este bloque de chispeante cristal? ¿Y en esta confusión de varillas? ¿Y en este manojo de esferas? Clay cargará sus brazos de maravillas. Saldrá de la cueva con tantos misterios y tanta magia que estará ocupado durante diez ciclos de investigación.

-Vamos -dice Ti, con aire de fastidio-. No debes exigir tanto. Esto no ha sido fácil.

Clay se escabulle de ella.

-Aguarda. ¿Por qué tanta prisa? Déjame...

Una losa de mármol grabada con símbolos casi reconocibles se vuelve nebulosa y confusa en las manos de Clay. La sala pierde simetría de forma al mismo tiempo que el techo se inclina, primero, y se funde y gotea en un rincón después. Los estantes se tornan brumosos. Delicados y complejos objetos, tan limpios y nítidos como si hubieran sido construidos el día anterior, pierden precisión de forma. Todo está en cambio.

-Vamos -susurra Ti-. Salgamos ahora. Hemos estado mucho tiempo.

El suelo se mueve. Las paredes retumban.

Clay huye con Ti. La idea de que una convulsión del planeta destruya estos milagros, precisamente cuando él acaba de encontrarlos, introduce en su garganta noventa clavos. Arrastrando los pies, deslizándose, ambos salen al aire libre. Ha llegado el crepúsculo. Aves de elásticas alas vuelan como enloquecidas y chillan. Clay vuelve la cabeza, aterrorizado. No se ve pasadizo alguno.

-¿Qué sucede?-grita Clay, tras asir a Ti por el brazo-. ¿Va a perderse todo?

-Todo se perdió hace mucho tiempo -dice Ti.



Clay no lo entiende, pero no puede obligarla a explicarse. La sigue cuesta abajo, hacia la llanura donde oscilan las transparentes frondas; aquí, de noche, esas frondas despiden un asombroso fulgor que llena el ambiente de zumbante brillantez. Hanmer, Ninameen, Angelon y Bril continúan en el mismo sitio que antes, y se agitan como si salieran de un largo sueño. Se estiran, parpadean, parecen bostezar. Serifce no está con ellos, y Clay se da cuenta de que ha olvidado totalmente su muerte durante el interludio pasado entre los artefactos. Se derrumba junto a los Deslizadores.

-¡Qué cosas he visto! ¡Qué maravillas! -dice roncamente Clay, todavía enardecido por la visión de recobrada antigüedad.

-Habéis estado demasiado tiempo -dice Hanmer, con un vestigio de pesar en su voz.

-¿Cómo iba a marcharme? ¿Cómo podía irme contra mi voluntad?

-Claro. Claro. Lo comprendemos perfectamente. No tienes la culpa. Pero estuvimos en tensión, hacia el final.

-¿Qué?

Hanmer le ofrece una suave sonrisa en lugar de una respuesta. Los Deslizadores se ponen en pie. Todos arrancan con cuidado una reluciente fronda; las frondas emiten ligeros chasquidos al salir, con raíces incluidas, de la tierra. Clay presiente que no están matándolas, sólo tomándolas prestadas durante un rato. Hanmer coge otra fronda y la entrega a Clay. En fila india, los Deslizadores se adentran en la noche, todos con las frondas en alto a modo de antorcha. Todos, excepto Hanmer, han adoptado la forma femenina. Clay es el tercero de la procesión, con Ti delante y Ninameen detrás. Esta se acerca y, con sumo descaro, roza las puntas de sus pechos sobre la desnuda espalda de Clay como si fuera un saludo: fríos gongs que resuenan en su espinazo.

-¿Te sientes mejor? -le pregunta ella-. Estábamos muy tristes por ti. Por tu reacción cuando Serifce se marchó.

-Cuanto más tiempo estoy aquí, menos comprendo.

-¿No te gustaron las cosas que te enseñó Ti?

-Maravilloso. Maravilloso. Si hubiera podido quedarme más tiempo..., si hubiera podido llevarme algo...

-Oh, No. No podías.

-¿Por qué?

Ninameen duda un instante.

-Lo soñamos para ti -dice por fin-. Bril, Hanmer, Angelon, yo. Nuestro sueño. Para devolverte la alegría.

-¿Un sueño? ¿Sólo un sueño?

-Y los sueños terminan -dice Ninameen.

## 9

Una borrosa niebla los envuelve; las onduladas frondas emiten ahora densa luz rosada. Lluve brevemente. Muy lejos, quizás en lo alto de una montaña invisible

pero elevada, una hembra se pone a sollozar y el sonido del llanto flota sobre el grupo, una serie de inquietantes lamentos de alguien abandonado.

-¿Qué es eso?-pregunta Clay a Hanmer.

-Es Mal, llorando en las montañas.

-¿Mal?

-Mal. Uno de los poderes que nosotros propiciamos.

-¿Tenéis dioses?

-Tenemos a los que son mayores que nosotros. Como Mal.

-¿Por qué llora él?

-Quizá de alegría -sugiere vagamente Hanmer.

El sonido del sollozo de Mal se apaga mientras el grupo prosigue su pausado caminar. La llovizna termina y desciende un húmedo calor, pero Clay, empapado, tiembla pese a ello. Empieza a sentir fatiga por primera vez desde su despertar. Es un extraño tipo de cansancio, cansancio metafísico cuya naturaleza aturde a Clay. No ha comido ni dormido en esta época, pero no está hambriento ni amodorrado. Y los músculos, aunque ha recorrido muchos kilómetros, no le duelen. Pero ahora tiene una nueva pesadez en los huesos, como si el tuétano estuviera convirtiéndose en acero, y su cabeza es una carga para su columna vertebral, y sus órganos se remueven y se pegan a las paredes de carne que los contienen. Finalmente, Clay piensa que lo que está experimentando es un rasgo del ambiente y no de su organismo: una emanación, una especie de radiactividad que mana de las rocas y sangra de la tierra.

-Cada vez estoy más cansado -dice, volviéndose hacia Ninameen-. ¿Y tú?

-Claro. Aquí sucede eso.

-¿Por qué?

-Estamos en la parte más antigua del mundo. La edad yace amontonada en nubes alrededor de nosotros. Es imposible no respirarla mientras avanzamos, y nos atonta.

-¿No sería más prudente sobrevolarla?

-No puede hacer ningún daño. Es una incomodidad pasajera.

-¿Cómo se llama este lugar?

-Viejo -le informa Ninameen.

Viejo, así se llama. El cuerpo de Clay se condensa. Su piel se arruga. Hace brotar un manto de áspero pelo blanco en su pecho, su vientre y sus lomos. Sus genitales se marchitan. Sus tobillos se lamentan. Sus venas se comban. Sus ojos se nublan. Se queda sin aliento. Su espalda se encorva. Se le doblan las rodillas. Su corazón se desboca y funciona más despacio. Sus ventanas nasales resuellan. Clay se esfuerza en no respirar, temiendo estar inhalando edad en forma de venenoso humo, pero el mareo le abruma al cabo de unos instantes, y tiene que tragar aire en el lóbrego ambiente. Lo mismo les sucede a sus compañeros; la tersa y cerosa piel de los Deslizadores está agrietada y arrugada, su elástica zancada es un torpe arrastrar de pies, sus ojos están apagados. Los senos de las hembras se han transformado en horribles tetillas, planas y colgantes, con pezones ennegrecidos y corroídos. Los labios penden flácidos,

dejando al descubierto encías grises y sin dientes. Clay está preocupado por esos cambios; porque si los Deslizadores son eternos e imperecederos, ¿cómo es que están alterándose al atravesar los valles de Viejo? ¿O acaso han tenido el tacto de corromper su carne pensando en Clay, para que él no sienta vergüenza de su personal deterioro? Le han dicho tantas mentiras corteses que ya no confía en ellos. Quizás están soñando otra vez para él. Quizá su aventura no sea más que un sueño de Hanmer, una inquieta agitación entre el anochecer y el alba.

Clay se esfuerza en avanzar. Les ruega en silencio que le concedan un respiro en este lugar. Qué fácil sería, piensa él, que ellos recurrieran a sus pálidas y centelleantes nubes para brincar fuera de este depresivo cenagal en maravilloso vuelo. Pero ellos insisten en caminar. Clay avanza cada vez con más lentitud. La brillante fronda que ilumina su camino se ha contagiado de la senectud; se encorva y se dobla, y su fulgor ha decaído. La ruta es ascendente, con lo que la marcha es más dificultosa. Clay tiene seca la garganta y su lengua, hinchada, es un montón de ropa vieja en su boca. Glutinosa lágrimas gotean en los bordes de sus ojos y caen sobre su pecho. Clay recuerda a los hombres cabra, escamosos y horribles, cubiertos de espumarajos.

Invisibles animales chacharean en la maleza. La tenue luz de la fronda muestra a Clay dentadas bocas abiertas ante la base de todos los árboles próximos. Flores de oscuros pétalos exhalan un olor de fluido digestivo. Clay nota un tamborileo en sus sienes, frialdad en las entrañas. Cae dos veces, y dos veces logra levantarse sin ayuda. Viejo. Viejo. Viejo. El mismo universo está agonizando. Los soles han desaparecido, las moléculas yacen en inmóviles montones en el vacío, la entropía ha ganado su larga guerra. ¿Cuánto tiempo más? ¿Cuántos metros más? Clay no soporta la visión de su agostado cuerpo y, tembloroso, se deshace de la fronda, contento de librarse de la iluminación. Pero Bril, tras recobrarla, vuelve a ponerla en la mano de Clay.

-No debes condenarla a enraizarse en un lugar como este -le dice.

Y el alma de Clay se llena de pena y vergüenza y él mantiene asida la fronda, mientras trata de no mirar su cuerpo ni el de los demás.

Todos los colores se han desteñido. Clay ve las cosas en forma de negras sombras, incluso el fulgor de la fronda. Sus huesos se tuercen a cada paso. Las espirales de sus intestinos están remendadas y escamosas. Sus pulmones están desmenuzándose. Con violento esfuerzo, Clay se lanza hacia Hanmer -destrozado, arrugado- y murmura:

-¡Vamos a morir aquí! ¿No podríamos salir más aprisa?

-Lo peor ha pasado -dice Hanmer en voz sosegada e inalterable.

Es cierto. Aún están sumidos en la noche, pero el yerto dominio de Viejo va soltando de mala gana a Clay. La resurrección es gradual y prolongada. Latidos, jadeos y resoplidos cesan poco a poco; los síntomas de decadencia física desaparecen por momentos. El cuerpo de Clay se yergue. Su vista se aclara. Su piel cobra lisura. Sus dientes vuelven, brotan en las hinchadas encías. Su masculinidad surge triunfalmente. Pero ni siquiera su firmeza de mástil logra aliviarle del recuerdo del lugar donde ha estado y de lo que ha sufrido; todavía nota en su hombro las garras del tiempo, y no olvida detalle alguno de su incursión en la espantosa vejez. Clay camina con cuidado y reserva fuerzas. Consume aire con precaución. Le obsesiona la fragilidad de su estructura interna. Oye el arañazo de hueso sobre hueso, el áspero susurro de la oscura sangre que se abre paso entre agrandadas arterias. Confía poco en su renacimiento.

¿Ha terminado realmente la dura prueba, o acaso el restablecimiento es sólo un sueño dentro de un sueño? No. Ha recobrado la juventud, si bien matizada por sombríos indicios de mortalidad.

-¿Hay muchos lugares como éste en el mundo? -pregunta.

-Sólo existe un Viejo -dice Ninameen-. Pero hay otras zonas de aflicción.

-¿Como cuáles?

-Una se llama Vacío. Una se llama Lento. Una se llama Hielo. Una se llama Fuego. Una se llama Oscuro. Una se llama Pesado. ¿Creías que todo nuestro mundo era un jardín?

-¿Cómo nacieron esos lugares?

-En los viejos tiempos -dice Ninameen -fueron creados para la instrucción de la humanidad. -La Deslizadora ríe chillonamente-. Entonces los humanos eran muy serios.

-Pero ahora vosotros tenéis la facultad de eliminar estos lugares -sugiere Clay.

Ninameen vuelve a reír.

-Cierto, pero no lo haremos. Los necesitamos. También ahora somos muy serios.

El cuerpo de Ninameen es firme y elástico de nuevo. Tiene los pechos altos, los muslos prietos. Vuelve a caminar con paso ágil, fluido. Su piel verde y dorada ha recobrado el fulgor interno. Igual sucede con el resto de Deslizadores, que han regresado al estado boyante y vigoroso.

En ese momento aparece una luz en el cielo.

No es el sol naciente. A menos que Clay haya perdido totalmente su sentido de la dirección, el grupo ha caminado hacia el oeste durante la noche; pero la luz está delante. Es un cono de luminoso verde que se alza de un punto del pie de la ladera que ahora descenden, y se extiende hasta ocupar buena parte del cielo. Es igual que un géiser de claro fulgor que despide sus chorros en las alturas. Al filtrarse a través de la luz, el viento provoca remolinos de tono más grisáceo, torbellinos de luz dentro de luz. Acompaña al estallido de brillantez un ruido extraño, un susurro, un murmullo que recuerda a Clay el canto de agua lejana. También se oye algo así como risa subterránea, resonante, escurridiza. Unos instantes más de descenso y Clay disfruta de una clara vista de lo que hay delante. En el punto donde la colina se funde con el valle, una vítrea capa cubre la tierra; el valle entero parece estar encerrado en esta capa de vidrio que se extiende hacia el horizonte. En el centro, en una fumarola circular, brota la imponente columna de luz verde. Detrás de la oscilante e intermitente luminosidad, Clay distingue tenuemente una forma enorme, quizás una montaña baja y alargada. No se ve rastro de vegetación. El aspecto del conjunto es ominoso y sobrenatural. Clay mira a los Deslizadores para que le expliquen el fenómeno, pero los semblantes de sus compañeros están rígidos a causa de la concentración y todos avanzan con un interés tan hipnótico que él no se atreve a interrumpir su meditación con preguntas. Prosiguen en silencio. Finalmente Clay siente el liso y frío vidrio bajo sus pies descalzos. Al adentrarse en el vidrio, los Deslizadores se detienen y se vuelven para dejar las frondas a lo largo del límite entre vidrio y tierra. Clay hace lo propio. Las raíces se arrastran ansiosamente hacia el suelo

incluso antes de tocarlo. La fronda enraiza y, a la luz de la verde nube que se derrama hacia lo alto, su transparencia cobra sutiles novedades.

Deslizándose sobre el pulido suelo, el grupo describe un circunspecto arco en torno a la fumarola, bordeándola en dirección sur. Clay ve claramente la abertura, raramente pequeña para un efecto tan inmenso, un círculo no mayor que la circunferencia de sus brazos extendidos, rodeado por un saliente de casi medio metro de altura. Y a través de este círculo la verde brillantez arde con vibrantes resplandores que parecen expelidos rítmicamente por una fábrica situada en el núcleo del mundo. A Clay todo le parece artificial aquí, obra de una especie de hijos del hombre, seguramente antigua desde el punto de vista de los Deslizadores pero sin duda alguna creada mucho después de que la época entera de Clay se hubiera esfumado.

Ahora se hallan en la misma nube verde.

El ambiente es eléctrico. Clay siente picor en sus poros. Un acre olor taladra sus fosas nasales. Su desnudo cuerpo suda y exhala vapor. Silenciosos y solemnes, los Deslizadores se mantienen aparte, y Clay respeta su reservado talante. El grupo avanza casi paralelamente a la fumarola. Al pasar junto a ella, entrando en la retaguardia del cono de verdor, Clay logra ver con mayor claridad la enorme forma que se alza al oeste. No es una montaña. Es más bien un extraño monolito de carne, un gigantesco Moloc viviente, rechoncho e inmenso, agazapado tras el verdor. La criatura reposa en una colosal placa curvada, de estructura metálica y color escarlata oscuro, que la sostiene por encima del nivel de la tierra. Reflejos de la nube verde se deslizan por los bordes de esta taza, tiñendo de ese color el escarlata, mezclándose con él en varios puntos hasta crear un marrón lustroso, abrumador. El mismo color de la agazapada criatura. Clay ve la correosa piel, gruesa, lustrosa y arrugada como el pellejo de un reptil. La silueta de ese ser es de rana, pero únicamente una rana onírica, sin ojos, sin patas: un ahusado promontorio, de cuerpo alargado, hocico romo, con un dorso alto y abovedado, gruesos costados, panza abultada, partes inferiores como pedestales. Reposo inmóvil, igual que un ídolo. Clay no capta siquiera un vestigio de respiración, aunque está convencido de que la criatura vive. Allí descansa, bajo el resplandor del verde repunte, creando la impresión de que tiene milenios de edad y es vastamente sabia, un observador, un meditador, un coloso encalmado. La punta de su hocico se alza como mínimo ciento cincuenta metros en el aire. Sus gigantescas patas traseras se pierden en las sombras. Si se movieran, el planeta temblaría. Ominosa, monstruosa, una montaña viva, la criatura guarda el vítreo valle con frígido fervor. ¿Qué es? ¿De dónde vino? Clay consulta sus magros conocimientos sobre las especies humanas de estos avanzados tiempos, los conocimientos reunidos gracias a Quoi el Respirador: ¿Se trata de un Esperador, un Intercesor, Un Destructor? ¿Una especie que nadie le ha descrito? Es difícil creer que ese ser esté incluido entre los hijos de los hombres. Aunque los humanos, en la plenitud de los tiempos, decidieran transformarse en cabras, calamares y esferoides, Clay no puede creer que pretendieran convertirse en montañas. Lo que ve debe ser una monstruosidad sintética, o un visitante de otra galaxia que quedó abandonado en la Tierra, o un residuo de los inquietos sueños de un Deslizador que por azar se ha rezagado en el mundo real.

Hanmer encabeza el grupo. Todos caminan precavidamente siguiendo el borde meridional del tremendo plato en que descansa la criatura. Los colores reverberan en el coloso, manchando los cuerpos de los marchantes con franjas rojas, verdes y marrones. Cuando casi la han dejado atrás, la criatura da por fin una muestra de vida:

de ella brota un terrible, estruendoso gemido, casi fuera del umbral auditivo, que provoca temblores en la tierra y grietas en el vítreo suelo. Es un ahogado rugido tan violentamente angustiioso que Clay se estremece de pena. Él ha oído tales alaridos en animales atrapados en la selva al meter la pata en trampas con fauces de acero. Pero aparte de ese torvo sonido, no hay más señales de animación en la criatura.

Clay interroga a Hanmer en cuanto están a salvo lejos del extraño ser.

-Un dios -le informa Hanmer-. Dejado por una época anterior. Privado de devotos. Una entidad desgraciada.

-¿Un dios? -repite Clay-. ¿Tienen los dioses esa forma?

-Éste, sí.

-¿Qué forma tenían sus devotos?

-La misma -dice Hanmer-, pero su tamaño era menor. Vivieron hace once eras y dieciséis eones. Antes de mi época, quiero decir.

-Después de la mía.

-No hace falta aclararlo. Crearon un dios a su imagen y semejanza. Lo dejaron reposando en esta plaza. Hermosamente rodeado de cristal. Bellos efectos luminosos. Esa gente sabía cómo construir cosas. Aquí obtuvieron extraña longevidad para sus estructuras. El mundo está muy cambiado, pero esta obra perdura. Sin embargo, ellos no perduraron.

-¿Humanos?

-Como quien dice.

Clay vuelve la cabeza. Ve los géiseres de luz verde, ve las potentes nalgas del abandonado dios. La tierra tiembla con los nuevos gritos de la deidad. Las lágrimas se desatan en los ojos de Clay. Un alocado impulso le domina: Clay hace la señal de la Cruz como si se encontrara ante un altar sagrado. Su gesto le sorprende a él mismo, porque nunca se ha considerado cristiano. Pero a pesar de todo, el acto de sumisión está hecho, y el esbozo de los rápidos movimientos de la mano de Clay se demora, reluce en el aire ante sus ojos. Instantes después la montaña-rana chilla otra vez, de modo más terrible. Se inician desprendimientos; caen rocas en estruendosos aludes; la fulgurante corteza de vidrio del valle se parte en cien puntos al ceder ocultas fallas. Sobre ese monstruoso retumbo de bajo llega, de nuevo, el agudísimo sollozo de Mal, y las risas resuenan en el cielo. El miedo envuelve a Clay. No puede moverse. Se riega los pies con su cálida orina. Aguarda un inminente temblor de tierra. Varias manos aferran sus muñecas: Ninameen, Ti, Bril.

-Vamos -le dicen sin cesar-. Vamos, vamos.

Y se lo llevan en volandas mientras los primeros rayos de la mañana se deslizan como marea que vuelve.

## 10

Es de día. El grupo se halla en una espléndida garganta, acampado en un saliente reborde de roca negra proyectada sobre el lecho del río que corre muchos metros por

debajo. El ambiente es templado y fragante. Los pájaros dan vueltas en el liso cielo azul. El opresivo sol se encuentra a baja altura sobre el horizonte.

-Haremos el rito del Alzamiento del Mar -anuncia Hanmer.

Clay asiente. La fatiga y el terror le han abandonado con la llegada del sol. Se siente alerta, receptivo, abierto a nuevas experiencias. El deseo sexual brota en su interior una vez más; Clay se pregunta si no podría convencer a un Deslizador para que copule con él. El grupo entero ha sido casto, por lo que él sabe, desde la desaparición de Serifice. ¿Abstinencia deliberada? ¿O simplemente el ajetreo de otras cosas que hacer? Arrellanado junto al borde del saliente, los lomos vueltos al sol, Clay se encuentra muy excitado por los próximos senos, muslos y traseros. Los Deslizadores le siguen pareciendo extraños maniqués de plástico, pero el torrente de pasión que le atiesa es el auténtico determinante; como quiera que lo hayan conseguido, estos seres han logrado presentarse ante él como humanos. ¿Habría respondido igual él con las demás especies? ¿Habría introducido su rígida verga en el gelatinoso cobijo de un esferoide? ¿Se habría agarrado a las hediondas ubres de una mujer cabra? ¿Se habría despachado a su gusto con el trasero de una mujer rana?

-¿Compartirás este ritual con nosotros, amigo? -dice Hanmer.

-Si puedo.

-Puedes y lo harás. Sólo pedimos paciencia y moderación.

Clay se compromete. Ninameen, Angelon y Ti, que han adoptado la forma femenina esta mañana, se tienden boca abajo en el saliente y con delicada facilidad doblan sus cuerpos hasta formar aros: la cabeza apretada a los pies, las rodillas flexionadas hacia afuera de modo imposible para la especie de Clay, las nalgas vueltas hacia arriba en franco ofrecimiento de las partes sexuales.

-Debemos participar en esto -observa Hanmer, y mientras se acerca a Ninameen su miembro se desliza del lugar donde está oculto; el Deslizador lo introduce en la descubierta ranura de Ninameen con la misma frialdad con que enchufaría un aparato eléctrico, y la agarra por los muslos para sostenerla en su contorsionada postura.

Bril entra en el cuerpo de Angelon con idéntica calma. Hanmer agita la mano hacia Clay en un gesto de afable impaciencia.

-Sí, comprendo -dice Clay y, tras asir el rollizo trasero de Ti, desliza la punta de su vara hasta el objetivo.

Ti emite un suave sonido. Clay se inclina hacia delante, falto de la elasticidad de los dos Deslizadores varones aunque aventajándolos en dimensión, y se aprieta a fondo a Ti. El sexteto forma un extraño grupo en este encumbrado saliente, un cuadro de erotismo acrobático, inmóviles, igual que estatuas de apasionados fantasmas. Al ver que Bril y Hanmer no hacen los movimientos típicos del acto sexual, sino que se limitan a permanecer detrás de sus parejas, unidos y paralizados, Clay los imita. Aguarda. ¿Cuál es la señal? ¿Cuándo empieza el rito?

El comienzo es imperceptible. Los cinco Deslizadores emiten un solapado zumbido, tan tenue que prácticamente está fuera y no dentro del universo. El canto apenas tiene una molécula de anchura cuando Clay lo percibe y casi no alcanza la altura de un fotón de extremo a extremo, pero el sonido va insinuándose en el mundo de los fenómenos, cobra forma, color y masa al invadir el continuo de Clay, condensa su

timbre, aumenta su altura. Finalmente el canto es una estruendosa columna de tono suspendida sobre el saliente, un martillo de sonido gris oscuro que sube y baja con devastador impacto. El crescendo prosigue, el canto cobra dimensión por momentos, ahora es más pulido, más suave, crea sutiles toques de luz que centellean y chisporrotean en el centro. Y Clay, temeroso de que el peso le destruya si no se protege, se presta tímidamente al canto tras descubrir un desocupado peldaño de tono en la ya tremenda masa y reclamarlo para él. Al unirse al cántico mira dubitativo a sus compañeros, temiendo que crean que él está echando a perder el esfuerzo conjunto, pero ellos le animan con una sonrisa; Hanmer, Bril, incluso las contorsionadas hembras vuelven la cabeza hacia atrás para apoyarle cordialmente. Clay siente alivio por ello y eleva su potencia para igualar el volumen de sus compañeros. Las cavidades de su cráneo resuenan cuando el potente zumbido explota en todo su cuerpo. Clay se convierte en uno de ellos. Comprende su unidad, más intensa incluso que la que une a los Respiradores en sus diversos estanques. Una vez introducido en el circuito ya no teme dar un paso en falso. Ti inicia una serie de espasmos interiores, adopta un complejo y exquisito ritmo, y Clay comprende por intuición que no se trata de su pie para intervenir. Permanece en estasis, deja que ella gire alrededor del eje que él le ofrece. Las sensaciones físicas son intensas, pero Clay resiste con una paciencia desconocida para él mismo. Y cuando cree que es imposible continuar quieto, que debe surcar las aguas de Ti o morir, le resulta muy sencillo desviar su exceso de excitación hacia Hanmer y Bril, que se hacen cargo del sobrante. Clay aguarda. Ti se mueve. Han creado una máquina en este saliente: él es una de las seis piezas. Ahora ha pasado del punto de estimulación inmediata; todo su cuerpo vibra y resplandece, pero él está sereno como vidrio. Las energías sexuales se han propagado a través de su cuerpo. Su pene le ha absorbido por completo y ya no existe un Clay, sino simplemente esa sola vara, ese erecto miembro introducido en el circuito. Después desaparece incluso la conciencia de sexualidad. Él es un dibujo de negras líneas y blancos puntos. Una melladura en un gráfico. Fuerza sin masa. Masa sin dimensión. Aceleración sin velocidad. Él es energía. Potencialidad. Respuesta. Creación.

Es el momento del Alzamiento del Mar.

Rosadas cintas saltan del saliente, brincan sobre el terreno hasta llegar a la gran esfera verde del agua. Él las sigue. Se transforma en un río de sensación pura que se precipita con relampagueantes zigzags por la pendiente continental. Ahí está el mar, un soñoliento gigante que aplasta su lecho. Clay lo abraza. Lo percibe todo: el peso, el verdor, la salinidad, la turbulencia, la calma, la calidez, el frío. Las olas azotan una diáfana playa. Secretos valles y picos con festones de légamo. Negrura. Brillo. Luz que desciende brincando hasta los chispeantes pólipos. Las criaturas de la noche eterna, rastreando pesadillas. Fugitivos hijos de la humanidad, alterados, ocultos, enfurecidos en las profundidades. Aquí están los cordones que sujetan el planeta. Las costuras del alma. Un ser alado aletea en un dominio de rielante arena. Negras espinas se retuercen en una roca llena de incrustaciones verdes. Caprichosas garras aferran tubos temblorosos y carnosos. Bocas. Dientes. Vibrantes masas de inquieta agua. Frágiles células atezadas lanzadas a las mareas. Silenciosas y resbaladizas corrientes que erosionan golfos y bahías anegados. El ballet del plancton. La sinfonía de las ballenas. El peso. El peso. El peso. El mar se agita, interroga a los intrusos. Pero es lo correcto. El rito es preciso. Los que salieron del mar deben regresar al origen. Brazos que se hunden en el rocoso lecho del océano. Manos que aferran las palancas de mando. Cuerpos tensos. ¡Ah, sí, sí, sí! ¡El mar se alza! Fácil, orgullosa,



confiadamente, el grupo levanta el océano, tiran de una sola e inverosímil masa hasta arrancarla de su antiquísima ubicación. Sostienen el mar en lo alto. Empieza a caer salina lluvia. Descarriados erizos y plantas de mar se desprenden, pero todo es recogido y devuelto a su posición correcta. El líquido sol baña el burbujeante y lodoso fondo. Las raíces de la piel del planeta están al descubierto. La voz del mar se ha unido al cántico, inundándolo de tonos turbios y confusos, y tiernos y retumbantes fragores. Burbujeantes trompetas suenan dulcemente. Los Deslizadores se alborozan. El poder de los hijos del hombre es patente. El círculo de las estaciones se cierra. En la superficie de la levitada esfera marina, surgen y se hunden con rapidez espinosas prominencias ya que los movedizos clavos de la gravedad perturban su armonía. Ahora la esfera desciende, mientras los humanos que la han alzado se congregan estáticamente en el centro matemático del hemisferio, llevándola con suavidad en sus hombros, introduciendo perdidas ramas de kelp y alguna que otra revoltosa anguila. ¿Ha llegado el momento del esplendor de la culminación? No. No. Aún no. El mar se asienta. El distante murmullo de los ecos de su carne se vuelve más tenue. El océano retorna a su lecho. Suave, suave, suavemente, todo su contenido inalterado, las enormes criaturas acuáticas continúan abriéndose camino en la oscuridad, las anegadas ciudades de la antigüedad quedan ocultas de nuevo al igual que las huellas de exploradores perdidos, y las embarcaciones de los milenios quedan arrojadas por el familiar lógamo. Las exigencias del rito están satisfechas. Ahora los humanos que han alzado el océano pueden recobrar su identidad individual y buscar éxtasis personales. Clay se desliza fuera del enlace. Oye el suave estruendo del reemplazado océano mientras extiende su borde sobre las costas del mundo. Clay sale de su estasis, dispuesto ya para realizar lo que ha pospuesto en consideración al acontecimiento.

Su cuerpo sigue unido al de Ti. Ella se mueve; él se mueve; se inicia la apasionada fricción. Han resbalado juntos hasta el suelo del saliente. Las piernas de Clay se abren, su espalda se arquea; el peso de Ti desciende sobre él. Clay nota los fríos labios de ella apretados a los suyos, las manos de Ti aferran los pechos de Clay y acarician los endurecidos, ardorosos pezones. Ti le penetra, se desliza sin cesar en la lubricada raja, sondea más profundamente, golpea la entrada del útero de Clay. Él nunca había sido invadido de esta forma, y la penetración es extraña y terrorífica, aunque le causa placer. Jadeante, Clay acaricia la fuerte y musculosa espalda de Ti, su tiesa cintura, sus lisas nalgas. Levanta las rodillas para que la unión sea más intensa todavía. Nota la frialdad de la roca en su espalda. Una rara sensación de dislocación le molesta incluso en pleno frenesí. Sus caderas se mueven a sacudidas, su pelvis se agita. Olas de éxtasis emanan de su entrepierna, hacen estremecer sus muslos, su vientre, su pecho, su cráneo. Hay un estallido de sensación. Pero no es el final. ¿Podrá continuar Ti? Sí: está impulsándole hacia la siguiente explosión. El cuerpo de Ti le empuja fieramente. Clay nota el pecho del Deslizador en sus senos, la dura vara que le taladra con firme fricción. Otra explosión. Sí. Sí. ¡Basta! Clay está perdido, perplejo, atónito. Rodea las caderas de Ti con sus muslos y chilla antes del definitivo frenesí. Ti introduce su ariete a más profundidad que hasta ahora, le golpea los riñones, los ovarios, los intestinos y la oculta maquinaria de su carne interna, y acto seguido llega el torrente de fluido que mana del miembro del Deslizador, la cascada que se forma de pronto y golpea a Clay con repentina y sorprendente fuerza, y él cede, se rinde y deja que la plena furia del clímax se apodere de su ser. Ha terminado. Ti se calma. Al cabo de un rato, el Deslizador se aparta. Con el ceño fruncido, Clay permanece inmóvil, boca arriba, las rodillas dobladas, las piernas extendidas, y trata de comprender las

razones de las sensaciones de desorientación que le han obsesionado desde la culminación del Alzamiento del Mar. Poco a poco entiende la naturaleza de la situación. Él ha adoptado la forma femenina.

## 11

Despojados de masculinidad por el cambio del mar, Clay se levanta para hacer inventario. El rito, puede verlo, ha transformado a todos: Hanmer y Brill son hembras ahora, Angelon, Ninameen y Ti, varones. Para ellos no hay caos, empero; para él, al revés. Clay examina su cuerpo. Ha perdido quince centímetros de estatura, no es más alto que Hanmer, ahora, y el ángulo desde el que contempla el mundo es distinto. Se ha amalgamado carne en sus caderas. Pasa sus manos desde las axilas hasta los muslos y le asombra ese curvado contorno. Aprieta su carne y percibe tenuemente la estructura ósea enterrada, la oculta faja pélvica. Tiene pechos. Oscilan al mover los hombros. Vistos desde arriba parecen tener forma de pera, encogiéndose hasta los menudos y oscuros pezones. Esos pechos están más separados que lo que él suponía. Pone una mano entre ellos, la pasa por la amplia franja del esternón y sólo nota la lisa cualidad del hueso. Rebusca en su memoria. ¿Deben los senos estar casi a un lado, brotando prácticamente de los sobacos? Está exagerando. Sus pechos están colocados normalmente. Nunca antes había estudiado las mamas con tanta intensidad, piensa Clay. Ni desde este punto de vista. Pone las manos sobre sus pechos. Aprieta. Atrapa los pezones entre los dedos. Junta los carnosos bultos hasta crear un hondo y engañoso valle. Los agarra por debajo con las manos ahuecadas, saborea su peso. Clay no ha tocado auténticos pechos de mujer desde su despertar. Ahora comprende cuán distinto es el tacto de una Deslizadora del de la genuina carne de *Homo sapiens*. Sin embargo, no experimenta indebida excitación. Estos pechos son suyos.

Clay los suelta. Desliza las manos hacia abajo, sobre la suave curvatura de su vientre. Considera la misteriosa maraña anatómica interna, la vena femoral, los conductos ováricos, el útero, el pubis, los vasos ilíacos externos, el fórnix vaginal, el cuello del útero, las trompas de Falopio, los folículos ováricos, los infundíbulos, los ligamentos infundibulopélvicos. Clay se pregunta si será fértil en caso de que alguien le preñe. Ti no, seguro (¿cómo parirán en esta época? ¿Tienen hijos?), pero quizás otro cautivo del flujo temporal que se tope con él, se le eche encima y le penetre, le llene de flotante esperma..., un embrión que se desarrolla, un útero que se expande..., ¿será posible? Clay se estremece. Se palpa los muslos, tan tersos, tan extrañamente lisos y, tras dudar un instante, lleva cuatro dedos de su mano derecha hacia la entrepierna. La ausencia de los normales genitales le alarma mucho menos que lo que nunca habría supuesto. Los familiares y oscilantes órganos han desaparecido, sí, dejando un vacío, un lugar abierto, pero al fin y al cabo tiene otra cosa. Aparta el apretado y elástico vello púbico y, atónito, toca la hendidura, la prominencia, el húmedo interior, mientras piensa: estos son mis labios menores, esto debe de ser el clítoris, aquí están los labios mayores, este es el orificio vaginal, esto es el monte de Venus. A partir de ahora tendré que acuclillarme para orinar. Seré el penetrado y no el penetrador. Ve una escena como a través de un fluoroscopio: su cuerpo muy apretado a otro, y un objeto largo y grueso que se ha introducido y golpea y desplaza sus órganos. Qué extraño. Clay analiza la gramática de su metamorfosis: no *joder*, sino *ser jodido*, así deberá ser. Debo aprender a mantener los muslos separados durante prolongados espacios de tiempo; debo conocer mis músculos internos; debo acostumbrar mi espalda a nuevas

posturas horizontales. ¿Tendré la regla? ¿Será dolorosa? ¿Cómo evitaré que mis pechos se magullen cuando vaya por ahí sin cuidado? ¿Será mi andar suficientemente femenino? ¿Debo ser remilgado y contornearme? ¿Me saldrán arrugas dentro de poco? ¿Haré frente a las situaciones de otra manera a partir de ahora? Clay cierra los ojos. Se apoya en un lado del peñasco, sacude la cabeza, pasa sus asombradas manos sobre los pechos, vientre, muslos, nalgas. El cambio empieza a afectarle. Recuerda a Ti encima de él, penetrándole. ¿Así lo ven todos, sus compañeros del sexo femenino? ¿Como una invasión? ¿Una apisonadora? Por fuerza deben apreciarlo más. Un millón de millones de años y siguen haciéndolo; mi reacción no puede ser típica. Es el resultado de mi orientación masculina. O simplemente la hostilidad inicial de la ex virgen. E incluso obtuve placer. Aunque me sentía insultado y atacado.

¿Volveré a cambiar alguna vez?

Clay se lleva ambas manos a la entrepierna. Trata de recordar su pérdida virilidad. ¡Tener una erección, qué sensación tan buena! Y el intuitivo picor, la palpitación, los martillazos, el repentino chorro. Todo perdido. Ahora él se limitará a ponerse blando y húmedo, y a recibir.

Hanmer, varón de nuevo, se acerca a Clay.

-Qué hermoso aspecto tienes -dice-. Qué extraño. Qué elegante.

Clay piensa: ojalá pudiera taparme el cuerpo. Hanmer se acerca más.

-¿Puedo tocarte? ¿Puedo examinarte? Admiramos tu otra personalidad, pero valoramos la nueva. ¿Es copia exacta del original?

Clay emite un turbio sonido de asentimiento.

-Te amo -dice tranquilamente Hanmer.

-Por favor.

-Deberíamos celebrar otra vez. Ha sido un Alzamiento del Mar muy logrado.

-Quizás en otra ocasión.

-Posponerlo sería cruel. Vamos. Vamos.

Hanmer toca los pechos de Clay. Los menudos y delgados dedos se asemejan a mil articulaciones de artrópodo mientras erizan los pezones. Clay muestra su disgusto. Hanmer se entristece.

-Debemos compartir sensaciones -dice el Deslizador-. Vamos. Déjame entrar en tu cuerpo como tú entraste en el mío una vez.

Clay recuerda: Hanmer convertido en hembra, poco después de que se conocieran, un cordial y delicioso compañero que pronto desaparecería. Entonces Clay no puso reparos a la metamorfosis sexual de Hanmer. No le pareció incorrecto copular con alguien que hacía muy poco había sido varón. Pero ahora, cuando las posiciones se han alterado, él no puede consentir. No se entregará. Una mujer difícil, una virgen de hierro. Trata de tapar su desnudez, una mano apoyada en los oscilantes senos, otra extendida sobre la base de su vientre. Un dechado de pudor. Hanmer esboza la sonrisa del libertino frustrado, se bate en prudente retirada ante la invencible virginidad; no forzaré a Clay, porque quizás el resultado no justifique la molestia. ¿Eh? ¿Eh? Los ojos de Clay aletean. Doradas abejas zumban alrededor de su cabeza. Clay echa a

correr. Huye precipitadamente, baja una empinada senda hacia el río que hay al pie de la garganta. Las zarzas le arañan, rasgan un blando pecho y dejan una señal roja. No tarda en perder el aliento. La senda se tuerce y cambia de dirección; al poco rato Clay ya no ve el saliente donde reposan los Deslizadores. No le han seguido. Desnudo, dando tumbos, Clay corre hacia abajo.

Cae en los últimos tres metros del camino y queda atontado un rato. Luego se levanta. Está solo. Se recobra. Las paredes de la garganta se alzan sobre él como losas de negro cristal. El cielo es una distante grieta. Aquí no hay árboles, sólo pequeños hongos rojos y fálcos que brotan en la vaporosa ribera. Se abre paso entre los hongos, temblando ante la idea de aplastar uno con el talón.

El río no es como él supone que son los ríos.

El color básico del agua es el azul, aunque teñido de brillantes franjas rojas, amarillas y verdes, como si arrastrara un enjambre de coloreadas partículas que apenas alcanzan el umbral de la visibilidad. El efecto es sorprendente, de cambio perpetuo; las diversas tonalidades del arco iris pasan, se encrespan, se mezclan. En los puntos donde rocosos colmillos sobresalen de la corriente, una deslumbrante rociada se lanza al aire.

Clay se arrodilla en la orilla, inclinado hacia delante para examinar atentamente el agua. Sí, partículas teñidas, separadas y definidas, no hay duda de ello. Puede ser agua, pero contiene pasajeros. ¿Un torrente de medusas? Clay ahueca la mano y coge un poco de agua. Chispeantes luces juegan en el líquido, hay cosas que centellean. Pero, rápidamente, los colores se apagan. El agua que gotea ahora entre los apretados dedos de Clay tiene el color que le corresponde, nada más. Clay vacía la mano y prueba de nuevo. Otra vez igual: recoge algo, pero este algo no perdura.

Tras apoyar las manos en una roca que sobresale, Clay acerca la cara a la corriente. Escucha un confuso ruido de parloteo, como si el río hablara para sí mismo con vaga monotonía. Y los colores son brillantes. No parecen provenir de las partículas que *contiene* el río, empero, sino que se diría que son componentes *del* mismo, fragmentos de su mole. Existe superposición de identidades entre la serie de colores y su portador. Clay, de pronto, ve el río como un ser vivo, en la frontera que separa lo animado de lo inanimado. Estas son las células, los corpúsculos, los homúnculos del río.

¿Debe Clay entrar en el río?

Localiza una zona arenosa donde el curso es accesible y lo vadea. Con el agua hasta los tobillos, Clay observa los cosquilleantes colores que relucen alrededor de sus pies. Percibe una invitación a continuar.

Más hondo. El agua hasta los muslos, ahora. Salpica con agua sus pechos y hombros. Se restriega la cara. Da otro paso; el fondo es liso y firme. Sus nalgas tocan el agua. Sus lomos. Vamos, dice al río, devuélveme los testículos. El oscuro triángulo púbico brilla con los colores del río. Algo extraño está pasando con sus pies, pero él ya no puede verlos. Sigue adentrándose. El agua le llega al ombligo. Se estremece. La corriente le alza y le arrastra. Chapotea y cae boca abajo en el agua. Nota la violencia de la corriente en sus senos. ¡Quémalos, sí, abrásalos! Patea, nada. Luego se relaja. ¿Por qué cansarse? A pesar de todo, va río abajo. Flota. Su talante se apacigua. Siente moderado arrepentimiento, ahora, por querer renunciar tan rápidamente a su nueva femineidad. ¿Por qué tanto pánico? ¿Por qué tanta precipitación? ¿No debería aprender primero lo que se siente con un cuerpo así? Siempre se ha mostrado

receptivo a nuevas experiencias; es un rasgo que le enorgullece. ¿Acaso no es cierto que hace muy poco intentó esta misma transformación en su persona, simplemente para ver si era posible conseguirlo? Y ahora lo ha conseguido. Y está oponiéndose. Angustiado por el horror de que Ti le ha metido algo en el cuerpo. Ha rechazado a Hanmer. Arisco, descortés, egoísta. Una zorra. Un fastidioso. De repente, le abruma la pena. Ni siquiera ha empezado a explorar las posibilidades de este cuerpo. ¿Acaso entregarse es mucho más repugnante que apetecer la entrega? ¿Tanto te conmociona que te penetren después de una vida entera penetrando? ¿Eres incapaz de adaptarte? ¿Eres rígido en tu orientación? ¿Por qué no echarse boca arriba, abrir las piernas, dejarles entrar? Expande tu comprensión. Llega a entender al Otro Bando. Cede. Cede. Cede. Ya recuperarás el pájaro en otra ocasión.

Clay trata de salir del río.

Pero es incapaz de alcanzar la orilla. Agita las piernas bruscamente, transforma en aspas de molino sus brazos, corta el agua con las manos ahuecadas, y pese a todo la corriente le arrastra serenamente. La reluciente y rocosa ribera no se aproxima. Clay busca el fondo con los pies, intenta anclarse para nadar hacia tierra, y no encuentra fondo. Continúa avanzando inciertamente. Se debate con más fuerza y el resultado es idéntico. El agotamiento lancea su cráneo. Traga océanos. Los brillantes corpúsculos del río impregnan sus intestinos.

Clay está atrapado en un torbellino, en una maraña de brillantez. Sus muslos están encadenados. El río no quiere soltarle. Pero más adelante asoma una posibilidad de fuga: una lisa cúpula de roca gris que se alza en el centro del canal. Se dejará arrastrar hasta la roca, trepará a ella de alguna forma y descansará hasta que tenga fuerza suficiente para superar la corriente. Sí. La roca se acerca. Clay se prepara para el choque. Recíbela con el hombro por delante, decide. Protege los sensibles senos. Clay se ve por los aires, un alboroto de piernas que patean, blanca carne, pelo oscuro, rosados pezones, vacío en la entrepierna. Agárrate. Agárrate. Pero no sucede de ese modo. Clay se precipita contra la pétrea masa y ésta hiende su cuerpo: queda dividido limpiamente en dos partes, una que pasa a la izquierda de la roca, otra que lo hace a la derecha. Las partes se unen al otro lado y Clay prosigue su viaje sin esfuerzo.

Ahora lo comprende.

El río le ha devorado. Este cuerpo, esta disposición de órganos, carne, músculo y hueso, este montón de calcio, fósforo, hidrógeno y demás, es una ilusión. Estos senos son una ilusión. Este trasero rollizo y seductor es una ilusión. Este velludo triángulo es una ilusión. Clay y la refulgente corriente se han unido. Él ha aportado su cuerpo. Ahora está formado por las mismas chispeantes partículas, en suspenso en la frontera que separa la vida de la no vida, que admiró cuando llegó a este río. Y no puede distinguir las partículas que son él de las que no lo son. Todas están unidas en este torrente de vida.

¿Es posible la huida?

Imposible.

Él seguirá así mucho tiempo, arrastrado por la veloz corriente, hasta llegar al mar en cuyo alzamiento ha colaborado hace muy poco. Se verterá con el agua y se dispersará en el vasto regazo del océano. ¿Conservará intacto el conocimiento cuando vaya de un sitio a otro en forma de un millón de millones de multicolores puntos en las

insondables profundidades? Ya se está perdiendo. Innumerables y minúsculas llamaradas de extraño fuego se han mezclado con su dividida esencia. Clay está diluido. Está disolviéndose. Ha renunciado a cualquier sensación de ser hembra o macho, y apenas recuerda haber sido un organismo con procesos metabólicos. Han desaparecido senos, testículos, ojos, pies; sólo quedan partículas corpusculares. Sufrir una muerte puntillista: ¡qué etéreo! ¡Perderse en una acometida de encandilantes luces! El universo riela. Clay padece un movimiento browniano del alma. Percibe vagamente las migraciones de sus antiguos componentes a través del cuerpo del río: una rizada hebra sale disparada hacia delante, otra se hunde, aquélla queda atrapada en un vertiginoso remanso. Clay percibe igualmente el terreno que atraviesa el río. La garganta ha desaparecido, y la tierra es lisa, de aluvión. El río serpentea por una amplia zona aluvial, forma imprevisibles recovecos, supera islas con paredes de barro. La noche se acerca. Las aguas se apresuran. Clay está desmembrado, desintegrado, divorciado, desprendido, dividido. Con el anochecer el río adopta brusco brillo; su luz ilumina el terreno aluvial entero. Clay desciende. El mar está cerca. El río ha entrado en el delta. ¿Qué depósitos dejará aquí? ¿De qué sedimentos va a desprenderse? Por delante se extienden numerosos canales, pero esta corriente se abre tortuoso camino hacia la Madre Marina. Clay sufrirá nuevas subdivisiones. Quedará disperso por completo. Las aguas cantan. Tiemblan con brillante furia y furioso brillo. Los corpusculares amigos de Clay le gritan hosanna. El destino, aquí. Paz, delante. Separado, despedazado, solo, a la deriva. Irse, ahora. *Nunc dimittis*. Fin de trayecto, aquí, nuevo trayecto que comienza. A los hijos del hombre, adiós. Irse. Irse. Separarse. Cae brillantez del aire. Luces por todas partes. ¡Luces! Qué fulgor tan hermoso. Estos colores son yo mismo. Este rojo, este verde, este amarillo, este azul, este violeta. Suave, suave, suavemente, iluminan mi camino a través de la noche, abajo, abajo, sin ofrecer resistencia, un último parpadeo de brillantez antes de marcharme. ¿Qué es esto? ¿Eso que cae, aquí? Mi peso. La masa. La aspereza. Soy sedimento. Voy a ser el delta. ¿Es posible? Sí. Sí. Sí. Sí. Me adheriré. Me pegaré. Me agarraré. Coagularé. Me uniré. Aquí. Aquí. Aquí. Me condenso. Me acumulo. Me consolido. Me amalgamo. Me incorporo.

¿Qué inesperada coalescencia le acontece?

Su vertiginoso viaje se ha interrumpido a poca distancia del mar. Clay se ha precipitado fuera del curso. El impulso se agota por fin y, partícula a partícula, Clay cae pesadamente y se amontona en la orlada costa de un islote. Se repone. No se une, no recobra forma humana, ni masculina ni femenina; es meramente un montículo de fragmentos arrojados por el agua, igual que minúsculas larvas de crustáceos lanzadas por la marea. Mezcladas con su materia hay extrañas partículas que de algún modo ha transportado con él a este lugar; las percibe introducidas en él como hojas. Clay sospecha que toda la isla está formada por desechos fluviales, y el barro que la constituye no es barro sino materia orgánica abandonada como él mismo. ¿Y ahora qué? ¿Quedarse aquí, pudrirse en la oscuridad? El río todavía le lame un lado, pero no lo erosiona: Clay ha sido expulsado. ¿Podrá moverse? No. ¿Podrá percibir algo? Sólo vagamente. ¿Podrá recordar? Sí. ¿Habrá más cambios en su naturaleza? No lo sabe. Está en reposo. Es un detrito. Esperará nuevos acontecimientos.

-Yo también espero -afirma una potente voz.

¿Quién ha hablado? ¿Dónde? ¿Otro montón de desechos arrastrados por el río?  
¿Cómo puede responder Clay?

Clay no tiene medio alguno de réplica.

Si puedo oír, insiste en su interior, puedo hablar. Y puedo oír. En consecuencia, Clay dice:

-¿Puedes ayudarme? ¿Puedes explicarme en qué me he convertido?

-Eres simple potencialidad.

-¿Y tú?

-Yo espero.

-Déjame verte -ruega Clay.

Una visión: Clay ve una criatura de gran tamaño plantada en la rojiza arena de la isla. Sólo cabeza y hombros sobresalen en la superficie. La cabeza es lisa y ancha, con ojazos grandes como platos y ningún otro rasgo; brota sin cuello de los amplios y enormes hombros. Clay ve también la porción de la criatura enterrada en el suelo. Es larga y sin extremidades, con una piel áspera y porosa y un circundante manto de fibrosos filamentos que al parecer realizan la función de raíces, extrayendo sustancias nutritivas de la arena. Clay reconoce a la criatura como un Esperador de los que Quoi el Respirador le describió brevemente. Así pues, pese a su apariencia vegetal, se trata de un animal y, más que eso, una de las varias especies humanas que coexisten en esta época. La visión se hace borrosa y se esfuma.

-Yo también soy humano -dice Clay-. Lo fui.

-Aún lo eres.

-Pero ¿qué soy ahora?

-Una constelación de posibilidades. Todavía estás en tránsito, aunque tu paso se ha detenido ahora. ¿Qué te gustaría ser?

-Yo mismo de nuevo.

-Eres tú mismo.

-Ésta no es mi verdadera forma.

El Esperador parece reír.

-¿Cómo puedes saber cuál es tu forma verdadera?

-La forma que tenía al iniciar el viaje.

El Esperador le muestra una serie de cambiantes formas: Clay bebé, Clay pubescente, Clay adulto, Clay dormido, Clay despierto, Clay vigilante, Clay atontado, Clay desnudo, Clay vestido, Clay alterado por el riachuelo limpiador, Clay como Respirador en el estanque de Quoi, Clay hembra, Clay disuelto por el río viviente, Clay amontonado en el delta.

-¿Qué forma es la tuya? -pregunta el Esperador.

-Todas -dice Clay.

-Éstas y otras -responde el Esperador-. ¿Por qué limitarte? Acepta las experiencias tal como vienen. ¿Qué te gustaría ser?

-Elige tú por mí -dice Clay, y de este modo se convierte en un Esperador.

Clay establece su residencia en el húmedo y frío barro. No puede moverse; el concepto de tener la facultad del movimiento le es desconocido. Es feliz permaneciendo incrustado, absorbiendo los alimentos que precisa por sus fibrosas raíces y observando los espléndidos y ondulantes tonos del río que fluye junto a su morada. Su compañero Esperador no vive muy lejos. Clay percibe constantemente los pensamientos del otro: mucha fuerza, profunda calma, apasionado intelecto y, saturando el conjunto, cierta melancolía propia de una roca en el fondo, tristeza por el carácter de cosa que tienen las cosas.

Clay no sabe la edad del Esperador, y comprende rápidamente que sería una tontería preguntarle, porque el tiempo interesa al Esperador únicamente por su negación.

-Estudiaremos las virtudes de la antitemporalidad -le dice el Esperador.

Clay tampoco se atreve a preguntar en qué punto de la historia humana se creyó deseable adoptar esta forma, y por qué motivo. Clay acepta todo de modo pasivo. Ha aprendido a esperar infinita variedad. Pasividad es lo que hace la pasividad.

-¿Cuál es tu meta?-pregunta el Esperador.

-Esperar -dice el Esperador.

-¿Hay muchos de tu especie?

-Muchos.

-¿Estás en contacto con ellos?

-Raramente.

-¿Sientes soledad aquí?

-Siento libertad.

Clay ha agotado las preguntas. Examina el río. Sus ojos son como antenas que atraen imágenes de todas partes. Ve las montañas, el mar, las nubes, las persistentes y aterciopeladas nieblas. El sol sale y se pone, sale y se pone, pero él no integra estos cambios en la idea de que el tiempo pasa. Son meros fenómenos de iluminación. El tiempo no pasa. El no-minuto fluye en el no-minuto y los no-minutos forman antihoras, que se amontonan en antidías, contrasemanas y no-meses, y éstos en la antítesis de los años y la conversa de los siglos. Estos intervalos de antitiempo se interrumpen, de vez en cuando, con algún perezoso pensamiento que se abre paso con lentos y viscosos goteos hasta las profundidades de la conciencia. Clay no está irritado por el nuevo ritmo de las cosas. Le parece muy elegante, perfecto y encantador que funcionen de esta forma, puesto que así él tiene la oportunidad de examinar todas las facetas de una noción, volviéndola de este u otro lado, acariciándola, tocándola, mordiéndola, tanteándola. Con frecuencia pasa todo un lapso negativo de antieones entre dos intercambios de pensamientos con el Esperador que se halla junto a él. No es preciso hablar mucho. Lo único preciso es pensar, y considerar, y captar, y comprender. Clay se deshace de buena parte del innecesario equipaje de su mente. Desecha la falacia del movimiento hacia delante, el absurdo de la porfía, la inanidad de la agresividad, la idiotez de la codicia, el error del progreso, el erróneo concepto de velocidad, la aberración del orgullo, la alucinación de la curiosidad, la ilusión de la



realización, el espejismo de la consecución y otras muchas cosas que ha llevado encima tanto tiempo. Firmemente plantado, ampliamente nutrido, totalmente contento con su estado, Clay conoce a fondo de forma pasiva los sorprendentes universos de pensamiento.

Entre sus nuevas percepciones hay conceptos tales como estos:

Todos los momentos convergen en el ahora.

El estasis contiene y rodea al dinamismo.

Es erróneo imaginar que existe una secuencia lineal de hechos.

Los hechos en sí son meros racimos de energía casual sobre los que imponemos nuestro erróneo sentido de la forma.

Combatir la entropía es arrancarse los ojos.

Todos los ríos vuelven a su origen.

La única doctrina más espuria que el determinismo es la doctrina del libre albedrío.

La memoria es el reflejo de la falsedad.

Construir objetos físicos con datos sensoriales dados es un pasatiempo placentero, pero tales objetos carecen de contenido verificable, y en consecuencia son irreales.

Debemos comprender, *a priori*, que todas las nociones *a priori* sobre la naturaleza del universo son inherentemente falsas.

No existen condiciones necesarias ni relaciones causales; en consecuencia, la lógica es tiranía.

Una vez alcanzada la íntima comprensión de estas premisas, el desasosiego abandona a Clay. Está en paz. Nunca había sido tan feliz como ahora, en forma de Esperador, porque comprende que alegría y pena son meros aspectos del mismo engaño, no más tangibles ni significativos que electrones, neutrones o mesones. Puede prescindir de todas las sensaciones y vivir en un ambiente de pura abstracción: ¡abajo con texturas, colores, tonos, gustos y distinciones de forma! Clay no repudia únicamente los mensajes de los sentidos; niega totalmente su realidad. En esta nueva atmósfera de tranquilidad reconoce prontamente que debe considerar a los Esperadores como el aspecto más elevado de vida humana que ha evolucionado, puesto que dominan completamente su medio ambiente. El hecho de que la raza humana continuara cambiando tras la aparición de los Esperadores es una paradoja trivial, basada en la equivocada comprensión de la casualidad de los hechos, y Clay pierde poco tiempo analizándola. Estos Deslizadores, estos Respiradores, estos Devoradores, todas estas formas recientes son penosamente inconscientes de su inconexión con la antiestructura del no-universo.

Clay jamás abandonará este lugar.

Sin embargo, curiosas tensiones se desarrollan en su complacencia. Su compañero Esperador, por ejemplo, suele irradiar sordos tañidos de duda que discrepan raramente con la comprensión filosófica de un Esperador. A veces el río crece y arroja nubes de chispeantes partículas sobre el lugar donde Clay está fijo al suelo; estas inundaciones bloquean momentáneamente sus percepciones sensoriales y le dejan indebidamente preocupado por la importancia de percibir. Aunque trasciende estas dificultades, Clay

está perturbado por la fundamental incertidumbre de finalidad que no sólo pugna con su conciencia de la inexistencia de finalidad sino también con su conciencia de la inexistencia de pugna. Clay salva este opaco punto sin reflexión, sin tratar de resolverlo. El tiempo pasa eternamente, esparciéndose en una serie de grisáceas conchas, concéntricas y autodevoradoras. Clay no sabe ya si vive en la tarde o en la mañana del mundo. No vuelve al esquema lineal de hechos hasta que un día una disposición de texturas y densidades se presenta en la isla donde Clay se ha establecido y logra penetrar en su aislamiento.

Clay percibe blandura dentro de dureza. Percibe un óvalo en el interior de un rectángulo. Percibe sonido dentro de silencio.

-Tus amigos te buscan -oye decir a una encrespada voz-. ¿Volverás con ellos?

Clay tolera que el abstracto racimo de fenómenos coincidentes asuma la ilusión de realidad. Ahora percibe a su resucitado compañero, el esferoide. Observa a la rosada y gelatinosa criatura que intersecta los relucientes barrotes metálicos de su jaula.

-No es cierto que yo pueda entender tu lenguaje -dice Clay.

-Ninguna barrera es eterna -dice el esferoide-. Ahora estoy sintonizado con el lenguaje de la época.

-¿Por qué estás aquí?

-Quiero ayudarte. Tengo una deuda de gratitud, porque tú fuiste quien me devolvió la vida.

-Rechazo la deuda. Vida y muerte son estados indiferenciables. Tú estabas simplemente confuso, y yo te iluminé.

-Sea como sea, ¿quieres permanecer enraizado a la tierra durante el resto del tiempo?

-Viajo tan velozmente como me apetece sin abandonar este lugar.

-No me gustaría herirte -dice el esferoide-. Pero temo que no eres tu propio amo. Creo que precisas rescate. ¿Permaneces en la arena por tu voluntad?

-Permíteme que te hable de la voluntad -dice Clay.

Clay se explica detalladamente. Mientras tanto, el esferoide se acerca más. Clay acaba de llegar a la explicación de la naturaleza interna de la aparente linealidad de las circunstancias cuando el esferoide extiende un brillante anillo de dorada radiación que rebana la tierra por todos los lados. Clay queda envuelto en este cono de energía. En las profundidades de la húmeda arena, la energía presiona las puntas de las raíces de Clay. Su ahusado punto se allana en el vértice inferior del cono.

-¿Qué está haciendo? -pregunta Clay, interrumpiendo su disertación.

-Rescatarte -dice pacientemente el esferoide.

Clay se muestra reacio al rescate.

-Violación de mi integridad física -afirma-. Conducta antisocial y arbitraria. Contradice la naturaleza no violenta en esencia de este período de la historia humana. Es una traición a mi alma actuar en mi provecho en contra de mis deseos. Te lo ruego. No tienes derecho. En nombre de tu deuda conmigo. Déjame así. Equivale a

violación. Déjame. ¿Por qué no me dejas? ¿En paz? Esta esfera de fuerza. Coacción como arma del hombre contra la entropía. Vete. Fuera.

Nada de esto aparta al esferoide de su tarea. El cono de energía rota con rapidez. El aire chisporrotea y ríela al ocurrir la ionización. Clay se marea. Pide ayuda al Esperador, que no emprende acción alguna. Clay está alzándose. Hay un ruido como de corcho destapado y Clay brota de la arena. Permanece junto a la orilla, una gigantesca zanahoria abandonada que retuerce débilmente sus raíces y mueve los ojos.

-No lo entiendes -dice al esferoide-. No tenía deseo alguno de que me arrancarás. Había aceptado firmemente el estado pasivo. Esta intrusión. El grado más elevado de resentimiento por ella. Incapacitado para proseguir mis anteriores investigaciones. Pobre pago de importantes favores recibidos. Insisto en mi restitución. Problema moral.

El esferoide, que zumba ansiosamente, extiende pseudópodos de rosada carne para acariciar la arrugada y ardiente frente de Clay. Una nube azul desciende sobre el desarraigado y efímero Esperador. Zarcillos de grisáceo humo se deslizan en los poros de Clay.

-Imperdonable -dice Clay-. Terminación involuntaria de la metamorfosis. Puro fascismo biológico.

El esferoide llora. Clay está cambiando, en este instante. Nota la vibración y la oleada. ¿Qué forma adoptará? ¿Agallas rojas, tentáculos purpúreos? ¿Rancias espirales de flácida carne? ¿Bultos verdes brotando de un cráneo penachudo? Clay se agita. Se incorpora. Vuelve a estar bifurcado. Piernas, y un blando desorden de órganos entre ellas. Ha recuperado el sexo. Manos. Dedos. Orejas. Labios. Un jardín de epitelio. Gruñidos en sus entrañas; oculta microflora sometida al flujo y reflujo de la marea. La guerra de los corpúsculos blancos. Clay vuelve a ser él.

La gratitud rezuma de él en oleoso torrente. El esferoide le ha salvado de la pasividad. Clay se pone en pie de un brinco. Baila en el lodoso suelo. Abraza gozosamente la jaula del esferoide y recibe varias sacudidas moderadas y cosquilleantes.

-Habría permanecido aquí hasta el fin del tiempo -dice Clay-. Un vegetal.

El enterrado Esperador hace sonar su desaprobación por la superficialidad de Clay.

-Naturalmente -añade Clay-, he adquirido valiosos conceptos sobre la realidad y la ilusión.

Clay frunce el ceño y, tocando pensativamente la tierra con la junta del pie, trata de ofrecer un ejemplo al esferoide. No brotan conceptos. Ello lo entristece. Así pues, ¿ha desaparecido todo, el prodigioso torrente de filosofía, el estallido de dorados datos? ¿Fue simplemente una ilusión su conocimiento de la ilusión? Clay siente la momentánea tentación de arrastrarse hacia la arena y conectarse, una vez más, a la fuente de esquivada sabiduría. Pero no lo hace. Sabe que se ha escapado por muy poco. Siente gran cordialidad y afecto, casi amor sexual, por su rescatador. La innata humanidad de todos los seres humanos nos une, piensa Clay. El esferoide es mi hermano, no debo rechazarlo.

-Yo también soy humano -le dice tristemente el Esperador.

Y Clay se disuelve en sensaciones de culpabilidad, sabiendo que está mostrándose muy cruel.

-Lo siento -murmura-. Debo tomar esta decisión. La sabiduría no basta. La experiencia también cuenta. De todas formas -una esperanzada migaja de consuelo-, quizá vuelva. Después de haber visto más. No es una despedida permanente.

-Apenas importa -replica el Esperador-. Estás en tránsito. Haz lo que te plazca: tu albedrío es libre.

La paradoja lanza por los aires a Clay. Por poco cae en el río que disuelve todas las cosas. Tras caer de rodillas a pocos centímetros de la corriente, se arrastra a lo largo de la orilla y queda tendido en el barro, angustiado, alarmado. El cielo se oscurece. El sol mengua, Clay clava su pene en la húmeda arena. Hunde los dedos. Coge un puñado de tierra y muele las partículas entre los dientes. Fragmentos de ácido cuarzo, sarroso sílice, digerido calcio, detritos excretados por épocas pasadas que yacen en esta orilla, fragmentos de ciudades, autopistas, viejos satélites espaciales, porciones de la luna, todo ello amorosamente arrojado y modelado por el sollozante mar y lanzado hasta aquí... Clay quiere abrazarlo todo. La tenue sombra del esferoide cae sobre él.

-¿No deberíamos irnos? -pregunta.

Clay tuerce los ojos hacia su compañero.

-¿De dónde sale tu voz? -pregunta-. No parece tener boca. No tienes ningún orificio en el cuerpo. ¿Cómo puedes ser humano sin tener orificios corporales?

-Hanmer confía en tu regreso -replica suavemente el esferoide-. Ti. Serifíce. Ninameen. Angelon. Brill.

-Serifíce ha muerto -dice Clay mientras se levanta y se limpia de arena-. Pero me gustaría volver a ver a los otros. En realidad no pretendía marcharme. Vamos.

### 13

Marchan hacia el norte, por lo que Clay puede determinar. Puesto que el esferoide no es conversador, Clay se entretiene esforzándose en hacer un análisis racional de sus experiencias desde que despertó. Prepara resumidas listas de categorías. Cuenta las variedades de supuestas formas «humanas» que ha encontrado. Examina una por una las metamorfosis que ha sufrido. Registra los detalles de todos sus viajes más allá de la capacidad sensorial normal de un hombre del siglo veinte, y trata de determinar si estos viajes fueron ilusiones o realidades. Examina fenómenos de esta época tales como la ambigüedad de la sexualidad y la transitoriedad de la mortalidad. Durante esta fría y perspicaz valoración, ejecutada con un esfuerzo de concentración nada despreciable, Clay presta escasa atención a los alrededores y transcurre algún tiempo hasta que descubre cuan desolada y deprimente es la parte del mundo que están atravesando.

Ha llegado la noche; la melancolía queda oculta en la oscuridad. Pero un tenue fulgor depresivamente purpúreo brota del terreno dejando ver excesivos detalles. Clay se halla en un liso desierto en el que la seca corteza del suelo cruje bajo los pies; pequeños y angulosos guijarros apuñalan las plantas. Grandes salientes de quebrada roca dominan el horizonte. Clay no ve plantas, ni siquiera los espinosos brotes típicos de los desiertos. Un desagradable zumbido igual que el de moscas atrapadas en una ventana cerrada, brota de agujeros que parecen abiertos por topos. Arrodillado junto a una de estas aberturas para escuchar mejor, Clay oye el siniestro zumbido que

serpentea sin cesar en las madrigueras subterráneas. La sensación de intolerable sequedad es dominante. El cielo nocturno está manchado por fina neblina que tapa las estrellas. ¿Será éste otro de los infiernos de la Tierra que Ninameen le mencionó en otra ocasión, un primo de Viejo? ¿Será el lugar llamado Vacío? ¿Lento? ¿Pesado? Clay avanza cuidadosamente por la arenisca depresión de la purpúrea llanura, temeroso de tropezar. No es lugar para que un hombre desnudo lo recorra por la noche.

-¿Cómo se llama este lugar? -pregunta al esferoide al cabo de un rato.

Pero el esferoide es tan forastero como Clay en esta época y en este lugar, y no contesta.

Clay tiene la garganta reseca. Su piel ha recogido una capa de fino polvo de roca. Cuando parpadea, nota que los párpados raen sus pupilas. Cada vez está más nervioso y receloso, presiente imaginarios monstruos detrás de las piedras. ¿Qué son esos sonidos? ¿El susurro de las pinzas de un escorpión? ¿Una espinosa cola que se arrastra entre los solitarios guijarros? ¿Piedras machacadas en las entrañas de un reptil? Pero aquí no hay nada aparte de noche y silencio. El esferoide, que rueda felizmente, está ya muy por delante de Clay. Éste se esfuerza en doblar el paso, aun a riesgo de producirse graves cortes con las piedras.

-¡Espera! -grita roncamente, con la garganta destrozada-. ¡Yo no ando sobre ruedas! ¡No puedo correr tanto!

Pero al parecer el dominio del lenguaje de la época por parte del esferoide ha expirado. El compañero de Clay no advierte las palabras, y no tarda en perderse de vista en el fumoso horizonte.

Al detenerse, Clay encuentra un trozo de tierra libre de afiladas piedras y se acuclilla. El fulgor purpúreo -¿radiactividad residual, quizás?- es demasiado tenue para guiarle y él no proseguirá hasta la mañana. No le seduce el peligro de caer en un hondo barranco. Una fractura múltiple de la pierna ¿sería tan problemática aquí como en un viaje por la vieja Arizona? Clay no lo sabe. Es posible que las blancas y melladas astillas de los huesos se soldaran servicialmente al cabo de un rato, y que los desgarrados tejidos de piel y carne se repararan como en un dulce sueño. Pero Clay no desea arriesgarse. Un mal sueño tiene fin, pero no todas las cosas son sueños, incluso aquí, y él no quiere verse sufriendo una auténtica fractura en un paisaje irreal. Aguardará hasta que pueda ver.

En la desvelada noche los fantasmas danzan alrededor. Ha cosas que oscilan colgadas de finos alambres. Clay oye gruñidos y ocasionales sollozos a mucha distancia, y algo que podría ser un coro de grandes cucarachas. El viento es frío y polvoriento. Dedos transparentes cosquillean en los canales de la mente de Clay, quieren entrar. Lentas espirales de puro miedo cuajan y se retuercen junto a él. La neblina del cielo desaparece, quizá devorada por alguna entidad que atraviesa metódicamente los cielos, y las desconocidas estrellas brillan con fuerza. No son un consuelo: nuestra luz partió hacia la Tierra, insisten las estrellas, en el tiempo de los automóviles y las bombas de hidrógeno, y ha estado viajando durante todos estos milenios, abofeteada por las brincantes moléculas que separan las galaxias, y aquí está, y aquí estás *tú*. Un pobre necio desnudo. ¿Cuándo llegará la mañana? ¿No es eso una hilera de insectos que marcha hacia mis pies? ¿Por qué la oscuridad está tan cerca de mí?

Las primeras franjas de luz, ahora. Varillas de calor blanco que se deslizan en el cielo. Un cálido viento sopla del oeste. Un mancha de rojo en el horizonte, que succiona hacia ella toda la humedad del mundo. Sequedad. Sequedad. Sequedad. Desagradables crujidos. Luz. El cielo está fundido, es todo cobre, bronce y cinc, con lánguidas franjas de antimonio, molibdeno, manganeso, magnesio y plomo. Charcos de tungsteno salpican las rocas. El alba tiene cegadora brillantez. Clay aparta la mirada, aprieta los brazos a su frente y permanece acuclillado como un infeliz crustáceo rojo que huye de la olla. El aire es un mar de refracción, en el que la estructura atómica básica de la materia queda al descubierto en forma de una serie de círculos entrelazados de color verde, amarillo y marrón, círculos que giran sobre su eje hasta crear sorprendentes dibujos de confusos anillos de interferencia. El mundo se desvía de su senda. Cinco colores primarios que Clay no había visto antes bombardean sus ojos. ¿Puede ponerles nombres? ¿Cómo denominará a ese frío e intenso matiz con las aterciopeladas paredes? ¿Ya ese tono rígido y rectilíneo, tan disciplinado, tan imponente? Este color es tentador y gentil; este otro, hinchado y brutal; aquél, mitigado y complejo. Los colores se mezclan y combinan y de vez en cuando chocan. Se inicia la gran llamarada matutina.

Clay comprende ahora que se encuentra en un desierto donde las alucinaciones brotan de las rocas en forma de ondas de calor. Su mente está clara y sus percepciones son exactas; las imprecisiones que experimenta se hallan en el ambiente, no en él. Pero la distinción es muy sutil. Clay avanza con lentitud, previendo trampas.

Las rocas se han transformado en brillantes nodos de energía pura cuyas superficies rojas de rica textura vibran de formas siempre cambiantes. En la faz de todas las pétreas masas, Clay ve luces doradas que describen graciosos círculos. En el lado opuesto nacen incesantemente azuladas esferas que burbujean en el aire, ascienden quizá tres metros y se esfuman. Todo riela. Todo brilla con luz interior. El desolado desierto del suelo está vivo ahora, lleno de flores que crecen y se encogen como siguiendo el ritmo de un aliento cósmico. Reina la incandescencia.

La piel de Clay es un laberinto. Sus manos son martillos. Una vibrante manga azul pende entre sus piernas. Los dedos de sus pies son ganchudas garras. Sus rodillas tienen ojos pero no párpados. Su lengua es satén. Su saliva, vidrio. Su sangre, bilis, y su bilis, sangre.

La brisa es apasionadamente viva, y explota en cuanto toca el suelo, levantando penachos de flamígera pelusa. El tiempo es elástico; un segundo se prolonga hasta términos tan inmensurables y esfumantes que parece ridículo computar su sentido, y en cambio un siglo se desvanece con un suave y tímido silbido de proyectil en una simple grieta de sol. Del mismo modo, el espacio está sometido a extensión y compresión. El cielo se comba y se infla como un globo, se prolonga agresivo hacia contiguas dimensiones, empuja a los habitantes de próximos continuos a comprimidas bolsitas de abultada realidad. Luego el cielo entero recobra la forma, provocando cascadas de rotas nebulosas y angustiados cometas.

A pesar de todo Clay sigue avanzando resueltamente. Buena parte de lo que ve es bello y alentador, aunque él sabe que todo está pensado para aterrorizarle. Clay se burla de las trompetas y continúa sin tener miedo. Pero también hay momentos francamente aterradores: verdes parábolas son eruptadas por el horizonte igual que anunciadoras del Día del Juicio, y emiten abruptamente depresivos crescendos de resbaladizo sonido. Se despliega un bosque de hostiles paraguas. Se abre una bóveda

del cielo y plateados cuchillos caen en ella. La tierra se ondula y estornuda. Clay resiste. El desierto cede su lugar a negro barro y susurrantes cañas. Clay es besado por cocodrilos, acariciado por viscosos seres. Le asalta la amenazadora sensación de inminente castigo. Huesudas aves de confuso plumaje le abuchean y chillan. Clay pasa a grandes zancadas un lago de abortos y una duna de monstruos. Siente que el sol abrasa su cadera y devora su trasero. Está enterrado bajo oscuras pirámides. Le acosan malignos tumores que llegan flotando hasta él en nebulosos pliegues y ridiculizan su virilidad. Criaturas formadas por costillas verticales de cartílago gris le lanzan mugidos. Clay entra en una habitación y encuentra algo verde y correoso que le aguarda pacientemente en un sombrío rincón, resollando y resoplando. Ve un ceñudo rostro que llena medio cielo. Estos sueños carecen de belleza, y Clay sospecha que no son sueños. Pero continúa andando.

Acompañada por roncros coros de ópera, una tierna voz musita:

-Deseamos desanimarte. Haremos una amputación, si es preciso. Sabemos cómo inquietar el alma. Carecemos de escrúpulos. No tenemos inhibiciones. No tenemos vacilaciones.

Manos invisibles toquetean los órganos sexuales de Clay y dejan verdes huellas dactilares. Una sonda le penetra cinco veces en tres minutos. Varios de sus dedos cambian de pie. Clay los desafía con sus glándulas endocrinas y sus vesículas seminales, y ellos responden ahuecándole, convirtiéndole en un simple cascarón, en peligro de flotar en cualquier momento hacia esa espada que lo consume todo que es el sol. Clay se adapta a su flotabilidad e incluso la acoge con alegría, y al instante es castigado con la solidez y se transforma en una masa de hierro. El gusto del acero está en su boca y él sabe que, si alguien le golpea, emitirá un sonido metálico. Escapa de esto deshaciéndose de su cuerpo.

-En consecuencia te engañaremos con esplendores -le informan, y Clay escucha suave música.

En la suave oleada e intensificación de las notas menores transpira una armonía que arrebatada la sensación de sonido. Un resonante órgano, con un registro de zafiro y un diapason de ópalo difunde interminables octavas de estrella en estrella. Los rayos de luna forman cuerdas para vibrar con el tono perfecto, y la fascinadora unisonancia se vierte en los encantados oídos de Clay. Sometido a ese hechizo, ¿cómo podrá resistir? La magia de la melodía embruja su alma. Clay empieza a ascender en el aire. La música se hace cada vez más dulce, le lleva más alto y más alto, y Clay flota en sintonía con el infinito, bajo los cielos verde turquesa donde relucen glóbulos de mercurio. Clay se vuelve. Se retuerce. Remolnea. Se funde. Desaparece. Se disuelve. Recita fragmentos de sus poesías favoritas:

*Sonad para despedir lo viejo, sonad para saludar lo nuevo,  
sonad, felices campanas, entre la nieve.*

*El año se va, dejad que se vaya:*

*Sonad para despedir lo falso, sonad para saludar la verdad.*

Y:

*Haz vanas nuestras vidas.*

*Y casa y mata y divide*

*nuestros amores en cadáveres o esposas;*

*el tiempo convierte los viejos días en mofa,  
y el amor es más cruel que la lujuria.  
Ninguna espina se clava tanto como las de la rosa,  
es la oscuridad, ahí el fruto del polvo;  
para remate de nuestra vida cuando se acaba.*

Y:

*Barcos que pasan de noche y se hablan al cruzarse,  
así en el océano de la vida pasamos y nos hablamos,  
sólo una señal ofrecida y una distante voz en la oscuridad;  
sólo una mirada y una voz; luego oscuridad de nuevo y un silencio.*

Clay ve una luz clara. Nota síntomas de tierra que se hunde en agua. Experimenta un vislumbre de la Verdad Pura, sutil, chispeante, brillante, deslumbrante, gloriosa y radiantemente aterradora, en apariencia igual que un espejismo que se desplaza por el paisaje en un flujo continuo de vibraciones. Clay ve una divina luz azul. Ve una apagada luz blanca. Ve una sorprendente luz blanca. Ve una apagada luz color de humo que sale del Infierno. Ve una sorprendente luz amarilla. Ve una apagada luz amarilla y azulada que sale del mundo humano. Ve una luz roja. Ve un halo de luz de arco iris. Ve una apagada luz roja. Ve una sorprendente luz roja.

Clay entra en un mundo de tinieblas, una oscuridad que crece poco a poco mientras él sueña en la noche polar y el invierno eterno.

Clay pasa desde ahí a una inexplorada jungla. Su alma se transforma en esencia vegetal; él es un gigantesco helecho que extiende grandes y plumosas hojas, se bambolea y se inclina entre aromáticos ventarrones. Un extraño e inimaginado éxtasis le posee. Ahora está cerca del final de este pasaje de la confusión. Se arranca del oscuro suelo de la selva y prosigue avanzando a través de un absoluto vacío de visión y sonido. Tres inmensos puntos luminosos destacan en una triple pared de oscuridad, hacia la que flota Clay en silencio. Ahora distingue claramente tres arcos colosales que se alzan del seno de un mar sin olas. El arco central es el más elevado; los dos laterales son iguales. Clay determina que esos arcos forman los portales de una enorme caverna, cuya cúpula se halla muy por encima de él, oculta en espirales de humo. A ambos lados de Clay se extiende una pared de escabrosa y sólida piedra, de cuyos puntos sobresalientes, que se alzan al límite de la vista, penden estalactitas de todas las formas y matices, de belleza imaginables. Terribles y estruendosos acordes reverberan en el universo mientras Clay avanza hacia la boca de la caverna.

Se adentra en la cueva.

El ambiente es frío y apagado, y Clay, poco a poco, va formándose la idea de que ha entrado en una caverna real, que por fin ha dejado atrás el desierto de las alucinaciones. No obstante, dedos de irrealidad le persiguen incluso aquí, dedos que juguetean pasada la entrada para turbar su mente, y él sigue sin poder diferenciar lo verdadero de lo falso con algún grado de certeza. Una puerta se cierra tras él. Se halla ante un techo abovedado, paredes de losas, un saliente estrado de negro marfil. Sillas dispuestas en arcos obstruyen la entrada. Los gruesos paneles de las paredes están adornados con grotescos frescos de pájaros, bestias y monstruos de la época, que están en continuo y vibrante movimiento, siempre cambiando de forma como la visión de un calidoscopio. Ahora las paredes se erizan de dientes. Llamativos pájaros con diamantinas garras inclinan la cabeza desde sus elevadas posiciones y revolotean



entre plantas cicadáceas. Respiradores y Esperadores estornudan y se retuercen. Todo fluye. Todo serpentea. Todo se funde. Clay se abre paso entre doradas sogas y sigue avanzando. Trepa al estrado. Al otro lado hay un negro túnel, en cuyo centro sopla una serena brisa procedente de una cámara inferior. Clay baja con cuidado por el otro lado del estrado y entra en el túnel.

Camina cerca de una hora, supone él, antes de que se quiebre la oscuridad. Por fin se inicia un tenue teñido de púrpura. El ambiente va cobrando brillo poco a poco. Clay se siente febrilento, la cabeza le da vueltas. ¿Le han seguido hasta aquí, bajo la piel del planeta, inflados globos de alucinaciones? El tipo de suelo cambia bruscamente: hasta ahora había sido liso, igual que mármol o pizarra pulida, y ahora tiene el tosco deslustre del hormigón. En el mismo instante en que Clay toca el nuevo pavimento, las luces centellean brillantemente y aparece el vestíbulo de un vasto salón gótico cuyas bóvedas y cámaras se extienden y se extienden hacia la penumbra. En el suelo de la imponente sala hay pintorescos anacronismos: todo tipo de máquinas y motores, casi todos pintados de verde brillante, que confieren al lugar la apariencia de una planta generadora del siglo veinte, aunque las ruedas, cables, poleas, palancas, turbinas, pistones, calderas, compresores y demás aparatos no constituyen dispositivos que Clay identifique con sus conocimientos del mundo anterior. La maquinaria parece funcionar, empero. Ruidos sordos, vibraciones, zumbidos y retumbos surgen de la barahúnda inferior, y varios cables forman lazos y se doblan como si estuvieran poseídos por la fuerza que fluye en su interior.

A la izquierda de Clay hay una escalera que asciende pegada al muro del salón. Clay la sube pensativamente, pisando con tiento los estrechos escalones. Cuando se halla quizás a treinta metros por encima de la maquinaria, Clay descubre que la escalera se interrumpe bruscamente; si da un paso más, caerá al distante suelo. Al mirar hacia arriba ve un segundo tramo de escalera en la pared. Y ahí está él, ascendiendo, un hombre desnudo que avanza poco a poco, ligeramente corto de aliento. Clay frunce el ceño. De inmediato se ve transportado al segundo tramo, y él es el hombre desnudo que ahora sube trabajosamente. La escalera se interrumpe de nuevo al borde de un abismo; Clay las mira otra vez; de nuevo descubre un tramo más elevado, y se ve él mismo trepando; se une a su otro yo otra vez y asciende el tercer tramo. Continúa así sin cesar, reduplicación tras reduplicación, hasta que, tras una infinidad de escalones, se encuentra perdido en la penumbra superior de la gran sala.

Clay se arrodilla en una amplia losa de rosado mármol.

Le caen gotas de cálido sudor. Jadea. Tose. Resuella.

Atisba por encima del borde y se maravilla al contemplar la confusión de las extremidades de las estruendosas máquinas del lejano suelo.

Ve varias escaleras y varios Clays que las suben. Agita las manos y grita palabras de ánimo. Un torrente de nueva energía le mantiene a flote. Se levanta, avanza con lentitud por una pasarela que hay en el punto más elevado de la enorme cámara y topa con una compuerta que parece pedir a gritos que la abran. Clay la abre. Debajo hay neblina verde sazonada con canela, opaca. Clay desliza una mano para tantearla, plenamente preparado para ver la carne arrancada del hueso. Pero no, sólo nota un pegajoso calorcillo. Entra, le urge la compuerta. ¡Hecho para ti, hecho para ti! Abajo. Un recorrido dulce, flotante. Clay entra. La niebla se aprieta bochornosamente a su cuerpo como una sudorosa mano. Vapor de menta en sus ojos. Jirones de tímido

verdor envuelven recatadamente sus órganos genitales. Clay flota. Cae por el conducto, abajo, abajo, desciende finalmente casi tantos metros como había ascendido, y más todavía, hacia un túnel que se halla bajo el salón de las máquinas. La gravedad queda anulada. Mientras cae, Clay se retuerce y flota, pone los pies por encima de la cabeza, observa su flácido órgano erguido pese a todo, y por fin se detiene, aterriza de pie suavemente. Se aparta del conducto, que se aleja de él con un sonido de húmeda succión. Aquí hay brillantes luces. Una ciudad subterránea, una calle sin fin, todo fulgurante, todo fragante. Llamas blancas como la leche arden en el aire, frías, deliciosas. Las galerías se prolongan en la oscura lejanía. Clay ha estado aquí anteriormente. Se trata del mundo-túnel construido como habitáculo de la humanidad en la época en que la superficie de la Tierra no era apta para la vida. Durante el rito de la Abertura de la Tierra, recuerda Clay, atravesó este nivel, lo vio unos instantes y después se deslizó a mayor profundidad. Ahora va a inspeccionarlo ampliamente. Clay avanza.

De inmediato topa con lobreguez. Al doblar un recodo del túnel encuentra el cadáver de un hombre cabra en el suelo, panza arriba. La criatura ha sido desollada en parte, y le han abierto la piel del vientre para dejar al descubierto el interior de la cavidad abdominal. Le han quitado los órganos. No hay sangre: casi podría ser una hábil copia del original. Pero el caprino olor, ese hedor a podredumbre, está en el aire. La muerte ha sido reciente.

¿Los que abandonan toda esperanza? La reluciente pared se abre y sale rodando un hombre de metal. Es bajito y más gordo que Clay. Su cuerpo es un simple cono de pulido acero azul y cerca del vértice está rodeado por una hilera de sensores -ojos, oídos, analizadores de calor y demás- que lo tapan por completo. Extremidades de diversos tipos salen de un anillo a la altura del pecho. No hay piernas; el hombre de metal se mueve sobre ocultas ruedas. Clay había visto anteriormente esta clase de robots: infelices sirvientes, abandonados y olvidados, eternamente a la espera.

-Amigo del hombre -anuncia el robot con bronca voz que se arrastra por la rejilla de un altavoz-. Acepto antigua obligación. Servir. Cumplir mandato.

Clay no reconoce el lenguaje pero comprende las palabras.

-Amigo del hombre -responde burlonamente Clay.

-Sí. Prodigio de la moderna artesanía.

-¿Debe suponerse que los amigos del hombre destruyen hombres?

-Clarificación.

Clay señala la despellejada cabra.

-Esto es un hombre. ¿Quién lo abrió?

-No corresponde a parámetros humanos.

-Examínalo con más atención. Cuenta los cromosomas. Saca los genes. Es un hombre, lo creas o no. Genéticamente adaptado, Dios sabe por qué, a esta inmundada forma.

¿Quién lo mató?

-Estamos programados para eliminar los organismos potencialmente hostiles de orden inferior.

-¿Quién lo mató?

-Los sirvientes -dice mansamente el robot.

-Destruir un hombre. No era gran cosa, él, pero sí humano. ¿Qué harías si un Deslizador bajara aquí? ¿Un Respirador? ¿Un Esperador?

-Interrogativo.

Clay empieza a cansarse.

-Escucha -le dice-, el mundo está lleno de seres humanos que no se corresponden con las nociones de humanidad al uso cuando se construyó este lugar. Algunos podrían extraviarse y llegar aquí. No quiero que los mates.

-¿Cambio de programa?

-Desarrollo de programa. Redefinición del hombre. ¿Dónde puedo dar la orden?

-Yo la transmitiré a la central -promete el robot.

-Muy bien. A partir de ahora se redefine el hombre como cualquier organismo cuya verdadera línea genética descienda del *Homo sapiens*, definido éste como la especie que construye el mundo túnel. Se entiende que los sirvientes del túnel no tratarán de molestar en modo alguno a tales organismos si penetran en esta jurisdicción.

-Conflicto. Conflicto. Conflicto.

Luces rojas destellan en el hocico del robot.

-¿Y bien? -pregunta Clay.

-Estamos encargados de proteger a los hombres. Pero también estamos encargados de proteger la ciudad. ¿Si llegan organismos humanos hostiles? ¿Instrucciones? ¿Definiciones?

Clay comprende el problema.

-Evitaréis, siempre que sea posible, que formas humanas intrusas causen daño al mundo túnel. Pero os esforzaréis al máximo para aislar y expulsar a las formas intrusas sin causarles daños físicos permanentes.

-Transmitido. Aceptado.

-Yo soy Clay. Soy humano. Tú me servirás.

-Nuestra antigua obligación -dice el robot.

Clay examina a la criatura, fascinado por su habilidad para comunicarse con ella.

-¿Te das cuenta -dice al cabo de unos instantes- de que podrías ser el artefacto más antiguo de la humanidad que existe? Me refiero a que prácticamente debes de ser de mi época. Y el resto, de ahí para atrás, ha desaparecido. ¿Cuándo se construyó esta ciudad?

-En el siglo dieciocho.

-No en *mi* siglo dieciocho, estoy seguro. El siglo dieciocho ¿después de qué?

-El siglo dieciocho -repite complaciente el robot-, ¿Deseas acceso a referencia?

-¿Te refieres a una máquina que responde?

-Correcto.

-Podría ser útil -dice Clay, sintiendo un brusco resurgir de esperanza-. Algo que me informe sobre partes de la historia. Que me ayude a reconstruir. ¿Dónde está esa máquina? ¿Cómo puedo preguntar cosas?

-¿Quieres seguirme?

El robot da media vuelta y rueda a lo largo de un pasillo de plateadas paredes. Clay trota tras la máquina y mientras corre vislumbra tentadoramente extraños instrumentos en las vidrieras de las paredes. El robot se detiene ante un grisáceo mecanismo que brota de una columna igual que una taza.

-Acceso de referencia -susurra mientras indica a Clay que se acerque con destellantes luces.

-Hola -dice Clay-. Mirad, caí atrapado en el flujo del tiempo y deseo cierta información. Sobre el desarrollo de la civilización, sobre el curso de la historia. Procedo del siglo veinte de la era cristiana, pero no he podido relacionar mi época con otras, ni siquiera la época en que se construyó el mundo túnel, y quizá vosotros podáis aclarármelo. Aunque no hayáis analizado los hechos después de la civilización del mundo túnel, al menos podréis explicarme qué ocurrió entre vuestra época y la mía. ¿Sí? ¿Podéis escucharme? Aguardo. -Silencio-. Adelante. Espero oír algo.

Sonidos y gruñidos salen de la grisácea taza. Chirridos y silbidos. Unas cuantas palabras, inciertas, bien articuladas pero incomprensibles. Primeros esfuerzos de comunicación. Y luego:

-Hacia el final de la primera época postindustrial una catastrófica revuelta social provocó la demolición total de las construcciones e hipótesis en las que se habían basado las viejas sociedades urbanas. Una época de reestructuración denominada el caos terminal del medio ambiente derruido. Nuevos conceptos arquitectónicos. Nuestro sistema actual deriva de ese punto. No obstante, se manifestó un rasgo intrínseco que produjo una oscilación fundamental de la cronología. Quizá podíamos estimar en ocho o diez siglos la inestabilidad en la estructura social revisada, intenciones que en último término aportaron todo lo experimentado en la erosión previa. Llegado al nivel más extremo el mundo parecía deseable. Por fortuna, conocimientos y técnicas posibilitaron el nuevo sistema urbano en una destrucción mucho más potente que los apocalipsis humanos. Abandono del medio ambiente de la superficie, acumulación de mecánica, rápida y eficaz duplicación de ciudades subterráneas, y a finales del siglo dieciocho de la presente era se inició el traslado de población, acompañado por una meditada herencia genética inferior, imperfecciones sociales, protección para eliminar enfermedades y otros indeseables. Ahora nosotros acrecentamos la infraestructura humana. Nosotros, la adaptabilidad de la especie, y concebibles catástrofes que pueden surgir inmediatamente a partir de esto fueron la Época del Barrido, que impuso una serie. Podemos enorgullecer de ello. Los renovados han creado, lo que demuestra: danos esperanza para resistir todo pero aguardamos en las épocas futuras.

Al cabo de un rato, Clay dice tristemente:

-Gracias -y da media vuelta. El robot está junto a él-. Inútil -murmura Clay-. Totalmente inútil. Como si nada.

-Vestir al desnudo -dice el robot-. Otra urgente obligación. ¿Deseas ropas?

-¿Tan horrible soy?

-Los humanos tapan sus cuerpos cuando están en la calle. Nosotros proveemos a los que carecen de ropa.

Clay no responde, y el robot considera su respuesta como aceptación. Detrás de Clay, una parte de la pared se irisa y se abre y aparece un segundo robot. La máquina levanta una manguera en forma de trompa y riega a Clay con un estruendoso chorro de colorantes y tejidos. Al recobrase de su sorpresa, Clay ve que lleva una apretada túnica dorada, zapatos que parecen sobres transparentes y un holgado sombrero. Ha estado desnudo tanto tiempo que nota al instante el roce y la apretura de la vestimenta. Puesto que no desea ofender a los robots, decide seguir llevándola. Recorre el pasillo. El primer robot le persigue y le dice:

-¿Comida? ¿Cobijo? ¿Limpieza corporal? ¿Entretenimientos?

-No.

-¿Ningún deseo especial?

-Sólo uno -dice Clay-. Intimidad. Vete. Cuando te necesite, silbaré.

-Interrogativo.

-Te llamaré. Gritaré fuerte con mis cuerdas vocales. ¿Mejor así? Ahora vete, por favor. Te lo pido por favor. No te alejes mucho, pero permanece fuera de mi vista hasta que te llame.

Da media vuelta. Echa a andar. El robot se aleja rodando.

Clay escudriña viviendas y tiendas. Todo muy limpio, Pompeya para el merodeo de Clay, ninguna puerta cerrada. En este lugar algo parecido a una pantalla de televisor presenta, tras tocar la palanca, protuberancias tridimensionales que sobresalen y se encogen como burbujas en lava fundida. Más allá hay una bañera octogonal cuyas paredes de porcelana exudan convincente sangre al apretar un botón. Algo que podrían ser salchichas verdes sale despedido de un montón de tubos metálicos en lo alto de lo que posiblemente es una cocina. Una cama cambia de tamaño y de forma con frenética energía: mayor, menor, circular, rectangular... Un colosal falo rosado, siniestro por su realidad, se alza en el centro de un suelo de negra pizarra. Una pared se disuelve en una rociada de mosaicos. Mangueras que crecen como setas a lo largo de un escaparate empapan a Clay de perfumes, especias, ungüentos y un fino fluido de color claro que consume su ropa en un momento. Clay goza su vuelta a la desnudez, aunque se demora ante las mangueras demasiado tiempo y una de ellas arroja un chorro de aceite rojo que le anestesia la piel. Clay se lleva un dedo al oído: nada. Se rasca cuidadosamente el pecho: nada. Estruja su pene con la mano cerrada: nada. No percibe el contacto de sus pies descalzos con el áspero pavimento. ¿Será un efecto permanente? Clay imagina que tropieza con afilados objetos que le arrancan la carne y le rebanan los dedos de los pies sin que él lo note, hasta quedar reducido a unos cuantos jirones de músculo que cuelgan de pelados huesos.

-¿Robot? -llama-. ¡Hey, robot, ven en mi ayuda!

Pero antes de que el hombre máquina le alcance, dos mangueras le riegan al mismo tiempo y Clay percibe la vida que vuelve a sus células nerviosas con tan maravillosa intensidad que sufre un orgasmo instantáneo. Jadeando un poco, retrocede y despide al robot con dos rápidas sílabas. Al proseguir su camino, tropieza entre una doble

pared de espejos y queda atrapado en un infinito retroceso, *pong-pong-pong*, de pared a pared mientras los espejos giran, varían de ángulo y se abomban. Clay cae al suelo y se arrastra fuera del lugar. ¿Cómo ha podido sobrevivir todo esto, se pregunta Clay, mientras el mundo sufría incontables trastornos geológicos, pese a los cambios de forma de los mismos continentes? Admite la probabilidad finita de que el mundo túnel sea ilusorio. Se desvía a otra barahúnda de calles y galerías. La arquitectura tiene otro estilo, más brutal, menos imaginativo que antes, pero la ornamentación y rasgos superficiales de las estructuras es de orden mucho más elevado. Salen robots de todos los rincones y se ponen al servicio de Clay, pero él sigue con los ojos puestos en *su* robot, el único que le sigue a respetuosa distancia, y no presta atención al resto.

-¿Adónde fue la gente? -pregunta a su robot-. ¿Por qué se fueron? ¿Cuándo?

-Un día ya no estaban aquí -dice el robot, nostálgico.

Clay acepta la respuesta de buen grado. Toca un botón y una abstracta película tridimensional sale en cascadas de un proyector fluorescente. Al soltar el botón el llamativo remolino de luces multicolores se encauza hacia el proyector en marcha atrás y desaparece como un silbido. En otra sala hay juegos de azar: tableros que destellan y retumban, ruedas que giran describiendo erráticas órbitas, fichas, marcadores, contadores, dados de ébano, barajas que se funden y se comban al tocarlas. Más allá hay algo parecido a un acuario, pero sin peces. Clay contempla luego un puzzle infantil, un embalsamado árbol, una jaula vacía y una cajita cerrada. Sigue adelante. Chorros de vivo vapor le alejan de una tentadora sala en forma de útero que tiene esponjosas paredes. Clay evita un tramo de escalera que desciende, quizás, hacia un nivel inferior, porque asfixiantes nubes de verde polvo aparecen antes de que haya bajado el tercer escalón. Llega a un lugar donde robots desarman robots. Descubre una potente pantalla que muestra una vista del mundo superficial: suaves colinas y valles, sin vestigio alguno del siniestro desierto de alucinaciones que atravesó Clay. Por fin empuja una puerta giratoria, al parecer de aluminio, y mientras la puerta se abre solemnemente, el robot rueda hacia él.

-A partir de aquí no hay salvaguardas -dice a Clay.

-¿Qué se supone que debo entender por eso?

-No podemos protegerte si continúas en esa dirección.

Clay contempla el corredor que acaba de aparecer. Se asemeja mucho al que ha explorado ahora mismo, si acaso es más brillante y atractivo. Las construcciones poseen sutiles, modestas fachadas que relucen con el contenido fuego de magníficos rubíes, y Clay detecta un soplo de elegante música que campanillea en algún patio cercano. Seguirá avanzando. El robot repite su advertencia.

-A pesar de todo, acepto el riesgo -dice Clay.

Al dar el primer paso en el sector prohibido le asalta un desagradable pensamiento y se vuelve hacia el robot.

-¿Se cerrará esta puerta en cuanto yo la cruce? -le pregunta.

-Afirmativo.

-No -dice Clay-. No quiero que se cierre. Te ordeno que la dejes abierta hasta que yo vuelva.

-Instrucciones estrictas para evitar incursiones de habitantes de...

-Olvídate de ellos. Es una orden. En este momento soy el único hombre del planeta, y todo este lugar fue construido para servir a los hombres. Tú no eres más que una máquina diseñada para hacer más fáciles y gratas las vidas de los hombres, y no estoy dispuesto a consentir que me desafíes. La puerta permanecerá abierta. ¿Entendido?

Vacilación. Conflicto.

-Afirmativo -dice por fin el robot.

Clay entra. Al llegar al sexto escalón se vuelve bruscamente. La puerta sigue abierta. Su robot aguarda junto a ella.

-Perfecto -dice Clay-. Recuerda, yo soy el jefe. La puerta seguirá abierta.

Mientras inspecciona las fachadas clásicas de esta ala del mundo túnel, Clay topa con la primera señal (aparte del cadáver del hombre cabra) de que vida no mecánica se ha inmiscuido en alguna parte del refugio subterráneo. Ocho pelotillas verdes yacen junto a la entrada de una lustrosa sala. Es obvio que se trata de las deyecciones de algún roedor de la época. En los lugares no recorridos por los robots, la fauna ha tomado posesión.

Al acecho, Clay ve al posible causante de las pelotillas: un animal similar a un hurón que se arrastra por el suelo moviendo sus cachigordas patas y agitando su pelada y purpúrea cola. En su dorso hay una hilera de ojos. Clay percibe una cruel y resuelta inteligencia en el interior de la bestia. ¿No será otro hijo del hombre? No. No tiene un solo micrón de humanidad. Está acechando algo en el corredor. Clay lo sigue. La bestia salta sobre algo. ¿Una presa invisible, quizás? El hurón agarra algo con patas y cola, hunde las fauces. Mastica. Gozo evidente. Un carnívoro espantoso y pequeño en pleno festín. Por fin termina; arrastra a la invisible víctima hacia un nicho y luego sale y excreta más pelotillas verdes. Se aleja. Clay prosigue su camino.

En este lugar no hay mantenimiento alguno. El ambiente es húmedo, congestionado, protoplásmico. Chispeantes telarañas penden de las paredes y succionantes predadores aguardan en el centro. Clay observa a uno de los animales: una peluda langosta de color azul, que le sonríe hambrientamente. Clay pasa junto a la guarida del animal y entra en un espléndido patio donde ronronea y reluce una fuente de resplandor. Aquí hay más máquinas de las que abundan al otro lado de la puerta, aunque Clay no ha visto todavía dos mecanismos idénticos. Ante él hay un espejo cóncavo, cuyas profundidades parecen tentadoramente blandas y fulgurantes, igual que una entrada al país de las maravillas. Clay extiende los dedos para tocar el sedoso vidrio, pero lo piensa mejor y los aparta.

-¿Qué haces? -pregunta al instrumento-. Los objetos que hay aquí deberían tener etiquetas, como BÉBEME o APRIÉTESE EL BOTÓN PARA LOGRAR ESTUPENDAS ALUCINACIONES, o algo parecido. No puede esperarse que un desconocido deduzca el funcionamiento de estas máquinas. Podría herirse. O estropear algo delicado.

En cuanto deja de hablar, Clay oye un agudo cloqueo, un gorjeo, un burbujeo, un susurro, y acto seguido, de un punto del espejo surge su propia voz, alterada de orden, reiterada y entrelazada hasta formar una chillona sinfonía de asoladora complejidad:

-ESTUPENDAS ALUCINACIONES objetos etiquetas tener como desconocido el el el el el el no puede esperarse APRIÉTESE EL BOTÓN o o o deberían tener BEBE objetos delicado algo estropear estropear estropear deduzca podría deduzca deduzca deduzca herirse PARA ME aquí estas no puede estas estas estas estas estas estas estas herirse o APRIETE APRIETE APRIETE como desconocidos el aquí de estas de estas para algo un objetos estas algo etiquetas BOTÓN her eti es al del irse eme ado ic uzca eden jetos uci endas delicado PARA objetos otón cidos erir ía APRIETE EL BOTÓN o o o o pear ALUCINACIONES conocidos ESTUPENDAS.

Silencio a continuación.

Repetición invertida a continuación. Triple fuga. Modulación en el espejo. Spiccato. Rutilante séptima dominante. Codetta antes de que entre la tercera voz. Trasposición tónica del tema. Allegro non giocoso. Andante ma non troppo. Largo. Vivace. Solfeggio. La sala resuena con la música de las palabras de Clay.

-¡APRIETE! ¡Pendas! ¡LUCINA! ¡Ebe!

Variaciones *ad libitum*.

-Pe pe pe pe pe pe pe.

Sonata quasi una fantasia. Portamento. Sforzando. Sfogato. Fortissimo. Clay huye. La música le persigue hacia el corredor. Legato! Doloroso! Dal segno! Agitato!

-¡Estropear! ¡Estropear! ¡Estropear!

Clay echa a correr, tropieza, se levanta, vuelve a correr. La máquina grabadora lanza sólidos planos de sonido que parten el aire en niveles, igual que un *pousse-café*. Clay dobla velozmente una esquina y una segunda y una tercera y sigue corriendo aun después de que los sonidos se han extinguido. Luego patina hasta pararse. Una gran bestia obstruye el corredor. Tiene forma de tienda de campaña, con sueltos pliegues de correosa piel verde y tamaño doble que el de Clay. Anadea con sus menudos y amarillos pies de pato. Absurdos bracitos penden de su pecho; por encima de ellos hay una ranura por boca y dos satinados ojazos. Estos ojos sobresaltan a Clay: reflejan en su parpadeo el buen humor de un payaso e indudable inteligencia, pero también hay fría malevolencia en los arteros pestaños. La bestia y Clay se contemplan en silencio.

-Si eres una forma humana -dice por fin Clay-, afirmo que somos parientes. Soy una especie ancestral. Arrastrado por el flujo del tiempo.

En los ojos de la bestia hay ahora más vigilancia, más diversión, pero ninguna otra respuesta. La criatura sigue acercándose. Es enorme pero parece inofensiva. Clay, empero, desnudo y desarmado, se muestra precavido y retrocede poco a poco. Sin volver la cabeza, busca a tientas una puerta, la encuentra, la abre, la cruza, la cierra bruscamente y se apoya en ella para mantenerla cerrada, mientras sigue los movimientos de la criatura del corredor a través de un ventanal. La gran bestia no trata de forzar la puerta. Evidentemente tiene otra presa en mente, porque ahora, Clay lo ve, ha vuelto su atención a un nido fijado en un pilar, al otro lado del pasillo. La ranura de la boca se ha abierto y en ella se ha desenroscado una negra lengua que parece una trompa, de varios metros de longitud y con tres retorcidos dedos en la punta. Con esta lengua sondea el nido, hecho de relucientes tiras de plástico. Mientras los dedos toquetean el nido, varias cabezas surgen: las crías, al parecer, de un ser



hurón. Seis negros hocicos se agitan con obvia furia. Eluden la tanteante lengua. Un animal brinca valerosamente sobre ésta y hunde en ella brillantes colmillos amarillos. Después se aparta y la criatura en forma de tienda de campaña, dolorida, recoge un metro de la lengua y la menea en el aire para enfriarla. Luego la lengua vuelve y reanuda la exploración del nido. Los jóvenes hurones brincan y danzan, pero en esta ocasión la lengua ataca rápidamente, cogiendo una presa por la parte más débil y arrastrándola hacia la ansiosa boca. Cruelles garritas se revuelven y arañan en vano. El animal acaba en la boca. Y en el mismo momento la madre de los hurones, que regresa de una cacería, llega al lugar y arremete contra el inmenso predador. Clay oye chillidos al otro lado de la puerta, pero no sabe a quién corresponden. La ultrajada madre muere, araña y desgarrar. La lengua, que serpentea como un reptil irritado, sube y baja, los dedos buscan al hurón y tratan de apartarlo. Pero el erizado animalillo es muy rápido. Actúa velozmente y elude los ciegos dedos, mordéndolos en cuanto están muy cerca. El hurón descubre que es muy fácil perforar la piel de su rival y la taladra en varios puntos, hasta abrir una grieta bajo uno de los brazos del predador que le permite introducirse en el cuerpo. Penetra en la carne de la tienda de campaña como si planeara abrir un pasadizo hasta el estómago y liberar a su devorado cachorro. Ahora la lucha se ha transformado. El hocico, el cuello y medio hurón desaparecen dentro del rival. Los ojos de la bestia-tienda han perdido su pícaro humor: despiden destellos de agonía. La lengua, desenrollada hasta alcanzar toda su enorme longitud, fustiga convulsivamente la pared. La bestia se agita y salta sobre sus patas de pato. Trata en vano de alcanzar al dentado excavador con sus inútiles manitas. Se frota el cuerpo en las columnas, emite alaridos de dolor, brinca de un lado a otro con torpe desmayo. Su muerte es segura.

Pero la muerte, cuando llega, lo hace a través de otro agente. De pronto llega una tercera criatura al corredor, un reptil, casi un dinosaurio. Avanza pesadamente sobre colosales patas terminadas en garras, con muslos que parecen troncos de árbol. Una carnosa cola se arrastra tras el cuerpo. Las patas delanteras son cortas pero potentes. La cara se prolonga para formar un pesado hocico. Los dientes son colmillos tan salvajes y numerosos que proclaman el mortífero carácter del recién llegado, convirtiendo en cómica exageración las naturalezas más brutales. Por encima del montón de siniestras hojas hay dos brillantes ojazos que relucen heladamente. ¿Qué es este horrible tiranosaurio? ¿Qué ardid de la evolución, retorciéndose sobre sí misma, soltó al escamoso saurio en estos pulidos corredores? El monstruo se echa atrás, la cabeza toca el techo del mundo túnel, y la criatura agarra a la tienda de campaña para azotarla en lo alto como si no tuviera peso. Dos arrogantes golpes de las garras delanteras y la infortunada tienda se parte, se raja. El hurón sale como una flecha, manchado de viscosa sangre negra, y trepa velozmente al nido. El saurio, agachado, se alimenta, mete grumos de carne en su espantoso buche. Arranca, desgarrar; bufidos de satisfacción. Clay, a salvo detrás de la puerta, sigue observando, no asombrado por la sangrienta matanza sino por los mensajes que brotan de la mente del monstruo. No es un reptil. Es otro de los hijos del hombre.

«¿Eres un Devorador?», pregunta Clay.

«Así nos llaman», replica la pesadilla sin interrumpir su festín.

Los pensamientos del Devorador flotan como témpanos en un océano. Clay está pasmado por el contacto. Retrocede, se encoge en la otra pared; el Devorador es demasiado voluminoso para entrar en esta habitación, piensa Clay. Pero la puerta se

abre de golpe. El feroz hocico entra, aunque el resto del Devorador continúa en el corredor. Clay ve su propia imagen, distorsionada, en los rutilantes ojos.

«¿Hombre?», pregunta el Devorador. «¿Forma antigua?»

«Exacto. El flujo del tiempo...»

«Sí.» Brusco desprecio. «Una cosa blanda y rosada. Inservible.»

«Los humanos fueron creados débiles», replica Clay, «para que pudieran adquirir pericia y reflejos. Si desde el principio hubiéramos tenido tus garras y tus dientes, ¿cuándo habríamos inventado el cuchillo, el martillo, el cincel y el hacha?»

El Devorador se mofa. Mete la cara un poco más en la habitación. Clay observa intranquilo que la lisa pared de plástico próxima al marco de la puerta está empezando a crujir. La criatura se lo comerá en tres bocados.

«Yo también soy humano», alardea el Devorador.

«¿Adoptando la forma de un animal?»

«Adoptando la forma del poder.»

«El poder consiste en superar la debilidad física mediante la inteligencia», dice Clay. «No en abandonarse a la fuerza bruta de una bestia.»

«Compararé mis dientes con tu inteligencia», ofrece el Devorador. Está empujando con más fuerza, obviamente insaciable y en busca de cualquier clase de carne.

«Tus compañeros humanos de esta época», dice Clay, «parecen apañárselas bien sin matar. No necesitan alimento. ¿Por qué matas? ¿Por qué debes comer?»

«Porque me apetece.»

«¿Te apetece revertir al primitivismo?»

«¿Debo ser como los demás?»

«Los demás son más libres que tú», insiste Clay. «Estás atado por las exigencias de tu carne. No eres un paso adelante en la evolución. Eres un anacronismo, un atavismo.» El marco de la puerta se comen. «¿Qué finalidad tenía crear hombres a partir de monstruosidades, si los hombres iban a transformarse de nuevo en monstruosidades?»

Violenta presión contra la pared. Crujidos en el interior de la estructura.

«No hay finalidad alguna», dice el Devorador. «No existen pautas.» Aprieta los dientes. Mete una pata en la habitación. «Elegimos esta forma en el momento que nos apeteció adoptarla. ¿Debemos sentarnos y cantar? ¿Debemos jugar con flores? ¿Debemos hacer los Cinco Ritos? Tenemos mentalidad propia. Formamos parte de la textura de las cosas.»

Y aplasta la puerta, arrancando media pared. La vasta boca se abre. Los feroces dientes chispean. Clay, que ha visto una pequeña compuerta al otro lado de la sala durante su coloquio con el monstruo, se precipita hacia allí, la abre y, muy aliviado, se apresura a cruzarla y huye. Los rugidos del Devorador resuenan mientras la presa se retira. Clay se halla ahora en algo así como un núcleo de servicios, un lugar oscuro, húmedo, una serie de pasadizos en espiral que constituye un asombroso laberinto. Sus ojos se acostumbran al nuevo ambiente con el tiempo. Animales de cien especies habitan en estas galerías. Clay no comprende esta ecología: ¿de qué se alimentan los

herbívoros? Es fútil buscar lógica aquí. Y por los corredores hay Devoradores, al menos diez, que recogen la cosecha. Cada uno tiene su territorio. No hay intrusiones. Cazan siempre y jamás encuentran suficiente comida. Clay aprende a localizarlos por sus bufidos y estruendos mucho antes de toparse con ellos, y de esta manera evita el peligro. ¿Podrá volver a la puerta que sigue abierta para él? ¿Podrá regresar a salvo a la parte del mundo túnel que vigilan los robots?

Clay vaga eternamente en los entrelazados corredores. Otra vez brota pelo de su cuerpo. Por primera vez desde que cediera su hambre a Hanmer, Clay siente tenue pero definida necesidad de alimento. Tiene sed. Le molesta estar desnudo. Traga excesivo polvo. Esforzándose en evitar a los Devoradores, no repara en pequeños carnívoros y en varias ocasiones le mordisquean talones y pantorrillas. Todos los pasadizos acaban en nuevos pasadizos, pero él no se aproxima a territorio conocido. El desespero le abruma. Errará por siempre en este mundo subterráneo. O, si logra regresar a la superficie, se hallará en el mismo desierto de alucinaciones donde le abandonó su guía, el esferoide. El encuentro con el Devorador ha ensombrecido su espíritu. Le oprime la idea de que una bestia como esa sea un descendiente del hombre.

A modo de consuelo Clay se esfuerza en persuadirse de que está difamando a los Devoradores. Inventa una civilización para ellos. Se ofrece una visión de los Devoradores rezando, enardecidos por el fervor y la ternura espiritual. Inventa poesía Devoradora. Imagina una manada de Devoradores congregada en un muro del que penden cuadros, y presta atención a sus conceptos sobre la estética. Clay evoca matemáticos Devoradores que garabatean números imaginarios en la tierra con sus terribles garras. Su alma está inundada de compasión por ellos. Sois humanos, sois humanos, sois humanos, sois humanos, insiste Clay, y está dispuesto a abrazarlos como hermanos. La sensación de amor se apodera de él. Su conciencia se desvanece en el mundo del Devorador, oscuro, fantástico, incierto, recorrido por violentas pasiones. Y Clay, centelleante y tembloroso, tembloroso y desplegándose, lleva su mensaje de amor a los monstruos, entrega su Epístola al Abominable, y todos se apiñan alrededor de él para agradecerle el don de la gracia mientras hacen resonar sus espantosos dientes con suaves armonías, y le bendicen por ver la humanidad esencial dentro de la carne de pesadilla. En este embeleso Clay avanza serenamente por el enmarañado mundo túnel y, por fin, ve brillantes luces delante, empieza a ascender y oye un coro celestial y una voz que le dice:

-Ven, este es el camino.

Clay asciende. Coros de ángeles cantan. Cruza un umbral octogonal y la dulzura del aire puro afecta sus fosas nasales. Y no se trata de un sueño, porque sale a un prado de rolliza hierba dorada, y todos sus amigos están allí.

-Has llegado a tiempo para participar con nosotros en la Afinación de la Oscuridad - dice Hanmer.

## 14

Los Deslizadores le rodean y le dan la bienvenida. Los seis han adoptado la forma femenina en honor a Clay. Todos le besan, le acarician y le rozan. Hanmer, Ti, Bril, Serifice, Angelon, Ninameen. ¿Serifice? Serifice, Ninguno le da la oportunidad de

pedir explicaciones. Entre incesantes risitas, las seis hembras le conducen a un somero estanque en el centro del prado y le limpian el polvo del mundo túnel. Sus manos están por todas partes, manos de frívolas mujeres de harén. Las salpicaduras no dejan ver a Clay. ¿Serifice? Varias piernas se enroscan en su cuerpo. Una vagina le atrapa breve y juguetonamente, pero la unión se rompe antes de que él inicie la fricción. Alguien examina su sobaco. Alguien entra en su oreja.

-¡Basta! -farfulla Clay, pero ellas continúan durante unos momentos.

Finalmente Clay se levanta, con el pene débilmente erecto, y gatea hasta la orilla. Los seis Deslizadores son varones y están riendo. El esferoide está parado no muy lejos.

-¿Serifice? -tartamudea Clay-. ¿Eres Serifice?

Atrae hacia él a la cenceña forma. Serifice asiente. Hay nuevas intensidades en los ojos escarlata.

-Serifice, sí -dice Hanmer-. La muerte le ha aburrido.

-Pero...

-¡El Afinamiento de la Oscuridad! -grita Ninameen, y todos le imitan mientras hacen cabriolas junto a Clay.

Incluso el esferoide participa en la algarabía.

-Corrías demasiado para mí -le reprocha Clay-. Me abandonaste en aquel horrible desierto.

El esferoide, avergonzado, retrocede varias fases del espectro luminoso y gira nerviosamente sobre su rueda. Pero el regocijo de los demás convierte rápidamente en impropios esos trueques de acusaciones y culpabilidades. La alocada danza parece ser la preparación del inminente rito, porque Clay nota que el grupo extrae energía de la tierra, arrancándola en resonantes pulsaciones y envolviendo sus cuerpos en ella. Un techo de ionización, hormigueante y sibilante, cubre a los Deslizadores. Un succulento fulgor azul exuda de la hierba. Mientras tejen su conjuro, los Deslizadores cambian rápidamente de sexo, quizás incapaces de dominar su cuerpo al mismo tiempo que se concentran en otras tareas. Clay vaga entre el grupo, incómodo. El cielo se oscurece, el sol cae como si hubiera recibido un empujón y las estrellas empiezan a brillar a través de la nube de zumbantes electrones conforme decae el día. Clay se acerca a Serifice, que es hembra. Ella se mueve de un lado a otro, sin cesar, siguiendo un complejo paso pero sin abandonar un trozo de terreno de un metro cuadrado. Sus brazos describen una serie de helicoidales curvas y torsiones. Pálidas chispas caen de las yemas de sus dedos.

-Estuviste realmente muerta -le dice Clay-. ¿No es cierto?

Serifice no interrumpe su danza.

-Te lo contaré todo -contesta ella con un suave y encantador jadeo.

Clay se prenda del ritmo de los movimientos de la Deslizadora.

-¿Adónde fuiste? -le pregunta-. ¿Cómo fue? ¿Cómo pudiste regresar?

Serifice alza los brazos y lanza a Clay una rociada de chispas que zumban y silban al tocar la piel.

-Más tarde -le dice ella-. Te ofreceré buenas noticias de la muerte. Pero ahora debemos afinar la oscuridad.

-¿Puedo participar en el rito?

-Debes hacerlo -dice Serifce-. Debes, debes, debes.

Ahora llega un torrente de energía del corazón del mundo, una columna de azul brillante que se alza igual que un encintado mayo en el centro del prado. Deslumbrantes rayos de fuerza penden de la columna; Serifce aferra uno, Hanmer otro, Ninameen, Ti, Bril, Angelon. El esferoide, con cierto recelo, deja que una reluciente franja penetre en su jaula. Clay duda un instante. Luego agarra un rayo. Percibe una sensación que reconoce: esa sensación de carne en disolución que experimentó cuando Hanmer le llevó, hace tiempo, volando de planeta en planeta. Pero la textura de la sensación es más tensa y apretada ahora, totalmente más intensa. Clay está ascendiendo, él, Hanmer, Serifce, Angelon, todos están convirtiéndose en una sola llama que se alza en chorro y se lanza hacia los cielos, y de modo casi instantáneo el grupo sale de la atmósfera de la Tierra. Clay ve el planeta que gira soñolientamente en su interior, envuelto en pliegues de lanilla azul. Una zona de luz diurna barre la esfera; minúsculas partículas rielan en esa luminosidad. Los demás planetas se aferran a sus celestiales peldaños y crujen al girar mientras cumplen sus obligaciones. Clay ansía visitar Júpiter de nuevo y entregarse a su ponderosa manta. Sueña en flotar por el nebuloso Neptuno. Pero no hay paradas locales en este trayecto, como pronto descubre Clay. Los planetas se alejan como en un zoom y se pierden a lo lejos, meros puntos en la noche, luego ni siquiera eso. Clay lamenta la pérdida de esos mundos. Sus lágrimas se deslizan libremente y recorren estruendosamente el firmamento, giran con creciente celeridad, cobran impulso, adquieren cinético esplendor, succionan energía de las raíces de la galaxia sin cesar de dar vueltas en la noche y, una tras otra, empiezan a despedir chispas y arden con repentino brillo. Adoptan el aspecto de claras, luminosas, independientes llamaradas solares. Clay ha creado un collar de estrellas.

-Sí -dice Hanmer, murmurando en algún punto cercano-. Estamos aquí.

El grupo queda suspendido ante la helada faz del universo.

Clay desea ahora haber estudiado astronomía. Las estrellas que ve no llevan etiquetas. ¿Cómo sabrá él qué estrella visita? ¿Cómo se llama ese terrible orbe rojo, incrustado en una inmensa concha de tenue gas en expansión? ¿Y aquel intenso faro azul que desgarrar el espacio con su flujo de energía? ¿Y esa masa de cenizas que arde en rescoldo? ¿Y esa enorme enana blanca? ¿Y ese palpitante ojo anaranjado? ¿Y aquel sol triple? ¿Y esa nube de moteada brillantez?

-Sus nombres -dice Clay-. ¿Podéis indicármelos?

Y alguien -¿Hanmer?- replica:

-Huevo, Hoja, Labio, Sapo, Sangre, Mar y Galón.

-No, no -dice Clay-. Los nombres antiguos. Sirio, Canopus, Vega, Cabra, Arturo, Rigel, Procion, Altair, Betelgeuse. ¿Espiga? ¿Deneb? ¿Aldebarán? ¿Antares?

Los Deslizadores le ofrecen otros nombres mientras señalan excitadamente las estrellas con llamaradas de energía.

-Caldera. Tenue. Primero. Plano. Piedra. Ciego.

Clay rechaza de nuevo estos nombres. Arde de frustración. ¿Dónde se encuentra? ¿Quiénes son esas estrellas? ¡Beta Lira! ¡Tau Ceti! ¡Épsilon Auriga! ¡Gamma León! Clay pende en el espacio con las estrellas suspendidas de una negra pared ante él. No puede tocarlas. Las acaricia, pero no sabe sus nombres. Ve una amarilla como su propio sol, pero monstruosa, abarcando golosas horas-luz de espacio. Ahí hay una soberana azul sin planetas que lanza violentas oleadas de seductora energía hacia la negrura. Una gigante roja atrae suavemente hacia su regazo a un centenar de chamuscados mundos. Y ésta. Y ésta. Y aquélla. Estrellas muertas. Estrellas enanas. Estrellas dobles. Estrellas que explotan. Estrellas descaradas. Estrellas tímidas. Estrellas de polvo. Cometas. Meteoritos. Nebulosas. Corpúsculos. Lunas. Estrellas que se condensan. Estrellas que ejecutan la febril danza de Doppler. Estrellas que se desintegran. Estrellas que chocan. ¿Dónde acaba el universo? ¿De qué color es el terreno situado al otro lado de sus muros? ¿Qué idioma se habla allí? ¿Qué vinos beben allí?

El cosmos está repleto de tonos discordantes y Clay flota, atónito, impulsado parsecs entero como un huracán por el tosco estrépito de estas forcejeantes estrellas sin nombre. Todas las estrellas le cantan con sus respectivas confusiones de discordantes tonos. Todas crean sus particulares escalas. No hay armonía. No hay orden. No hay lógica. Clay está perdido, desamparado, asombrado, empequeñecido.

-Ahora llega el momento de la Afinación de la Oscuridad -dice Hanmer, siempre tranquilo.

Y el rito se inicia. Un supremo esfuerzo, difícil pero necesario. Clay nota que los demás le aprietan, le abrazan, mezclan sustancias con él: se trata de algo imposible de conseguir mediante esfuerzo individual. Él presta su fuerza al resto. Comienzan a organizar las estrellas. Hay que domar el estruendo, el retumbo, el silbido, el siseo, el clamor y la colisión de caprichosas energías emitidas al azar. El grupo trabaja pacientemente para desenredar las enmarañadas frecuencias. Ordenan y arreglan los chocantes colores. Enderezan las torcidas vibraciones y clasifican la barahúnda de chirriadoras radiaciones. La tarea es lenta y ardua, pero ejecutarla produce un éxtasis. La entropía es el enemigo; trasladamos la guerra a su territorio y triunfamos. ¡Ahí está! ¡Los relucientes estruendos toman forma! ¡El orden surge del caos! El esfuerzo no ha concluido; hay que hacer finos ajustes, una manipulación aquí, una trasposición allá. Retumbantes disonancias se deslizan todavía. Y hay reincidencias; no todo conserva su lugar, y hay tonos que derivan a la ventura casi en el mismo instante en que reciben nueva asignación. Pero... ¡atención! ¡Atención! Las melodías emergen, ¡ahora! El afinamiento es dúctil y artero; las escalas, esquivas pero convincentes, con numerosos tañidos vibrantes, con muchos intervalos resbaladizos. El teclado cósmico resuena. ¡Nosotros somos los mazos, ellos el xilófono y... atención al canto! El tintineo, el cascabeleo, la vibración, el destello: el universo gira serenamente sobre sus cojinetes, el cosmos está en armonía.

Clay pende ahora, embelesado, ante las resonantes estrellas.

El fuego de los soles es frío. Sus pellejos son blandos. Su música es pura y nítida.

Y nosotros somos los hijos del hombre, los afinadores de la oscuridad.

Clay recorre con la vista las estrellas y las saluda. Da vivas a Fomalhaut, Betelgeuse, Achernar, Cabra y Alfeca; Mirzan y Mulifen, Wezen y Adhara; Zuban, Pollux, Denebola, Bellatrix; Sheliak, Sulafat, Aladfar, Markab; Muscida, Porrima, la estrella

polar, Zaniah; Merak, Dubhe, Mizar, Alcaid. Clay saluda a El-rischa, Alnilam, Ascella y Nunki; extrae felicidad de Al-gjebha, Al-geiba, Mebsuta, Mekbuda; hace resonar Mira, Mimosa, Mesarthim, Menkar. Todos los soles cantan en espléndida armonía: Sadalmalik. Sadalsud, Sadachbia, Saq sakib alma; Régulo, Algol, Naos, Ankaa. Clay participa en el cántico. Mirad, les dice, estoy suspendido en el espacio, yo, hombre nacido de mujer, que vino al mundo y gateó y aprendió a erguirse, yo, que tuve agallas en la matriz, yo, hombre al que concedieron tres veintenas de años y diez años, yo, que sufrí y conocí el dolor y estuve solo. Me yergo ante las estrellas. Les sonsaco melodías. Yo, el vagabundo del enterrado pasado, yo, el exiliado, yo, la víctima: aquí estoy. Con mis compañeros. Con los hijos del hombre. ¿Que soy muy pequeño? ¿Que soy muy frágil? ¡Cantad! ¡Llenad el universo de truenos! ¡Vamos! ¡Maderas, metales, instrumentos de cuerda, percusión! ¡Vamos, vamos, vamos, vamos!

Clay se extiende por todo el cosmos, de pared a pared. Se ríe. Ruge. Mima a los soles. Silba. Solloza. Pronuncia su nombre gritando. Se alborozaba.

Y las afinadas estrellas repican.

-Hemos acabado -dice Hanmer sosegadamente, cuando llega el momento-. Ahora regresaremos.

## 15

-Muerte -recuerda Clay a Serifce-. Debes contármelo. Lo prometiste. Todo.

-Fue paz -dice ella-. Estuve vacía. Fue como un doble sueño.

Están descansando en un lago de oscura miel, los siete. Sólo falta el esferoide, que no ha vuelto del viaje a las estrellas. La miel gotea de grandes, rugosos árboles cuyas copas se inclinan bajo el peso del elixir. La miel entra en los Deslizadores a través de la piel, realzando su luminoso fulgor. De vez en cuando Clay prueba unas gotas; la miel le hace zumbiar los oídos. Todos los Deslizadores han adoptado la forma femenina, excepto Hanmer, que nada y describe viriles círculos por las orillas del lago.

-¿Viste algo allí? -dice Clay-. ¿Notaste algo alrededor?

-Vacío.

-Pero tú sabías que existías en alguna parte.

-Sabía que no existía.

-¿Cómo te sentías?

-Me sentía como si no sintiera nada.

-¿No puedes ser más concreta? -pregunta Clay, un poco exasperado-. Quiero saber cómo fue.

-Muere y ve -sugiere Serifce.

-Muere y ve -murmura Ninameen.

-Muere y ve -dice Ti.

-Muere y ve -dice Angelon.

-Ve y muere -dice en cambio Bril y todos se echan a reír.

-Todos moriremos -dice Hanmer-. Todos veremos.

-¿Y todos volveréis al cabo de un rato?

-Creo que no -dice perezosamente Hanmer-. Eso lo estropearía.

-Es un reino brillante -dice Serifice-. Todas las cosas están allí, reunidas, como se reúnen los colores para formar el blanco. Es un lugar fuera de todos los lugares. Ese lugar es..., es él. Con brillantes paredes. Con blancura. Con un cielo que cae más allá del horizonte. Y todos nosotros éramos nada. Y pronto nos olvidamos de nosotros mismos. Yo no era Serifice y ellos no eran lo que habían sido, y resplandecíamos. Y resplandecíamos. Y luego regresé.

-No -dice Clay, chapoteando en la miel en su confusión-. No lo creo. La muerte es la muerte, y después no hay nada. El significado de la palabra. El fin de la existencia. No es un lugar. No estuviste en ninguna parte.

-Estuve.

-En ese caso, no pudiste morir -insiste Clay.

-Serifice murió -le dice Hanmer, que flota con las piernas cruzadas.

-Morí -dice Serifice-. Y me fui. Y estuve. Y regresé. Y te lo he contado. ¡Un lugar, un lugar, un lugar!

-Una ilusión -dice tercamente Clay-. Como vuestros viajes a las estrellas. Como vuestro deslizamiento hasta el núcleo del mundo. Como el alzamiento del mar. Inventaste un lugar de la muerte, y lo visitaste, y te complació. Pero no era la muerte.

-Fue la muerte -dice Serifice.

Ti y Ninameen nadan para acercarse más.

-Agriáis la miel con vuestras peleas -dice Ti.

-La solución es sencilla -dice Ninameen-. Cuando vayamos a morir al lugar donde murió Serifice, ven con nosotras y compruébalo tú mismo, y así sabrás la verdad.

-Yo no soy un Deslizador -gruñe Clay-. Cuando muera, estaré muerto y no habrá regreso.

-¿Tan seguro estás? -pregunta Bril, sorprendida.

-Lo creo, eso es todo.

-¿Cómo puedes creerlo, si nunca has estado allí? -pregunta Angelon.

-Serifice estuvo -dice Ti.

-Creemos a Serifice -dice solemnemente Ninameen.

Clay está en minoría. Los Deslizadores discuten como niños. Él no puede hacer impacto en sus mentes. Esta charla sobre la muerte y el regreso de la muerte le deja tenso y encogido.

-Sólo fue una muerte pequeña -afirma Serifice-. Debemos probar la grande algún día. Él tiene razón y yo también: fue la muerte, pero no *toda* la muerte, lo que yo probé. Y



quizá no fue suficiente. Para averiguar realmente qué es la muerte, debemos morir de verdad. Y eso es lo que haremos cuando llegue el momento.

-Basta -dice Clay.

-¿Te aburrimos? -pregunta Angelon.

-A mí me aburrió la muerte -dice Serifice-. La pequeña muerte que tuve. Era hermosa, pero al final me aburrí.

-Nosotras somos hermosas -observa Ninameen-, y quizás estemos resultando aburridas.

-No me aburrís -aclara Clay-. Me deprimís. Hablando de la muerte. De morir.

-Tú preguntaste -le reprocha Serifice.

-Ojalá no lo hubiera hecho.

-¿Debemos deshacer la conversación? -inquieta Hanmer.

Clay le mira fijamente, asombrado. Sacude la cabeza. Localiza la fuente de su irritación: es presuntuoso, decide Clay, que estos seres inmortales jueguen con la muerte. Cuando los humanos que él conoció vivieron siempre bajo la cruel sentencia. Para nosotros no era un juego. A Clay no le gusta pensar que los Deslizadores consideren la posibilidad de morir. Morir es incompatible con su naturaleza; morir, para ellos, sería quebrantar la estética, un fallo de la ley natural. Sin embargo, acarician la idea. Se ocupan superficialmente de la mortalidad. Se mofan de la transitoriedad de Clay cuando ofrecen renunciar a sus engalanadas vidas. Y los ama, se da cuenta Clay.

-¿Te encuentras solo entre nosotros? -pregunta Ninameen.

Una nube color lavándula se desliza sobre el grupo. Cae una repentina y vehemente lluvia que golpea la superficie de la miel como un diluvio de balas. Géiseres de oscuro fluido brotan y cesan. Durante la tormenta, nadie habla. Una explosión de relámpagos verdes. De inmediato, el trueno, y a lomos de su poderoso sonido lo que al principio parece ser un cloqueo pero que Clay reconoce en seguida como el llanto de Mal.

¿Conoceré por fin a la molesta deidad? El sollozo no se escucha mucho tiempo. Las gotas de lluvia caen con menos vehemencia. Se forman charcos de brillante agua en la viscosa superficie del lago de miel. Los Deslizadores se han reunido cerca de Clay, casi protectivamente.

-¿Quieres soñar con nosotros? -pregunta Angelon.

-¿Qué soñaréis?

-Soñaremos en tu mundo -dice ella con serena sonrisa-. Porque te sientes solo.

## 16

Clay cierra los ojos y sus compañeros le cogen las manos. El grupo flota en el regazo del lago y todos sueñan sin dormir, y Clay sueña con ellos, y ellos sueñan en su mundo, porque él se siente solo.

Sueñan en Egipto. Sueñan en pirámides cubiertas de blanco y enredadas serpientes, escorpiones en la ardiente arena roja, las columnas de Luxor y Karnak. Sueñan en

faraones. Sueñan en Anubis y Set, Osiris, Horus, Re el halcón. Sueñan en Lascaux y Altamira en honor a Clay, las humeantes y olorosas lámparas de grasa de mamut, el artista zurdo que frota sus ocre sobre el muro de la cueva, las manadas de lanudos rinocerontes, el hechicero con pieles y pinturas. Sueñan en honor a Clay en las doradas cúpulas de Bizancio. Sueñan en Colón que se lanza al mar. Sueñan en la Libertad con la espada alzada en su mano. Sueñan en la luna, con pisadas e inmóviles arañas metálicas en su superficie. Un bosque de secoyas. La Torre Eiffel. El Gran Cañón del Colorado. La playa con incrustaciones de coral de St. Croix. El Puente de la Bahía al amanecer. La Riviera. La calle Bowery. Sueñan en viajeras palomas, alcas, drontes y cuagas, bisontes europeos y gallinas silvestres, el dinornis y el mastodonte. Sueñan en leones y tigres, gatos y perros, gacelas, ardillas listadas, arañas, murciélagos. Sueñan en autopistas. Sueñan en túneles. Sueñan en cloacas. Sueñan en ferrocarriles subterráneos. Benedictine y Chartreuse, coñac, bourbon, whisky de centeno y ponche. Lincoln. Washington. Napoleón. Pontoppidan. Clay agarra los fragmentos conforme flotan junto a él, los abraza, los suelta, busca otros. El flujo es fértil. Los Deslizadores sueñan en amigos y familiares de Clay, en su casa, en sus zapatos. Sueñan en el mismo Clay y lo lanzan flotando junto a él. Agitándose, retorciéndose, ronroneando, el grupo prende vagabundas imágenes que brotan del caldero y libera muchas cosas de otra época. Ofrecen a Clay las Cruzadas, las películas, el *New York Times*, la zona de experimentación de Eniwetok, el Ponte Vecchio, la Novena Sinfonía, el Templo del Santo Sepulcro, el sabor del tabaco y el Albert Memorial. El ritmo se intensifica. Los Deslizadores ahogan a Clay en recuerdos. Atestan el viscoso lago con fragmentos del pasado. Están fascinados, complacidos y aturridos por todos los descubrimientos y murmuran, ¿qué es esto?, ¿quién fue ése?, ¿cómo se llama eso?, mientras rastrean.

-¿Te alegra volver a ver estas cosas? -musita alguien-. ¿Pensabas que era imposible recobrarlas?

Clay gime. El sueño ha durado demasiado.

El final. Los oníricos regalos se esfuman. Al azar, Clay coge a Ninameen y la aprieta hasta que el espasmo de terrorífico desplazamiento agota su fuerza.

-¿Estás asustado? -pregunta ella-. ¿Preocupado? ¿Triste?

## 17

Un día y una noche, un día y una noche y un día y el grupo penetra en un terreno de bosques y ríos, abrupto y quebrado, patrullado por bestias. Ciertas normas parecen muy queridas por la evolución. Clay ve algo que casi es un alce, aunque está coronado por un arbusto de verdes flores en lugar de astas. Ve un cuasioso, panzudo y carrilludo, raro únicamente por su dorso lleno de púas. Ve planas colas que golpean el agua, y piensa en castores, aunque sus poseedores tienen largos, serpentinos cuellos. Llama a un montículo de brillantes púas creyendo que es un puerco espín, a un centelleo de dientes y cola suponiendo que es un linco, a un temblor de largas orejas y cremosa piel imaginando que es conejo. Hay además muchos animales a los que Clay no encuentra parecido con las zoologías de tiempos pasados: un errante montón de peluda carne con cinco trompas equidistantes en su contorno, un ser azul y vertical que camina dando brincos apoyado en una sola y correosa pierna, un ave que no vuela con patas de gallo y hocico de cocodrilo, un escamoso reptil desprovisto de patas con

tres cuerpos de serpiente unidos paralelamente y muchos más. Al proseguir la marcha, el tiempo empeora, cosa que asombra a Clay, porque el clima del lugar es claramente otoñal y él se ha acostumbrado a un mundo sin estaciones y zonas climáticas. Un frígido viento sopla hacia ellos. Marchitas hojas reciben los latigazos del crujiente viento. La luz solar es débil, sofocada. Los ruidos son más bruscos. Gruesos nubarrones abruma el horizonte.

-Estamos cerca de otro lugar desagradable -explica Hanmer.

-¿Cuál?

-Se llama Hielo.

El paraje llamado Hielo se presenta con enorme brusquedad. Una espesa cortina de apretados árboles con abultadas agujas azules, como las de un abeto canceroso, delimita la frontera entre el bosque y la espantosa zona. Los marchantes atraviesan estos árboles y salen al eterno invierno. Este incongruente fragmento de la vieja Antártida es igual que una mota de lepra en una tierna mejilla, podría decirse que está argamasado en un orbe más benévolo. Reina la blancura. Es un lugar que atonta, que deslumbra. El furioso resplandor punza los ojos de Clay y éste vuelve la cabeza.

-¿Estás segura de que no viniste a este lugar y lo confundiste con Muerte? -dice a Serifice.

-La muerte era mucho más blanca -replica ella-. Y ni con mucho tan fría.

Fría, Sí. Una criatura desnuda ante las furias polares. Clay se helará. Se convertirá en un pilar de hielo, con los ojos abiertos todavía, los labios muy apretados, los órganos genitales transformados en carámbanos.

-¿Debemos proseguir?

Hay límites. ¿Dónde encontrará él protección? El hielo es apretado y liso, una sábana sobre la tierra, con un terrible lustre que le da vida. Negras rocas, agrietadas y con colmillos, sobresalen del terreno. Hay estruendos y crujidos subterráneos, como ruidos de ocultos cañones. Clay oye los alaridos de parto de las hendeduras. Pero Hanmer se adentra en el hielo y los demás le siguen. También Clay. Dolorido. Congelado. La luz solar juega con el hielo, brinca sobre él y lo fuerza nada más tocarlo: azul oscuro aquí, amarillo limón allá, y en aquellos salientes el tinte es rojo, el matrimonio de sangre y luz. En el helado silencio entre sonidos subterráneos, masas de niebla envuelven a los viajeros y Clay, si bien da la bienvenida a la blanda y lanuda envoltura, teme separarse de sus compañeros y perecer en el frígido yermo. Porque él sabe que está extrayendo calor de sus amigos. Ellos le nutren mientras se desarrolla la travesía.

Aparecen siluetas en la niebla, en dirección opuesta: erectas criaturas bípedas, delgadas y alargadas, con piernas cortas y desproporcionadas y cuerpos que parecen toneles. Un grueso pelaje gris las cubre. Sus cuerpos son muy musculosos y sus enormes cuellos forman elevados pedestales para las altas cúpulas de sus cabezas. Sus bocas están bien dentadas. Las narices son fuertes y ganchudas. Los ojos, amarillo limón, reflejan malicia. Se asemejan un poco a gigantes nutrias adaptadas para andar. Pero también parecen hombres transformados para hacer frente a las especiales condiciones de Hielo. Clay teme a los recién llegados. Mira alrededor, busca a sus compañeros. Momentáneamente no los localiza y el pánico recalienta su alma.

-¿Hanmer? ¿Ninameen? ¿Ti?

Las grisáceas criaturas avanzan ociosamente, como si pasearan, pero no hay duda de que están acercándose, Son diez, en este momento, y se ven más en cuanto aparece una grieta en la espesa niebla blanca. Clay capta el olor de los desconocidos: acre, áspero, como lana dejada bajo la lluvia excesivo tiempo. Clay se siente absurdamente desnudo. Sabe que esas criaturas no son bestias salvajes, sino los hijos del hombre con otro disfraz más.

-¿Bril? ¿Angelon? ¿Serifce?

Algo cálido le toca el codo: un seno de Serifce. Clay vuelve la cabeza hacia ella, tembloroso.

-¿Los has visto? -musita.

-Naturalmente.

-¿Qué son?

-Son Destruedores.

Así de simple, con suma naturalidad, con plena aceptación.

-¿Humanos?

-A su manera, sí.

-Me asustan.

Serifce se echa a reír.

-¿Tú, que discutiste con los Devoradores, te asustas de esto?

-Un Devorador no es nada salvo dientes, garras y fanfarronadas -dice Clay-. Y estos...

Escucha el conocido sonido de llanto que se arrastra en la niebla.

-Sí -dice Serifce-. Son siervos de Mal.

Sopla una violenta ventolera. Clay se acurruca, se tapa la cara y los riñones. La niebla le envuelve cada vez más. Mal cloquea. El sol, que se desliza sobre el helado terreno, resbala bajo la densa niebla y baña a Clay con tonos azulados, lustrosos verdes y aterciopelados negros. Él percibe una llamarada de dorado fuego, y a continuación desaparece la luz.

-¿Serifce? -grita.

La busca a tientas. Mis labios deben de estar amoratándose. Mis orejas. Mis dedos. Clay piensa que podría partir su congelado pene con un golpe seco. Y sus cristalinos testículos. Arrastra los pies, el hielo es un espejo, frío y liso vidrio.

-¿Hanmer? ¿Bril?

Disolverse, ahora. Volar, saltar al espacio, revolotear entre las estrellas..., en cualquier parte, donde sea, pero no aquí. ¿Cuál será la extensión de Hielo? Este fragmento de plaga. Esta frígida tacha. El llanto cobra fuerza, destroza el corazón. ¿Tan profundamente apenado está Mal? ¿Por qué? ¿Por quién?

-¿Ti? Ti, ¿dónde estás? ¿Y los demás? ¿Ninameen?

Quiere alcanzarlos con la mente, tender un zarcillo de súplica alrededor de uno de ellos y arrastrarlo hacia él. Clay es demasiado vulnerable. El frío es real. Sus amigos son someros, mercuriales, olvidadizos; perdieron al esferoide al regresar de las estrellas y no comentaron el hecho. Es posible que ni siquiera sean sus amigos. ¿Dónde están? ¿Por qué le han traído a este sitio? El olor a lana podrida, más fuerte ahora, rancio, horrible... Clay recuerda estanques, valles, prados, ríos, la fragancia de exóticas flores, el dulce sabor de misteriosas aguas. Recuerda cuando entró en la cálida y húmeda ranura de Ninameen. Recuerda antiguos éxtasis y anteriores comodidades. Avanza dando tumbos y tropieza con su propio pie. Caer de bruces; el cuerpo le arde del pecho a los muslos, en todos los puntos donde toca el hielo. Orejas incrustadas de sollozos. Clay limpia el hielo de su piel. El mundo está oscureciéndose. La luz retrocede succionada hacia el oeste, despojando de color al campo de hielo, a la niebla, al cielo. Y en la negrura surgen nuevos colores. Explota la aurora; pálidos chorros eléctricos brotan como una cascada de un agujero del cielo y tienden ardorosas franjas alrededor de Clay hasta formar una telaraña de róseo color de oro. Juguetones temblores atormentan la nueva noche. Pero hay calor en la belleza de la tormenta. Clay se levanta, extiende las manos, trata de coger la aurora y vestirse con ella. Dobleces y escarceos en la noche. Gris perla, turquesa, esmeralda, limón, cereza... Los martillos arrancan sonidos de un millón de yunques. Chillonas voces. Mal llora gozosamente. Clay sigue andando. Ahora sabe que los Deslizadores le han abandonado a la ventura, y ello apenas importa. El miedo no le ha dejado, pero Clay lo ha envuelto en una cápsula y lo lleva en el pecho igual que un quiste. Ama el hielo. Ama el frío. Ama la noche. Ama el fuego de los cielos. Ama a los que destruyen. Ama su miedo.

Un círculo de Destruidores le rodea ahora.

Los ve con claridad gracias a las llamaradas de la aurora. Ligeramente más altos que él, pero mucho más corpulentos, porque sus músculos son enormes y bajo la piel hay gruesas capas de grasa. El grisáceo pelaje es muy apretado y sedoso. Sus zarpas parecen tener uñas retráctiles. Son eficaces máquinas de muerte, compactos y aerodinámicos. No se trata de grotescos monstruos hinchados como los Devoradores, tan terribles que resultan cómicos, sino más bien la esencia de la fuerza animal, sin exageraciones, amenazadores. Clay los considera ahora menos parecidos a nutrias que a carcayes. Pero su porte es humano, igual que la fría luz de conocimiento que hay en sus ojos. Están frente a él, pacientes, inmóviles, con los grandes y voraces brazos colgando por debajo de las rodillas. ¿Qué quieren? ¿Simplemente devorarlo? Se trata de auténticos carnívoros. Clay ve su cuerpo tendido en esta primitiva llanura de hielo, con los intestinos fuera, humeantes, hígado y pulmones incandescentes, mientras los Destruidores pelean por su páncreas, por sus riñones, por su aorta, por su bazo. Pero ese destino parece trivial en exceso. Clay los pone a prueba, hace una finta hacia la izquierda, luego gira como si quisiera abrir brecha en el círculo. Los reflejos de los Destruidores son, tal como espera él, superiores a los suyos: con una respuesta apenas visible, los otros cierran el hueco y permanecen como antes.

-¿Sabéis hablar? -pregunta Clay-. ¿Me entendéis? ¿Sabéis quién soy?

Finos labios negros se tuercen para formar inconfundibles sonrisas.

-Un hombre -dice Clay-. Especie ancestral. Forma primitiva. El flujo del tiempo me trajo aquí. Los Deslizadores me escoltaron. No estoy adaptado ni especializado, nada

me sirve excepto el cerebro, y poca ayuda es ésa cuando estás desnudo en un campo de hielo. ¿Me entendéis? ¿Podéis hablar?

Los Destruidores no dicen nada.

Clay se precipita hacia delante, sin finta alguna, simplemente tratando de romper el cerco y huir. Aún es posible que localice a Hanmer, que salga de este lugar. Durante un instante cree que los Destruidores le dejarán pasar, pero cuando quiebra la circunferencia del grupo uno de ellos le coge por el brazo tranquilamente y lo devuelve al círculo. Van empujándole alrededor de éste. Clay es abrazado por uno, por otro, por otro..., un rápido abrazo de oso, sin rasgos de afecto, más un gesto de burla que de amor. Ahora Clay percibe claramente la fuerza física de aquellos seres: él es un montón de paja en sus manos. El olor que despiden infla su cráneo. Clay se marea. Cae. Deja de notar el frío. Le parece muy natural yacer desnudo en el hielo. La aurora se apaga. La noche triunfa. Los Destruidores se echan a reír y ejecutan una torpe danza, y ladran a la ausente luna. La mañana podría no llegar nunca.

## 18

Al amanecer llegan al otro lado de Hielo. Clay, que marcha rodeado de Destruidores por todas partes, queda protegido del frío por un muro de espeso pelaje. Su andar recobra vigor y su cuerpo se mantiene animosamente erguido. Los suaves relámpagos de la aurora han aparecido y desaparecido durante la noche entera. Clay goza del reposo que se halla más allá del agotamiento.

Han encontrado a muchos otros Destruidores (que normalmente se desplazan en grandes grupos) mientras cruzaban la blancura. Ligados a tensas tareas, atados a tácitas obligaciones, estos Destruidores se mueven con un resuelto aspecto que Clay no ha visto en otros seres de este mundo. Los miembros de un grupo saludan a los de otro con gruñidos convenientemente bestiales, que Clay no considera, ni mucho menos, hostiles en esencia. Pero en todos los sonidos que intercambian no hay nada que él pueda reconocer como una palabra. Y tampoco le es posible penetrar en las mentes de estos siniestros seres con sus pensamientos, aunque está convencido de que poseen intelectos fuertes y fríos. Le tratan con un interés que podría definirse como el de criaturas que se divierten y se lamen los labios. Es obvio que él los atrae, pero ¿qué desean, su compañía o, en último término, el sabor de su carne? Clay sabe que deben despreciarle: él es un descolorido animal sin pelo, que apenas tiene la forma de un hombre, muy débil, muy vulgar. Le empujan para que siga andando, le golpean con sus caderas en cuanto se detiene. Llega el día.

Con los primeros rayos de sol Clay sorprende a los Destruidores en su gran tarea. Trabajan en gran número a lo largo de la frontera entre Hielo y la comarca próxima. Algunos, muy diligentes, talan árboles y arrancan arbustos; realizan su labor con brazos, hombros y pecho, y sus cuerpos reflejan el violento esfuerzo que la tarea exige. Otros recogen los restos dejados por los desbrozadores y forman montones con ellos. Nuevos grupos incineran periódicamente estas pilas, al parecer mediante intensas llamaradas de concentración. Otro equipo, agachándose y saltando, desgarran la hierba con espantosas garras desnudas, acuchillando la red de raíces, rastreras, briznas y correosa cizaña que mantiene unida la tierra hasta formar algo fuerte y capaz de resistir. Finalmente llega un cuarteto de Destruidores, brazos enlazados, ojos cerrados, que sale lentamente de Hielo. Avanzan con enorme esfuerzo, como si

empujaran con el pecho una banda metálica que les cerrara el paso. Pero con cada esforzado paso que dan, la superficie de Hielo sufre una minúscula expansión. Una línea de hielo brota en la zona interfacial del congelado terreno y la tierra recién revuelta. La congelación, al principio, es sólo una resplandeciente película blanca sobre los terrones; pero rápidamente va cobrando sustancia, profundiza, conquista. Los austeros Destruedores, al avanzar hacia territorio fértil, empujan tras ellos el borde del glaciar. El hielo tiene ya quince centímetros de espesor en el punto donde iniciaron el trabajo de la mañana, desliziéndose en pendiente desde ahí hasta la línea de congelación pegada a sus talones.

-¿Pretendéis congelar así el planeta entero? -pregunta Clay.

Risas bonachonas. Nadie replica. El borde de hielo avanza medio centímetro más. Más lejos, un árbol cae estruendosamente. ¿Hay Destruedores en todo el borde del glaciar, en acción para expandir su dominio? ¿Cuánto tiempo tardará el mundo en quedar completamente cubierto?

-Naturalmente -le explica un Destructor-, también perdemos terreno. El sol nos hace retroceder. Nuestros enemigos derriten el contorno. Algunos días no hacemos nada más que reparar los daños de la jornada anterior, y muchas veces pasa una semana sin ganancia neta de territorio.

-Pero ¿por qué lo hacéis? -pregunta Clay.

Más risas. Ninguna respuesta. ¿Ha hablado realmente este Destructor? Clay no ha visto moverse los labios. No ha visto mandíbulas en movimiento.

Recorre el límite del hielo, siempre acompañado por varios Destruedores que no le dejan extraviarse. Clay se siente como si estuvieran enseñándole la palpitación y la productividad de una fábrica. Los Destruedores están orgullosos de su obra. ¡Fíjate en nosotros, comprueba nuestra gran dedicación! Quédate con tus ociosos Deslizadores, quédate con tus perezosos Respiradores, quédate con tus arraigados Esperadores, quédate con tus feroces Devoradores: ¡nosotros no somos holgazanes, no somos soñadores! Observa con qué celo consumimos el bosque. ¡Observa la pasión con que extendemos el hielo! Nosotros estamos comprometidos, somos los que hacemos las hazañas. Y el hielo crece. Y el suave verano mengua.

-Había seis Deslizadores -dice Clay-. Yo iba con ellos y los perdí en la niebla. ¿Sabéis dónde pueden estar? ¿Podéis explicarme por qué me retenéis aquí? Sería mucho más feliz en un sitio donde haya calor.

No hay respuesta.

-¿No pensáis hablar conmigo alguna vez? Puesto que me entendéis, ¿por qué no os molestáis en responder?

Por la noche los Destruedores llevan a Clay al corazón de Hielo.

De nuevo la aurora. De nuevo las salpicaduras verdes, rojas y amarillas, los silbidos, los crujidos. Los gruñidos en las profundidades de la tierra. Clay presencia un festín de los Destruedores, sentado y acurrucado para protegerse del frío. Han capturado un animal con cinco trompas y lo han arrastrado hasta el campamento. Su mole es elefantina y su forma más bien esférica, con largo pelo negro, lustroso y áspero, e incierto número de patas gruesas y cortas. Los Destruedores lo rodean. Todos levantan el brazo izquierdo; las uñas se deslizan fuera de las vainas; la aurora emite llamaradas

más violentas y cae fuego que arranca siniestros reflejos de las brillantes hojas amarillas. De pronto el concentrado flujo energético encuentra su foco, se precipita hacia la cautiva bestia. El pelo de la criatura se eriza, dejando al descubierto sus tristes ojazos, una purpúrea piel llena de granos, una abolsada boca. Las cinco trompas se enderezan y lanzan trompetazos de dolor. El animal cae y deja de moverse. Los Destruedores se abalanzan sobre él. Poseen la nostalgia de viejos carnívoros que ansían un mundo de universal rapacidad, y arrancan, desgarran y despedazan la carne con superflua furia. Uno de ellos, haciendo gala de sangriento humor, trae a Clay lo que éste supone es un apreciadísimo bocado: un órgano interno del tamaño de un puño, con el iridiscente brillo verde de las alas de un escarabajo. Clay lo mira, vacilante. No ha ingerido alimento sólido desde su despertar, y aunque tuviera aún necesidad de comida dudaría ante un pedazo de carne cruda. Aunque esta carne no parece cruda. Clay nota calor en sus manos, no sólo calor animal sino también un cosquilleante ardor que ha debido causar la llamarada de la aurora. El Destructor que le ha ofrecido el bocado hace una pantomima del acto de comer, y se echa a reír, y se da palmadas de placer en su escorzado muslo. Clay frunce el ceño. El instinto le indica que debe desconfiar de la generosidad de los siervos de Mal. ¿Y si la carne le transforma en un Destructor? ¿Y si se encoge? ¿Y si crece? ¿Y si se envenena? ¿Y si tiene alucinaciones? Clay sacude la cabeza. Se dispone a devolver el bocado al Destructor y recibe una mirada de amenaza tan terrible que reprime el gesto al momento y se lleva la carne a los labios. Da un mordisco. Admite en su boca una pizca de carne. El gusto es extraordinario: rico, picante, un toque de clavo y dejo de ostra. Clay sonríe. El Destructor sonríe con aspecto casi benévolo. Clay da otro mordisco.

Ahora nota los efectos. Un gusto metálico en el paladar, una cinta de ardiente acero apretada a su frente, una cortina de fuego que brota de sus poros. Clay engulle la carne. ¿Dónde están los Destruedores? Tendidos en la nieve, saciados, eruptando. Clay ya no les teme. Chapuceras bestias. Monos asesinos, una jugarreta de la evolución. Obtienen emociones creativas extendiendo el hielo.

-¡Construid! -les grita Clay-. ¡Curad! ¡Reparad! ¡Mejorad!

Todos le miran, ojos deslustrados y despreciativos. Ojalá pudiera despojarles de su pelaje, piensa Clay.

-¡Haced retroceder el hielo! -grita-. ¡Plantad vegetación! ¡Traed calor!

-Idiota -murmura un Destructor.

-Canijo.

-Agitador.

-Alborotador.

-Necio.

Clay está animado. No percibe el frío. Fija los pies en el hielo, echa atrás la cabeza, bebe la aurora. Rojo, amarillo, verde y azul recorren su cerebro en ciclos. Ríe. Brinca. Salta sobre un Destructor tras otro. La glotonería los ha dejado aletargados. Son rollos desenrollados, muelles sin muelle. Clay levanta una negra piedra y lanza un rayo de áureo fuego al contorno del hielo; éste sisea, chisporrotea, se funde, desaparece. Clay corta una franja del borde, dejando al descubierto húmeda tierra. Mientras las



inactivas bestias reposan, él anulará todo el hielo y luego escapará. Colores y texturas fulguran en su ardorosa mente. Le flota la cabeza. El gozo y la excitación le tiñen de púrpura, y lanza otro brusco rayo hacia el lejano borde de hielo. Hirvientes moléculas flotan hacia el firmamento. ¿Cuánto hielo podrá eliminar antes de que los Destruidores venzan su estancamiento? Casi ha deshecho ya prácticamente todo el trabajo de un día.

-¿Lo veis? El débil prehistórico tenía también su fuerza -les dice-. Lo que paraliza vuestra mente es un catalizador para la mía.

Clay siempre había deseado tener la oportunidad de hacer un servicio valioso, constructivo. Ahora devolverá la fertilidad a esta comarca arruinada por la escarcha. ¡Que los Destruidores se guarden! ¡Han dejado suelta una potente fuerza! Sin embargo, Clay ha pasado ya de su punto álgido. Amarillas telarañas se congelan en la superficie de su cerebro. El rayo de energía que lanza al hielo ha perdido vigor: cae blandamente y apenas tiene resplandor.

¿Habrá más carne por ahí?

Clay hurga en el montículo de huesos y astillas. Trozos de piel, grumos de grasa, las deprimentes y desinfladas trompas, un cabo de filamento... Al parecer los Destruidores han dejado el cadáver casi limpio. No. Ahí. Una tajada de brillante carne roja, pasada por alto. Clay la coge. Calor en las yemas de sus dedos. Come.

Potente de nuevo. Lanza una llamarada.

Clay extirpa otros diez metros cuadrados de hielo hasta que nota que la inercia le atrapa. Comprende a disgusto que debe abandonar la tarea. Hay que huir ahora, mientras los capturados roncan. Clay echa a correr, resbala, tropieza, cae varias veces bajo una bóveda de estrellas que estallan. ¿Dónde está la salida? Los Destruidores están fuera de la vista. La aurora palidece y una oscuridad sin luna echa raíces. Clay teme que su ceguera le haga regresar al campamento de los Destruidores. ¿Tendrá que esperar hasta el amanecer? Quizá sea demasiado tarde. Si no huye ahora, los demonios volverán a apresarle. Pero ¿cómo encontrar el camino? No hay marcas. Sólo hielo.

Clay sigue andando. El frío ha invadido sus testículos, que chocan y resuenan igual que canicas en el interior de la bolsa. Los últimos fragmentos cinéticos de la mágica carne se disuelven tristemente en sus entrañas. Aprovechando breves centelleos áureos, Clay se orienta inciertamente, lleno de miedo, deseando poder hacer un alto en algún sitio para descansar y entrar en calor. Un cigarrillo rápido. Un vaso de cacao. El techo de su boca se convierte en una caliente tostada de mantequilla y esto le enloquece. Es verano, ahora, en Clayton, Missouri. Nogales y olmos están cargados de verdor. El arroyo produce suaves gorgoteos; una trucha se retuerce en el anzuelo. Por la tarde la gente va de parranda: un filete y un bourbon en Fifth Street, un poco de jazz, luego el local que está enfrente mismo del Lindell, donde chicas con diáfanos camisones sonríen mientras menean los pechos, rosados y diáfanos camisones, sí, suaves luces, diáfanos, chicas con diáfanos entrepiernas y tú buscas la salida y te encuentras...

En el barro.

Fango primitivo. Este es el lugar donde Clay, desde lejos, ha estado fundiendo hielo. El deshielo ha llegado a la tierra. Todo es un fangal. Clay nada en barro. La templada

y gelatinosa suspensión de espumosa tierra resbala por su piel. Clay avanza retorciéndose. No es desagradable. El cálido y legamoso cieno descongela sus genitales. El oscuro lubricante acaricia sus refrigerados muslos. Clay reptante en la vagina del mundo. Se revuelca. Se contorsiona. Aquí el barro tiene un metro de profundidad, en parte casi líquido, en parte meramente arcilloso, y el contacto es voluptuoso y delicioso. Clay está dejando atrás el hielo, está eludiendo a los perezosos Destruidores. El lodo le mancha el vientre, el pecho, la cara. El lodo le envuelve por completo y él teme momentáneamente que se deslice bajo la superficie y se pierda, pero encuentra tierra sólida debajo y se impulsa hacia delante. Cuando la marcha le agota, permanece quieto y agita suavemente las caderas para introducir su palpitante órgano en la complaciente viscosidad en la que se repantiga. Luego sigue escarabajando. No debo avergonzarme por regresar al barro, piensa Clay. Sé quién soy. ¿Por qué esforzarse en cubrir las apariencias? Sólo una persona que acaba de salir del fango se sentirá apurada por tener que volver a él durante un rato. Estoy seguro del conocimiento de mi humanidad. Si yo lo decido, soy libre para amar el barro.

Mientras llegan las primeras mechas grises de la mañana, Clay se libera del cenagal. ¡Zak!, hace el barro cuando él interrumpe la succión. Una capa de cieno le cubre. Ya no está desnudo. ¿Dónde está la salida? Lejos, ve vagamente Clay, hay una especie de avenida bordeada por dos hileras de árboles altos y majestuosos. El alba va trepando por la espalda de Clay cuando éste inicia la marcha. Camina con paso fácil y sosegado. El barro se seca y él se frota para quitárselo, dejando solamente polvorientos residuos. Se produce un repentino aumento de luz en cuanto el día salta sobre el viajero. El ambiente es cálido. Clay ha regresado al mundo jardín. Ahora confía en encontrar un fresco río de claras aguas donde pueda bañarse. Y luego buscará a los Deslizadores. No se atreve a errar sin guía.

-No vas sin guía -afirma una retumbante voz.

Clay descubre que le acompañan dos Destruidores. Caminan tranquilamente detrás de él, uno a la izquierda, otro a la derecha. Están muy vigilantes, tan amenazadores e intensamente físicos como siempre: su glotonería los ha refrescado y no han tenido dificultades para alcanzar al fugitivo. ¿Le castigarán por haber descongelado el hielo? Clay aprieta el paso, aunque sabe que ello es inútil. La ruta continúa, perfectamente recta, una flecha que apunta al horizonte. Las hileras de árboles que la flanquean forman impecables muros. El día es templado. El cielo está despejado. Los Destruidores guardan silencio.

Clay siente el peso del terrible orgullo de sus acompañantes.

Clay escucha el rítmico sollozo de Mal.

Ve una mancha roja más adelante, como una salida de sol perversamente reflejada en el oeste.

No tarda en llegar el olor de brasas y el aroma de carne. La ceniza flota en el aire. Oleadas de distorsión acometen la rectitud de la ruta. Los árboles, uniformemente erguidos y altos hasta ahora, se transforman en cosas retorcidas y enanas, con ramas chamuscadas, dobladas y sin hojas.

-¿Dónde estamos? -pregunta Clay a un Destructor, y el bruñido hombre bestia quizá replica o quizá no, pero Clay comprende que ha llegado al paraje denominado Fuego.

Es otra de las zonas de incomodidad. En tiempos, quizá, fue un bosque con espléndidos árboles unidos por una apretada y exuberante red de relucientes enredaderas verdes. Pero hubo devastación, no una sola vez sino continuamente. El terreno es una honda alfombra de cenizas. Clay percibe la fría escoria en el fondo y las brasas cerca de la superficie. El ambiente está tiznado. Espirales de grasiento humo azul brotan de montones cónicos de cenizas a intervalos irregulares. Los troncos de los árboles están ennegrecidos, lustrosos, con las cicatrices de la combustión. Las lianas penden formando lazos quebrados, desgrefiadas, partidas en los puntos donde las llamas las han lamido.

El calor ha dejado de ser intenso. La conflagración que se ha producido aquí casi se ha consumido, quedando reducida a fuego sin llama, amistoso, de baja categoría. Nada está tan caliente como para no tocarlo, aunque hay calor por todas partes. Pero el lugar crea la impresión de haber sufrido repetidas chamuscaduras. Es un paraje avejentado. Está totalmente oxidado, completamente agotado. Un tenue fulgor rojizo brilla bajo algunos montones de cenizas, indicando a Clay que se ha equivocado: si arde, todavía vive. Un poco. Pero no debe faltarle mucho para desaparecer. Esperar el fin, chicos; ya falta poco.

Clay se adentra en los escombros. Nubes de ceniza se levantan con sus pisadas. La neblina vela el sol. Un acre olor a cosas carbonizadas invade las fosas nasales de Clay.

-¿Qué ha pasado aquí? -pregunta.

Los Destruidores se echan a reír.

-Este lugar es Fuego -quizá le dice uno de los dos-. Es una tontería distinguir el hecho del contenido. No hay incidentes aislados. Es una característica intrínseca.

-¿Simplemente arde, siempre?

-Nosotros lo estimulamos.

Muy cierto. Clay ve ahora equipos de Destruidores que actúan al otro lado del montecillo de cenizas. La zona quemada termina allí, pero están ensanchándola con una diligencia muy similar a la que mostraban al extender el hielo. Se trata de nuevo de una tarea realizada en varias fases. Las avanzadillas se adentran en la exuberante y vaporosa jungla e interrumpen los procesos vitales de la vegetación con breves arrebatos de hostiles poses. Saqueadores secundarios llegan a continuación y succionan la savia y demás jugos de los muertos árboles y arbustos mediante enérgicas inversiones del *elan vital*. Ello crea una inquieta neblina de jugos florales separados de su fuente que se demora unos instantes antes de ser arrastrada hacia las profundidades de la selva por un gradiente de humedad; la tentación de huir de lo húmedo a lo seco es irresistible. En cuanto se va esta niebla, se inicia la verdadera pirogenia. Expertos igniagentes deambulan entre la preparada yesca. Se hallan en estado priofórico: brotan rápidas chispas en sus crujientes pelajes grises y halos eléctricos rodean sus cuerpos con relucientes envolturas gaseosas. Las chispas vuelan por la zona desecada, los árboles arden, la floración roja impera. El ardiente viento expulsa por delante a los animalitos de la destrozada jungla. Clay está pasmado por la eficacia del proceso.

-¿Cuál es vuestra meta final? -pregunta.

-Agrandar Fuego a tamaño planetario.

-Pero eso es incompatible con vuestro programa para expandir el territorio de Hielo.

-Lo es -admiten prontamente los Destruidores.

-¿Cómo conciliáis este conflicto?

-Fuego crece hacia Hielo, Hielo hacia Fuego. Cuando los dos se encuentren consideraremos la revisión de nuestro programa.

-Y mientras tanto añadiréis tantas partes del mundo como sea posible a una zona u otra.

-Tu comprensión de la situación es magnífica -le aseguran.

Empujan a Clay para que siga andando, pasan por un paraje de enfriada ceniza y llegan a un lugar de la jungla donde las llamas estuvieron hace algunos días. No obstante, las callosas plantas de Clay notan el calor. Los restos de barro que cubren todavía la piel de Clay se ocultan bajo una capa de hollín. Sus dedos, lubricados por serviciales partículas de carbón, resbalan libremente uno contra uno. Clay percibe la violenta ráfaga del sector recientemente incinerado. Sensuales lenguas de fuego brotan del inflamado terreno. Inmensas ramas en llamas se rompen de vez en cuando y, con su roja mortaja, caen del techo de la jungla y alcanzan el suelo con chillonas salpicaduras de dilapidada energía. Los semblantes de los guías de Clay brillan de placer. El los observa recelosamente, esperando la oportunidad de huir. Pero los Destruidores le conducen hacia el corazón de Fuego. Ahora le es imposible percibir algo que no esté quemado. Oye el sonido del aire que fluye para llenar nuevos vacíos. Ve montículos de carbonización por todas partes. Aquí hay un gran hoyo, de cientos de metros de diámetro, con las laderas erizadas de negra escoria y el fondo convertido en insondable cráter: no hay duda de que debe de ser la entrada del infierno. ¿Piensan arrojar a Clay ahí dentro? Él permanece con sus guías al borde foso. Hay siluetas en movimiento abajo, seres que caminan resueltamente por la pared del cráter, ennegrecidos, irremediabilmente tiznados, y a Clay le es imposible determinar a qué especie pertenecen, como no sea la raza de los condenados. Debe de haber un mínimo de mil, todos solos y siguiendo una estrecha senda que recorre el sulfuroso abismo. Clay se concentra, se prepara, confía en salir como una flecha antes de que los dos Destruidores le agarren y le arrojen a la sima. Pero sus acompañantes, al parecer, se han olvidado de él. Con cuidado, como fatigados montañeros, se acercan a la pared del foso y, avanzando de lado, poniendo un pie por debajo del otro, inician el descenso. De pie junto al borde, bajo un fulgurante cielo rojo, Clay observa su descenso. Al cabo de unos instantes no son mayores que perros, y fragmentos de carbón vegetal se aferran a sus lisos pelajes. Descienden serenamente, sin un solo resbalón, con el vigoroso y ágil cuerpo siempre erecto y en perfecto equilibrio. Una ráfaga de grisáceo humo sopla en la pared del cráter y los Destruidores desaparecen. Cuando Clay los localiza de nuevo, están ya a gran profundidad, casi a la altura de los que se arrastran en las sendas inferiores, y sus cuerpos están llenos de pavesas. El olor a pelaje socarrado llega hasta Clay. Hay un estruendo dentro de la tierra. Una pálida llama brilla en lo alto. ¿Dónde están los Destruidores? ¿Dónde están esos dos monos sucios que caminan entre las cenizas? ¿Dónde están esas ardillas carbonizadas? Clay ya no puede distinguirlos del resto; han ocupado sus respectivas órbitas entre los

demás y se han confundido con la multitud. Bocanadas de espeso humo los ocultan. El cráter se enturbia y exhala nocividad.

Clay está solo.

Se aleja dando tumbos del foso y vaga por un chamuscado campo de rígida maleza, cardos y copetudas ortigas. El día acaba, y pronto la única luz es el tenue y sucio brillo de las humeantes brasas. Varios árboles caen estruendosamente a lo lejos. Enormes ramas caen con el suave y susurrante impacto de madera que ha ardido de dentro afuera: ramas oníricas, luz de sueño. Los pies de Clay aplastan los restos, que emiten un nostálgico sonido, vibrante y metálico. El universo está en un capullo de negra niebla. Clay ha sido transportado al núcleo de una estrella muerta, camina pesadamente entre cremada desolación. ¿Dónde está la música, ahora? ¿Dónde la belleza? ¿Dónde la gracia? ¿Dónde la brillantez? Este desolado mundo de fuego corroe su alma y abrume su cuerpo con negras partículas de ceniza. Un estridente fulgor, sombrío y cobrizo, punza sus ojos. Clay trata de no respirar. La brisa cambia y le arroja calor. Aquí la ceniza es polvo negro, denso y blando, que se levanta en asfixiantes vaharadas. Reina una salvaje lobreguez. El prodigioso esplendor multicolor de los días pasados con los Deslizadores parecen ahora simple fábula, un idílico eco que desaparece con rapidez en la chamuscada naturaleza de este lugar. ¡Las llamas bullen! ¡Los árboles crujen! Clay corre sin saber hacia dónde, impulsado por algún terrible tambor que resuena en la trama del tiznado cielo, ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Aquí el ambiente es más frío y limpio.

El fuego no debe de haber estado por aquí últimamente. Clay siente cierta calma al penetrar en esta zona más pura. Al volver la cabeza, ve Gehenna por encima del hombro. Todo el cielo está enrojecido ahora, y una chimenea de llamas brota hacia las estrellas. El esqueleto del bosque conserva su negrura sobre el fondo de esta espantosa luz, pero los árboles se tuercen, las lianas se inclinan, aterrorizadas figuras corren de un lado a otro bajo las enfurecidas llamas. Clay aparta la mirada de esa escena. Sigue andando hasta que oye el sonido de agua que corre. ¿Qué alarmantes poderes tendrá este arroyo? Clay apenas se preocupa. Debe librarse de la suciedad. Con aire confiado se entrega al agua y se adentra en ella hasta que puede agacharse y hundirse hasta el cuello. El agua está fresca, procede de un lugar más placentero. Clay se frota la piel, desarraiga barro y ceniza. Sumerge la cabeza y limpia sus arenosos párpados. Se restriega el pelo para soltar todo cuanto se aferra a él. Finalmente sale del arroyo, refrescado. El agua no parece haberle cambiado, aunque ahora su piel brilla e ilumina la ruta. Clay prosigue su marcha. Implora haber escapado por fin de los Destruidores.

## 20

Este lugar, sospecha Clay, se llama Pesado. Debe de ser otro más de los parajes de incomodidad. Ha llegado aquí poco después del amanecer. Clay considera ésta como la peor de las pruebas a que ha estado sometido.

No hubo aviso alguno al principio, no hubo transición repentina, ni la sensación de cruzar una frontera. El efecto fue formándose poco a poco, creciendo paso a paso, oprimiéndole sólo un poco los primeros momentos, luego más, después mucho más. Ahora se encuentra sometido a la plena opresión del lugar. Es una región de grisáceos

arbustos de grueso tallo, con muchas hojas y bajos. Fría niebla pende del aire. Aquí la disposición general es la falta de colorido: algo ha desangrado el color. Y hay esa espantosa atracción del suelo, esa grapa de la gravedad que se aferra con inexorable fuerza a todo el cuerpo del viajero. ¿Hasta qué punto podrá soportarlo? El tirón hacia abajo que nota en sus testículos es tan potente que Clay considera la posibilidad de caminar con las rodillas dobladas. Sus párpados están cargados. Sus mejillas cuelgan. Sus entrañas descienden. Su garganta es una bolsa que pende sueltamente. Sus huesos se tuercen con la tensión. ¿Cuál será su peso aquí? ¿Trescientos kilos? ¿Tres mil? ¿Tres millones? Pesado. Pesado. Pesado.

El peso le comprime los pies contra el suelo. Cuando levanta uno para dar un paso, Clay escucha el bong de reverberación del planeta al retroceder, al soltarse de su piel. Percibe la sangre de sus arterias, oscura y soñolienta mientras recorre las debilitadas catenarias del pecho. Nota una monstruosa giba de hierro apoyada en su espalda. Pero sigue andando. Este lugar debe de tener final.

No hay final.

Tras detenerse, Clay se arrodilla, simplemente para recobrar el aliento, y prorrumpe en lágrimas de alivio cuando parte del peso abandona la estructura de su cuerpo. Igual que gotas de mercurio, las lentas lágrimas ruedan por sus mejillas y caen pesadamente al suelo. Retrocederé, piensa Clay. Desandaré el camino y buscaré otra ruta.

Trata de levantarse.

Lo consigue al quinto intento, oscilando y apoyándose en los nudillos, el trasero en alto, los intestinos estirándose hacia la tierra, la columna vertebral restallando, el cuello crujiendo, arriba, arriba, otro empujón: Clay se levanta. Jadea. Anda. Encontrar el camino que ha seguido no es tarea difícil, porque están sus huellas, hundidas dos o tres centímetros en la blanda arena. Apoya las puntas de los pies en los anteriores talones y camina. Pero el tirón de la gravedad no mengua en la retirada del centro de Pesado. Muy al contrario: la gravedad sigue aumentando. Clay calcula que se halla a medio camino del principio de este paraje. A pesar de ello, él no experimenta descenso gradual de la fuerza mientras se lanza por la región de gradual aumento. La mera inversión de dirección no le sirve de nada. Respirar es una batalla. Su caja torácica no se alza si no es coaccionándola; sus pulmones se han agrandado como cintas de goma. Los carrillos le caen hacia las clavículas. Tiene una roca en la garganta. Una voz seca y periférica recita: *«La intensidad de la gravedad depende del tiempo que estés sometido a ella, y no de tu proximidad al núcleo del cuerpo de atracción»*.

-¿Cuerpo de atracción? -pregunta débilmente Clay-. ¿Qué cuerpo? ¿El cuerpo de quién?

Pero repite las palabras mentalmente y lo entiende. Las leyes de la física no han previsto tales fenómenos. Pero él sabe que, si permanece aquí mucho tiempo, acabará aplastado. Se convertirá en una película de moléculas que cubre el suelo como la escarcha en invierno. Debe alejarse.

Los problemas empeoran mucho.

Clay ya no puede estar en pie. La cabeza le pesa y la masa del cráneo tuerce su espalda. Sus vértebras se deslizan, rechinan y crujen. Debe arrastrarse. Clay resiste la tentación de quedarse tumbado y rendirse a la espantosa fuerza.

Algo empuja el cielo hacia Clay. Tiene una pantalla negra apretada a la espalda. Sus rodillas están echando raíces. Clay repta. Repta. Repta. Repta.

-¡Hanmer, ayúdame! -grita.

Sus palabras tienen peso. Brotan de su boca y caen en picado hacia el suelo.

-¡Ninameen! ¡Ti! ¡Serifíce! ¡Alguien!

Clay se arrastra.

Tiene un horrible dolor en un costado. Teme que la punta del intestino perfora su piel. También las uñas de sus dedos responden al tirón. Los huesos de codos y rodillas están separándose. Clay repta. Repta.

Clay repta.

Su esófago es piedra. Los lóbulos de sus orejas son piedra. Sus labios son piedra. Clay se arrastra. Sus manos se hunden en la arena. Las arranca de ahí. Repta. Está al límite de sus recursos. Perecerá. Sufrirá una muerte lenta y espantosa. El gris manto del cielo está estrujándole. Está atrapado entre tierra y aire. Pesado. Pesado. Pesado. Clay se arrastra. Sólo ve el áspero y desnudo suelo a veinte centímetros de su nariz.

Clay ve agua.

Ha llegado a un estanque. El liso líquido gris le aguarda. Ven a mí, llama el agua. Despójate de tu carga. En mi regazo no hay pesadez. Pero ¿podrá él arrastrarse el último metro? Sus labios tocan el agua. Su pecho araña el suelo. Apoya la mejilla en la superficie del estanque: el agua le mece, es una película firme y flexible. Clay se retuerce, jadea. Es un gusano de la gravedad que lucha por su supervivencia. Un milímetro. Otro. Otro. Otro más. Nota frío en el pecho. Menéate. Empuja. Inclínate. Adentro. *Adentro.*

Clay está flotando.

¿Es agua este líquido? Parece tan espeso, tan palpable... ¿Agua pesada? Clay se deja llevar, libre de la aplastante fuerza, con las piernas hundidas y los brazos extendidos. Su corazón retumba. Aquí estoy, pero ¿dónde estoy? ¿Y cómo ir de un sitio a otro? Cuanto más tiempo pierda aquí, sospecha Clay, tanto peor serán las cosas para él, ya que sigue expuesto al poder de Pesado y el impacto gravitatorio se acumula. Y cuando salga del estanque se expone al castigo de la bidimensionalidad tras un rápido y violento zarpazo. Pero ¿debe salir? Quizás haya otra forma. Clay succiona aire.

Se zambulle.

El descenso es fácil. El agua le acepta. Recorre capas de semioscuridad moteada por el sol hasta que descubre, cerca del suelo de la charca, una grieta rodeada de rocas tres veces más ancha que un hombre. Aunque sus pulmones están a punto de estallar, Clay decide entrar. Se impulsa hacia delante con irregulares y nerviosas brazadas. Ahora está desplazándose horizontalmente bajo la superficie de la tierra. ¿Será el túnel un callejón sin salida? ¿Morirá él ahogado en esta negra cavidad? ¿Es preferible esa muerte a perecer bajo la hipergravedad de arriba? Clay nada. Nada. Nada. Más adelante ve una zona de brillantez. Ascende.

Clay sale a la superficie.

Clay ha hecho su aparición en el borde del paraíso. El sol tiene la verde aureola de la alegría, el ambiente es benigno y suave, los pájaros cantan, las plantas tienen un fulgor de felicidad. Después de Hielo, después de Fuego, después de Pesado, Clay apenas puede creer en su buena fortuna. Se encuentra tumbado en la amistosa alfombra de blanda y vigorizante hierba, bañado por gozosa calidez. Clay acoge con satisfacción el restablecimiento de su apaleado cuerpo. Se precipita hacia delante. Oye el sonido de un burlón sollozo. Nota un vibrante impacto y es lanzado hacia atrás. ¿Hay una invisible muralla en torno a este Edén? No. No. Clay logra entrar. Pero poco a poco. Muy lentamente. Lentamente. También éste es un paraje de incomodidad. Éste. También. Clay ha llegado a Lento.

El aire es transparente melaza. Clay está prisionero. Aquí será imposible correr, sólo podrá avanzar con solemne, deslizante paso. Rodillas subiendo y bajando, hombros que giran sobre un eje, cabello al aire... Al principio las sensaciones son una delicia. Pero el placer desaparece sutilmente. Clay descubre molestias. El atareado cerebro zumba al emitir impacientes órdenes, y el cuerpo no puede responder. Frustrados mandatos pasan por ciclos y se agrian en las sinapsis de Clay. Él desea agacharse para recoger una engalanada flor y se detiene bruscamente, como si se hubiera golpeado la frente con la hierba. Oye un ruido, y trata de volverse, y debe resistirse al secreto agarrón. Cualquier movimiento es un reto, una frustración. No hay dolor en este lugar, pero tampoco hay libertad.

Así pues, ¿hay que atravesarlo y librarse de él? Sí, naturalmente. Pero ¿cuánto tiempo durará la travesía? Clay trata de adaptarse. Reprime irritación e impaciencia. Se desliza. Se desliza. Se desliza. Sube, baja, con suavidad, con mucha suavidad, se esfuerza en no ofrecer resistencia a su resistivo medio ambiente. Aunque no quiere hacerlo, se enfada. Se irrita. Ansia dar martillazos al líquido y dorado aire. Se propasa e intenta acelerar, y no consigue nada. Está hirviendo. Suda. Está completamente rodeado de gracia y belleza. Los árboles oscilan blandamente, el cielo es miel, la luz es sublime. Pero él está retenido.

Y este lugar, se percata Clay, también posee fuerza acumulativa.

Clay camina cada vez con más lentitud. El dúctil aire le agarra con más fuerza. La viscosidad aumenta. El movimiento a cámara lenta pierde el último fragmento de éxtasis: Clay está asustado. Levantar la pierna es ya un esfuerzo. Mover un codo es una batalla. Dar un paso es una guerra. No se trata de un angustioso estrujamiento como el experimentado en Pesado, pero en cualquier caso representa creciente inmovilidad. Suavemente, sin dolor, el lugar está frenándole poco a poco. Estalla el pánico. Clay trata de acelerar su paso. Con ello sólo consigue multiplicar sus calamidades. Cuanto más se esfuerza, más enredado se encuentra. ¿Cuánto tiempo durará esto? ¿Llegará a detenerse por completo, una estatua viviente en este elíseo campo? Paso. Paso. Paso. Clay pugna por liberar sus pies. El invisible muro le rodea por todas partes, le aplasta la nariz, le embadurna los labios. Clay intenta convertirse en una cuña y atravesar el encolado. Quizá si andará de costado, arremetiendo con el hombro... Tarda varios minutos en girar noventa grados. Por fin se encuentra en la posición deseada. Se apoya en el luminífero éter. Empuja. Aprieta. Cede.

Ahora apenas está moviéndose.

El agotamiento está cercano. Clay está destrozado tras la lucha. Los pulmones le arden. Los músculos tintinean y se ampollan en sus tensas mejillas. Clay se ordena



tranquilizarse: avanza flotando, planea, congráciate. Sí. Fácil de decir. De esta forma, al menos, el avance es menos arduo, pero Clay no hace muchos progresos. Otro punto de vista: déjate caer, simplemente eso. Anulación total de la tensión muscular. Después yérguete y cae de nuevo, brinca adelante una y otra vez, sin cesar, hasta salir de este paraje. Clay ensaya esta táctica, se relaja, se inclina hacia delante, deja que su cuerpo caiga hacia el suelo adormecido. Le cuesta varios minutos completar la caída. Siguiendo paso: junta las piernas bajo el tronco y... ¡levántate! Pero no es tan fácil. Poco importaría volver a estar en Pesado, porque un invisible escudo le comprime. Clay extiende el cuerpo, poco a poco, lentamente, sin esfuerzos, moviéndose con terca resolución, y finalmente está de pie otra vez. La maniobra ha servido para avanzar un metro y ha precisado unos cuatro minutos. Clay permanece inmóvil unos momentos, haciendo acopio de fuerza. Estar de pie, por lo menos, no representa esfuerzo; no cuando el medio ambiente le sujeta por todos lados. ¿Vuelvo a intentarlo? ¿Caer y subir? El descenso es ahora más lento todavía. Clay es una pluma que cae entre asfalto. Abajo. Abajo. Abajo. Llega al suelo. Junta los pies. Eso le cuesta media eternidad. Ahora, hacia arriba. Como antes, pero con menos rapidez. ¿Cómo le vería un observador destrabado? ¿Un gusanillo borracho? Clay está de pie. Posiblemente su ritmo normal de actividad ha descendido a la centésima parte. A la milésima parte. Quizá pase una eternidad atravesando este campo. Clay cae de nuevo. Se levanta. Caer. Se inicia el crepúsculo; un cobrizo tono tiñe la hierba. Clay intenta levantarse, pero esta vez la batalla es insostenible. Clay piensa que quizá la resistencia de la atmósfera no sea tan enorme cerca del suelo. Intentará arrastrarse, igual que en Pesado. Repta. La resistencia no es menor. Debe introducirse en el espacio vacío que tiene inmediatamente delante. Todos los movimientos están ralentizados: los párpados bajan en monumentales guiños, los pulmones se expanden en marmóreas inhalaciones. Clay reptar. Repta. Repta. Es de noche. Quizás el brillo de las estrellas disuelva el estancamiento. No. Plateados rayos danzan en el aire. ¿No debería refractarse la luz de las estrellas en este huraño medio? Oh, qué lentitud, qué infinita lentitud, qué lentitud de caracol... Y dentro de poco Clay no podrá moverse.

-¿Bril? -llama, esperanzado-. ¿Angelon?

También su voz es lenta. Las vibraciones se descomponen en pesadas partículas que caen y pierden toda resonancia.

-¿Ti? ¿Hanmer? ¿Han Mer? ¿Ser I Fice? ¿Ser? ¿I? ¿Fice?

Se han olvidado de él. Clay está sumido en Lento.

Ahora no hay posibilidad de levantarse. Sería preciso un millón de años. Clay se concentra en arrastrarse. Mano derecha adelante, rodilla derecha, mano izquierda, rodilla izquierda. Los pies se arrastran detrás de las rodillas. La cabeza es impulsada por los hombros. Clay completa un paso arrastrándose. La corva luz del alba entra paulatinamente en sus ojos. Mano derecha adelante. Es mediodía, hay fuego en lo alto. Rodilla derecha. El sol se hunde. Mano izquierda con la penumbra crepuscular. La noche y la rodilla izquierda. Bajo las estrellas: descanso, recobrar fuerzas. Mano derecha adelante. Amanecer. La llamarada del mediodía. Rodilla derecha. ¿Cuánto tiempo falta todavía? Clay no tendrá pasaporte que presentar en las aduanas de la eternidad. Las sombras se alargan. Mano izquierda. El alba. Rodilla izquierda. La noche. El amanecer. Mano derecha. El crepúsculo. Rodilla derecha. Oscuridad. El alba. Mano izquierda. Mediodía. Noche. Amanecer. Mediodía. Rodilla izquierda. Noche. Noche. Noche. Noche. Clay se rinde. Su ritmo actual está al límite de la

infinita lentitud. En esta región de velocidad la frontera que separa el movimiento del no movimiento se viola con facilidad desde un lado, pero no desde el otro. Día. Noche. Día. Noche. ¿Intento moverme otra vez, quizá? Lentos triunfos. Transcurre un mes entre sístole y diástole. Clay examina sus dedos y, experimentalmente, los levanta. Él ha visto montañas ejecutando una danza más encantadora. Pero logra avanzar una fracción de centímetro, cada vez con más lentitud. Y un día, milagrosamente, Clay se encuentra al otro lado de Lento.

Ha llegado al borde de un pequeño risco. La parte superior de su cabeza sobresale de ese borde, permitiéndole ver la llanura que se extiende debajo. Hay un peligroso descenso hacia esa llanura, pero ¿qué importancia tiene el riesgo de romperse algunos huesos comparado con la posibilidad de llegar a la total detención de los procesos vitales ahí arriba? Clay no tiene elección. Debe caer. Quizá la influencia de Lento se extienda un poco al otro lado del margen, de tal modo que la caída quede frenada. Clay logra retorcerse varios centímetros más. Ahora puede apoyar el mentón en el borde. Con ese punto de apoyo, tira del resto de su cuerpo. Su cabeza pende del abismo. ¿En qué momento pasará su centro de gravedad por encima del saliente, de modo que su masa le libere de Lento? Clay apenas avanza durante un rato. Seguramente el efecto acumulativo ha llegado muy cerca del punto crítico: se producirá la paralización total y Clay quedará colgando ahí para siempre. Pero avanza medio centímetro más. Su pecho termina de pasar sobre el borde. Desliza el brazo derecho hacia delante durante varios días y noches. Y por fin..., por fin... cae al vacío.

## 22

Sí, Lento trata de retenerle. Clay resbala por el borde del risco sin excesiva celeridad, y cae tranquilamente, no adaptado todavía al ritmo temporal del mundo externo. De esta forma Clay puede arreglar su postura durante el descenso: se dobla como en un salto de carpa para corregir esa inquietante zambullida con la cabeza por delante y da la vuelta en el aire para aterrizar sobre el trasero, parte que él considera mejor acolchada para el choque que sus pies. Y aterriza, con un punzante golpe en las nalgas. Rebota un poco y queda quieto.

Clay decide prontamente que está ileso.

Se levanta rápidamente, mientras glorifica la sensación del movimiento rápido.

Agita los brazos. Da patadas al aire. Brinca. Sacude la cabeza. Aquí no hay gravedad extrema, ni misteriosas fuerzas de retardo, ni frío insoportable, ni intenso calor, ni la sensación de agobio producida por inesperada senectud. Clay siente alivio al notar la ausencia de estos rasgos negativos en el lugar en que se halla. Por otra parte, descubre escasos rasgos positivos aquí. Se encuentra en una gran llanura de monótono aspecto que al parecer está formada por completo de una sola losa de lustrosa piedra gris extendida hasta el horizonte. El cielo también es gris y se une con el terreno de tal modo que Clay no logra determinar dónde acaba uno y dónde empieza otro. No hay vegetación. No hay rastro de vida animal. No hay montañas. No hay valles. No hay cursos de agua. Clay percibe una ininterrumpida extensión gris, sumamente falta de contenido.

Clay se da cuenta de que aún no se ha liberado de los parajes de incomodidad. Presume que ha llegado al lugar denominado Vacío.

-¿Hola? -grita-. ¡Hey! ¿Hay alguien? ¡Eh! ¿Dónde?

Ningún eco le responde.

Se arrodilla y apoya la mano en la grisácea piedra. No está fría ni caliente. Intenta arañarla y no puede. Acerca la cara, en busca de imperfecciones, y no las encuentra. El terreno podría ser perfectamente una inconsútil plancha de plástico. Tras levantarse, Clay mira atrás, tratando de ver la meseta donde se halla Lento, pero esta se pierde en el dominante tono gris. El sol no es visible. Aquí no hay nada. A Clay le sorprende encontrar moléculas de aire alrededor de él en este lugar libre de materia: ¿por qué no el vacío total? Pero él cree estar respirando. Al menos tiene esa ilusión. Clay se resigna a cruzar Vacío. Nunca había visto tanta desolación. Él podría ser el único objeto del universo. Quizás ha sido atrapado de nuevo por el flujo del tiempo, y barrido millones de años hacia delante, hasta la época del triunfo de la entropía, donde lo gris ha conquistado todo. ¿Adonde irá? ¿Cómo pasará el tiempo?

La situación podría ser peor. Clay no está aplastado aquí. No está paralizado. No se arriesga a congelarse, ni a quemarse, ni a envejecer. ¿No será capaz de enfrentarse a la soledad? ¿Tendrá aquí el aislamiento un rasgo muy distinto al que él experimentaba en compañía de Hanmer y sus amigos?

Clay inicia la marcha, caminando. Garbosamente al principio. Que Vacío haga con él lo que quiera. Tendrá que terminar en algún punto. El seguirá tambaleándose, como hizo en Viejo, en Hielo, en Fuego, en Pesado y en Lento, y quizá pase por otra prueba, o tal vez se reunirá con sus antiguos compañeros, pero en ningún caso sufrirá mientras marcha. Al cabo de un rato, empero, Clay no está seguro. Aquí cualquier rumbo parece idéntico, porque no hay marcas que le guíen: podría estar describiendo confusos círculos, y no puede confiar en que la salida del sol o la luz de las estrellas le den alguna pista. Ni siquiera sabe si está avanzando o si el grisáceo suelo que pisa se desliza constantemente hacia atrás mientras él avanza. Pueden transcurrir siglos sin que haya un cambio. Se trata de un estasis peor que todo lo que ha padecido en Pesado o Lento. Y mientras el tiempo pasa en desconocidos intervalos, una caliginosa desesperación mordisquea el alma de Clay. Su humor se ensombrece por momentos. Clay sabe ya cuál es el peor lugar. En este océano de nada él está más aplastado incluso que un pellejo. Su vida flota ante sus ojos y él no ve nada: ningún accidente, ninguna crisis, ninguna relación, ningún hecho, simplemente el fluir de días, semanas, meses y años, tristeza, monotonía, vacío. Un reino infinito. Una ciudad continua. ¿Cómo podrá liberarse? Clay camina. Camina. Camina. No se molesta en pedir ayuda. Esto es Vacío. El pantano del desespero.

Nada cambia.

Clay trata de desligarse de su mente. Se convertirá en una mera máquina andante, avanzará sin pensar y quizás acabe llegando a la frontera, y de esta forma privará a este paraje de una victoria succionadora del alma. Pero no pensar no es tan fácil. La conciencia del aislamiento martillea la mente de Clay, enciende pasiones, lamentaciones, temores y esperanzas. Clay camina. Nada cambia. ¿Se desliza hacia atrás el terreno? ¿Se une el cielo con la tierra? Esto es Vacío. Esto es Vacío. Esto es la definitiva muerte del corazón, la negación incluso de la negación.

Clay busca formas de derrotar la vacuidad. Cuenta los pasos que da, da cincuenta empezando con el pie derecho, luego junta ambos pies y empieza de nuevo, otros cincuenta pasos con el pie izquierdo. Varía la cantidad: ochenta y sesenta, setenta y

cincuenta, noventa y cuarenta, cien y treinta, treinta y cien pasos. Camina a la pata coja, primero apoyado en el pie derecho. Camina a la pata coja, apoyado en el pie izquierdo. Avanza furtivamente. Anda contoneándose, rígida, mecánicamente. Se detiene y descansa, acuclillado en la monótona nada. Se masturba. Evoca recuerdos de su vida anterior mientras camina, imagina las caras de sus compañeros de escuela, de sus maestros, de sus compañeros de trabajo, de sus amantes. Piensa en edificios, calles y parques. Se tumba y trata de dormir, con la esperanza de que, al despertar, se encuentre en otro sitio, pero no le queda sueño. Clay avanza de espaldas. Canta. Recita el catecismo. Escupe. Practica el salto de longitud.

Todo en vano. La vacua monotonía prosigue inalterada, y oleadas de miasmático aburrimiento remolinean igual que niebla alrededor del caminante. Esta es la tierra de la noche, el lugar que no es lugar, la axila del universo, el hogar de los sonidos del silencio. Todas las estratagemas fallan. La mente de Clay suelta amarras. Él es un hombre mecánico que da un paso, y otro, y otro más, sin acercarse nunca a nada.

-¡Yo! -grita.

-¡Tú!

-¡Nosotros!

Ni siquiera un eco. Ni siquiera un eco.

-Jesucristo nuestro Salvador.

-¡Cuando en el curso de los hechos humanos!

-¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Silencio. Silencio. Silencio.

No le derrotarán. Seguirá, ocurra lo que le ocurra, aunque la nada se extienda desde aquí hasta el borde más bajo del universo. El ha escapado de Viejo, de Hielo, de Fuego, de Pesado y de Lento, y también escapará de Vacío, aunque tenga que andar un millón de años por la cargante lobrete.

-¡Clay! -grita.

-¡Padre! ¡Hijo! ¡Espíritu Santo!

-¡Hanmer! ¡Ninameen! ¡Ti!

El aire traga sus palabras. Sus más violentos rugidos resbalan en la estructura de la nada y desaparecen gradualmente. Pero Clay continúa gritando. Y patalea. Y aplaude. Y agita los puños. Y camina. Y camina. Y camina. Su talante fluctúa. Hay momentos en que está tan agobiado por la desesperación que cae de rodillas, fláccidamente desanimado, y cierra los ojos, y aguarda el instante en que lo último le sobrecoja. Pero en otros momentos él sabe que el fin de sus sufrimientos le aguarda delante, siempre que mantenga en alto el ánimo y continúe andando resueltamente: él es el representante del hombre en estos avanzados tiempos y no debe defraudar la gran confianza que han depositado en su persona. Clay sigue caminando, atento a una señal. ¿No es una estrella eso que se ve en el horizonte? No. No. ¿No se hace más intensa la textura de la monotonía en algunos lugares? Tal vez. ¿No es eso oscuridad que se asienta? Parece serlo. Si esta pareja tiene alguna posibilidad de cambio, deberá tener fin. Él perseverará. El carácter de la monotonía parece haberse alterado claramente. Clay debe de haber cruzado una frontera sin darse cuenta. La recompensa

de la fe: otorgada por Vacío. La alegría de la huida, no obstante, se ve mitigada por la dificultad de percibir el actual ambiente. Aquí hay una terrible oscuridad. Clay continúa andando, sin topar con árboles o piedras, sin captar cambio alguno en el liso terreno que pisa, y la oscuridad crece hasta ser absoluta. Clay empieza a preguntarse si realmente ha dejado atrás Vacío, o si se halla en la noche del lugar, que cae tras un día infinito. Sin dejar de andar, Clay comienza a comprender qué ha sucedido. Lo cierto es que ha salido de Vacío, pero su ejercicio de valor y determinación le ha conducido únicamente al territorio vecino, que es Oscuro, que no es mejor y probablemente será mucho peor. Aquí Clay carece de todo lo que faltaba en Vacío, y además se enfrenta a la ausencia de luz, por lo que él lamenta incluso la pérdida del grisáceo terreno. Ahora está catando auténtica desesperanza. Vacío era el jardín de las delicias en comparación con Oscuro.

Clay no puede continuar la batalla.

Ha pasado por todas las pruebas, ha sobrevivido a todos los peligros. Pero no ha ganado nada y ha perdido mucho. Ahora se rinde. No se enfrentará a Oscuro.

Clay se sienta. Cruza los brazos alrededor de las rodillas. Mira fijamente al frente y no ve nada.

*-¿Por qué me has abandonado?*

Si tan sólo hubiera una señal, Clay se esforzaría en continuar: una sola gota de lluvia, el sonido de un lejano sollozo, el paso de un pájaro, un centelleo, un instante de fulgor estelar. Pero la negrura es total. Clay está vencido. Se tiende en el suelo, con los brazos extendidos, mirando el ausente cielo, con los ojos abiertos pero sin ver nada. No hará nada más. Aguardará.

Clay recuerda un mundo de contenido, forma y color. Las fulgurantes constelaciones, las oscuras y arrugadas ramas de los árboles, un dorado ojo de rana, las insistentes verticales de una tormenta de nieve, el brillante tono rojo de la arena del desierto al amanecer, el rosa oscuro de un pezón sobre el rosado color de un pecho, el asustado relampagueo de una carpa dorada en un estanque verde, torres de alta tensión con su negrura perfilada en el cielo del estío, una llamativa iguana inmóvil como una estatua en la fronda de una Jacaranda, los deslumbrantes pliegues de la aurora boreal, la intensa chispa del arco de una soldadora, el agonizante sol rojo de New Jersey esparcido en las torres de Manhattan, la blanca espuma de un azulado río, las risueñas piedras del jardín de un harén, el océano, las montañas, los prados, el mar. No volver a ver ninguna de estas cosas... Contemplar con ansiosos ojos un mundo que se ha hecho invisible... ¿Dónde están los árboles? ¿Dónde están las ranas? ¿Dónde están las estrellas? *¿Dónde está la luz?*

Un millón de años de vacía negrura aplastan a Clay.

*-Ya basta! -murmura-. ¡Ya basta!*

Y el rayo hiende la noche. Y Mal solloza. Y un pájaro relincha al sobrevolar la nariz de Clay entre una agitación de plumas. Y la lluvia fustiga el vientre del aturdido Clay. Y las estrellas despiden luz en plena noche. Y por todas partes surgen los elementos de la naturaleza, árboles, arbustos, plantas en flor, rocas y guijarros, ruidosos insectos, velos de musgo, amarillentos lagartos, azulados líquenes, rojizas setas... En la parte inferior del cielo aparece una mota de luz que se ensancha, se convierte en fulgor de

mercurio, en flameante ojo, en sol radiante. Coros celestiales cantan. El cielo azul, salpicado de nubes, arropa a Clay. Rezuma color de todas partes.

-Soy Hanmer -dice una suave voz-. Soy amor.

Clay se incorpora. Los Deslizadores le rodean. Todos han adoptado la forma femenina. Ninameen le acaricia los brazos y le dice:

-Soy amor. Soy Ninameen.

Ti juguetea con los dedos de los pies de Clay, Bril con su cabello, Angelon enlaza diez de sus dedos con cuatro de los de Clay. Serifice le roza la mejilla con los labios.

-Soy amor -musita Serifice.

-Soy Angelon -dice Angelon.

Entre todos le ayudan a levantarse. Clay parpadea. Ahora la brillantez es demasiado fuerte.

-¿Dónde he estado? -les pregunta Clay.

-En Fuego -dice Bril.

-En Pesado -dice Hanmer.

-En Lento -dice Ninameen.

-En Vacío -dice Angelon.

-En Oscuro -dice Ti.

-¿Dónde estoy ahora? -pregunta Clay.

-Con nosotros -le contestan todos.

-¿Dónde estabais? -les pregunta Clay.

-Nadando en el Pozo de las Primeras Cosas. Hemos discutido acerca de la muerte con los Intercesores. Hemos visitado Marte y Neptuno. Nos hemos burlado de Mal. Hemos enseñado belleza a los hombres cabra. Hemos amado a los Destruidores y hemos cantado a los Devoradores.

-¿Y ahora? ¿Y ahora?

-Ahora -dice Hanmer- haremos el Relleno de los Valles.

## 23

Todos echan a correr con él. Clay se ve agobiado para ir al mismo paso y teme que sus compañeros vuelvan a perderle cuando apenas acaban de encontrarle, pero ellos nunca se adelantan en exceso y, al cabo de un rato, se detienen en una arboleda de elevados árboles triangulares con fibrosas y colgantes ramas. El sol está alto y es muy fuerte. Los Deslizadores se tienden con Clay en la densa y azulada hierba bajo los extraños árboles. Clay ha estado solo tanto tiempo que apenas sabe hablar.

-¿Por qué no vinisteis a buscarme antes? -dice por fin.

-Pensábamos que estabas disfrutando -replica Hanmer.

-¿Lo dices en serio? Sí, claro. Pero... -Clay menea la cabeza-. *Yo sufría.*

-Tú aprendías. Madurabas.

-Estaba en apuros. Tanto físicos como morales.

Hanmer acaricia los muslos de Clay.

-¿Estás seguro de que sufrías? -dice ella, y se transforma en varón-. Es la hora del Relleno de los Valles.

-¿Uno de los Cinco Ritos? -pregunta Clay.

-El cuarto. El ciclo está casi terminado. ¿Querrás tomar parte?

Clay se encoge de hombros. Estos Deslizadores, sus rituales, sus rarezas, sus caprichos, han empezado a fastidiar a Clay. Siente simpatía hacia ellos, pero se pregunta si no sería preferible regresar al estanque de Quoi, a la enfangada ribera del Esperador, incluso al mundo túnel antes de que alguna travesura de los Deslizadores resulte ser más siniestra que las anteriores. Clay desecha la idea. Ellos son sus guías y sus amigos. Él los quiere. Ellos le aman. Clay asiente.

-¿Qué debo hacer? -pregunta.

-Seguir tumbado -dice Hanmer-. Cierra los ojos. Debes ser receptivo.

Clay presiente que está a punto de volver a perder a los Deslizadores.

-No te vayas, Hanmer, ¿no podríamos conocernos mejor? ¿Por qué no me dejas penetrar en esa aprensiva apariencia? ¿Qué *sientes* realmente? ¿Cuál crees que es la finalidad de la vida? ¿Por qué estamos en este lugar? ¿Tienes miedo alguna vez? ¿Nunca te sientes inseguro? ¿Hanmer?

Clay mira al Deslizador. Hanmer parece insustancial, muy adelantado en el camino de la invisibilidad. No queda nada más que la sonrisa.

-¿Hanmer? No te vayas, Hanmer. No inicies el rito aún. Háblame. Si me quieres, Hanmer, ¡háblame!

-Continúa acostado -dice Hanmer-. Cierra los ojos. Debes ser receptivo.

Incluso la sonrisa ha desaparecido. Solo de nuevo. Clay obedece.

En seguida nota manos que acarician su cuerpo. Blandos y carnosos dedos siguen sendas de sensualidad en su pecho, en los huecos comprendidos entre el cuello y los hombros, en las mejillas, en los lóbulos de las orejas. El tierno contacto atraviesa su vientre y llega al flácido pene, que se yergue rápidamente en cuanto los dedos aferran el tenso tallo. Otras manos juguetean con los dedos de sus pies. La tímida yema de un dedo punza delicadamente la base de su escroto. La respiración de Clay se hace irregular a causa de la excitación. Se remueve, jadea, arquea la espalda. ¡Qué expertas son esas manos! ¡Cuan suave su tacto! Clay siente las deliciosas caricias en muslos, costados, cara, manos, pies, pantorrillas, brazos, cuello. Cientos de manos le tocan al mismo tiempo.

¿Cientos?

Hanmer, Ninameen, Angelon, Ti, Bril y Serifrice tienen sólo doce manos entre todos. Clay sabe que ahora están tocándole más de una docena, muchas más. Sin abrir los ojos, Clay se esfuerza en aislar las diversas zonas de contacto y contar las manos. Imposible. Reptan por todo su cuerpo. Cientos.

Asustado, Clay abre los ojos. Ve tinieblas y una cuna de enmarañados dedos. No ve un solo Deslizador encima de él. ¿Quién le toca? Clay lo comprende. Las manos pertenecen a los árboles triangulares, que se han inclinado para que las oscilantes y fibrosas ramas lleguen casi al suelo. Todas las ramas terminan en manos, todas las manos vagan por la piel de Clay. ¿Es obsceno ser tratado de este modo por un árbol? Clay no se atreve a escabullirse. Teme que, si hace un movimiento para retirarse, las manos le agarren y le aprieten el cuello. O que le tiren de las piernas. Él no tiene intención alguna de ensayar su resistencia a la tracción con la potencia de estos árboles. Clay se entrega, temeroso. Cierra los ojos de nuevo. Se rinde a los árboles.

Las manos que no ve le acarician, se deslizan cada vez con más frecuencia hacia su cintura, toquetean sus testículos, frotan su falo. ¡Idiota!, piensa Clay. Pervertido. Consentir que unos árboles te masturben... ¡Levántate! ¡Aparta sus asquerosas manos! ¿Adónde irás a parar? ¿Acabarás violando patos? ¿Masturbando con la boca a lascivos salmones? El ansia de ofrecer resistencia le agita. Está nervioso, tenso, enfadado. Ellos son unos descarados. Deberías ir a que te examinaran la cabeza. ¿Dónde está tu juicio? ¿Dónde está tu vergüenza? Esto es sucio. Muestra un poco de firmeza moral. ¡Manos fuera! ¿Qué clase de maricón os pensáis que soy? ¡Fuera! ¡Fuera! El apogeo de la polimorfia. Pero Clay no se mueve. Lóbregos pensamientos van de un lado a otro en los circuitos de su cerebro.

-Amor. Amor. Somos amor.

-¿Quién ha dicho eso?

-Todas las cosas son una sola. El amor es todo. Cede. Cede.

-No.

El *no* de Clay sube como un cohete hacia el sol. El mundo se estremece. Las nubes se sonrojan.

-Sí -dicen los árboles-. Sí, sí, sí.

-Sí.

-Amor.

-Amor.

-Entrega.

-Entrega.

-Completa.

-Completa.

-Cordialidad.

-Cordialidad.

Clay se rinde. No luchará contra ellos. Ha entrado en el ritmo del acto, los pies apretados al suelo, los hombros machacando la hierba, la cabeza echada atrás, la espalda doblada, las nalgas en el aire, las caderas en movimiento. Clay fricciona sin cesar su inflamado miembro en la suave y resbaladiza mano que lo aferra. Él no tiene vergüenza. Es esclavo del placer. Oye el canto de los coros, escucha el sollozo en lo alto, igual que un tañido de campanas, y el sonido cae en luminosas lágrimas doradas.



Clay cree que está llegando al orgasmo: sus músculos tiemblan y se retuercen en todo su cuerpo, incluso en sus labios. Pero la sensación de éxtasis se ha difundido por toda su piel y Clay es incapaz de concentrarla en la parte baja de su vientre. El impulso pasa poco a poco y le deja satisfecho pero sin haber alcanzado el orgasmo. Y la excitación crece de nuevo, porque esa mano (¿o esa otra?) no le suelta. Y él empuja, empuja y empuja sin cesar y de nuevo encuentra un transductor cósmico en funcionamiento, un dispositivo que disemina las corrientes meramente sexuales hasta transformarlas en algo excesivamente general para ser sexual. Tras un suspiro, Clay se sume en una neblina de misceláneos placeres. Y todo se repite, pero esta vez Clay sobrepasa el punto de indistinguible éxtasis y llega a un momento de puro fervor sexual en el que su verga se ha agrandado hasta llenar el cielo y arde con claras y brillantes llamas. Clay nota la contracción de sus labios conforme crece la pasión: alcanza el orgasmo con los dientes asomando entre los labios, las ventanas nasales fluctuando y los globos oculares escondidos tras los párpados, y despide ardientes chorros escarlatas que resuenan en el cosmos. Clay se calma. Las manos de los árboles le sueltan. Suena un gran gong. Al incorporarse, aturdido, bañado en sudor, Clay observa que el Relleno de los Valles ha comenzado.

Los Deslizadores están desterrando la desigualdad de la esfera terrestre. Están aplanando los lugares escabrosos. Montañas y colinas descienden. Mientras el planeta gira, los Deslizadores dan vueltas en torno al globo, aplastan todo lo que se eleva, rellenan barrancos con mesetas, derruyen salientes, tapan grietas. Eliminan todas las imperfecciones. El mundo se convertirá en un globo perfecto, en una reluciente canica blanca que describe su órbita.

La transformación se realiza con rapidez. Continentes enteros están ya aplanados. Imponentes cordilleras se han desmoronado y quedan elegantemente distribuidas en hoyos y depresiones. Clay percibe todo ello sin abandonar su lugar bajo los árboles, y sabe que él, de alguna forma, ha proporcionado parte de la energía con que se ejecuta el titánico esfuerzo. Pero él no hace nada. No ve a los Deslizadores, aunque ellos deben de estar ahí arriba, seis remolinos de fuerza en el espacio, cambiando y arreglando la Tierra. Nada se opondrá a su esfuerzo. Las mismas criaturas que han afinado la oscuridad, alzado el mar y abierto la Tierra rellenarán ahora los valles, y el mundo estará una etapa más cerca de la perfección.

Y ahora los Deslizadores llegan al lugar donde yace Clay.

Y del este llega una oleada de sustancia que pasa sobre Clay en fluido torrente y anula las tachas topográficas del paraje. Clay queda encerrado en la tierra. Sepultado de nuevo, pero no del mismo modo que cuando conoció al Esperador, porque en aquella ocasión se limitó a descansar en el suelo y a emitir raíces, mientras que ahora es parte integrante del terreno, está fusionado, es un componente del planeta que gira sin cesar. Clay carece de forma. No tiene existencia independiente. Es un grano de arena. Un trozo de cuarzo. Tierra negra. Basalto. Burbujeante magma.

Clay está en paz. Piensa que incluso le sería posible volver a dormir.

-¿Hola? Es Hanmer, que le llama desde muy lejos-. ¿Clay? ¿Clay? ¿Hola?

-Soy amor -dice Ninameen desde un punto distinto.

-La muerte se parecía un poco a esto -dice Serifice-. Todos juntos la probaremos.

-Hola -dice Ti.

-Hola -dice Bril.

-¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? -Es Angelon.

Muestran a Clay la luz solar que se desliza sobre la perlina y perfecta superficie de la Tierra. Al parecer desean que Clay aplauda el logro. Pero él no replica. Está esforzándose en dormir.

-Hola -dice Hanmer.

-Soy amor -dice Ninameen.

-¿Cuándo moriremos?-pregunta Serifice.

Clay permanece en silencio. Y Mal solloza, y aparecen grietas en la perfecta piel del mundo. Y las montañas se levantan. Y los valles se hunden. Y los barrancos se abren. Pero eso no tiene importancia.

-Hemos completado el rito -dice Hanmer-. Lo que suceda a partir de ahora no es de nuestra incumbencia.

## 24

Sólo queda por realizar uno de los Cinco Ritos: el Moldeado del Cielo. Los Deslizadores no piensan decir a Clay cuándo lo harán o en qué consistirá. Clay supone que será algo imponente y apocalíptico, como corresponde al clímax de tan increíble ciclo de transformaciones. Quizás el mundo cambie realmente. Quizá surja una nueva especie de hombre. Quizá suene la Trompa de las Trompas. Pero los Deslizadores ahogan en risa cualquier pregunta y dicen a Clay que sea paciente.

-Anticipar es pecado -dice seriamente Hanmer.

-¿Pecado? ¿Qué sabéis vosotros del pecado?

-Oh, también nosotros tenemos pecados -dice Hanmer.

## 25

Se produce un grave accidente geológico y Caos se abre paso en el mundo. Un pájaro de Hanmer trae la noticia. Los Deslizadores deben personarse de inmediato.

-Vamos -dicen todos-. Puede ser muy hermoso, quién sabe.

No pierden tiempo andando. La distancia es excesiva. Se disuelven y se remontan, llevando a Clay con ellos. En forma de zumbantes rayos verdidos, los Deslizadores recorren el cielo a varios kilómetros de altura, creando sombras electromagnéticas invertidas que chispean y chisporrotean en la ionosfera. Al mirar abajo, Clay imagina ver la ruta de sus recientes andanzas, pero no está seguro. Desde esta altitud todo se mezcla; Ninameen le enseña a ajustar su visión, pero aun así Clay tiene dudas. Cree que una mancha grisácea puede ser Vacío, pero Angelon le indica que se trata de un prado muerto, pantanoso y desordenado. Clay ve una nota de negrura y pregunta si es Oscuro, y se entera de que está sobrevolando el Pozo de las Primeras Cosas.

-¿Qué es eso? -inquire.

-Es el hermano de lo que veremos hoy -le dice Hanmer, riendo.

Cruzan el océano.

-¡Veo Flotadores! -exclama Bril, y Hanmer decide que Clay eche un vistazo.

El grupo hace un vertiginoso descenso. Inmediatamente bajo la superficie del agua hay una decena de inmensas bestias cetáceas, de color verde salpicado de oro: la más pequeña tiene un kilómetro de largo, con un solo y plácido ojo en un extremo, del tamaño de un estadio, en lo alto del liso cráneo, y un par de ásperas aletas en forma de mostacho que penden en el otro. Los Deslizadores dejan que Clay establezca contacto con las mentes de los animales. La experiencia es parecida a errar por los jardines de coral de un mar tropical: somero pero complejo. Los pensamientos de los Flotadores son espinosos y retorcidos, se extienden en barrocas configuraciones por inmensos territorios del alma y están cubiertos por una rica corteza multicolor de anémonas y poliquetos, esponjas, bálanos, almejas, cerdosos anélidos y chitones. En los intersticios de esta estructura reptan cangrejos del espíritu con ojillos como cuentas y múltiples patas, límulus con largos y afilados aguijones, pacíficas liebres marinas y bígaros, erizos y estrellas de mar, neritas. Por debajo de todo hay un rutilante lecho de pura arena blanca. Sin embargo, al introducirse precavidamente entre el sumergido follaje de las mentes de los Flotadores, Clay se da cuenta de que todo le resulta desconocido: es incapaz de entender lo que toca.

-¿También son humanos? -pregunta.

-No -dice Hanmer-. Simples animales.

-¿Cómo pueden mantenerse con ese tamaño descomunal? ¿Cómo se las arreglan para encontrar suficiente comida? ¿Cómo evitan que la gravedad los deshaga?

-Oh, se deshacen a menudo -replica Hanmer-. Es un hecho que no tiene importancia para ellos. Luego se rehacen.

El grupo prosigue el vertiginoso descenso hasta que casi es posible tocar las enormes y soñolientas islas de carne. Varios Flotadores giran las grandes bandejas que son sus ojos hacia Clay.

-No te poses en ningún Flotador -le advierte Hanmer-. Te hundirías en el interior.

Clay explora la enmarañada mente de un Flotador a quemarropa, siguiendo sendas que se bifurcan constantemente, hasta que se pierde en un bosque de abanicos marinos que oscilan suavemente. ¿Hay tiburones? ¿Hay barracudas? Del desorden brota un solitario pensamiento, coherente, potente, intenso: la visión de un Flotador muerto en una playa, un cuerpo que se pudre, ennegrecido, ocultando vastos semicírculos de la costa, atrayendo carroñeros de diversos continentes. La imagen se astilla y Clay vuelve a estar fuera de su elemento, atrapado en los incomprensibles corredores del jardín de coral.

-Debemos irnos -murmura Hanmer-. ¿No son extraños? ¿No son hermosos? Los visitamos con frecuencia. Nos parecen refrescantes y originales.

-Amamos los animales -observa Ninameen.

Ascienden. Vuelan sobre el cristalino mar. Al poco rato aparece la costa, una franja de color castaño rojizo con desmañados ribetes de árboles muy juntos. Aquí acaba de amanecer. Este continente tiene un tosco aspecto, terreno combado y montañas

acanaladas. Los colores que Clay ve desde lo alto son grises, azules, negros y verdeoscuros. El grupo se desplaza tierra adentro durante un rato y ejecuta un brusco descenso hacia una disecada llanura. Por delante se alza una solitaria montaña de gran tamaño, sin árboles y pelada. Un poco más arriba del centro de la faz oriental hay una tremenda herida, un lugar donde toneladas de roca han caído, creando un pasadizo hasta el tenebroso interior de la montaña. Gracias a este pasadizo, Caos ha organizado su salida.

-No lo entiendo -dice Clay en voz baja.

-Limítate a mirar. Limítate a mirar.

Clay mira. Algo que parece ser un río mana del boquete abierto en la ladera. Pero el fluido que brota es nebuloso e intrincado y transporta una multitud de indistintas formas. El vapor acompaña al oscuro flujo. En el interior del blanco halo se forman y desaparecen figuras: Clay ve monstruos, pirámides, animales antiguos, máquinas, vegetales, cristales, pero nada dura. Los Deslizadores le conducen más cerca del acontecimiento. Todos suspiran y prorrumpen en exclamaciones de placer ante lo que ven. ¿De qué color es la corriente? Parece ser de un rico azul vetado con filamentos rojos, pero cuando Clay llega a esa conclusión descubre un claro matiz verde, e islas marrones, y un tono rojo oscuro, y luego una riada de colores que él es completamente incapaz de definir. Y tampoco puede identificar las formas que ve. Nada perdura. Todo está fluyendo. La corriente surge horizontalmente, se vierte hacia la ladera hasta ocultar la grava que delimita el lugar de la herida y, al cabo de varios centenares de metros, cae bruscamente montaña abajo, precipitándose y formando múltiples cataratas antes de llegar al suelo. Al pie de la montaña se ha formado un estanque, en el punto donde aterriza el flujo de Caos. En esa charca, por lo que ve Clay, están formándose extrañezas constantemente: animales que se arrastran hacia la costa y se alejan alocadamente, torpes tractores y cabrias, monolitos autopropulsados. No hay dos objetos iguales. Inventiva sin fin es la regla aquí. Clay ve una brillante lanza, un animal, que se dobla e invierte sus extremos para avanzar, un grueso gusano serpentino con antenas luminosas, un barril negro que anda, un pez que baila y un túnel con patas. Ve un trío de gigantescos ojos sin cuerpo. Ve dos brazos verdes aferrados en desesperada y sanguinaria pelea. Ve un escuadrón de huevos rojos en plena marcha. Ve ruedas con manos. Ve onduladas alfombras de cantarín lodo. Ve fértiles uñas. Ve arañas de una pata. Ve copos de negra nieve. Ve hombres sin cabeza. Ve cabezas sin hombre.

Todos estos prodigios se abalanzan hacia la llanura como si únicamente una veloz huida del lugar de su creación les permitiera sobrevivir. Pero tanto si salen de la humeante charca reptando, arrastrándose, dando saltos, rodando, corriendo, brincando, patinando, culebreando, dando tumbos o bailando, todos encuentran la misma muerte. Los hay que logran alejarse un kilómetro; luego perecen, se vuelven transparentes y pierden sustancia con rapidez, y desaparecen en unos segundos. El Caos primordial reclama a sus criaturas. Una y otra vez alguna monstruosidad particularmente dinámica se esfuerza en eludir su destino huyendo velozmente por la llanura. En vano. En vano. La realidad sangra en todas las criaturas, las vigorosas acaban siendo tan insustanciales como las perezosas. Clay está abrumado por la compasión que le produce la escena, ya que si bien algunos seres generados por Caos son espantosos, muchos son encantadores, elegantes, graciosos, delicados y atractivos, y cuando desaparecen él apenas ha comenzado a apreciar sus sutiles bellezas.

Los Deslizadores se han cogido del brazo mientras observan la prodigalidad de Caos. Clay forma parte del grupo, flanqueado por Ninameen (hembra) y Hanmer (varón). Ninguno habla. En lo alto, la herida de la montaña despide burbujas de hirviente fertilidad. Clay recuerda que en cierta ocasión vio fotografías tomadas por oceanógrafos de una red llena de plancton recién cogido: mil millones de diminutas y engalanadas pesadillas, relucientes bestezuelas de múltiples ojos y garras y coléricas y erizadas colas, radiantes, mostrando todos los colores del espectro durante su breve y espasmódico instante de vida en cubierta, hasta acabar perdiendo color, encogiéndose y convirtiéndose en inquieta pecina. Aquí, igual pero en mayor escala. La extravagante fecundidad de Caos deleita y consterna a Clay. ¿Cuál es la finalidad de tanta maravilla que se esfuma? ¿Cuál es la fuente de este desfile de efímeros esplendores? ¿Y qué queda por ver dentro de la montaña, si estas criaturas son las únicas que salen?

-¿Cuánto tiempo se prolongará esto? -pregunta por fin Clay.

-Para siempre -dice Hanmer-. A menos que alguien cierre la montaña.

-¿Y quién haría tal cosa? -pregunta Ninameen, riendo.

-¿De dónde sale todo esto?

-Hay ríos bajo el mundo -dice Hanmer-. Éste se ha escapado. Es la quinta vez que sucede lo mismo en nuestras vidas.

-Pocas aberturas continúan siendo productivas -observa Ti-. Los canales cambian.

-Los canales cambian -conviene Hanmer.

-Pero si los canales cambian -dice Clay, desesperado-, ¿por qué afirmáis que este flujo continuará para siempre?

Los Deslizadores ríen tontamente. Una forma elefantina sale del estanque y desaparece. Surgen seis cráneos. Dos infames seres, perrunos e inmensos, hacen cabriolas, aúllan y dan un gran brinco, y pierden dimensionalidad antes de volver a tocar el suelo. Un pelotón de relucientes insectos sale de la charca y avanza hacia el olvido en impecable formación. Se ve una risueña cara en medio de un imponente chorro de vapor gris. No hay final. Llega la noche y la llanura entera fulgura. Y Caos sigue vomitando.

## 26

Clay percibe el desprendimiento espiritual de su posición. De modo imperceptible los Deslizadores pierden interés por él. Quizás él los aburre, quizás el alcance de su atención ha llegado al límite. Sea como fuere, ellos le han retirado parte de su amor. Varias veces Clay sospecha que ellos le temen. O que les causa disgusto. Pero él no puede señalar algún incidente especial.

Es más difícil que nunca entablar conversación duradera con ellos. Los temas se mezclan y confunden, los tópicos desaparecen en pleno desarrollo, risas y volteretas impiden en excesivas ocasiones secuencias formales de intercambio de información. Clay aún intenta aprender cosas de sus compañeros, pero cada vez con menos frecuencia.

-¿Regresaré alguna vez a mi época?

- ¿Qué fue del esferoide?
- ¿Cómo nacen nuevos Deslizadores?
- ¿Dónde está el hogar de Mal? ¿Quién o qué es ella?
- ¿Por qué he llegado aquí?
- ¿Cuándo haréis el Modelado del Cielo?
- ¿Cuál es la edad del mundo?
- ¿Dónde está la luna?
- ¿Por qué tuve que sufrir en los parajes de incomodidad?
- ¿Volveré a dormir alguna vez?
- ¿Sois un producto de mis sueños?
- ¿Soy un producto de vuestros sueños?

## 27

Una tarde los Deslizadores realizan el Modelado del Cielo, y no informan a Clay hasta después. Las cosas han llegado ahora hasta ese punto. Ellos no necesitan el concurso de Clay. Ya no se molestan en compartir con él sus importantes asuntos.

Clay sospecha, mientras se produce esta situación, que algo anormal debe de estar acaeciendo. El grupo se halla acampado en la costa de un mar meridional: la playa está formada por fina grava gris, cubierta por los cuerpos verdeclaros de innumerables medusas arrojadas por las mareas. Clay siempre ha amado el mar. Viendo que los Deslizadores se reúnen para una misteriosa conversación sin palabras, Clay pasea por la orilla, se abre delicado paso entre los muertos celenterados y deambula con el agua hasta la cadera en las cálidas aguas. Herbosos filamentos brotan del pulverulento fondo. Brillantes peces pasan veloces junto al visitante. Clay se goza en la sensación de las suaves olas que rompen en su desnudez. Nada. Se zambulle y se asombra al comprobar que puede estar sumergido largo rato. Flota, patalea, deja que el sol acaricie sus mejillas.

Debería de haber una sirena.

Clay imagina que la ve acercarse. Mujer hasta la cintura, pez por debajo. Largo cabello dorado que cae hasta los pálidos hombros. Pechos blancos, firmes, carnosos, con rojas puntas. Escamas de ardiente verde. Cola flexible y ahusada, fuerte, tersa, rematada por ágiles y activas aletas. Ella se aproxima entre una agitación de aletas y se agacha junto a Clay.

-Sí -dice él-. Inevitable resultado del fraccionamiento de la forma humana. La naturaleza imita al arte. ¡Qué criatura tan encantadora eres!

Ella sonrío. Hace pucheros. Le besa. Se lleva las manos a los pechos. Mamífero por arriba, pez por abajo.

-Ámame -dice ella, con una voz como el sonido de conchas.

-Pero ¿cómo? ¿Dónde está el puerto?

Clay examina las escamas de la sirena. Ella se ríe. Incluso un pez posee órganos sexuales. La sirena no le ayuda; la búsqueda de Clay es inútil. Si la abrazara, decide Clay, me escoriaría. Es un consuelo. Clay la suelta. Ella permanece al lado.

-¿Hay muchas como tú? -pregunta él-. ¿Una nación en el mar? ¿Eres una forma antigua? ¿Evolucionada naturalmente, o mediante manipulación genética?

-No soy como los demás que tú conoces -le explica ella.

-¿En qué sentido?

-Soy irreal -dice ella.

Clay no está dispuesto a aceptarlo. Extiende las manos hacia los pechos. Pero ella se ha ido antes de que la toque. Clay se zambulle, con los ojos abiertos entre la chispeante agua verde, y no encuentra a la sirena.

Cuando vuelve a la superficie nota que se ha iniciado una perturbación. La desaparición de la sirena, la pérdida de esa gracia, de esa inocencia, aún nubla con decreciente maravilla el alma de Clay. Pero en cuanto admite el fin de la visión, Clay ve con más claridad lo que está sucediendo alrededor. En el mar, muy lejos, un racimo de trombas color azul turquesa se alza sobre el horizonte, atravesando el claro ambiente. Las trombas remolinean, crecen, menguan, se separan y se unen. Lanzan una rociada de peces y algas hacia tierra. Al volver la cabeza hacia la costa, Clay ve que la bóveda del cielo sufre rápidas y suaves ondulaciones: la celeste panza se comba hacia el mar y, al instante, recobra su forma normal. Bronca música resuena y ruge: chirridos de inmensos grillos, retumbos de pesados tambores. El sol ha sufrido una variación de espectro y despide luz claramente verdosa. Algunas estrellas muy brillantes son visibles. Del sur llega una serie de rápidas explosiones sin resonancia: *pop pop pop pop*, como repentinas compresiones y descompresiones. La tierra tiembla. Luego desaparece la música, las trombas se hunden en el mar, el sol se vuelve amarillo, las estrellas se esfuman, el cielo cobra rigidez, las explosiones terminan. El fenómeno ha concluido, tras una duración de apenas tres minutos, y el breve y mágico intervalo de inestabilidad, por lo que ve Clay, no ha alterado nada.

Clay se precipita hacia la orilla.

Los seis Deslizadores están tumbados en una duna con penachos de hierba, cien metros tierra adentro. Parecen agotados, relajados, igual que maniqués de cera que han estado demasiado cerca de un incendio. Todos han adoptado una forma sexual intermedia: unos tienen senos y el bulto del escroto, otros nervudos cuerpos varoniles y la ranura pseudovaginal, pero ninguno pertenece claramente a un campo. Y además Clay no consigue distinguirlos con facilidad. Las caras son idénticas. Clay comprende que si ha podido distinguir a Hanmer de Ninameen, a Angelon de Ti o a Bril de Serifice es más por la naturaleza del espíritu que irradian que no por sus especiales rasgos, y ahora los Deslizadores no irradian nada que él consiga detectar. Es posible que no sean sus Deslizadores, sino otro grupo. Clay duda mientras se acerca. Al caer su sombra sobre dos de ellos, retrocede avergonzado, como sí fuera un entremetido. Permanece inmóvil junto a ellos durante largo rato. Los ojos parecen abiertos, pero... ¿le ven?

-¿Hanmer? -dice Clay por fin, temeroso-. ¿Serifice? ¿Nina...?

-...meen -termina ella mientras se estira perezosamente-. ¿Te has divertido nadando?

-Qué extraño. ¿Habéis visto... las cosas que han pasado?

-¿Qué cosas? -La voz es la de Hanmer.

-Las trombas marinas. Los tambores. El sol. Las estrellas.

-Ah, eso. No, no mucho.

-¿Pero qué era?

-Efectos secundarios. -Un bostezo. El Deslizador se da la vuelta, expone al sol su delgada espalda.

Clay permanece inmóvil, con los brazos colgados estúpidamente. ¿Efectos secundarios?

-¿Ninameen? -dice-. ¿Ti?

-¿Estás triste? -pregunta un Deslizador.

-Aturdido.

-¿Sí?

-Las trombas. Los tambores. El sol. Las estrellas.

-Cosas que pasan. Hemos completado el ciclo.

-¿El ciclo?

-El quinto rito. El Modelado del Cielo.

-¿Hecho?

-Hecho, y muy bien. Y ahora estamos descansando. -La voz es la de Hanmer-. Échate con nosotros. Descansa. Descansa. Descansa. El ciclo está acabado.

## 28

Los Deslizadores no le dan respuestas satisfactorias. Se sumen de nuevo en su estupor. Clay se siente abandonado y traicionado. Le han dejado participar en los otros cuatro ritos; ¿por qué no en éste? Le han cercenado una experiencia de su vida. Y están aburridos de él. Clay se aleja, enojado y avergonzado. No ha colaborado en un acto de importancia decisiva, así lo cree. Ha perdido, quizá, la oportunidad de hacerse con la llave que abre la caja donde están las respuestas a los enigmas. Y ellos, tan tranquilos. Y ellos, tan tranquilos.

Irritado, Clay sube brincando la pendiente de la duna y echa a andar con rapidez tierra adentro.

La arena se retuerce bajo sus pies, le hace perder velocidad. Clay observa además que hay pequeñas carreteras en el suelo, huellas de oscuras y lisas criaturas semejantes a escorpiones. Los animales no prestan atención al viajero y, en varias ocasiones, al cruzarse con uno, Clay está a punto de dar un traspies. La situación le preocupa: él no quiere toparse con un ser colérico. Pero pronto la arena cede el paso a gruesa arcilla rojiza, adornada por azuladas plantas de bulboso aspecto, y Clay deja de ver a las criaturas que se arrastran por el suelo.

¿Adonde iré?, se pregunta Clay.



Aún no está seguro respecto a si su desertión representa un disgusto pasajero o una ruptura permanente. La irritación que le causan los Deslizadores podría decrecer; al fin y al cabo, esos seres le han proporcionado extraordinarios instantes. Es posible que él no tarde mucho en ansiar volver con ellos. Por otra parte, él no desea forzar su presencia entre gente que le considera insulso. Podría esforzarse en cimentar su independencia. Al parecer no precisa comida y cobijo en este mundo, y él imagina que encontrará otros compañeros cuando este solitario vagabundeo pierda su encanto. Clay cree que no tiene esperanza alguna de regresar a su época.

Durante buena parte de la mañana, mientras camina por una calurosa y seca región de lisos yermos e inquisitivos caracoles purpúreos, Clay acaricia la idea de sobrevivir sin ayuda. Cuanto más lo piensa, más atractivo le parece. Sí. Explorará todos los continentes. Buscará ciudades subterráneas de épocas no muy posteriores a la suya. Tratará de coleccionar artefactos y otras curiosidades de los hijos del hombre. Pondrá a prueba cuantas nuevas facultades pueda haber adquirido bajo este hinchado sol. Tratará, quizá, de elaborar algún tipo de papel para redactar un informe de su aventura, tanto para su personal esclarecimiento como para ilustrar a posibles miembros de su especie desplazados en esta dirección. Conversará con cualquier Respirador, Devorador, Destructor, Esperador o Deslizador que encuentre en su camino, y con los Intercesores si tiene la suerte de encontrarlos, y además con los seres de épocas anteriores arrojados a este lugar por el capricho del flujo temporal: hombres cabra, esferoides, moradores de los túneles y similares. Un extraño éxtasis se apodera de su ser conforme Clay saborea la libertad del tipo de vida que ansia. ¡Sí! ¡Sí! ¿Por qué no? El gozo se infla como un globo en su alma y, del mismo modo que un globo, explota bruscamente y le tira al suelo, consternado y solitario.

Clay lamenta haber dejado a los Deslizadores.

Debe volver con ellos y rogarles que le acepten de nuevo.

Raramente confuso, Clay permanece inmóvil, se agacha, se arrodilla e hinca los codos en el suelo, con el trasero levantado y los ojos siguiendo a una gran babosa globular que está pasando por delante de él. La inercia da un rodillazo a su espalda. Arriba: da media vuelta, busca a tus amigos. Clay se levanta poco a poco. La suave y cálida brisa alza el mantillo y cubre la sudorosa piel de Clay. Echa a correr, sin preocuparse por los caracoles que le rodean por todas partes. ¿Dónde está el mar? ¿Dónde están los Deslizadores? Clay sigue al sol. La tierra cede el paso a la arena, los caracoles a los escorpiones. Oye el oleaje. Sube las dunas. Este es el lugar. Clay sigue sus huellas. Recuerda la retozona jovialidad de Ninameen, la solemne servicialidad de Hanmer, las místicas profundidades de Serifice, la belleza de Ti, la viveza mental de Angelon, la ternura de Bril. ¿Cómo ha podido abandonarlos? Son sus amigos. Y más que eso: son parte de él, y él, así lo espera, parte de ellos. En el camino del septeto. Hemos compartido tantas cosas... Mi enfado momentáneo. Infantil. Mis hermanos, mis hermanas: un poco descuidados a veces, pero es lógico, nos separa un abismo de tiempo. ¿Podría yo comprender los sentimientos de un Cro-Magnon? ¿Sería él capaz de interpretar una décima parte de las cosas que yo digo? Pero es absurdo separarse por eso. Hay que ser amorosos. Debemos estar unidos.

Clay pasa la última duna y ve la costa, y encuentra las señales dejadas por los Deslizadores en el lugar donde han descansado, pero no los ve.

-¿Hanmer? ¿Serifice? ¿Ti?

No están por ahí.

Clay grita. Agita los brazos. Corre a lo largo de la playa. Busca pisadas. Inútil, inútil, inútil. No han dejado rastro. Han alzado el vuelo, han cruzado la estratosfera como un rayo en dirección a Saturno, quizá. Se han olvidado de él. Se lo tiene bien merecido. Clay grita los nombres de los Deslizadores sin esperanza alguna. Rueda desesperadamente en la arena. Entra corriendo en el agua, esperando encontrar a su sirena por lo menos. Nadie. Nada. Abandonado. Solo.

La culpa es tuya. Pero ¿y ahora?

Caminará. Los Deslizadores ya le han rescatado otras veces de la soledad; quizá lo hagan de nuevo. Mientras tanto él seguirá su camino, y lamentará su impulsivo arrebato, y tendrá fe. Y tendrá fe. Una vez más Clay marcha tierra adentro, en esta ocasión desviándose de la ruta anterior, porque el yermo de caracoles no le gustaba. Si encuentra de nuevo a los Deslizadores, decide Clay, jamás se alejará de ellos por voluntad propia. Aquí el terreno es muy parecido al otro lugar, aunque no tan caluroso; una hilera de colinas debilita el impacto del seco viento. También hay caracoles, pero de una especie distinta, verdes con espirales escarlata. Dejan relucientes huellas en el pelado suelo. En más de una ocasión, por accidente, Clay pisa uno. Estos caracoles se parten emitiendo un siniestro silbido que deja a Clay desolado y avergonzado. Vigila su paso, avanza con cuidado y finalmente le obsesiona tanto no pisar a los caracoles que no observa los cambios en la naturaleza de los alrededores. Han aparecido algunos árboles: cónicos con copas planas, de escasa altura, que parecen híbridos de palmera datilera y hongo. Hay algunos riachuelos. Y Clay descubre que está acercándose a la casa de alguien.

¿Casa?

Desde su despertar no ha visto nada parecido. Pero sin duda debe de tratarse de fraude o ilusión, porque lo que Clay contempla es una estructura de ladrillo de dos pisos típica de 1940, con un techo de tejas de pizarra gris y una festiva guirnalda verde colgada en la aldaba de la puerta delantera. La senda que conduce a la vivienda está pulcramente pavimentada y hay un camino de oscuro asfalto para automóviles en el lado izquierdo, aunque Clay no ve coches ni garaje. Las ventanas están cubiertas con rizadas cortinas blancas. Un macetero con geranios se apoya en uno de los antepechos del segundo piso.

Clay se echa a reír. Duda mucho de que sólo esta casa, entre todas las estructuras de anteriores épocas de la humanidad, haya permanecido intacta tras miríadas de milenios. Es una jugarreta, lógicamente. Pero ¿de quién?

-¿Ninameen? -llama Clay, esperanzado-. ¿Ti?

La puerta se abre y sale una mujer.

De la especie de Clay. Joven, aunque ya ha pasado su verdadera juventud. Desnuda. Cabello oscuro y corto, pechos idóneos, caderas un poco anchas, piernas anormalmente esbeltas. Una sonrisa natural, incluso dientes. Ojos despiertos, simpáticos. Pequeñas tachas cutáneas aquí y allá. No es una criatura de fantasía, sino una mujer auténtica, imperfecta y atractiva que promete razonables placeres. Parece un poco molesta por su desnudez, pero la impresión es que el detalle no seguirá importándole mucho en cuanto conozca mejor al recién llegado. Clay se detiene a diez metros de la puerta.

-Hola -dice ella-. Me alegro de verle.

Clay se humedece los labios. También él se siente raro al estar desnudo.

-No esperaba encontrar una casa aquí.

-Estoy segura de que no.

-¿De dónde ha salido?

-Estaba aquí -dice ella tras encogerse de hombros-. Yo iba andando, como usted, y la encontré. Bonita y acogedora. Supongo que la hicieron para mí, para que me sintiera a gusto. Bueno, no creo que sea una casa de verdad, un vestigio de nuestra época que por casualidad sobrevivió durante millones de años. ¿No le parece?

Clay sonríe. Le gusta el abierto carácter de la mujer. Ella está apoyada en el marco de la puerta. Ya no parece preocupada por su desnudez; Clay apoya garbosamente una mano en su cintura. Ve que los ojos de la mujer le recorren el cuerpo complacidos.

-No -dice él-. Ni por un momento pensé que la casa era auténtica. El problema ahora es si *usted* también lo es.

-¿No le parece auténtica?

-Tanto como la casa -replica Clay-. ¿Cómo ha llegado aquí?

-El flujo del tiempo me atrapó y me dejó aquí -le explica ella-. Y usted lo mismo. ¿Correcto?

Las palabras hacen temblar a Clay como si acabara de inhalar llamas. ¿Una mujer de su época? ¿Realmente? En el mismo instante Clay siente gozo por haber encontrado un verdadero compañero, y una curiosa sensación de melancolía al pensar que él ya no es excepcional en este mundo, que él debe compartir su papel con ella.

-¿Desde cuándo está aquí?-pregunta.

-¿Quién lo sabe?

Clay acepta la respuesta. El habría tenido que dar la misma.

-¿Qué ha hecho desde que despertó?

-Caminar -dice ella-. Hablar con la gente. Nadar. Hacerme preguntas.

-¿Qué año era cuando abandonó nuestro mundo?

-Me hace demasiadas preguntas -dice ella, sin reflejar irritación-. Y ni siquiera las apropiadas. Como cuál es mi nombre. O cómo me siento después de lo que me ha pasado. ¿No le interesa saber qué clase de persona soy?

-Perdone.

-¿Quiere entrar? -Una chispa de timidez, otra de sensualidad en la invitación.

Clay no sabe cuántos millones de años han transcurrido desde la última vez que se fue a la cama con una mujer humana, real. Sin darse cuenta piensa en el olor de la piel de la mujer, en el sabor de sus labios y los sonidos que emitirá ella cuando él la penetre.

-Naturalmente -responde Clay-. Es una tontería que nos conozcamos aquí, en la puerta.

La mujer le hace pasar. Al entrar, Clay escucha un sonido presuroso y fascinante, un inconfundible sollozo. La casa es una concha, una fachada de tres lados; en su interior no hay nada. La mujer permanece a tres metros de Clay, dándole la espalda, con los brazos en jarras. Sus nalgas son muy carnosas, con un profundo hoyuelo en el centro de ambas.

-¿Qué le parece? -pregunta ella-. Un lugar muy humilde, ¿no? -Su voz tiene un rasgo hueco, mecánico. La mujer se echa a reír-. ¿Qué le parece? Un lugar muy humilde, ¿no? ¿Qué le parece? Un lugar muy humilde, ¿no? ¿Qué le parece? Un lugar muy...

Clay se abalanza sobre ella, enloquecido.

-¡Me has asegurado que eras real! -chilla-. ¡No me has dicho que la casa era así!

Le han embaucado. Clay descarga furiosamente sus abiertas palmas en el trasero de la mujer, tirándola al vacío suelo. Ella queda inmóvil, llorando. El pene de Clay entra en robusta erección. Se lanzará sobre ella y la montará como si fuera una perra. Clay cae sobre la mujer; las nalgas de ésta son firmes cojines para sus muslos. Ella emite un suave jadeo y dobla un poco la espalda, y cuando Clay empieza a introducir su hinchado órgano, la mujer desaparece entre sollozos y él se desploma con un sorprendente chapoteo en una negra charca. Hay un Respirador en las profundidades, un calamar enorme y paciente.

«Soy Quoi», le dice el Respirador.

«¿Qué?... ¿Cómo?...»

«Eres bienvenido a este lugar.»

El cuerpo de Clay está cambiando. Se hunde hacia las profundidades, le surgen aletas y escamas, su pecho se libera de aire. Es una ilusión notablemente convincente, pero Clay no cree que sea más que ilusión.

«Eres la misma entidad que antes era la mujer», dice.

«Soy Quoi», insiste el Respirador. «Ven a descansar junto a mí. Hablemos de la naturaleza del amor. ¿Recuerdas? El flujo, el entrelazado, el intercambio...»

«... y la fusión», dice Clay. «Has aprendido bien la jerga.»

«¿Por qué eres tan hostil?»

«Porque me fastidia que me engañen», replica Clay.

El Respirador parece herido. Se produce un largo silencio. Clay piensa que quizá deba disculparse. Pero aguarda. El Respirador llora.

«Muéstrame tu verdadera forma», dice por fin Clay.

Las oscuras aguas se agitan. No sucede nada más. Clay empieza a creer que ha sido injusto con el Respirador. En ese instante el estanque desaparece y Clay se encuentra de nuevo en tierra firme, frente a un horrible y colosal Devorador. Colmillos que resuenan. Ojos que llamean.

-No -dice Clay-. Por favor. No me muestres todo tu repertorio. ¿Te convertirás ahora en Destructor? ¿En Esperador? No me interesan estos juegos.

El Devorador se marcha. Clay queda solo, hundiéndose nerviosamente los dedos de los pies en el áspero suelo. Un arbusto empieza a arder delante de él, y despidе una

chillona llama verde, pero no se consume. Y Clay oye los sollozos que salen del llameante arbusto. Un chiste negro, piensa él, y muy tonto. Clay comprende que se halla finalmente en presencia de Mal.

## 29

Del arbusto surge una voz:

-¿Puedo ayudarte?

-¿Qué conseguirás con eso?

-Ser amable con un pobre vagabundo.

-Tu amabilidad tiene un precio -dice Clay.

-No. No. Estás confundido. No me conoces.

-En ese caso, déjame conocerte.

-Hay formas de ayudarte. Yo lo haré.

-¿Qué eres?

-Mal -dice Mal.

-¿Un dios?

-Una fuerza.

-¿Cuál es tu relación con, por ejemplo, los Deslizadores?

-No lo sé.

-No lo sabes. -Clay se echa a reír. Percibe una muralla de grasieta porcelana alrededor de su cabeza-. Gracias. Muchas gracias. ¿Qué deseas?

-Ayudarte. -Dulcemente. Delicadamente.

-Ayúdame, pues. Mándame a casa.

-Estás en casa.

Clay mira alrededor. Sólo ve un terreno ardiente y cubierto de maleza, desconocido, desolado, moteado de extrañas plantas. Clay prosigue sus esfuerzos mientras nota crecientes náuseas.

-¿Dónde están mis amigos? -pregunta-. Me refiero a los Deslizadores Hanmer, Ninameen, Ti, Bril...

Mal le ofrece una visión relampagueante, aturdidamente clara: los seis Deslizadores sentados en solemne círculo, con semblantes contraídos y furtivos, ojos nublados, una aureola de condena resonando sobre ellos.

-Están preparándose para morir -dice Mal-. Los seis. La Muerte llegará pronto.

-No. No. ¿Por qué?

-¿Morir?

-Morir, sí. ¿Por qué?

-Para descubrir -le explica tranquilamente Mal-. ¿Sabes una cosa? Serifice ya ha estado allí. El viaje a la primera casa de la Muerte. Pero no ha sido suficiente para ellos. No ha sido satisfactorio, ¿comprendes? Tenía un rasgo erróneo. Ahora ellos buscan la verdadera muerte, la muerte permanente.

-¿Por qué razón? -pregunta Clay.

Su voz resbala torpemente entre tono y tono. Clay se siente terriblemente joven.

-Para escapar.

-¿Escapar de qué? ¿Del aburrimiento? ¿De la vida en un verano eterno?

-Eso es sólo una parte.

-¿Y la otra?

-Escapar de ti -dice Mal, sollozando.

### 30

Clay está atónito. De sus pies brotan retorcidas raíces. Sus órganos genitales se arrugan. Las lágrimas tallan llameantes surcos en sus mejillas. El sueño se ha vuelto agrio. El fuego del arbusto se ha consumido, dejando amargos humos blancos.

-¿Qué puedo hacer para que cambien de opinión? -pregunta por fin Clay.

-Muy poco, quizá.

La voz surge de la parte de cielo inmediatamente por encima de la cabeza de Clay. De modo que Mal sigue con él, en alguna parte. Clay se vuelve, se retuerce, suda, hace muecas.

-¿Por qué desean huir de mí? ¿Tan espantoso soy? ¿Tan monstruoso?

Larga pausa.

Finalmente, una contestación:

-Tienes una mancha.

-¿Una mancha?

-Sabes que llevas en tu interior un gran fajo de fría crueldad y fealdad. Sabes que eres capaz de mostrarte grosero, vengativo, desleal, irascible, celoso, avaricioso, irracionalmente hostil y burdo.

Clay mira ceñudamente el cielo. Escupe a la acusación. Luego, con más humildad, inclina la cabeza.

-Sólo soy primitivo -responde-. Soy un simple prehistórico. No pedí venir aquí. Hago lo que puedo, pero estoy hecho con materia de mala calidad, lleno de grasa e impurezas. ¿Debo pedir perdón por eso? No tengo la culpa de ser imperfecto. Además, ¿qué tiene esto que ver con los Deslizadores y su muerte?

-Es difícil estar contigo mucho tiempo -explica Mal-. Llevas mucho dolor contigo. Aunque no quieras, compartes esta carga con tus amigos. La has compartido con los Deslizadores. Los has herido. Has superado sus posibilidades, ¿entiendes?

-No me había dado cuenta de eso. -Lo dice en tono de desafío, no de disculpa.

-Exactamente -dice Mal.

Clay da una patada al calcinado suelo. Arranca una planta y escucha un chasquido y un zumbido. La arroja malhumoradamente.

-Podrían haberme explicado todo esto ellos mismos -dice Clay, herido-. Podrían haberme ayudado a superarme. Ellos son igual que dioses, ¿no es cierto? Podían enfrentarse a una simple bestia hedionda surgida del pasado. Y dices que ellos prefieren morir... ¿Cómo es posible que huir de mí... ?

-No es tan fácil como crees que ellos...

-... hacia la muerte les ayude de algún modo a...

-... te cambien -dice Mal-. También ellos tienen sus límites. Por eso se irán.

-¿Por qué?

Mal se materializa brevemente en forma de un montón de varillas verticales que rodean un ojo y un sollozo.

-Por desesperación -dice ella-. Por la conmoción de un parentesco. Te reconocen en sí mismos. Tú eres el antepasado. Desconocían tu naturaleza hasta que llegaste, y ahora que te conocen, te temen, porque estás en ellos. Del mismo modo que estás en todos nosotros. Por eso quieren morir. Hablan de ello como una feliz aventura. Para ellos lo es. Pero también es, como ya comprenderás, una huida.

La cabeza de Clay da vueltas. Hay un violento latido en su nuca. Está ahogándose en metafísica.

-¿Cómo puedo persuadirlos de que no hagan eso? -dice, tras recurrir a toda la intensidad de que dispone.

-Otra vez la misma pregunta.

-Tengo que saberlo.

-Yo no tengo respuesta.

-¿Y quién sí? -pregunta Clay chillantemente, mientras un buitre roe su hígado.

-¿Quién sí? ¿Quién sí? ¿Quién sí? -El sollozo de Mal se transforma en graznido.

Clay mira alrededor. No consigue localizarla. Se inicia un cálido chaparrón. Clay se desmenuza. Quiere echar a correr pero sus pies han desaparecido, sus espinillas están esparciéndose, tendrá que desplazarse con los huesos de las rodillas. Inhala cuchillos. Suda ácido. Ve un espejismo: los Deslizadores acuclillados ante él, fundiéndose, agonizando, cantando, sonriendo. «¿Cómo puedo evitarlo?», pregunta Clay. Las palabras recorren velozmente el interior de su cabeza, igual que un remolino, se concentran y desaparecen como un silbido en su garganta. Detrás queda el polvoriento residuo de una respuesta: «Podrías hablar con los Intercesores». Entre chasquidos de vértebras, Clay asiente. Los Intercesores. Los Intercesores.

-¿Dónde puedo encontrarlos? -pregunta. Pero, naturalmente, Clay vuelve a estar solo.

Llega a una tierra donde no existe color. Todo ha sido despojado de pigmento. Clay se halla en longitud de onda cero, temeroso de resbalar en una grieta del espectro. Incluso el sol carece de coloración, y la luz que cae es una ardiente paradoja. Clay camina con cuidado, impresionado por este prodigio. Ha visto la blancura que lo devora todo de la Antártida, y ha visto la colmilluda negrura de Oscuro, pero este lugar es distinto, porque aquí, si bien lo negro puede representar la ausencia de color, nada es negro y, aunque el blanco pueda ser reunión de colores, nada es blanco. ¿Cómo, entonces, puede ver algo?

-No me engañáis -dice valientemente Clay-. Tengo ciertos conocimientos sobre las leyes de la óptica. El color no es nada más que el efecto producido en los ojos por radiaciones electromagnéticas de determinada longitud de onda. Si no hay longitud de onda, no hay color. Si no hay color, no hay visión. Por tanto, ¿cómo puedo ver estas cosas?

Clay examina su incolora mano. Saca su incolora lengua. Toca los descoloridos pétalos de un desteñido arbusto. *Si es posible que haya color sin prolongación física, ¿podría existir también prolongación física sin color? Naturalmente puede admitirse que existe el concepto de color absoluto. Es posible imaginar el rojo, ¿no es cierto?, sin imaginar un objeto rojo. ¿Verdad? ¿Verdad? Muy bien. Color en abstracto, no relacionado con masa. Ahora imagina masa sin color. Mera forma, falta de la perturbación de resonancias en el espectro visual. ¿Que no es tan fácil? Bueno, cierto, pero ¡inténtalo, amigo mío, inténtalo!*

Clay grita a la voz, monótona y pedante, que salga de su cabeza. La voz obedece, en medio del ruido de alambres que se parten. Una incolora lagartija brota de repente del incoloro suelo: Clay considera el hecho como un choque de texturas. Hay un rasgo muy japonés, decide, en esta forma de percepción. Hay que basarse en la forma pura para identificar los objetos. El mundo posee la sutilidad de una sinfonía en una sola clave, de un jardín de negros guijarros, de una rielante pincelada caligráfica. Clay se goza en este estrechamiento de la paleta. Avanza con enorme calma, temeroso de que un paso en falso devuelva repentina vida al espectro. Qué lugar tan pacífico, cuan deliciosamente vacío. Incluso el sonido carece de color.

-¡Hola! -grita Clay-. ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! -y las palabras son varillas de vidrio, castas, asexuales-. ¿Puedes decirme dónde están los Intercesores?

Clay ve rocas, árboles, pájaros, flores, hierba, insectos. Éste es el fantasma del mundo. La sombra de una sombra. Él podría permanecer aquí por siempre, sin responsabilidades, purificando su mente, limpiándola de posos de antiguos colores, de las gredosas y secas acumulaciones de apagados verdes, amarillos, azules ultramarinos, escarlatas, azules de mirto, bistres, vermellones, sepias, bronce, esmeraldas, carmines, azules, grises, anaranjados, índigos, púrpuras, lilas, cerezas, dorados y pizarras. Ver una incolora puesta de sol extendida pacíficamente sobre el incoloro cielo, observar el sosegado corazón de un bosque sin color, imaginar descoloridas ideas mientras el viento agita las temblorosas e incoloras hojas... Pero Clay recuerda a los Deslizadores. Prosigue su marcha, atraviesa una arenosa franja y un lugar donde millones de fragmentos de reluciente vidrio, con los bordes pulidos por el tiempo, chispean en silencio por todas partes, y entra en una región de espesas zarzas; inicuos y ganchudos espinos brotan de gruesas lianas que se levantan y se agitan. Entre suspiros y siseos, las lianas rodean a Clay como taciturnas serpientes, pasan tentativamente ante sus ojos, genitales y pantorrillas.



-Adelante -dice él-. ¡Heridme, si es que debéis hacerlo, y apartaos de mi camino!

A pesar de todo, las lianas vacilan. Clay se ríe de ellas. Luego una se desliza rápidamente por su cadera en fugaz beso y extrae cuentas de sangre. Y las gotitas que brotan son también incoloras al principio, pero de repente cobran insistente rojez, Gracias a la sorprendente llamarada de su piel, Clay comprende que ha cruzado la frontera. El color surge de todas partes, obscenamente profuso. Clay está deslumbrado. Sus retinas se contraen y se tensan con la andanada. ¡Rojo! ¡Naranja! ¡Amarillo! ¡Verde! ¡Azul! ¡Índigo! ¡Violeta! Las estructuras se pierden en el furioso alarido del espectro. Separarse de la ausencia de color es triste. Clay vuelve la cabeza hacia el lugar con la esperanza de tener un último vislumbre de su extraordinario blanqueo, pero sus heridos ojos ya no pueden captar ese rasgo de ausencia y Clay, tras encogerse de hombros, se enfrenta al intenso bombardeo. Los canales de su mente vaciados de residuos de color vuelven a llenarse como pozos, emitiendo sedientos ruidos de succión mientras la violenta luz se introduce. ¿Cómo puede existir tanto brillo? Todo vibra. Todo está radiante. Del centro de una simple hoja brotan mil graduaciones de tono. El cielo es un prisma, y Clay brinca bajo el espantoso rayo de luz. Su piel refleja las indescifrables y cavernosas confusiones de luz y sombra. Sus globos oculares flotan, se deslizan en su cráneo. Clay está conociendo los límites de sus sentidos: si no disminuye de algún modo su receptividad, sufrirá una sobrecarga y arderá. ¡Cierra los ojos! ¡Cierra los ojos! ¡Cierra los ojos!

-¡Cerrar los ojos es morir un poco! -responde violentamente Clay, y mira fijamente el sol.

¡Adelante! ¡No te resistas! Clay extiende los brazos. Hunde los talones en el cálido y húmedo suelo. Su virilidad se yergue. Absorbe la multicolor radiación y, jadeante, encuentra espacio para ella en su interior, y agita las caderas y cierra los puños, y desafía al gigantesco prisma; ¡Destrúyeme! Y triunfa. Y absorbe. Y se sacia de rojos y verdes. Y entra en el éxtasis, lanza chorros de su semilla que forman un encumbrado y espléndido arco. El fluido centellea, púrpura, azul y dorado en su desplazamiento, y en el punto que cae crea ardientes homúnculos ataviados con sinuosos pliegues de llamas. Clay ríe. Una nube pasa por delante del sol. Clay se arrodilla y contempla un universo que descubre en una sola gota de grasienta agua y en una gruesa hoja azul y redondeada. Las minúsculas criaturas que sufren, aman, se levantan, caen, pelean, pierden: Clay les envía su bendición.

-¿Dónde están los Intercesores? -pregunta-. Mis amigos están en peligro. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Los colores se apagan. El mundo recobra las esperadas tonalidades. Clay se ve asaltado por dudas, fantasmas, brujas, arpías, fobias, nieblas, flaquezas, decadencias, tabúes, rigideces, duendes, infecciones, impotencias, hipocresías, temperaturas extremas y angustias espirituales. Vadea estas miasmas como si recorriera un océano de cloacas y sale cubierto de lodo que se marchita y desprende con el primer toque del sol. Por delante se extiende un rocoso promontorio, una espectacular escarpa que brota de una vulgar llanura y sube como un cohete hasta alcanzar varios centenares de metros de altitud; en lo alto hay un alargado y liso pedestal que domina un sombrío panorama. En la base de este promontorio, al otro extremo de la llanura, se encuentran las ruinas de una inmensa construcción, una enorme estructura de piedra que incluso en su desordenado estado conserva extraordinaria fuerza y presencia: se trata de un edificio apoyado en columnas según la costumbre clásica, gris, impasible y seguro de

sí mismo, apropiado por su estilo y su grandeza para haber sido el mejor museo de la Tierra, el depósito de todos los logros del planeta. Numerosas columnas están destrozadas, el magnífico portal pende de marmóreos goznes, los frontones están en desorden, los ventanales son boquetes... Sin embargo, Clay comprende que no se ha topado con una obra secundaria, sino con un lugar de duradera importancia, y tiene la curiosa seguridad de que aquí va a encontrar a los seres que está buscando. Clay se arrastra hacia la colosal estructura igual que si fuera una hormiga.

## 32

Clay llega al edificio desde el oeste. La fachada que tiene delante es una enorme y continua losa de granito, sin perforaciones de ventanas, casi intocada por el tiempo. Tan sólo el desgarramiento de la hilera de relieves ornamentales próxima al techo indica las heridas causadas por los años. Verdes y escamosos líquenes se aferran a las asperezas del muro, creando dibujos de apagado color, continentes que brotan de la antigua piedra. La maleza ha comenzado a extraviarse por el pórtico. La puerta ha desaparecido, pero Clay, al mirar por el umbral, ve únicamente oscuridad en el interior del edificio. Precavidamente, Clay camina alrededor de las ruinas. Conforme avanza, legiones de ruidosos insectos guardan receloso silencio, abandonando el susurrante coro en grupos a cada paso que da el recién llegado. Hay punzantes cardos de color castaño de casi un metro de altura que proyectan sus deformes ramas hacia el desnudo cuerpo del intruso. Clay se halla ahora ante el edificio. Él no se había percatado, desde lejos, de la altura de la construcción: sube, sube y sube, oculta tanto cielo que Clay se extraña de que no se desmorone simplemente de vértigo. Pero no se trata de un rascacielos, de un edificio fálico por su verticalidad. Posee la maciza mole de un verdadero museo. Nueve escalones de mármol, enormes, conducen a la entrada principal; todos rodean enteramente el edificio. Clay sube el primer escalón, y el segundo, y acto seguido le falla el valor y decide completar antes la inspección del exterior.

Sigue hacia el este un escalón picado de viruelas y dobla la esquina. Esta parte es depresiva. Las columnas son destrozados muñones, tan irregulares como dientes mellados. Verdes y estranguladas enredaderas mantienen unidas las columnas. Los frontones se han derrumbado totalmente, y fragmentos de obras maestras, semienterrados, sobresalen del suelo. Clay trata de averiguar qué escenas están talladas ahí y, tras acercarse a una masa esculpida coherente, contempla imágenes de bestias más extrañas que cualquier animal conocido por él, criaturas con ojos saltones, enrejados ojos y áspera piel, monstruosidades surgidas de pesadillas de pesadilla. Con fría fascinación Clay examina esta galería de horrores hasta que, como si un carámbano le golpeará la oreja, topa con lo que seguramente es su retrato, elegantemente tallado en reluciente piedra. Clay huye. Tras doblar la esquina, trata de continuar por la parte trasera del edificio. Pero la pared está muy próxima al protector promontorio y no hay cuarta fachada. Clay desanda el camino, evita la visión del espantoso frontón y vuelve a la fachada delantera. ¿Debe entrar ahora? Clay retrocede mientras medita. La terraza del edificio, por lo que puede ver, está llena de vegetación que ha echado raíces en las fisuras y nichos de la intrincada cornisa. Un bosque entero vive ahí arriba: encrespadas matas, grupos de extraños arbustos en flor, fajas de lustrosa hiedra, árboles de gruesos troncos que deben de haber visto el paso de muchos siglos. Pero incluso el árbol de mayor tamaño es pequeño comparado con la

extensión del mismo techo: la enmarañada masa de indisciplinada vegetación parece simplemente una insignificante capa de fortuitas acreciones. Pájaros y animales anidan en los árboles. Clay observa una serpiente amarilla que se retuerce de forma dominante a lo largo de los frisos. Suficiente. Clay se dispone a entrar. Se dirige hacia los escalones.

Naturalmente, hay telarañas en la entrada. Con los palmetazos de Clay para apartarlas, las telarañas se sueltan con un tenue ruido, un susurro, un débil tañido, como finas hebras metálicas en contacto. Clay entra en el edificio. Hay olor a moho. Llega a un vestíbulo, estrecho, oscuro y alargado, con húmedas y frías paredes de ónice. Al otro extremo hay un elevado umbral. La puerta es de rosado alabastro y reluce ardientemente. Contiene símbolos lineales que se esparcen y combinan formando turbadores modelos de metamorfosis. Clay extiende un dedo y, recelosamente, toca la puerta. Al instante el alabastro gira hacia dentro y deja al descubierto un patio que parece ocupar la totalidad de la parte central del edificio. Una columna de luz solar llena de motas cae perpendicularmente desde una inmensa herida, invisible desde el exterior, del techo. El ambiente es desagradable, frío y húmedo, como el de una vasta cisterna subterránea. Los ojos de Clay se adaptan poco a poco a la penumbra que domina en todas partes excepto en el punto donde cae la columna de brillantez. Clay ve erosionadas estatuas en descuidados rincones, cubiertas de barro. El lodo alfombra el suelo. Tras dar el tercer paso, Clay se hunde hasta el tobillo en frígido fango y duda antes de continuar. Hay un desagradable olor acre, igual que un mar repleto de orina de morsa. Clay siente la cercanía de vida animal. Presiente la existencia de masas metabólicas. Y se percata, tardíamente, del quinteto de gigantescas criaturas, inmóviles y pavorosas, en el extremo opuesto del patio.

Casi podrían ser dinosaurios. Indudablemente tienen las dimensiones apropiadas, incluso mayores. Las dos del centro deben de sobrepasar los treinta metros de longitud; las dos que flanquean a las anteriores son casi tan enormes, y la más pequeña, a la izquierda del grupo, supera al mayor elefante. La parte de pellejo que ve Clay es propia de reptil: brillante, escamosa, blindada, oscura. Las criaturas reposan en una postura curiosamente humana, incómoda e incongrua, la cabeza erguida, los brazos colgando, el espinazo doblado hasta formar una base, la cola encogida debajo, las piernas sobresaliendo delante. Los cuerpos que disponen de esta forma son alargados, de saurio, con extremidades cortas y gruesas y largas y ahusadas colas. Pliegues de carne descenden en múltiples arrugas sobre panzas y pechos. La forma de la cabeza varía: una criatura posee un hocico tremendamente prominente que brota diez o quince metros, otra tiene una cúpula esférica con cuernos, la tercera una minúscula cabeza al extremo de un cuello serpentino, la cuarta carece de cuello y tiene un inmenso bulto, y la cabeza de la última es dentada, igual que la de un Devorador, pero increíblemente mayor. Las cinco criaturas están hundidas en espeso barro negro, que casi cubre a una hasta el cuello, apenas mancha a otra y enloda al resto en grados intermedios. No parece haber medio alguno de que los monstruos hayan entrado en las ruinas por alguna de las grietas. ¿Acaso el edificio fue erigido alrededor de ellos, a modo de santuario? Ahí están, juntos, infinitamente pacientes, emitiendo hedores y gruñidos internos, estudiando al recién llegado con vago interés, como una fila de fastidiados jueces que ha entrado en el cansancio capaz de superar cualquier fatiga. A Clay le parecen familiares: Ninameen, en cierta ocasión, en un momento de pánico, le ofreció una fugaz visión de estos monstruos. Clay comprende que se trata de los Intercesores, sumos jerarcas de la humanidad, a cuya autoridad

parece someterse todo el mundo. Clay está asustado. Entre las innumerables variedades de humanidad que Clay ha encontrado, estos moradores del barro en el interior del destrozado templo de piedra son lo menos comprensible. Son grandiosos y repulsivos al mismo tiempo. El silencio permanece inalterado, pero Clay escucha el sonido de silenciosas trompetas y estruendo de trombones; a continuación llegará el potente rugido de los coros. ¿Debe arrodillarse él? ¿Debe mancharse con barro a modo de humillación ritual? Clay no se atreve a acercarse. Las cinco enormes cabezas se mueven lentamente de un lado a otro, rozan el pegajoso barro, y Clay sabe que a ninguna de ellas le representaría excesivo esfuerzo inclinarle un poco y agarrarle. Un tierno bocado, portador de los genes arcaicos. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Cómo es posible que hayáis nacido de mis lomos? Clay se estremece. El miedo le arrasa. Tal es su terror que considera su esqueleto como extraño intruso dentro de su carne. Los Intercesores resoplan y refunfunan. Uno de ellos, el del larguísimo hocico, levanta un surco de lodo con la curva de su mentón y emite un profundo, lento rugido que hace caer al patio una losa.

-Me llamo Clay -dice él tímidamente. ¿Ha hablado antes de ahora con alguna improbabilidad semejante? -. Pertenezco a la raza humana. El flujo temporal me trajo aquí hace mucho tiempo, y he tenido... muchas experiencias... he... tenido... Me trajo aquí...

Clay no puede seguir de pie. Se agacha, se acuclilla, se hunde, con las rodillas en el frío y resbaladizo lodo. Los Intercesores no le han prestado atención.

-¿Querriais... ayudarme? Tengo seis amigos que han decidido morir.

Sus rígidos dedos se deslizan en el barro. Un torrente de cálida orina corre junto a su muslo derecho. Sus dientes castañetean. El Intercesor de mayor mole alza la cabeza y la columpia lentamente por encima de Clay. Éste levanta los ojos recelosamente, esperando que le agarren. La cabeza se aparta. Una indolente cola se desenrolla y se afloja.

-Iré a cualquier parte -murmura Clay-. Haré cualquier cosa. Moriré en lugar de ellos, si es preciso. Con tal de cambiar su decisión, ¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde?

¿Puede ponerse en contacto con la mente de los Intercesores? Clay trata de hacerlo, pero no toca nada. Los Intercesores no se han dignado abrir sus mentes para él. ¿Tienen mente? ¿Son realmente humanos, de acuerdo con la actual definición de «humano»? El miedo que inspiran a Clay se esfuma.

-Estúpidas montañas de carne, sólo eso -dice-. Enterrados vivos, pudriéndose con el barro hasta el cuello. ¡Horribles! ¡Inflados! ¡Vacíos!

Los Intercesores rugen al unísono. Los pesados muros del edificio tiemblan. Cae otra losa. Clay recula, se protege la frente con el brazo. Los monstruos continúan bramando.

-¡No! -explica Clay-. No pretendía... Yo sólo quería... Por favor... mis amigos, mis amigos, mis pobres amigos...

Clay apenas resiste el agudo y cortante hedor de la rabia de esas criaturas, y piensa que los alaridos de los Intercesores causarán la ruina final del destrozado museo. Pero hace un esfuerzo para quedarse donde está.

-Me someto a vuestra voluntad -afirma, y espera.

Los monstruos se calman. Vuelven a su retraimiento, ignoran al intruso, se arraigan en el barro con lenguas y dientes. Clay sonríe inciertamente. Se arrodilla de nuevo. Se postra totalmente.

-¿Por qué deben morir los Deslizadores? -pregunta-. Para prevenir. Para persuadir. Para sacrificarse en favor de...

Clay oye redobles de distantes tambores, un sonido noble y alentador... ¿o quizás es un trueno, o monstruosos eruptos de los Intercesores? Sin levantarse, Clay se retuerce hacia la puerta, de espaldas. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Encuentra la respuesta en su mente y, puesto que no podía estar ahí hace unos instantes, es obvio que la han puesto ahí los Intercesores. Clay ir a al Pozo de las Primeras Cosas. Ceder a. Aceptar a cualquier cosa. No hay otro camino. Clay se levanta y da las gracias a los Intercesores. Los monstruos rezongan y gru en. Sus oscuros ojos miran a otra parte. Están echando a Clay, que sale del edificio dando tumbos y se aleja bajo el deprimente ocaso.

### 33

Pequeños animales ayudan a Clay en cuanto la mañana se abre paso. Llegan junto a él de dos en dos y de tres en tres.

-Por aquí -le indican suavemente-. Por aquí, por aquí.

Y Clay los sigue, confiado, ciegamente, contento de estar libre de apariciones durante un rato. Sus guías son simples bestias: pájaros, murciélagos, lagartos, ranas, serpientes, peludas criaturas de diversos tipos. Ninguna pertenece a una especie que Clay recuerde de los viejos tiempos, pero hay correspondencias, todas parecen cubrir un estado evolutivo equivalente: esta podr a ser un conejo, esta un tejón, esa una iguana, esa un gorrión, aquella una tanagra, aquella una ardilla. Pero todas las especies han cambiado prodigiosamente. El sapo tiene un semicírculo de múltiples y engalanados ojos. El murciélago posee luminosas alas que se mueven con un fino fulgor violeta. El conejo, si bien cariñoso, lleva una cola con p as, por si acaso. Y todos hablan el idioma de Clay, o él el de ellos.

-¡Síguenos, síguenos, síguenos! ¡Por aquí! ¡Hacia el Pozo! ¡Hacia el Pozo!

Clay los sigue.

Una jornada dulce, pero larga. Clay se aleja de los torvos Intercesores y camina, hasta mediodía, por un terreno cada vez más tierno: flexibles árboles, rizadas hojas, flores cubiertas de pelusa, aromáticos perfumes, tonos pastel, el retint n de et rea música en el horizonte... Irreal, un lugar de recreo. Ascensos y descensos de gentiles colinas, suaves como senos de mujer. Vadeos de cálidas y someras lagunas en las que no acecha monstruo alguno.

-¡Por aquí! ¡Por aquí!

Incluso descansar es lírico: Clay toma asiento bajo un sol vertical en la entrada de un gran valle que se prolonga aseadas leguas hacia un posible río. Cuando decide proseguir, los animales le empujan cantando. La hierba del valle es apretada y gruesa, las briznas poseen firmeza plástica. Cuando Clay baja el pie, los tallos se apartan y continúan inclinados diez minutos o más, de modo que el viajero pueda controlar su

avance en el prado volviendo la cabeza hacia las brechas que se cierran lentamente en la verde alfombra.

El sol asciende. Es el día más caluroso, aunque el calor queda mitigado por la suavidad del ambiente.

-Nada aquí -le dice un anfibio de doce patas.

-Trepas a esta roca para mirar el paisaje -insiste un fragante animal cónico.

-No te pierdas estas flores -dice un purpúreo topo mientras levanta una piedra plana con su larga nariz para dejar al descubierto un jardín en miniatura de exquisitas rosetas.

Amables animales. Una delicia viajar con ellos.

-¿Queda mucho para el Pozo? -pregunta Clay, deteniéndose para pasar la noche.

-Sólo hay una ruta -replica una espinosa salamandra que se retuerce en una minúscula cueva.

Clay decide que está viajando hacia el sureste, aunque ha olvidado en qué continente se halla y desconoce la posición de este lugar respecto a la legión de su despertar. El cuarto día el paisaje empieza a perder su afectado y azucarado tono. El dulzor sangra con rapidez y la naturaleza de la ruta sufre un cambio total en una hora. Los hongos amarillos, las sonrientes ardillas, las altas y rosadas orugas, los árboles de dorados caramelos dejan de verse: Clay se adentra en una vasta y austera sabana recorrida por inmensas manadas de caza mayor.

En los límites de la visión del viajero se extienden lisos campos de cobriza y alta hierba en la que pastan voluminosos animales. En primer plano hay macizos cuadrúpedos, parecidos a caballos con la cabeza recortada, con pellejos salpicados con diversos dibujos rojos y dorados; semejan diez mil puestas de sol libres en la llanura. Interrumpen su ronzadura y miran fríamente al caminante. Clay descubre que sus menudos guías han desaparecido.

-Busco el Pozo de las Primeras Cosas -explica, y los rumiantes rojo y oro resoplan, extienden sus pezuñas y miran hacia el horizonte.

Clay prosigue la marcha. En un bosquecillo de puntiagudos árboles grises encuentra una tropa de cuellilargos rumiantes de diez metros de altura como mínimo. Cubren el nicho ecológico de las jirafas, comprende Clay, aunque han nacido en un momento de indigestión evolutiva, porque son tan desgarrados como nobles las jirafas. El rasgo más absurdo es que sólo tienen tres patas, dispuestas en forma de triángulo isósceles como puntales para un saco, el cuerpo, de cuyo centro brota el interminable cuello. Las patas son rígidas y angulosas, con tres rodillas equidistantes entre polaina y espolón, pero el cuello es serpentinamente flexible, y el contraste de la nudosidad inferior y la fibrosidad superior compone un diseño de anormal vulgaridad. La cabeza de estos animales es poco más que una boca gigantesca, rematada por oscuros e inquietos ojos. Diligentes, arrancan untuosas hojas de los imponentes árboles que les sirven de alimento. Y cuando los animales siguen su camino, brotan nuevas hojas con indecente celeridad. Las bestias no prestan atención alguna a Clay. En un arrebatado de abstracta curiosidad, el viajero trata de asustarlas con gritos, simplemente para ver cómo corre un animal de tres patas, pero los titanes continúan comiendo.

-¡Corred! -grita Clay-. ¡Corred!

Uno de los animales de mayor tamaño levanta la cabeza, observa a Clay un instante y, de forma evidente, ríe. Clay decide proseguir. Pasa junto a una rechoncha criatura similar a un tanque, un rinoceronte doble con blindado pellejo. En la depresión que forma el prado al otro lado de una suave pendiente, Clay ve una manada de miles de narigudos animales que podrían ser cerdos con patas de antílope. Clay se extraña de no ver leones, y los encuentra más allá de la manada, tan cenceños como árboles, tostados carnívoros con severas cabezas en forma de cuña, fieras patas delanteras y potentes cuartos traseros que recuerdan los de un canguro. Gruñen y tienen la boca llena de sangre entre un montón de mordisqueadas costillas. Una hembra y dos cachorros: alzan la cabeza y enseñan a Clay ojos tan brillantes como estrellas rojas, con raras antenas retorcidas en lo alto. Pero no reflejan deseo alguno de atacar al recién llegado. Clay da un prudente rodeo. Manteniendo la luz de la tarde en su espalda, el viajero deambula diligente entre una sucesión de fauna y, atontado por el empacho de extrañeza, apenas se molesta en analizar lo que ve, aunque denomina elefante a un gran montón de carne, gacelas a unas retozonas manchas, leopardo a una veloz flecha dentada y jabalí verrugoso a un cómico deambular de protuberancias, aunque su conocimiento le indica que los paralelismos son inexactos. Al llegar la oscuridad, Clay acampa al pie de una montaña enana, una pila del tamaño de un barco, quizá de veinte metros de altura, que se alza precipitadamente en la llanura, y pasa la noche sentado, impaciente, tratando de superar la fija mirada de los relucientes ojos que le acechan.

El día siguiente abandona la sabana. El terreno se vuelve más apocalíptico. Se trata de una zona de desórdenes termales. Brotan géiseres, burbujan cálidas fuentes y gran parte del suelo está escaldado, convertido en húmeda y descolorida desnudez. Clay examina gredosas terrazas, similares a bañeras amontonadas, que contienen capas de agua con algas corrompidas, rojas, verdes, azules y multicolores. El viajero se detiene para observar negro vapor que se alza decenas de metros de una fumarola en forma de monedero. Cruza una muerta meseta de vítreos sedimentos, zigzaguea para evitar los respiraderos que despiden hediondos gases putrefactos. Aquí, por segunda vez, Clay consigue menudos guías.

-¿Es este el camino del Pozo de las Primeras Cosas? -pregunta a un animal parecido a un búho agarrado a una rama de un árbol marchito, y el búho le contesta que siga andando.

Un róseo culebreador de múltiples patas le conduce graciosamente entre una compleja disposición de charcas termales que gorgotean, se agitan, gimen y parecen a punto de anegar al viajero con hirvientes fluidos. El cielo tiene el tono gris azulado del humo incluso durante el mediodía. El ambiente contiene un tufo químico. La piel de Clay queda rápidamente cubierta de oscuras exhalaciones. Cuando se pasa las uñas por el pecho, quedan señales.

-¿Puedo bañarme aquí? -pregunta a un amistoso y saltarín animal mientras señala con la punta del pie un estanque del que no brota vapor.

-No es prudente -dice el saltamontes-. ¡No es prudente, no es prudente, no es prudente!

Y al instante la charca brilla con un peligroso color escarlata, como si ácido de una trampa de su panza la hubiera inundado. Clay conserva su capa de suciedad.

Un lecho de roma roca delimita la frontera del paraje de géiseres, extendiéndose hacia el norte y hacia el sur. Escalar el obstáculo requiere cierta pericia, porque se alza casi verticalmente y hay numerosas rocas sueltas, pero Clay consigue ascenderlo tras preferir esa dificultad al desvío de interminable apariencia alrededor de los bordes. Para él es un alivio comprobar que la pendiente es mucho más suave en la otra cara del peñasco. Mientras desciende, Clay observa la zona que se extiende delante y contempla una vista tan extraordinaria que está convencido de haber llegado a su destino. Gracias a la oscura luminosidad, que parece proceder de un sol filtrado, Clay ve una llanura totalmente desnuda: ni un matorral, ni un árbol, ni una roca, sólo una extensión uniforme de tierra de izquierda a derecha que se curva en la lejanía sobre el vientre del mundo. El suelo, tan pelado como en Marte, es de color rojo ladrillo. En línea recta, a varios días de marcha, hay una columna de luz que brota de la llanura y se alza con perfecta rectitud, igual que un gran pilar de mármol, hasta perder el extremo superior en la encumbrada atmósfera. La columna debe de tener un kilómetro de anchura, supone Clay. Posee el brillo de piedra pulida, aunque él está seguro de que no se trata de una sustancia material sino de un brote de pura energía. El movimiento es patente en las entrañas de la columna. Inmensos sectores del pilar remolinean, chocan, se mezclan, se funden. Los colores varían caprichosamente, primero predomina el rojo, luego el azul, después el verde... Algunas partes de la columna parecen tener una composición más densa que otras. Hay chispas que se separan y flotan hasta perecer. En lo alto, la incierta cima de la columna se mezcla con las nubes, oscureciéndolas y manchándolas. Clay oye un silbido, un crujido, como el de una descarga eléctrica. Esa solitaria y potente vara de brillo en el centro de la desolada llanura consterna a Clay. Se trata de un cetro de poder, un foco de cambio y creación, un eje de poderío alrededor del cual podría girar el planeta entero. Clay entrecierra los ojos para protegerlos de parte del esplendor.

-¿El Pozo de las Primeras Cosas? -pregunta.

Pero carece de guía y debe responderse él mismo: sí, sí, sí. Este es el lugar. Clay avanza vacilante. Cederá. Aceptará cualquier cosa. Se entregará al Pozo.

### 34

Clay llega al borde del Pozo. Un amplio círculo calcificado, blanco como un hueso, liso como porcelana. A pocos metros de distancia la columna luminosa brota de un abismo inmensurable. Desde tan cerca, Clay se sorprende por no percibir más de un efecto. Hay calor, y cierta sequedad eléctrica en el ambiente, y quizá la crepitación del ozono. Pero Clay espera prodigios de sensación de una fuerza que sale disparada del suelo, y no los percibe. La columna parece intangible, igual que el rayo luminoso de un colosal faro. Clay se acerca un paso más. Ha avanzado poco a poco, pero no por miedo o vacilación, porque el camino ya está decidido. Antes de entrar, él desea entender tanto como sea posible. El borde describe una pendiente que se aleja del viajero, hacia abajo. Clay aún está en la parte plana, pero en cuanto se arrastra hacia adelante el dedo gordo de uno de sus pies toca el principio de la curva. Un simple gesto que desequilibre su peso bastará para hacerle caer. Clay está ansioso. Soy el sacrificio. Soy el chivo expiatorio. Soy el instrumento de la redención. Entraré. Clay se inclina. Extiende los brazos con fuerza. Abre las manos, con las palmas hacia la luz. La superficie de la columna parece de plata, brillante como un espejo: Clay ve su cara, ojos oscuros y con ojeras, labios un poco apretados. La punta de su nariz toca la



columna. Se zambulle en ella, cae. No tiene peso, se siente extasiado. Su descenso cesa en seguida. Igual que una mota de ceniza atrapada en una corriente ascendente, el cuerpo de Clay remolinea hacia la cima de la columna, flota libremente, sufre sacudidas, se remonta sin control. El cuerpo físico de Clay está disolviéndose. Lo que queda es una simple red de vibraciones eléctricas. Clay ya no sabe si está subiendo o bajando. Se halla en el interior de la columna, pasa de zonas de gran densidad a zonas luminosas, cambia de nivel según el capricho de la fuerza que le retiene, y lo único que él sabe es que gira, remolinea y va de un lado a otro en el fulgurante chorro del Pozo de las Primeras Cosas.

Hay formas dentro de la columna.

Algunas son extrañas. Muchas son familiares. Son los modelos de la creación. Clay distingue los rasgos de gatos, perros, focas, serpientes, ciervos, ovejas, cerdos, vacas, mapaches, nutrias, bisontes, osos, camellos y otras criaturas del remoto pasado. Ya tuvieron su oportunidad, han desaparecido, permanecen aquí tan sólo en esencia, como residuo. Luego Clay ve las siluetas de los animales de esta época, los que ha encontrado en la sabana, y muchos otros que ha conocido durante su viaje. Entre ellos hay nebulosas réplicas de grotescos seres nuevos. Revolotean junto a Clay alocadamente y se esfuman, dejándole con la boca llena de arenosas preguntas. ¿Se trata de formas futuras? ¿Son animales que nacieron y desaparecieron entre su época y ésta? ¿Constituyen la deformada fauna del Mioceno, el Oligoceno y el Eoceno, esa fauna olvidada incluso en la época de Clay?

La columna lanza a Clay entre el fantasmagórico bestiario, lo arroja junto a pezuñas, cuernos y abiertas fauces. Aquí está la fuente de la invención. Aquí está la fuente de la invención. Aquí está el manantial de la vida. ¿Cómo diferenciar sueño de realidad? ¿Qué son estas quimeras, esfinges, gorgonas, basiliscos, grifos, krakens, hipogrifos, jerigonzas, orcos, toda esta horda de desesperadas maravillas? ¿Pertenece a tiempos pasados? ¿A épocas aún por llegar? ¿Son los turbulentos sueños, simplemente eso, de la Fuente de la Vida?

-Humanidad -musita Clay-. ¿Qué clase de humanidad hay aquí?

Lo ve todo. De la niebla surgen oscuras figuras con aureolas de fuego, marionetas de la creación. ¿Será ese mono pardo el propietario del cráneo de Java? ¿Serán esos traviesos payasos los australopitecinos? ¿Quién eres tú, colossal gigante, tal vez el hombre de Heidelberg? Clay lamenta no haber estudiado más. Algo con una cabeza plana y crestada se le acerca; Clay mira esos ojos y sólo descubre tenue parentesco. Luego, rubio y peludo, llega un inconfundible Neanderthal que agarra a Clay y le mira cara a cara, despidiendo un aura tan terrible de inteligencia y frustrado esfuerzo que aquél se transforma en una llamarada de ardientes lágrimas lanzadas al abismo. ¿Quiénes son los demás? El desconocido antepasado simio. Los pintores de las cavernas. Los roedores de huesos de Pekín. Los primitivos lémures. Las pacientes criaturas que se arrastraban por el fértil suelo palestino. Los constructores de murallas. Los esgrimidores de hachas. Los talladores de pedernal. Los cazadores de mastodontes. Los parlanchines magos, pintados de amarillo y de rojo. Los escribas. Los faraones. Los astrónomos. El abismo vomita humanidad antes de que Clay pueda asimilar lo que ve. Todas las especies, la totalidad de falsas sendas, todos los que colgaban del atestado árbol.

-Yo soy humano -dice el Neanderthal.

-Yo soy humano -insiste el Pitecántropo.

-¡Yo soy humano! -exclama el artista de las cavernas ataviado en pieles.

-Yo soy humano -grita el ágil australopiteco.

-Yo soy humano -dice el rey desde su trono.

-Yo soy humano -dice el sacerdote en su templo.

-Yo soy humano -dice el astronauta en su cápsula espacial.

Y todos pasan velozmente junto a Clay y se pierden en el pozo de brillantez.

-Yo soy humano -susurra Clay ante sus espaldas.

¿Y qué son esas cosas que se acercan ahora?

Esferoides en jaulas, hombres cabra salpicados de excrementos, seres con agallas, criaturas que son todo ojos y muchas rarezas más, y todas son igualmente humanas. Clay chillaba. Está asándose y calcinándose entre la historia de la raza.

-Nosotros somos los alterados -le explican-. Los que ideamos nuestro propio destino. ¿Quién será nuestro testigo? ¿Quién asume esa responsabilidad?

-Yo atestiguaré -replica Clay-. Asumo la responsabilidad.

Brotan inagotablemente millones de formas, todas afirmando su humanidad. ¿Qué puede hacer él? Clay llora. Extiende las manos. Los bendice. ¿Cómo es posible que se consintiera tanta prodigalidad de diseño a una sola raza? ¿Por qué se toleraron estas transformaciones?

-¿Querrás perdonar nuestras metamorfosis? -le suplican, y Clay los perdona, y la legión de alterados se va.

-Y nosotros somos los hijos del hombre -afirman los que salen a continuación.

Respiradores. Devoradores. Destruidores. Esperadores. Intercesores. Deslizadores. La totalidad de ciudadanos de la presente época. Clay mira atentamente a los Deslizadores, con la esperanza de reconocer alguno de los suyos, pero se trata de desconocidos que desaparecen flotando. Un monstruoso Intercesor pasa junto a Clay, perdido en sueños de barro. Una falange de Destruidores. Tres inmóviles Esperadores. Clay percibe, como nunca hasta ahora, la total extensión de tiempo que ha recorrido. Porque ahora se halla atrapado en un mar de formas, prehumanas, humanas y posthumanas, formas que van y vienen, que le abruman, le exigen consuelo, buscan redención, parlotean, ríen, lloran...

-¿Hanmer? -grita Clay-. ¿Serifice? ¿Ti? ¿Bril? ¿Angelon? ¿Ninameen?

Los ha visto. Sus amigos acechan cerca de la base de la columna, en las profundidades de la tierra. Clay no puede llegar hasta ellos. Están envueltos en apagados colores, y sus siluetas son indistintas. Clay trata de bajar, pero una y otra vez flota hacia arriba. Al cabo de un rato los Deslizadores se esfuman. ¿Han muerto? ¿Es posible salvarlos? Clay comprende lo que debe hacer. Experimentará toda la historia de su raza. Aceptará en sí mismo toda la angustia del mundo. Se entregará para que sus Deslizadores no mueran. Clay flota libremente por la columna, pasa sin trabas de época en época, se topa con un atormentado Neanderthal, con un orgulloso Destructor, con un esferoide, con una cabra.

-Dadme vuestras penas -susurra él-. Entregadme vuestros fracasos, vuestros errores, vuestros temores. Dadme vuestro hastío. Dadme vuestra soledad.

Y ellos obedecen. Clay se retuerce. Jamás había conocido tanto dolor. Su alma es una blanca hoja de agonía. Sin embargo, todavía hay un núcleo de fuerza en su interior cuya existencia era totalmente desconocida para Clay. Él deseca los sufrimientos de los milenios, él dispensa redención en carmesíes chorros. Al abrirse paso hacia abajo, ofreciéndose libremente a hombres de todas las especies, Clay llega a la barrera que le separaba de los seis Deslizadores y la empuja con suavidad, rebota, vuelve, rebota, vuelve, penetra por fin. Desciende hacia ellos como un luminoso copo de nieve.

-Miradme -murmura-. Qué imperfecto soy, ¿eh? Qué rudo. Qué vil. Pero considerad el potencial. Os dais cuenta de que yo soy vosotros, ¿no es cierto? Del mismo modo que esos monos sin mentón son yo. Y los Intercesores, los Neanderthales, los esferoides, los Destruyores... una misma cosa, corrientes del mismo río. ¿Por qué negarlo? ¿Por qué huir? Miradme. Miradme. Soy Clay. Soy amor.

Clay les coge de la mano. Los Deslizadores sonrían. Se acercan más. Clay percibe sus auténticas formas, ni femeninas ni masculinas. Ve su fulgor interno.

Hemos recorrido juntos un largo trecho, pero vuestro viaje no acaba aquí.

Clay señala hacia arriba, hacia el pozo de frío fuego, mostrando a sus amigos las formas aún no nacidas que revolotean, los hijos de los hijos del hombre.

-Dadme vuestro miedo. Dadme vuestro odio. Dadme vuestras deudas. Y marchaos. Y regresad a vuestro mundo. Y marchaos. Y marchaos.

Clay los abraza.

-Soy Clay. Soy amor.

El dolor crece en su interior, nota un blanco alfiler de angustia en el centro de su cráneo.

-Soy Hanmer -le dicen todos.

-Soy Ninameen.

-Soy Ti.

-Soy Bril.

-Soy Angelon.

-Soy Serifice.

-¿Necesitáis muerte? -dice Clay-. ¿Qué podéis aprender de ella? Dejadme. Mi hora ha sonado. Vuestra vida acaba de comenzar.

Clay extiende las manos hacia sus amigos y percibe que vibran de compasión y amor. Perfecto. Perfecto. Clay hace un gesto. Los Deslizadores ascienden. Muy arriba ya, todos giran, brincan en la deslumbrante luz, le lanzan besos. Adiós. Adiós. Te amamos. «Los sueños tienen fin», le dijo Ti en cierta ocasión. Acaban ahora. Desaparecen en una marea de amor. Los Deslizadores no morirán. Alrededor de Clay, los colores forman ruedas y espirales, y él ve la ardiente nebulosa, las galaxias en colisión, el dorado arco de la humanidad curvándose en el tiempo y desapareciendo, brillante, en tiempos futuros. Y todos los hombres e hijos del hombre están

recorriéndolo ahora, Devoradores, Destruyores, esferoides, cabras, Hanmer, Ninameen, Ti, Intercosores, Neanderthales, Bril, Serifice, Angelon, todos, los delegados de los eones que se dirigen hacia el reluciente espectro al que Clay, a pesar de todo, no llegará. No ahora. Ni nunca. Los sueños tienen fin. Clay acepta su carga. Flota por el abismo, llega al borde del Pozo. Ahí se detiene y vuelve la cabeza hacia el esplendor del poder de la creación, y contempla la visión de lo que un día brotará, convirtiendo todo esto en mero prólogo. El dolor ya le ha abandonado. Está comportándose bien. Él es un hombre, y él es Hijo del hombre, y el sueño ha terminado. Clay sale del hoyo. Se aleja lentamente del borde de porcelana. Los animales se han congregado en la desolada llanura. Igual que los amigos de Clay. Clay sonríe. Se echa en el suelo. Duerme por fin. Por fin. Duerme.

«Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento. Al igual que un hombre que se ausenta: deja su casa, da atribuciones a sus siervos, a cada uno su trabajo, y ordena al portero que vele; velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo viene el dueño de la casa, si al atardecer, o a media noche, o al canto del gallo, o de madrugada. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos.

Lo que a vosotros digo, a todos lo digo. ¡Velad!

Marcos, 13, 33-37.